

A young man and woman are shown in a close embrace, their faces close together. The lighting is warm and golden, creating a romantic and intimate atmosphere. The woman has long, dark hair, and the man has short, dark hair. They are both looking down, and the overall mood is tender and affectionate.

SI TE ENAMORAS, PIERDES

MARTA MARÍN

2ª EDICIÓN

Si te enamoras, pierdes

Marta Marín

Dedicado a mis amigas,
Carlota, Andrea y Laura,
por todas esas tardes
leyendo este libro en voz alta
y las que nos quedan.

INDICE:

Prólogo.....	
1	
1. Confía	en mí
.....
2. En vivo y en directo	(Desirée)
.....14	
3. Bombón	(Diego)
.....
18	
4. No me lo puedo creer	(Desirée)
.....45	
5. Algo más serio	(Diego)
.....55	
6. Sin criterio ni opinión propia.....	66
7. El chico perfecto	(Diego)
.....71	
8. Yo nunca	(Nora)
.....
93	

9.	Consecuencias de las cosas buenas	(Diego)	120
10.	El amanecer		
11.	Para preocuparse	(Nora)	144
12.	Sin anestesia previa	(Mario)	148
13.	Nadie dijo que hubiera normas	(Diego)	163
14.	Trata de impedírmelo		
15.	La misma persona	(Desirée)	184
16.	Sinvergüenza	(Diego)	199
17.	Querido diario		
18.	Sabes que lo haré	(Nora)	224
19.	¿Quién entiende a las mujeres?	(Diego)	241
20.	Que no se te olvide		266
21.	Un témpano de hielo	(Diego)	272
22.	Un verdadero volcán	(Nora)	

.....	289
23. No vas a saber dónde encontrarme (Nora)	
.....	324
Epílogo	(Diego)
.....	331
Agradecimientos.....	

PRÓLOGO

Hoy, por alguna razón, he buscado en el diccionario la palabra “mujer”, y la definición es la siguiente: persona del sexo femenino una vez ha superado la pubertad. Y ya está, tal que así. Y la pregunta que a mí me surge inmediatamente después es: si un extraterrestre viniera a nuestro planeta y sin tener ni idea nos preguntara qué es una mujer, ¿creéis que con eso ya lo habríamos dicho todo? No, ni mucho menos, la verdadera definición de la palabra “mujer” ocuparía un libro tan gordo como el diccionario entero o más. A mí, por ejemplo, ahora mismo sólo se me ocurren unas pocas acepciones.

Como hay que empezar por alguna parte, vamos a empezar por la mujer que se queda en casa cuidando a los niños, limpiando y haciendo la comida mientras el hombre trabaja. Recordad la época de Shakespeare, ni siquiera se les permitía a las mujeres hacer teatro, y las mujeres escritoras tenían que hacerlo camufladas bajo un pseudónimo. Una visión que está quedando obsoleta pero que lamentablemente sigue presente en la sociedad. De momento nos dedicamos a manifestarnos porque cobramos menos que los hombres por el mismo trabajo, o porque ciertos... individuos creen que pueden decidir si una mujer aborta o deja de abortar por las razones que le dé la gana.

Y en contraposición están científicas como Marie Curie o Elisabeth

Blackwell, la primera mujer médico, deportistas como Arancha Sánchez Vicario, actrices como Marilyn Monroe, y otras muchas que salen en los libros de historia. Mujeres que han demostrado que valemus tanto como los hombres y más en ciertos aspectos.

¿Y cómo dejar de comentar la faceta que más les gusta criticar a los hombres? Sí, sí, esa chica que te pide que le digas que la quieres, que te bombardea a mensajes, que quiere controlarte, que se pone muy pesada; esa mujer a la que hay que decirle lo que quiere oír para llevarla a la cama. No todas somos así, pero las hay más inseguras, que necesitan sentirse valoradas para saber que no están siendo utilizadas, también las hay demasiado orgullosas... hay de todo; pero la respuesta es: no, la mayoría de las mujeres no entiende los rollos de una sola noche. Y los hombres se preguntarán: ¿por qué no pueden dejarse llevar por lo fácil alguna vez? Porque no, chicos, somos así de complejas. Nosotras inventamos que “haz lo que quieras” signifique “ni se te ocurra”, que “no, para nada” signifique “claro que me he enfadado, idiota” o que “nada” quiera decir “demasiado para contártelo”. En fin, leyes femeninas, no tratéis de comprenderlas.

Una vez escuché decir a una dependienta de una tienda de vestidos que “el mundo de la mujer es muy sufrido, pero es divino”. Yo, personalmente, no sé si estoy muy de acuerdo en que sea tan divino; es más, he pensado muchas veces que preferiría ser un chico. Enumeremos: maquillaje, uñas perfectas, secador, plancha del pelo, mascarillas, compresas, *salvaslips*, tampones, sujetadores, todo tipo de accesorios, tacones, sandalias de verano monísimas que te destrozan los pies en cuanto andas un poco, dietas, gimnasio, cremas, limpiezas de cara, una extraña obsesión por ponernos morenas en verano y no olvidemos la depilación de cejas, de axilas, de piernas... bueno, de todo el cuerpo. Es decir, un coñazo, y encima doloroso; y en mi opinión un tiempo que la sociedad te obliga a perder sólo por haber

nacido sin cromosoma Y. Tal y como leí una vez, “si estás constantemente preocupada por los pelos de las piernas, ¿cómo vas a tener tiempo de asumir las riendas del mundo?”. Pero claro, todos los días vemos fotos de modelos con *photoshop* y tenemos que intentar alcanzar ese *standard* imposible. Por último, a esto hay que añadirle los nueve meses que llevamos una vida en la tripa, el dolor de un parto y la lucha por recuperar nuestro cuerpo anterior.

Supongo que se me nota lo indignada que estoy, y es porque, buscando el significado de la palabra “mujer”, curiosamente me he encontrado con que una de las acepciones (la última, pero una de ellas) era “prostituta”. Prefiero no hacer comentarios al respecto. Yo soy de las que piensan que cada una hará con su cuerpo lo que quiera, pero siempre recuerdo que una niña le preguntó a su mamá: “mamá, ¿por qué si un hombre se acuesta con muchas mujeres es un campeón y si es una mujer la que lo hace es una zorra?” Y lo que le contestó su madre fue: “hija mía, piensa que una llave que abre todas las puertas es una llave maestra pero una cerradura que se abre con cualquier llave no sirve para nada”. Nada más que añadir.

También viene al caso mencionar a las mujeres feministas. A mí personalmente me parece excesivo porque, no voy a negar que todos tenemos que hacernos valer, pero he llegado a presenciar una desagradable escena en que una... chica decía delante de su novio (ojo al dato) que los tíos no valen nada, que son escoria y una tiene que hacer que se arrastren. Claro que igual tenía razón, porque yo le repliqué, pero el chico ni siquiera se defendió...

Por mucho que digamos que la mujer es el sexo vulnerable, una mujer si quiere puede ser mala, muy mala, y mucho más rencorosa y vengativa que un hombre. Una mujer sabe que con ponerse un picardías tiene a un hombre comiendo de su mano, la mujer es la que sale casi siempre ganando en los casos de divorcio, una mujer es capaz de desencadenar la guerra de Troya. Es cierto, piénsalo; de hecho, creo que se podría decir que la única debilidad de

un hombre es una mujer. Sin embargo, ahí están los hombres que manipulan a las mujeres, los hombres que se desentienden de embarazos no deseados, el machismo, las violaciones, la violencia de género contra la mujer, las lágrimas de toda niña de quince años porque ese chico la ha tratado como a una mierda... A estas alturas supongo que estamos de acuerdo en que la mujer no es ingenua, ni mucho menos, pero algunas (que no todas, de nuevo) se dejan cegar por unos ojazos, por una sonrisa pícaro, por un guiño de ojo, por la goma de unos calzoncillos asomando por la cinturilla de unos vaqueros anchos, o por lo más peligroso de todo: los apelativos cariñosos. Mi madre siempre me ha dicho que el más mono es el peor. ¿Y luego qué? A llorar, porque la mujer llora; aguanta tantas cosas que tenía que tener alguna válvula de escape. Con todo, yo he llegado a la conclusión de que la mujer puede tener menos fuerza física que un hombre, puede ser el sexo vulnerable, pero precisamente por eso, por ser más débil, es la más fuerte.

CAPÍTULO I

Confía en mí

I let you set the pace
cause I'm not thinking straight,
my head's spinning around,
I can't see clear, no more.
What are you waiting for?

Love me like you do, Ellie Goulding

Te dejo marcar el camino
porque no pienso correctamente,
me da vueltas la cabeza,
no puedo ver con claridad ya
¿A qué estás esperando?

Quiéreme como tú lo haces, Ellie Goulding

Me encuentro en una de esas situaciones absurdas que todos intentamos evitar sin éxito; de hecho, creo que es una de las situaciones más incómodas de esta vida. Mis padres y mi hermano pequeño me cantan animadamente el *cumpleaños feliz* mientras yo, sin saber qué otra cosa puedo hacer, esbozo una sonrisa forzada y lanzo miradas suplicantes a la tarta de chocolate. Incluso antes de que hayan acabado de cantar, me lanzo con un fuerte soplo a apagar las dieciocho velas y todos estallan en aplausos. Por supuesto, no he olvidado pedir mi deseo.

Mi madre toma rápidamente la iniciativa, y el cuchillo, y comienza a cortar la tarta. Es entonces cuando mi memoria se desata a recordar mi cumpleaños de los dieciséis. No estoy muy segura de por qué, pero creo que fue ese día cuando empezó todo.

—Tranquilo, todo irá bien —le dije a Sergio haciéndole una caricia en el brazo.

—¿Me lo estás diciendo a mí o sólo intentas convencerte a ti misma? —inquirió con una sonrisa que consiguió relajarme un poco.

Le di un rápido beso en los labios, le cogí de la mano y entramos juntos en el restaurante. Mientras nos acercábamos a la mesa a la que estaba sentada mi familia paterna me repetí a mí misma que no tenía de qué preocuparme. Supongo que mi estado de nervios era normal, no todos los días presentas oficialmente a tu novio. Antes de que llegáramos junto a la mesa, una de mis tías se levantó a saludarme.

—¡Felicidades, cariño! —me dijo dándome dos besos—. Qué guapa estás.

—Gracias, tía.

—Felicidades —repitió mi primo, que también se había levantado.

También le di dos besos a él pero, antes de continuar con los saludos, decidí presentar a Sergio para que él no se sintiera desplazado.

—Quiero que conozcáis a Sergio, es mi novio —conseguí decir la frase que me había preparado, aunque no sin titubear.

Tras las presentaciones, saludos, besos, abrazos y felicitaciones finalmente nos sentamos a la mesa. La cena no fue tan catastrófica como me había imaginado y de ninguna manera se la pudo calificar tampoco de aburrida. Fue, cuanto menos, curiosa. Mi padre observaba a Sergio de una manera extraña intentando adivinar qué clase de oscuro secreto ocultaba bajo esos misteriosos ojos marrones, mis tíos trataban de aparentar total normalidad, mi hermano —entonces con ocho años— creyó que Sergio sería su nuevo mejor amigo mientras que mi primo no llegó a congeniar con él a pesar de tener prácticamente su misma edad, y todo esto ocurría a la vez que mi madre se proponía aliviar la tensión con algún chiste malo.

Inevitablemente, nos hicieron las tres preguntas básicas: “¿cómo os conocisteis?”, “¿cuánto tiempo lleváis juntos?” y “¿vais realmente en serio?”, a las que siguieron sus correspondientes respuestas ambiguas. La verdad era que no había llevado allí a Sergio porque estuviera segura de que fuera a ser el padre de mis hijos ni nada de eso; solo llevábamos saliendo poco más de un mes y, simplemente, los dos queríamos pasar juntos el día de mi cumpleaños, pero supongo que era demasiado pedir que mis padres lo comprendieran.

Después, por fin un simpático camarero trajo la tarta. Agradecí más que nunca tener un pedazo de dulce al que aferrarme. No me vendría mal un aporte de chocolate para enfrentarme a la sobremesa. Tras un *cumpleaños feliz* que llamó la atención del resto de comensales, soplé las velas que formaban el número 16 y todo el restaurante estalló en aplausos.

Terminado el delicioso postre, mi tía decidió que era el mejor momento para la entrega de regalos. Sonreí impaciente. Un reloj, un libro, dinero, una tarjeta de felicitación y un par de camisetas monísimas que me venían a las mil maravillas. Sergio me regaló una bonita pulsera plateada que me puse enseguida, pero era el segundo regalo que me daba ese día. Nunca supe cómo lo había hecho, pero esa mañana al despertarme lo encontré envuelto a los pies de mi cama. Resultó ser un original camisón rojo a juego con un conjunto extremadamente sexy de lencería de encaje. Seguramente habría resultado bastante incómodo que me lo hubiera dado delante de mi familia. Esboqué una sonrisa traviesa y no dudé un segundo en estrenarlo ese mismo día.

A partir de entonces lo vi todo de otra manera, las tensiones parecían haber desaparecido. Convenciéndome de que todo iba bien, conseguí relajarme, tanto que quise otro trozo de tarta.

—Creo que tomaré un poco más —dije incorporándome para servirme.

—No —Sergio agarró mi muñeca antes de que yo llegara a coger el cuchillo—. Tenemos que irnos.

Miré mi reloj nuevo: tenía razón. Habíamos quedado con unos amigos para acabar de celebrar mi cumpleaños en *La luna roja*, y se nos hacía tarde.

Todas las despedidas, besos y bromas de última hora nos costaron más de cinco minutos pero al fin Sergio y yo conseguimos salir del restaurante. En cuestión de segundos nos dirigíamos hacia la verdadera fiesta en el *Audi A3* blanco del padre de Sergio. Mi novio se sacó el carné de conducir en cuanto cumplió los dieciocho años y todavía llevaba la “L” en el cristal posterior. Era la primera vez que le permitían coger el coche sin que fuera a su lado un adulto responsable; por supuesto, bajo la estricta promesa de no ingerir ni una sola gota de alcohol. Hasta ahora no lo había hecho pero aún quedaba mucha noche por delante y me pregunté si acabaría cayendo en la tentación.

Una vez en *La luna roja*, resolví mi duda: a Sergio no parecía costarle especialmente prescindir del alcohol. No se pudo decir lo mismo de mí que, para no estar demasiado acostumbrada a beber, acabé consumiendo un exceso de *vodka* con limón. A las cuatro de la mañana yo ya había perdido la cuenta de las copas que había bebido y bailaba como una loca con mi mejor amiga.

—Ahí viene tu novio —me dijo entonces Marta señalando a Sergio, que se abría paso entre la gente.

Sergio caminaba hacia nosotras con su gracia habitual. Yo seguía sin poder creerme que un chico tan perfecto fuera mi novio. Le dediqué la mejor de mis sonrisas y él me correspondió con otra, de esas que hacían revolotear mariposas por mi estómago. No se detuvo hasta encontrarse muy cerca de mí y, poniendo una mano sobre mi hombro, se inclinó para hablarme al oído.

—¿Has visto a ese tío? —señaló con la cabeza hacia su izquierda—. No te quita los ojos de encima.

Miré con discreción hacia allí. Ni siquiera cuando nuestras miradas se cruzaron ese hombre hizo el menor amago de apartar la vista. Estuve a punto de decir algo como “tienes razón, es asqueroso” o “al menos debería intentar disimular”, pero resultó que la culpa era mía.

—Deja de provocarle —me pidió Sergio en un tono monocorde o acaso con un sutil toque de desprecio en la voz.

Mi novio me sostuvo la mirada. Yo no supe qué hacer ni qué decir. Me pregunté si debía disculparme e incluso llegué a sentirme algo avergonzada. En ese mismo momento, cuando mi cabeza empezaba a dar vueltas demasiado deprisa, Sergio relajó todos los músculos de su cuerpo y sonrió. Antes de que yo fuera capaz siquiera de reaccionar rodeó mi cintura con sus brazos y me besó con deseo y pasión desenfrenada como nunca antes. Seguramente aquel descarado hombre sentía una horrible envidia al ver cómo Sergio enredaba sus dedos en mi pelo.

—Nena, te propongo algo —me susurró al oído a la vez que su mano descendía por mi espalda—. Vamos a mi casa. Te aseguro que va a ser el mejor regalo de cumpleaños de tu vida.

En cuanto comprendí a lo que se refería di un paso hacia atrás para mirarle a la cara.

—¿Ahora? —fue lo único que conseguí decir. De repente sentí un terrible vértigo, como si me encontrara suspendida en lo más alto del *Empire State Building*, y el alcohol me provocó verdaderas náuseas que conseguí contener a duras penas—. ¿Ahora mismo?

—Claro, cielo. Ya hemos esperado bastante.

—No, yo necesito... Aún no estoy preparada. —Lo único que quería en ese momento era que todo, absolutamente todo, se parara.

—Quiero que lo hagamos hoy, por tu cumpleaños.

—Sergio, estoy asustada, y he bebido demasiado...

Él tiró de mí y volvió a besarme. ¿Creía que con eso conseguiría convencerme? Aunque en realidad había que admitir que Sergio era bastante convincente.

—Vamos —le leí los labios.

Agarró mi muñeca y tiró de mí entre la gente. Pensé que iba a desmayarme en cualquier momento y a trompicones conseguí andar en línea recta.

Cuando salimos del local inspiré una agradable bocanada de aire fresco que me supo a gloria. Sólo entonces Sergio me soltó y entró en el coche por la puerta del conductor. Se inclinó para abrirme la puerta del copiloto.

—Sube.

—Sergio, por favor, dame sólo un par de días para hacerme a la idea.

—Nena, tú ya has tenido suficientes regalos por hoy. Haz esto por mí —me pidió.

En mi etílico estado pude interpretar esa frase de mil maneras diferentes. “Tiene razón. Somos novios, no puedo negarle esto”, pensé antes de subir al coche.

Apenas hablamos durante el trayecto. Yo me encontraba en tal estado de ansiedad que estuve a punto de empezar a temblar. Sí, en un par de ocasiones habíamos hablado de mi virginidad, pero yo no me esperaba que tuviera que ser esta noche, no de manera tan repentina. Mis respiraciones se aceleraban cada vez más, porque me di cuenta de que no tenía la menor idea de lo que iba a pasar. “¿Cómo será?” “¿Me hará daño?” Supe que debería haber hablado más con Marta sobre el tema porque ella al menos tenía una hermana mayor que le aclaraba ciertas dudas, pero ninguna de mis amigas lo había hecho ya. Me habría gustado que la casa de Sergio estuviera a unos mil o mil quinientos kilómetros de distancia; sin embargo, su casa no estaba muy lejos y tardamos escasos minutos en llegar. Me costó incluso bajarme del coche.

En el ascensor, Sergio me miró fijamente. Supe exactamente lo que estaba pensando pero ni siquiera tuve tiempo de preguntarme si se contendría, porque no lo hizo. Me estrechó contra el espejo del fondo y me besó acariciando mi cuello con sus cálidas manos. Cuando se abrieron las puertas tiró de mí para salir.

Abrió la puerta de su casa con impaciencia y fuimos rápidamente a su habitación. Sergio no quiso perder ni un solo segundo. Me besó de nuevo, tiró de mi vestido hacia arriba y yo subí los brazos para que acabara de quitármelo.

—Te ha gustado mi regalo —fanfarroneó divertido al ver que llevaba puesto el conjunto rojo de encaje.

—Sí —me limité a responder jadeante mientras mi respiración y pulsaciones se aceleraban peligrosamente a cada décima de segundo.

—A mí también —me aseguró.

Volvió a besarme empujándome hacia su cama, sobre la que los dos acabamos cayendo. Empezó a acariciar mi espalda. Me pregunté cuánto tardaría en conseguir desabrochar el cierre del sujetador pero, antes de que pudiera siquiera hacer una estimación, ya lo había abierto. Al fin y al cabo, me lo había comprado él. Por un momento me faltó el aire.

—Sergio, espera —murmuré con un hilo de voz—. Tengo miedo. —Pero no me hacía caso—. Hablo en serio, estoy pasando un mal rato —dije con más firmeza y conseguí que me contestara.

—¿Un mal rato? —se rio—. Pero, cielo, éste va a ser uno de los mejores momentos de tu vida. Confía en mí, ¿vale?

Ese comentario consiguió tranquilizarme, me convencí de que estaba con mi novio y no podía pasarme nada malo. Cerré los ojos y respiré hondo. Al principio me dolió y un quejido escapó de mi garganta, pero Sergio enseguida estuvo de nuevo sobre mis labios y me abrazó dejando una mano

en mi cintura. Era un dolor agudo pero soportable, algo rompiéndose dentro de mí, algo extraño invadiendo mi cuerpo. Luego conseguí relajarme un poco y una sensación desconocida empezó a ascender desde mi vientre, tan intensa que casi me dio miedo.

—Llevo deseando esto desde que te conocí —murmuró él.

Yo no podía comprender cómo él era capaz de mantener esa calma cuando yo me encontraba a punto de estallar, sin poder abrir los ojos ni dejar de gemir. Y finalmente fue... orgásmico.

—No sabes cuánto me encantas —me dijo Sergio cuando yo aún descansaba sobre su pecho y me acurruqué más contra él—. ¿Te he hecho daño? —Ante esa pregunta abrí los ojos y levanté la vista hacia él.

—Sí —dije, no tenía por qué mentir. Sergio apenas hizo un leve movimiento con la cabeza—. Pero ha sido muy... Me ha gustado, lo repetiremos.

—Podemos hacerlo en cualquier momento —coincidió él y noté un aleteo en mi estómago—. Pero sabes que en esto hay que tomar precauciones. —Sí, por supuesto que lo sabía; todas esas charlas en el instituto y las de mi madre no habían sido en vano, pero no me había acordado ni por un segundo del preservativo. Sin embargo, lo que él tenía en la cabeza era otra cosa—. Tienes que empezar a tomar la píldora.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza con vigor intentando librarme de ese recuerdo. Sí, yo también me había imaginado mi primera vez como un momento memorable y extremadamente romántico, pero fue así. Me esfuerzo por sonreír ampliamente a mi madre, que me pone delante mi trozo de tarta.

CAPÍTULO II

(Desirée)

En vivo y en directo

Y pensar que lo que escribo puede ser tan importante
que toque algún corazón.

He pensado en darte todo lo que tengo
y prefiero hacerlo en forma de canción.

Canciones, El canto del loco

El autobús llega finalmente a la parada y se detiene suavemente. En cuanto se abren las puertas, mis tres amigas y yo salimos disparadas.

—Ya estamos aquí, chicas. Le siento tan cerca —bromea Silvia.

—Eso es porque justo detrás de ti hay un enorme cartel publicitario del concierto. —Alba señala la gran foto de Diego Arias expuesta en un muro y Silvia enseguida se gira.

Diego Arias: cantante malagueño, rubio, ojos marrones, estatura media, estilo surfero, veintiún años. Tenía dieciocho cuando su carrera empezó a despegar y parecía de esos cantantes que tienen su momento de gloria pero que enseguida la gente acaba olvidando. Supongo que ya nadie sigue

pensando eso, puesto que ha ganado unos cuantos premios, es uno de los cantantes de *pop* más escuchados entre la gente joven, sobre todo por el género femenino, y hoy estrena su tercer disco. *Ah*, y, por si fuera poco, es coreógrafo de sus propios bailarines.

—¡Dios mío, qué guapo! Le quiero, le quiero mucho —exclama entusiasmada—. ¿Creéis que saldría con una *fan*? —pregunta, pero preferimos no contestar—. No me miréis así.

—Serénate, Silvia, y concentrémonos primero en llegar al auditorio —le aconseja Andrea, siempre tan responsable, guiándonos hacia un paso de peatones—. Desirée, ¿aún tienes las entradas?

—Sí —contesto una vez más—. No les ha pasado nada durante estos últimos cinco minutos.

Llegamos al final de la calle, doblamos una esquina y... ahí está, el Auditorio Club de Málaga.

—Tenemos que cruzar esa calle —señala Alba—. Venid por aquí.

Nosotras tres la seguimos hasta otro paso de peatones, esperamos con impaciencia a que el semáforo se ponga en verde y cruzamos con los corazones acelerados. Ya casi hemos llegado. Cuando ya recorreremos en línea recta los últimos metros hasta el auditorio, empiezo a ponerme nerviosa. Después de conformarme durante tanto tiempo sólo con sus discos, la televisión y las revistas, esta noche voy a ver a Diego Arias en persona, en vivo y en directo. Aún no me lo llego a creer. Voy a ponerme en primera fila y voy a cantar más alto que nadie. Estoy dispuesta a conseguir que se fije en mí.

Antes de darnos cuenta, hemos llegado. Tenemos que ponernos en una cola que, por ser todavía pronto, no llega a ser excesiva. De acuerdo, ya estamos aquí; ahora paciencia, Desirée, paciencia.

—¿Y ahora qué? —inquieta Alba.

—Yo diría que, si mi reloj no se equivoca, nos quedan unas dos horas de espera —informa Andrea, aunque todas sabemos ya eso.

—Si hemos esperado casi tres meses, podemos esperar dos horas más —se convence Silvia.

Cualquier cosa por no tener a demasiada gente delante durante el concierto, pero a mí se me hace un mundo esperar dos horas más porque, desde que tuve en mis manos las entradas por primera vez, he estado soñando dormida y despierta con este día. Tendré que limitarme a aceptar con imperturbabilidad lo inexorable, tal y como dice mi madre.

Durante la espera charlamos, nos comemos nuestros bocadillos e incluso hacemos algunas amigas. Cuando se va acercando la hora y la cola empieza a avanzar, los nervios están a flor de piel. No sé cómo ocurre pero todas las *fans* empezamos a cantar a coro canciones de Diego.

Tras lo que se me antoja una eternidad llegamos hasta ese hombre que comprueba las entradas. Inmediatamente mis tres amigas se giran hacia mí. Yo, sintiendo que estos son mis segundos de gloria, le entrego amablemente las entradas que tengo en la mano desde hace unos cinco minutos, o quizá diez. Creo que no debería fiarme de mi noción del tiempo en este momento.

—Adelante —nos dice el hombre devolviéndonos las entradas—. Disfrutad del concierto.

Casi saltando de euforia nos apresuramos a entrar en el auditorio. Sin embargo, hay algo que mis amigas no olvidan.

—Desirée, quiero mi entrada para guardarla de por vida.

—Y yo —añade Alba.

—Está bien, tomad.

Con resignación me veo obligada a repartir las entradas a mis amigas, esas entradas que llevan más de dos meses sujetas con el mejor imán en la puerta de mi nevera.

Sin perder un segundo nos dirigimos hacia el escenario. Este lugar nos fascina, es amplio, y ya hay bastantes personas distribuidas por el recinto, sobre todo instaladas frente al escenario, pero apenas son un tercio de las que habrá dentro de relativamente poco tiempo.

Mis amigas y yo nos miramos con sendas sonrisas tontas en la cara cuando nos situamos tan cerca del escenario como es posible, porque sabemos con seguridad que desde aquí nos saldrán unas fotos magníficas y que pasaremos un rato inolvidable. Me pregunto si después podremos acercarnos aún más a base de codazos y empujones. Sí, parece mentira, pero ya estamos aquí, y esto es real, o lo será. Me fijo en el telón que esconde el escenario sobre el que se proyectan las iniciales “DA”.

—¿Sabéis, chicas? —Silvia levanta la voz por encima de este jaleo—. Diego está ahora muy cerca de nosotras, en el *backstage*.

CAPÍTULO III

(Diego)

Bombón

Esos labios me llevan a la perdición,
el veneno de una maldición,
piel morena y ardiente que quema al tocar,
luna llena que me hace olvidar.

Amores del sur, David Bisbal

La estilista ya ha terminado de arreglarme el pelo y, con el trabajo hecho, sale de la habitación. Cuando abre la puerta, puedo escuchar a la gente que me espera, que grita mi nombre y canta mis canciones. Empiezo a notar esa sensación que aún no he aprendido a describir: no se puede decir que esté nervioso, pero es una euforia extraña.

Me limito a observar mi imagen en el espejo. Como cada vez que me preparan para salir ante el público, creo que se ha excedido un poco, pero sigo siendo yo. Mis ojos marrones, mi expresión pícaro y mi pelo rubio oscuro, que cae ondulado a ambos lados de mi cara, tan natural como siempre. Me levanto del asiento y me miro en un espejo de cuerpo entero. Me

gusta esta camiseta blanca y los vaqueros descoloridos, pero sé que tendré que cambiarme a la mitad del concierto.

Sin demorarme más, salgo de la sala de maquillaje, y en menos de un segundo me topo con Marc, mi *manager*.

—Diego, al fin te encuentro —me dice, llegando hasta mí—. ¿Cómo lo llevas? ¿Estás nervioso?

—Si dijera que no, mentiría.

—Tranquilo, este estreno va a ser un éxito. El tema *Bombón* esailable y pegadizo, el espectáculo será impresionante, habéis hecho un gran trabajo con las coreografías, y el dúo con Natalia ya es de los más descargados.

—¿Natalia ha llegado ya?

—Sí, pero está en los vestuarios. Luego la saludarás. Ahora ve con los bailarines y diles que vayan saliendo al escenario, yo iré a comprobar que el técnico de las luces se ha enterado bien de todo.

—Vale, de acuerdo.

Ahí están mis bailarines y bailarinas, todos ya listos para salir ante el público, charlando animadamente entre ellos, quizá nerviosos. Sí, también soy coreógrafo, cantante y coreógrafo, y como coreógrafo, tengo que admitir que son geniales; casi todos me caen muy bien y nos solemos divertir como niños en los ensayos. Son responsables con el trabajo, pero siempre abiertos y agradables. A veces me pregunto si todo será igual cuando están con Miriam, la coreógrafa que se encarga de las canciones baladas, o si ese otro estilo de baile exige más concentración y seriedad.

—¿Cómo va todo? —me acerco a ellos y llamo su atención—. ¿Estáis preparados para un estreno inolvidable?

—Aún no he olvidado el último estreno —suspira Alicia, seguramente pensando en aquel accidente.

—Pero esta vez lo recordarás porque va a ser perfecto, no por un

resbalón desafortunado.

—Aún me duele el culo cuando lo pienso.

—Hoy no va a ocurrir nada parecido, chicos, hoy tenemos que salir a darlo todo —les digo, aunque sé que siempre lo hacen—. Porque ya hemos triunfado, pero quieren mucho más.

—Esta noche vamos a dejar bocas abiertas —asegura Ana, mi bailarina principal.

—O cerradas, según se mire —añade Carlos.

—Esa es la actitud —dejo escapar una risita—. Entonces, ¿salimos ahí y hacemos que tiemble el escenario más que nunca? —inquiero, y ellos gritan “¡sí!”, “¡claro!”, “¡vamos allá!”. Paseo la mirada por todos ellos y los veo bastante seguros y convencidos—. Pues venga, chicos. ¡Mucha mierda a todos!

Mis bailarines se alejan saltando, gritando, motivados, corriendo. Me encanta su entusiasmo. Esta euforia no se ha desvanecido aún cuando poco después Marc aparece por mi espalda.

—Diego, sales ya —me avisa dándome mi micrófono—. Buena suerte, chaval.

Rápidamente, Marc desaparece de mi lado. Tiene que estar pendiente de muchas cosas, y todo está yendo muy rápido. Yo respiro hondo un par de veces para mentalizarme, pero hay que empezar ya. Sin pensarlo más, aprieto fuerte el micrófono en mi mano izquierda y echo a correr. Atravieso el oscuro pasillo que lleva al escenario y al fin salgo ante la gente.

Todos gritan y aplauden antes de que yo haga nada y, como siempre, acaban sacándome una sonrisa. Son felices sólo con verme, pero hemos preparado un buen espectáculo.

—¡Buenas noches, Málaga! —saludo en un grito a mi ciudad natal.

Echo una ojeada a mis bailarines, dispuestos y preparados. Enseguida

empiezo a cantar y a bailar con ellos. Obviamente, la primera canción del concierto es de las más cañeras de mi repertorio, para que la gente descargue esa adrenalina que se acumula durante el tiempo de espera. Intento darlo todo: salto, bailo, canto y voy de un lado a otro del escenario hasta el mismo momento en que acaba la canción. En ese instante me envuelve de nuevo el aplauso del público. ¿Qué más se puede pedir?

—¡Bien! Parece que hemos empezado con buen pie —comento mientras camino hacia el borde del escenario—. Pero ahora quiero continuar con una canción... legendaria en mi discografía, y estoy seguro de que vais a poder seguirme.

Antes de que empiece a sonar la música, ya todo el público sabe de qué canción estoy hablando. Se escuchan las primeras notas y todo el mundo se agita ahí abajo deseando demostrar que se saben la letra tan bien o mejor que yo; de hecho, seguro que si les dejara podrían cantarla entera ellos solos. Voy hasta el fondo del escenario, donde me han dejado un taburete, lo llevo hasta colocarlo justo bajo el único foco que queda encendido y me siento. Sonrío, cojo aire y empiezo a cantar. Sí, en efecto, no tienen ningún problema en acompañarme.

*“Perderme en su pelo,
reírme con su risa
y acariciar su cintura.
Eso es para mí
mucho más de lo que puedo pedir,
lo sé.
Prometo que ya nunca volveré
a extrañarla,
a creer que sigue aquí.*

*Allá donde esté,
pido que se acuerde de mí.”*

Preciosa canción, me sigue gustando tanto como el primer día. Sin embargo, ahora toca de nuevo una un poco más marchosa.

Al ritmo de la batería, salto y doy palmas encima de mi cabeza. Todo el mundo grita. Me paro a cantar en mi postura habitual, incluso cierro los ojos. Luego me apresuro a llegar al límite del escenario para sentir el calor de la gente, y allí canto el pegadizo estribillo. Unas chicas a mis pies saltan y extienden los brazos tratando de tocarme. Me arrodillo frente a ellas y se escandalizan aún más. Mientras canto, puedo oír cómo desafinan exageradamente. ¿Acaso ellas no se dan cuenta?

Me levanto y, dándoles la espalda unos segundos, me coloco rápidamente en el centro del escenario. Decido acompañar a los bailarines en esta parte de la coreografía; creo que esto siempre queda bien, y me gusta mucho hacerlo. Dirijo la vista hacia Ana, y ella me mira sonriente. Le guiño el ojo y sigo bailando, balanceándome hacia los lados.

—¿Cómo suena? —imploro, cediéndoles el micrófono—. ¡No os oigo!
—Instantáneamente, todo el mundo grita mucho más—. ¡Eso es!

Corro hacia el extremo izquierdo del escenario, para ver cómo está el ambiente por allí. También están revolucionados. Hago una de mis típicas florituras con la voz, me echo un poco hacia atrás y salto tan alto como soy capaz.

*“Eres la estrella fugaz
de la noche de mi vida,
por ti yo sería capaz
de morirme cada día.*

*Eres esa bella flor,
con el tiempo te marchitas,
yo te doy mi corazón,
y tú entrégame tu vida.”*

El espectáculo no para, continúa, y ahora viene una de mis canciones preferidas. Me acerco al guitarrista y Zack presume de su habilidad con las cuerdas. No es para menos.

*“Vivo por ti y para ti,
no hay nada más.
No sé sentir, sólo sufrir
cuando no estás.
Late tu recuerdo en estas notas
que mi guitarra entona si no está tu boca.”*

Y al ver que el público canta entusiasmado a voz en grito, dirijo el micrófono hacia ellos de nuevo. Me encanta poder hacer esto.

*“Quiero cantar, quiero gritar, quiero sentir.
Quiero notar, quiero besarte siempre a ti.
Sufro en silencio, solo, cada hora.
Quiero llenar tu soledad y ser tu sombra.”*

Recupero el micrófono y continúo cantando yo mientras camino hacia mi derecha, tampoco voy a dejar que me quiten demasiado protagonismo. Entonces me paro, me inclino hacia delante y cierro los ojos para cantar esa

nota prolongada. Luego salto y sonrío: lo he clavado.

A mitad del concierto, los bailarines y yo tenemos que salir corriendo para cambiarnos de ropa. Entro en mi camerino, me quito la camiseta y los pantalones en un tiempo *record* y enseguida vuelvo a vestirme con la ropa que he dejado preparada: esta vez, camiseta roja y unos vaqueros oscuros. Cuando abro la puerta del camerino, mi grupo de bailarines vuelven ya a sus puestos. Salgo corriendo al escenario, y la gente apenas ha dejado de aplaudir.

—De acuerdo, muy bien hasta ahora —digo tranquilo, intentando disminuir el ritmo de mis pulsaciones—. Creo que ha llegado el momento de cantar mi nuevo *single*.

Cuando comienza a sonar la música, me pregunto si ya se sabrán la letra de la canción. Seguro que sí, han puesto *Bombón* en la radio alguna que otra vez estos últimos días. Sonrío al empezar a cantar. La verdad es que me está gustando mucho, pero quizá sólo sea por la novedad.

*“Nunca hubiera imaginado que iba a encontrar algo así,
tu mirada y tus caderas son mis ganas de vivir.
Tu baile provocativo me está haciendo enloquecer,
Y tu pelo suelto al viento me huele a cacao y a miel.”*

Llega el estribillo y, junto a mis bailarines, hago la coreografía que hemos preparado entre todos.

*“Mi dulce bombón,
si sigues bailando,
el sol del verano
va a derretirte, bombón.”*

*“Eres el bombón
que estaba buscando.
Girando y girando
te mueves como un ciclón.”*

—¡Arriba, Málaga! —grito con todas mis fuerzas, porque no les veo suficientemente animados.

Ana se adelanta y viene conmigo, como habíamos acordado. Le sonrío de medio lado, pongo mi mano en su cintura y empezamos a bailar. Nuestras piernas se sincronizan. Adelante, atrás, adelante y atrás. La ayudo a dar una vuelta muy sexy. Luego pasa delante de mí y se acuclilla con la espalda recta subiendo los brazos para luego volver a incorporarse enseguida abriendo las piernas. Acaba con un *pas de bourée* y cruzándose con un gracioso desplazamiento. La miro mientras vuelve a su posición, y ella a mí, orgullosa. Sí, definitivamente me ha encantado cómo queda *Bombón* en concierto.

—Ahora necesito que me acompañe una mujer muy especial, que tiene una voz de impresión y que ha accedido a grabar un dúo conmigo para este último disco. Con todos vosotros: Natalia Suárez.

La gente empieza a aplaudir, pero Natalia no sale al escenario. La música de *A mi lado* suena y yo empiezo a preocuparme, hasta que la veo allí, sonriente, radiante, con su típica coleta alta y con un vestido rojo que le sienta a las mil maravillas. Empieza a cantar caminando lentamente hacia el centro del escenario, hacia mí.

*“Ayer pensé
que realmente me querías.
Dijiste “siempre serás mía”*

Y yo, ingenua, te besé.”

*“Y ahora sé
que esto es todo una mentira,
que es una adicción que aviva
la llama de mi pesar.”*

Me ha dejado embobado, pero tengo que reaccionar: me toca cantar.

*“Perdóname
si te hice daño aquel día
pero te siento tan mía
que no lo pude evitar”*

Ella me mira muy fijamente, me intimida, y decido bajar la vista al suelo.

*“Si te vas
te sigo por las esquinas,
porque estos celos me arruinan,
no me dejan respirar.”*

Entonces llega el estribillo, y cantamos los dos juntos. Natalia posa una mano en mi hombro. Realmente, me encanta este dueto. Ha merecido la pena. El público también lo canta, y estoy seguro de que el mundo entero llegará a escucharla. Antes de que me de cuenta, ha terminado la canción.

—¡Natalia Suárez! —pido un aplauso para ella, poniendo una mano en la curva de su espalda.

—¡El fenómeno Diego Arias! —responde ella.

Sin perder un segundo más, le doy un abrazo y dos besos en las mejillas. Natalia se aleja de mí despidiéndose del público con la mano y vuelvo a quedarme solo en el escenario.

—Llegado este punto, tengo que decir que el concierto está tocando a su fin. —Inmediatamente, escucho cómo todo el público refunfuña pero, ¿qué puedo hacer?—. Quiero dar las gracias a todas las personas que han hecho posible esto: a la banda, a todos los bailarines, al equipo de luz y sonido, que han hecho un trabajo excelente, a mis representantes, a mis patrocinadores y la gente de mi discográfica, que me ha lanzado hasta aquí. Un fuerte aplauso para ellos.

Canto un par de canciones más. Ya me estoy agotando, pero aún sonrío, bailo y animo al público. Después me despido y, como ya he advertido antes, se apagan las luces mientras salgo del escenario junto a los músicos y los bailarines.

No nos vamos muy lejos, sólo nos hacemos un poco de rogar. Cuando el público apenas lleva dos minutos pidiendo a coro otra canción, decidimos que ya han sufrido bastante y volvemos a salir todos al escenario. Todo el mundo aplaude; en realidad, sabían que íbamos a acabar volviendo. Me dispongo entonces a entonar la última canción, una de mis mejores baladas.

*“Recuérdame
entre el murmullo de las olas.
De la mano cogidos los dos.
Hasta la luna nos miró.”*

Unos minutos después, camino por detrás del escenario, aún con una sonrisa en la boca. Por un momento, me planteo hacer otro *bis*, pero me

apetece más irme cuanto antes a la fiesta de esta noche.

Llego al fin a mi camerino y cierro la puerta tras de mí. Al fin solo. Me quito la camiseta sudada y la tiro al suelo sin preocuparme más. Voy directamente hacia el lavabo, me lavo la cara, me mojo el cuerpo.

—Un gran concierto —oigo detrás de mí y levanto la vista—. Se ve que te entregas a tu público.

Veo a Natalia reflejada en el espejo; está sentada en un sillón, con las piernas cruzadas y una sonrisa insinuante. Se ha soltado el pelo, que ahora le cae en cascada hasta el pecho. Todavía lleva el vestido rojo que ha sacado al escenario, y sigue sentándole igual de bien.

—Tú tampoco lo haces mal —respondo mientras voy a por una toalla y empiezo a secarme.

—Según me dijiste el otro día, lo hago genial. —Enarca una ceja y separa las piernas al estilo *instinto básico* para luego volverlas a cruzar hacia el otro lado.

—El otro día me refería a otra cosa —le recuerdo con una sonrisa divertida.

—Ya lo sé, y por eso he venido, para repetirlo —dice y se levanta del sillón para venir hacia mí lentamente.

—¿Y si yo no quiero repetirlo ahora?

—Claro que quieres, se te nota en... la cara.

Da el último paso hasta mí y se queda demasiado cerca. Pone una mano en mi pecho desnudo, me mira, luego asciende y me rodea el cuello con sus brazos. Yo no hago nada, prefiero quedarme quieto, pero ella entorna los ojos y se lanza a besarme, justo en el momento en que se abre la puerta de mi camerino. Marc entra sin reparos, nos ve y parece quedarse algo desorientado, pero enseguida vuelve a tomar las riendas de la situación.

—Diego, prepárate para los autógrafos, la gente está viniendo —dice y

sale rápidamente del camerino, cerrando de nuevo la puerta.

Vuelvo a mirar a Natalia a los ojos, sólo un segundo, y doy un paso hacia atrás separándome de ella. Voy hasta el pequeño armario para elegir una nueva camiseta, negra esta vez.

—De acuerdo, ya veo que no puedo competir con tus *fans* —suspira Natalia resentida—. Será mejor que me vaya. Nos vemos en la fiesta.

—Sí, hasta luego —la despido acabando de ponerme la camiseta.

Ella se queda quieta un momento, pero al final da media vuelta y va hasta la puerta para salir. Sí, lo sé, la he dejado con las ganas y quizá también he sido un poco antipático, pero tengo mis motivos: lo primero es que estoy trabajando, y lo segundo es que ahora no me apetece. ¿Por qué voy a hacer algo que no me apetece? No hay remedio, las mujeres siempre serán... mujeres.

Creyendo que puedo darme un pequeño respiro, me acerco a la mesa del *catering*, pensando en tomar algo, pero ya escucho las voces eufóricas del público que viene en busca de un autógrafo. Tras coger un buen rotulador, voy hasta la puerta y respiro hondo con la mano ya en el picaporte. De acuerdo, que empiece la locura.

Primero, sonrío y echo un vistazo general al panorama. Lo de siempre: personas jóvenes, la mayoría chicas bastante monas, que por un momento pierden los papeles, gritan, me llaman, alguna no puede contener las lágrimas de emoción, me tienden discos, pósters o cualquier papel para que se lo firme, se empujan entre ellas y me miran de una forma que... a veces me da miedo. Por eso, lo mejor es concentrarse en los autógrafos.

Cojo el primer *CD*, es el último que he sacado, salió hace dos días y ellas ya lo tienen; son las mejores, sobre todo porque me huelo otro disco de platino. Le pregunto a la chica su nombre y escribo: “*Para Laura, una de mis mejores fans*”. Firmo rápidamente y se lo devuelvo. Cojo ahora un póster.

¿Qué haría sin mí la revista *Super pop*? “*Para Marta, la más guapa de mis admiradoras*”. No paran de hacerme fotos, y no creo que pueda salir bien en todas. “*Para Noelia, que desborda simpatía*”. Si siguen así, me van a gastar el nombre. “*Para Carlos, un pequeño recuerdo*”. Alguien me tira del pelo. Sí, estas cosas son las que de verdad me cabrean. “*Para Nuria, un millón de besos*”. Una chica me coge del cuello y de repente salta otro *flash* cegador. A pesar de todo, sonrío y cojo un nuevo CD. “*Para Raquel, con mucho cariño*”. Les pediría por favor que se relajaran un poco, pero sería demasiado. “*Para Alex, un abrazo fuerte*”. No creo que vaya a aguantar mucho más, me agotan, me agobian, me tiran de la camiseta, pero firmo aún otro autógrafo. “*Besos y abrazos de Diego*”. Una chica intenta colarse en mi camerino y tengo que pararla. Esto es demasiado. ¿Qué pretendía hacer ahí? “*Con amor, de Diego*”. Y a partir de ahora, para terminar, me limito a firmar sobre cualquier cosa que me den; llego a firmar camisetas, agendas escolares, brazos...

Otra chica me tiende un cuaderno. Por alguna razón, tal vez porque ese cuaderno huele estupendamente a frambuesa, me quedo inmóvil. Me fijo en las manos de esa chica, suaves y morenas. Sus uñas están pintadas de un rosa pálido con brillo, y lleva una pulsera de macramé morada que probablemente haya hecho ella misma. No sé bien por qué, pero levanto la vista hacia ella. Me mira demasiado seria con sus grandes y bonitos ojos negros. Una gruesa línea perfila sus párpados, y lleva sombra de ojos gris. Su abundante melena morena cae rizada a ambos lados de un rostro agradable, risueño y, sobre todo, con algo especial. Quizá sea esa graciosa nariz o esa atractiva sonrisa que acaba de esbozar; sea lo que sea, no voy a ignorar lo que me ha hecho sentir. Tomo el cuaderno, pero no lo firmo aún. Agarro su fina muñeca y tiro de ella hacia el interior de mi camerino. Rápidamente, cierro la puerta. Quiero estar a solas con ella.

Suspiro y me giro para observarla mejor, mientras sigo escuchando los gritos de la gente. Es algo menor que yo, puede que incluso siga en el instituto. A juzgar por su ropa, parece una chica sencilla, lleva simplemente unos pantalones vaqueros, algo rasgados, y una camiseta negra. Es menudita pero tiene un buen cuerpo; su pecho es voluptuoso, bonito y...

—¿Qué estás haciendo? —consigue murmurar y vuelvo a mirarla a los ojos.

—No... no lo sé —admito—. Ha sido un impulso.

—¿Un impulso? —repite algo aturdida.

—Sí, te he mirado y he sentido algo. Eres tan... —No entiendo lo que me pasa, me faltan las palabras, me bloqueo, y finalmente me limito a decir algo de lo que sí estoy seguro—. Me gustas.

Ella me mira con la frente arrugada, intentando comprenderme. Odio cuando la gente me mira así. ¿Tan raro es que me guste actuar por instinto?

—¿Me firmas el autógrafo? —me pide con timidez.

—Sí, claro —reacciono—. ¿Cómo te llamas?

—Desirée.

Por supuesto, un nombre original, como no podía ser de otra forma. Le quito la tapa al rotulador y me quedo pensando. Al final, escribo en su cuaderno: “Para Desirée, una chica especial hasta el punto de dejarme embobado.” Por último, firmo, y cuando termino lo vuelvo a leer. Sí, ha quedado bien. Cierro el cuaderno y se lo tiendo para devolvérselo pero, cuando ella va a cogerlo, lo aparto rápidamente de su alcance.

—Espera —la detengo, mirándola con los ojos entornados—. ¿Por qué un simple cuaderno y no un póster o un *CD*? ¿Acaso te descargas mi música de *Internet*? —me atrevo a preguntar y ella parece vacilar en la respuesta.

—Puede —contesta al fin—. Pero lo cierto es que ése es mi cuaderno de autógrafos.

Me invade la curiosidad; abro el cuaderno y comienzo a hojearlo. Nada, el resto de las páginas están en blanco.

—Sin duda, es una interesante colección.

—Ya lo sé, está vacío, pero alguien tenía que ser el primero.

—Por supuesto, y estoy muy orgulloso de ser yo quien lo inaugure —le aseguro devolviéndole al fin el cuaderno, que ella mete en su bolso.

Entonces Desirée, tras dudar un instante, se dirige hacia la puerta para marcharse.

—¿Te vas ya? Creía que eras una admiradora, a muchas les encantaría estar en tu lugar —consigo que se detenga—. Quédate un rato. ¿Te apetece comer algo? —le ofrezco acercándome a la mesa del *catering*.

La miro a la cara con una leve sonrisa, y ella no aparta la vista. Se acaba de dar cuenta de que está a solas con su ídolo, en un “glamoroso” camerino. La idea de marcharse le ha venido por inercia, no pensaba lo que hacía, pero la verdad es que éste es su sueño hecho realidad. Se acerca lentamente a la mesa (a mí, al fin y al cabo) e intenta decidirse entre todo lo que hay para elegir. Al final, coge con dos dedos una trufa de chocolate. La observo fijamente mientras se la lleva a la boca. Me resulta imposible apartar los ojos de ella. Muerde la trufa y no consigue contener una risita tonta.

—El dulce me pierde.

—Te entiendo, a mí me pasa lo mismo —admito, y cojo también una trufa—. Alguna vez he empezado una comida por el postre.

Seguramente no me cree, y nos quedamos en silencio. Ella se chupa los dedos. Poco a poco, está asumiendo que soy yo, Diego Arias, y he querido conocerla mejor metiéndola en mi camerino. Espero que no aflore la locura que seguramente tiene contenida.

—Entonces, ¿te ha gustado el concierto? —le pregunto.

—Sí, claro. Ha sido espectacular, sobre todo cuando has...

Ella habla con la vista perdida en alguna parte, con los ojos brillantes, reviviendo la actuación. Gesticula con las manos, se agita nerviosa en su sitio, sonrío, me mira, y yo asiento divertido con la cabeza. Entonces, empieza a sonar su móvil.

—Perdona. —Desirée busca el teléfono dentro de su bolso—. Seguramente sean mis amigas, estaban entre todas esas personas a las que has cerrado la puerta en las narices —me explica.

—Déjame, yo contesto. —Le arrebató el móvil de las manos, dejándola atónita—. Tengo que disculparme.

Sin esperar a nada más, contesto al teléfono sin reparos.

—Desirée, ¿dónde estás? ¿Qué ha pasado? —habla una chica antes de que yo pueda decir nada.

—Te estás equivocando, soy Diego —aclaro, provocando un silencio.

—¿Diego? —se asegura ella—. ¿Diego Arias?

—Sí, el mismo —confirmo. Oigo grititos, cuchicheos nerviosos y risas al otro lado del teléfono.

—Bueno, yo... esto... quiero... ¡enhorabuena por el concierto!

—Gracias, guapa.

—De nada, Diego —y vuelve a reírse—. ¿Está Desirée contigo?

—Sí, está aquí, y estaba a punto de preguntarle si quiere venir conmigo a una fiesta esta noche —la pillo desprevenida, y no puedo evitar sonreír al ver su graciosa reacción. Ella duda una vez más, creo que se plantea si haría bien en aceptar. Quizá piense en algún otro compromiso pero, en realidad, está más que encantada con la invitación. De todas formas, decido seguir insistiendo—. Le puedo asegurar que lo pasará muy bien, bailará conmigo, hará un montón de fotos, verá a muchos cantantes y... conseguirá algunos autógrafos más para su cuaderno. —Termino y la miro enarcando una ceja, esperando su respuesta.

Apenas unos segundos después, ella me quita el móvil para hablar con su amiga.

—Silvia... Sí, sí, pero escúchame. Podéis iros cuando queráis, yo me voy a quedar. —Esbozo una sonrisa de soslayo: lo he conseguido—. No, no os preocupéis por mí. Ya buscaré la manera de volver a casa. Sí, seguro. Vale. Mañana te llamo. Sí, pesada. Adiós —y cuelga el teléfono. Quizá es impresión mía, pero diría que le tiemblan las manos.

—¿Eso significa que te ha gustado el plan?

—¿Estás de broma? ¡Claro que sí! —confirma. Ya empieza a relajarse y a tomar confianza—. Algo así no se presenta todos los días, y no me lo perdería por nada del mundo.

—Lo haces sólo por los autógrafos, ¿verdad? —bromeo.

—Bueno... entre otras cosas.

En ese mismo momento, Marc entra otra vez en el camerino. Se ha acostumbrado a entrar sin llamar. Seguramente viene a decirme que es hora de irnos.

—Diego, ¿estás preparado? Nos vamos.

—Sí, ya estoy —le contesto al instante, pero él se ha quedado de piedra al ver una *fan* en mi camerino. Intento arreglarlo—. Ven, Marc. Te presento a Desirée. Viene con nosotros a la fiesta.

De repente, me siento incómodo. Aunque es una de las situaciones que más me molestan en esta vida, tengo que admitir que el ambiente se ha vuelto tenso. ¿Por qué la gente tiene que ver siempre un problema detrás de cada mínima cosa? Así no se puede vivir. Entonces, por alguna razón, Desirée se dirige hacia la puerta de la estancia.

—Yo espero fuera —murmura y sale del camerino antes de que yo pueda decir nada.

—¿De dónde ha salido? —pregunta Marc en un suspiro.

—¿Qué importa eso? —replico—. Quiero pasar la noche con ella.

—Claro, ¿por qué no? —ironiza como sólo él sabe—. Sólo veo un pequeño problema: los periodistas, esos que cada día te fotografían con una chica distinta. ¿Qué va a pensar la gente?

—Que soy un chico al que le gusta divertirse sin compromisos.

—Mira, Diego, soy tu *manager* y hago todo lo posible para que tú mantengas una buena imagen. Es mi trabajo y me gusta hacerlo bien, pero necesito que colabores un poco.

—Marc, por favor, sabes que en lo profesional me pongo serio y hago lo que me pidas, pero en mi vida personal no puedo soportar tanto control; lo llevo fatal —me defiendo, como cada vez que sale este tema. Él suspira y mira el reloj.

—Ahora no hay tiempo para discutir esto —acaba desistiendo, y se pasa la mano por su melena castaña—. Escúchame: yo hoy no puedo ir a esa fiesta, y tampoco soy nadie para prohibirte llevar a esa chica, pero te pido por favor que seas discreto y que tengas cuidado con los *paparazzi* —me advierte, como hace casi cada día—. Y acuérdate de que mañana a las once tenemos reunión con los patrocinadores. Hablaremos muy seriamente, porque esto no puede seguir así. —Dicho esto, me da la espalda y sale del camerino.

Hasta ahora, lo peor de la reunión era tener que madrugar, pero ahora creo que no irá tan bien como esperaba. Marc parecía enfadado. Sí, sin duda se pondrá serio conmigo, pero eso será mañana; de momento, voy a disfrutar esta noche. Mientras recojo todas mis cosas, me deshago rápidamente de cualquier sensación o pensamiento que me pueda estropear la fiesta; siempre me ha resultado demasiado fácil hacerlo. Cuando salgo del camerino, Desirée sigue ahí, con expresión un poco preocupada.

—¿Ocurre algo? —me pregunta inmediatamente—. Yo no quiero darte problemas.

—Tú no eres el problema, créeme —le aseguro, y camino hacia el garaje donde nos espera mi *Mercedes* mientras ella me sigue. Abre la boca para preguntar algo más, pero me adelanto—. Olvídalo y diviértete esta noche.

Llegamos al aparcamiento y montamos en el coche plateado, en los asientos traseros. El *chofer* arranca sin perder un segundo. Yo miro por la ventanilla. Hoy no hay ninguna admiradora, hemos salido por la puerta que ellas menos se imaginan. Pero sí veo a Marc ahí fuera, demasiado serio. A pesar de los cristales tintados, siento que me mira a los ojos. Necesito distraerme con otra cosa, y opto por saludar al conductor.

—Buenas noches, Santi. ¿Cómo va todo?

—No me puedo quejar —contesta. Me reconforta escuchar esa voz calmada y familiar. Esta angustia que tengo en la garganta parece estar desapareciendo, sobre todo porque no me ha preguntado por ella.

—Me encanta este coche, es muy amplio —interviene Desirée acariciando la suave tapicería de color crema—. ¿Es tuyo?

—Sí, éste es mi coche.

—¿Y siempre vas con un *chofer*?

—No —me río—. Todavía me dejan ir solo a algún sitio.

—¿Te controlan mucho?

—Más de lo que yo consideraría necesario —le respondo con sinceridad—. Tengo que mantener una buena imagen. —Desirée se queda mirándome, sin llegar a comprender del todo lo que yo quiero decir.

—Supongo que eso es un inconveniente de ser famoso —se encoge de hombros—, pero admite que las ventajas merecen la pena.

—Por supuesto. Por ejemplo, hoy te he conocido a ti. —Ella me aparta la mirada un instante con timidez.

—Sí... bueno... pero yo me refería, por ejemplo, a tu casa. Seguramente es enorme. —Sin que yo tenga que contestar, ella ve en mis ojos que no se

equivoca—. Yo siempre digo que el dinero no da la felicidad, pero te la pone al alcance de la mano.

—Sí, en eso tienes razón —coincido, pero en realidad creo que tendría que pensarlo mejor.

—¿Y con quién vives?

—Con mi hermano, Mario —le cuento.

—¿Ah, sí? Sabía que tenías un hermano. —Asiento con la cabeza—. ¿Vivís juntos?

—Se puede decir que sí. Aunque yo viajo mucho y él está metido en el mundo del tenis y por ejemplo ahora mismo está fuera de España participando en un campeonato. Vuelve mañana.

—Qué envidia me das —confiesa mirando por la ventanilla—. Me encantaría tener una vida tan plena.

—No te equivoques. Mi vida es diferente a la tuya, pero no mejor ni peor.

Desirée aún está recapacitando sobre lo que acabo de decir cuando el coche se detiene. Miro por la ventanilla. Hemos llegado. El *chofer* aparca en un buen sitio y a continuación los tres bajamos del coche.

—Muchas gracias, Santi —le agradezco—. Déjame las llaves, me llevaré el coche luego.

—No, Diego. Marc me ha dicho que no te deje coger el coche bajo ningún concepto.

—¿Por qué? —me quejo—. ¿Y cómo se supone que voy a volver a casa?

—Aquí hay un servicio de transporte durante toda la noche. Son como taxis, pero con más clase. Puedes irte a casa cuando quieras. —Creo distinguir que las comisuras de sus labios se curvan ligeramente hacia arriba, y eso me cabrea aún más.

—Pero esto no es justo. Es mi coche, ¿por qué no puedo conducirlo?

—Porque vas a beber —dice, y eso me suena a palabras textuales de Marc.

—Venga, Santi, no le hagas caso. Sabes que es un exagerado.

—Yo llevaré el coche a tu casa —intenta zanjar la discusión.

—Espera, Santi, por favor. ¿Qué puedo hacer para que me lo dejes?

—Adiós, Diego. Pasadlo bien —se despide entrando en mi coche. Nunca le ha gustado discutir.

Me quedo observando mi *Mercedes* mientras se aleja, y no tarda en desaparecer de mi vista. En ese instante, la ligera mano de Desirée se posa en mi hombro.

—Olvidalo y diviértete esta noche —repite las palabras que yo mismo he dicho hace poco.

Le sonrío. Tiene razón, lo mejor es no pensar en esas pequeñas cosas que molestan. Me giro y comienzo a andar hacia la puerta del local. A medio camino, nos encontramos a cuatro adolescentes afortunadas que se han enterado del evento de esta noche. Suele pasar; es casi imposible hacer algo así en completa privacidad. Les firmo unos autógrafos, me hago algunas fotos con ellas, y finalmente tengo que despedirme. Por suerte, no me han preguntado por Desirée, pero nadie sabe lo que han pensado de ella.

—Diego Arias, buenas noches —dice al verme el portero del local y yo asiento con la cabeza—. Y ella es...

—Desirée, viene conmigo.

—De acuerdo, podéis entrar —y nos abre amablemente la puerta—. Divertíos.

Cuando entramos, todo es música retumbando contra las paredes, luces de todas clases y colores, baile, risas y alcohol. Desirée mira a su alrededor; se queda sin palabras, pero esboza la sonrisa de una niña con un muñeco

nuevo y saca del bolso inmediatamente su cuaderno de autógrafos.

Desirée se lo pasa estupendamente hablando con todos los famosos, haciéndose fotos y completando su cuaderno de autógrafos. Para ella esto debe ser mejor que ningún parque de atracciones... hasta que se acerca a Natalia. Ay, no; ella no. Intento detener a Desirée pero ya es tarde.

—¡Dios mío, Natalia Suárez! —exclama Desirée llamando su atención—. Me encantas desde que era una enana, de verdad; y me sé de carrerilla absolutamente todas tus canciones. El dueto que habéis hecho es perfecto. — Pero mientras ella habla Natalia sólo me mira a mí; con una ceja levantada, por cierto—. ¿Me puedes firmar un autógrafo?

—Dichosos los ojos, Dieguito. Pensé que ya no aparecerías por aquí — me dice—. ¿Has venido acompañado?

—Sí —y, ¿qué más puedo decir?—. Desirée es una admiradora mía.

—Ya veo, una de tantas.

Continúa mirándome fijamente. Ahora sí que no sé cómo contestarle. Tras un relativo pero incómodo silencio agradezco infinitamente que Desirée intervenga.

—Natalia, ¿me firmarías un autógrafo?

—Claro, bonita, ¿por qué no? —pero su tono es notablemente despectivo.

Coge el cuaderno de autógrafos y firma sin ni siquiera mirar el papel. Vaya, ni un “con cariño”, ni un “besos y abrazos”. En cuanto le devuelve el cuaderno, nos da la espalda y se pierde entre la gente. Desirée se queda literalmente boquiabierta. ¿Cómo ha podido ser tan antipática?

—No le hagas caso —le digo sacándola de su ensimismamiento—. Ven, vamos a tomar algo.

La cojo de la mano y cruzamos hasta la barra esquivando a toda esta multitud agobiante. Finalmente, nos sentamos en unos taburetes altos y

acolchados.

—¿Qué bebes? —le pregunto.

—*Brugal* con naranja.

—Un *Brugal* con naranja y un *Gin-tonic*, cuando puedas —le pido al atareado camarero alzando la voz. Luego me giro hacia Desirée—. Bueno, ahora que ya has conocido a algunos famosos, ¿qué piensas? ¿Son como parecen en la televisión? —me interesa saber.

—Ni de lejos —admite sin pensarlo demasiado.

—¿Ni siquiera yo?

—Tú eres una excepción. Eres totalmente transparente y simple.

—¿Eso es algo bueno?

—Por supuesto que sí —me asegura—. Fíjate, por ejemplo, en Natalia. Nunca me la habría imaginado tan borde y egocéntrica. ¿Cómo has soportado hacer un dúo con ella?

—Cosas que uno se ve en la obligación de hacer —me limito a responder, prefiriendo no explicarle lo que ocurre entre nosotros, ya que parece que no lee la prensa rosa—. Pero ya hemos hablado suficiente sobre mí, cuéntame algo de ti.

—Me llamo Desirée, tengo dieciocho años y vivo en Málaga. Mi cantante preferido es Diego Arias, me gustan los caballos y la equitación y estoy estudiando la carrera de veterinaria.

—¿Veterinaria? —me sorprende—. Para eso hace falta valor.

—Sí... o una mascarilla.

Entonces llegan nuestras copas. Apenas me da tiempo a dar el primer trago, porque en ese mismo momento empieza a sonar mi nuevo single: *Bombón*.

—¡Es tu canción! —me dice, por si no me había enterado—. Vamos a bailar ahora mismo.

Desirée baja de su banqueta y, una vez en pie, tras alisarse la camiseta, tira de mí. Yo, que no venía con demasiadas ganas de bailar, doy un rápido trago a mi bebida antes de acabar cediendo, y me levanto también.

Ella me guía entre la gente hasta el centro del local, y saludo con la mano a un par de personas a las que no había visto antes. No me lo puedo creer, a esta chica no le da vergüenza nada. Cuando encuentra un buen sitio, Desirée se gira hacia mí y empieza a bailar y cantar mi canción con una sonrisa, y no veo otra opción más que acompañarla en su baile.

—Diego, tú eres el coreógrafo de esta canción. Vas a tener que enseñarme a bailarla, porque tiene todas las papeletas para ser la canción del verano.

—De eso estoy seguro —le digo—. Fíjate en el estribillo.

*“Mi dulce bombón,
si sigues bailando,
el sol del verano
va a derretirte, bombón.”*

*“Eres el bombón
que estaba buscando.
Girando y girando
te mueves como un ciclón.”*

Lo bailo y Desirée acaba pillando los pasos. Para cuando acaba el primer estribillo, la gran mayoría de la gente ya se ha levantado a bailar. Sí, sin duda esta canción dará qué hablar este verano.

Finalmente, cuando la canción termina, se respiran en el ambiente la euforia y el buen rollo, las ganas de seguir bailando. Vuelve a sonar la música

y todos nos ponemos de nuevo a bailar, aunque esta canción no sea tan buena como la mía.

Como coreógrafo, tengo que admitir que Desirée no baila excesivamente bien, pero me gusta cómo se mueve. Entonces me mira fijamente, da un paso hacia delante hasta que su pecho toca el mío y apoya las manos en mis hombros para decirme algo al oído.

—¿Sabes, Diego? Soy una gran *fan* tuya, estoy totalmente abrumada y haría cualquier cosa que me pidieras.

Me dedica su mirada más atractiva y su sonrisa más seductora mientras su mano desciende despacio desde mi hombro hasta... hasta que la paro. *Ufff*, qué calentón. Respira, Diego. Respira. ¿Es que quieres desnudarla aquí mismo? Busca soluciones. ¿En el baño? No, demasiado arriesgado. Pero aún me está mirando, esperando que haga algo. Tengo que llevarla a casa. Joder, qué frustrante es no poder hacer lo que me apetece aquí y ahora. Sin más, agarro su muñeca y tiro de ella hacia la salida.

CAPÍTULO IV

(Desirée)

No me lo puedo creer

Tómame de los pies a la cabeza
porque quiero ser la lava que derrama tu volcán de miel.
Bésame, tápame la boca con tu boca porque quiero arder.

Éxtasis, Pablo Alborán

Observo cómo Diego abre la puerta con su llave. Estoy tan nerviosa que creo que en cualquier momento me fallarán las piernas.

—Bienvenida —me dice, sujetándome la puerta para que entre, y por fin reacciono.

Miro a mi alrededor. Precioso jardín, como era de esperar. Un segundo; ¿eso es...?

—¿Eso es una pista de tenis? —pregunto.

—Sí, un capricho de mi hermano. Yo prefiero la piscina.

Señala hacia la derecha. Hay una sala acristalada, una piscina cubierta iluminada desde el interior. Parece tranquila y agradable. Me gusta.

Todavía extasiada y mirando hacia todas partes, sigo a Diego hasta la

puerta principal. Abre rápidamente y vuelve a dejar que pase yo primero. Entro y él enseguida enciende la luz. ¡Dios mío! Qué grande, qué estilo, qué combinación de colores blanco, negro y rojo, qué sensación de amplitud. Sin duda, podría acostumbrarme fácilmente a esto.

—Diego, estoy impresionada. Esta casa es genial —es lo único que consigo decir.

Cuando me giro él está justo detrás de mí. Pillándome desprevenida, no duda en besarme. No soy capaz de reaccionar y me quedo inmóvil. Él se separa unos centímetros de mí. Su mirada es intensa, y su sonrisa... esa sonrisa no es la que le he visto en las revistas. Antes de que yo pueda coger aire, vuelve a mis labios. Sus manos en mi cintura me empujan, me muevo rápido hacia atrás y él me guía hasta la pared más próxima. Diego me besa el escote y el cuello y me acaricia la espalda. Suspiro y cierro los ojos. Sin más demora me quita la camiseta y mientras me vuelve a besar noto su mano cálida en mi pecho. Yo enredo los dedos en su pelo, atrayéndole más hacia mí.

Él tira de mí ahora, me lleva hacia unas escaleras. No estoy segura de cómo ocurre pero acabo tirada sobre los primeros escalones. Diego se quita la camiseta con un rápido movimiento y se agacha frente a mí. Nos fundimos en un beso acalorado y él comienza a buscar el cierre de mi sujetador. No tarda demasiado en quitármelo. Luego lleva sus manos a mi trasero, me coge entre sus brazos y me levanta del suelo. Apenas me doy cuenta de que está subiendo la escalera, seguramente, hacia su habitación.

Cuando llegamos al piso de arriba, vuelvo a poner los pies en el suelo. Acaricio su pelo, su cuello, su pecho, su abdomen y llego hasta la hebilla de su cinturón. Mientras él me besa de nuevo en la clavícula consigo desabrocharlo y sus pantalones vaqueros caen al suelo en ese mismo momento. Me abraza fuerte, vuelve a levantarme del suelo sin el mínimo

esfuerzo y me lleva hasta la que, supongo, es su habitación. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás en un suspiro. De repente, él me suelta. Por un segundo me asusto, pero luego siento que caigo sobre las nubes. La funda nórdica y esos cojines que parecen rellenos de algodón dan esa sensación.

—No me lo puedo creer —murmuro cuando él sigue a los pies de la cama.

—¿El qué?

—Que estoy en la cama de Diego Arias —explico y le veo reírse.

—Créetelo, no es para tanto —dice mientras tira de mis pantalones hasta quitármelos.

Él se desliza a mi lado y me vuelve a besar. ¿Quién me iba a decir que esto se haría realidad algún día? Ahora rodamos por la cama, que parece no tener límites. Y en este colchón tan cómodo me siento flotando en el cielo, o más arriba, en el séptimo cielo. Dios mío, es él, es Diego Arias. Trato de abrir los ojos para mirarle pero sólo me sale un gemido. Acaricio la piel suave de sus brazos y sus hombros esbeltos y oigo que se ríe. Sí, esto es real. Todo empieza de repente a ir cada vez más deprisa, como mi corazón acelerado, él agarra mi pelo y siento sus respiraciones en mi cuello cada vez más agitadas, y más, y más... y pierdo por completo el sentido y él se desploma bocabajo a mi lado. Yo suelto despacio el aire de mis pulmones, abro los ojos y le miro.

—Joder —es lo único que consigo decir aún en un jadeo.

—Sí... eso —él se ríe de lo patética que he sonado.

Sonrío y me quedo mirando al techo mientras su brazo descansa sobre mi vientre. Un agradable momento de silencio. Tengo una pregunta para él; quizá sea un poco incómoda pero tengo que hacérsela.

—Diego —murmuro con timidez—. ¿Cuántas chicas han pasado por aquí?

—Seguramente menos de las que tú estimarías —me contesta sin dudar.

No sé si debo sentirme ahora más tranquila—. ¿Y tú, has tenido muchos novios?

—Tres —admito—, pero el primero no cuenta.

—¿Y eso por qué?

—Porque sólo me quería para fardar delante de sus amigos. Cuando estábamos con los demás parecíamos una pareja normal, pero no quedábamos a solas, no nos enviábamos los típicos mensajes ñoños y nunca vino a mi casa, ni yo fui a la suya. Acabé cansándome de todo y le dejé. —No me lo puedo creer, se lo he contado así, sin más; y aún quiero seguir hablando—. Sólo me besó alguna vez delante de sus amigos y por supuesto no... no dimos el siguiente paso. Por eso digo que no cuenta. —Vuelvo a mirar a Diego. Está bocabajo con los ojos cerrados. Parece tranquilo, quizá demasiado—. ¿Diego? Diego, ¿me estás escuchando? —De acuerdo, ahora es oficial: se ha quedado dormido.

A mí, naturalmente, me cuesta abandonarme al sueño. No es fácil dejar la mente en blanco cuando tu ídolo se encuentra tendido a tu lado. Al principio ni siquiera puedo dejar de mirarle; sus hombros ascendiendo y descendiendo con cada tranquila respiración. Hasta me planteo hacerle una foto o un vídeo y subirlo a *Youtube*, pero eso no es de ser buena persona. Después de un tiempo consigo mantener los ojos cerrados y finalmente me quedo plácidamente dormida en la cama más cómoda en la que he estado nunca.

A la mañana siguiente, los rayos de sol comienzan a colarse en la habitación a través de la ventana. No recuerdo la última vez que tuve un despertar tan agradable. No se escucha el mínimo ruido y en la habitación huele ligeramente a vainilla. Alargo el brazo buscando a Diego, pero no llego a tocarle. Esta cama es realmente grande. Bostezo y abro los ojos despacio para llevarme una sorpresa. Él no está aquí. ¿Se habrá levantado ya? ¿Qué

hora será?

Permanezco tumbada bocarriba en la cama observando la habitación desde mi posición. Es, al menos, dos veces más grande que la mía, pero parece bastante normal. Las paredes son de un blanco impoluto, pero también predominan los colores rojo y negro, como la funda nórdica que descansa sobre mí o los cojines que han acabado en el suelo. Paso la mirada por las estanterías, un armario grande de puertas correderas, un *puff* en el rincón del fondo, una televisión...

A mi derecha hay una puerta que, estoy convencida, dará a un baño. Me levanto de la cama, voy hasta allí y, afortunadamente, descubro que no me equivoco. Entro en el servicio y no salgo hasta juzgar que mi imagen en el espejo es medianamente aceptable.

Veo que mi ropa, a pesar de haberla dejado tirada por toda la casa anoche, está ahora cuidadosamente doblada a los pies de la cama. No sé exactamente qué pensar de eso, pero no le doy demasiada importancia. Antes de nada, recupero mi ropa interior, y entonces se me ocurre una buena idea.

Me dirijo al armario, lo abro sin reparos y empiezo a revisar perchas y cajones: la ropa de Diego Arias. Examino sudaderas, pantalones vaqueros, calzoncillos, algún polo... Finalmente, elijo una camiseta blanca en la que se puede leer *New York* con letras grandes, y me la pongo. Me queda ancha y llega a cubrirme el trasero. Cierro los ojos e inspiro despacio; la camiseta huele a él, pero lo mejor es que le va a encantar verme con ella puesta.

Me dispongo a salir de la habitación, pero la vista se me va a la estantería grande; concretamente, a una gruesa carpeta roja. Sé que no debería, pero no puedo controlar la curiosidad. Alargo el brazo y la saco de su lugar. Vuelvo hasta la cama, me siento y apoyo la carpeta en mis piernas antes de abrirla. Dios mío, es la carpeta en la que Diego guarda las letras impresas de todas sus canciones. Reviso las hojas como si hubiera encontrado

un valioso tesoro, sintiéndome una niña traviesa. Están absolutamente todas, sin faltar ni una, cuidadosamente ordenadas de las más antiguas hasta las de su último disco. Yo me lo compré ayer, y ya lo tengo en casa. Ayer, cuando nada de esto había ocurrido ni parecía que pudiera llegar a ocurrir.

Cuando he repasado todos los títulos por lo menos cuatro veces, cierro la carpeta. Me levanto para devolverla a la estantería. Luego me dirijo hacia la puerta, con la sensación de irme demasiado pronto. Podría seguir cotilleando su cuarto, pero comprendo que todo el mundo necesita un poco de intimidad; espero que él mismo quiera mostrarme muchas cosas más. En cualquier caso, Diego ahora estará abajo, esperando a que yo me levante, y no voy a hacerme más de rogar.

Abro la puerta y, por alguna razón, miro hacia los dos lados antes de salir. Me encuentro al fondo de un luminoso pasillo. Frente a la habitación de Diego hay otro dormitorio. Por lo que veo tras la puerta entreabierta, ésa debe ser la habitación del hermano de Diego. Reprimo mis ganas de explorar también ese cuarto y sigo andando. Después, a la derecha hay otro dormitorio en el que no parece dormir nadie habitualmente. Seguramente sea para invitados. Por último, a mi izquierda hay un despacho. Es amplio, con una ventana grande, dos escritorios espaciosos y sillas negras con ruedas, un ordenador, muchos papeles aparentemente desordenados, un teléfono...

Al pie de las escaleras pienso que podría pasarme horas descubriendo esta casa tan grande, pero me obligo a bajar ya al piso de abajo. Mientras bajo las escaleras, suspiro imaginando tener una vida así: sin problemas, con dinero de sobra, con una casa enorme.

Oigo un ruido en la cocina, Diego debe estar desayunando. Esbozo una sonrisa y voy rápidamente hacia allí. Sin embargo, en cuanto entro en la cocina me llevo una pequeña decepción: no es Diego quien está ahí.

—Buenos días —me dice una mujer de mediana edad, morena, rellenita

y de baja estatura.

—Hola —saludo completamente desorientada. ¿Acaso es su madre? Diego me dijo que sólo vivía con su hermano y que Mario ni siquiera estaba en España—. ¿Eres...?

—Anabel, la asistenta —me contesta amablemente, y reparo en su acento sudamericano.

—Yo soy Desirée —me presento sin saber qué otra cosa puedo hacer.

—Encantada de conocerte —y, sin más, se acerca rápidamente a darme dos besos.

—Perdona, ¿sabes dónde está Diego?

—Se fue hace un rato, creo que tenía una reunión con la discográfica. —Asiento despacio con la cabeza. Podría habérmelo dicho—. Siéntate, cariño, y desayuna algo.

Entonces me fijo en la mesa de la cocina. Hay café, zumo de naranja natural, bollería de todas clases, tostadas recién hechas y una bandeja con fruta. Creía que esta clase de desayunos sólo existían en esas series españolas cutres, pero ya veo que mi sueño se ha hecho realidad.

—¿Sabes qué? —le digo a Anabel sentándome ya frente a esas exquisiteces—. Hoy no es un día para contar calorías. —Ella me sonrío, pero continúa limpiando el extractor.

Sin escatimar en carbohidratos, empiezo sirviéndome un buen café, en el que mojo un delicioso *croissant*. Luego decido tomar una tostada de pan de molde con mantequilla y azúcar, y finalmente termino la comida más importante del día con un vasito de zumo.

—Ya es suficiente —digo cuando empieza a tentarme una de esas magdalenas con chocolate—. Creo que subiré a vestirme.

Me levanto de la silla, dejo en el fregadero el plato, los vasos y el cuchillo de untar que he usado y salgo de la cocina. Me paro en seco. Estoy

en la casa de Diego Arias. ¿Voy a irme tan pronto? La respuesta obvia es no; exploraré también esta planta.

Bueno, la cocina ya la he visto. Ahora, a mi derecha hay un amplísimo cuarto de estar. Dos sofás de color rojo, un sillón negro que parece de lo más cómodo y una mesa de café de cristal. Desde aquí no puedo verlo, pero imagino que al fondo estará la televisión de pantalla plana más grande que yo haya visto nunca; por supuesto, conectada a cacharros tan modernos que ni siquiera sabré qué son. De todas formas, eso no me interesa. A mi izquierda está el comedor, es una estancia agradable y la mesa es como dos veces la que hay en el salón de mi casa.

Entonces veo que, junto a las escaleras que vienen del piso de arriba, hay otras escaleras que bajan a un piso inferior. Antes de preguntarme siquiera qué habrá ahí, ya las estoy bajando. Me fijo en que en las paredes hay colgados un disco de platino y dos discos de oro.

Termino de bajar el último escalón y me encuentro entre dos puertas. Decido abrir primero la de mi derecha: un garaje. Al fondo está la amplia puerta blanca de metal que da a la calle. Hay espacio de sobra para dos coches, aunque en este momento sólo hay uno. Éste debe ser el de Mario. ¡Qué cochazo! Un precioso *Audi TT* blanco. Por lo demás, hay algunos trastos desordenados y un par de bicicletas apoyadas en la pared. Nada excesivamente interesante.

Salgo del garaje y cierro la puerta a mi espalda. Ahora sólo me queda averiguar qué se esconde tras la puerta número dos. Pongo la mano sobre el picaporte, pero dudo. Esto que estoy haciendo no está bien. Sin embargo, no puedo controlar la curiosidad ni mi tendencia a cotillearlo todo y abro.

¡Uau! ¿Debería haberme imaginado que en la casa de Diego y Mario Arias no podía faltar un gimnasio? Es espacioso y luminoso. En las paredes blancas hay colgados más discos de platino e incluso de diamante. Se me va

la vista hacia el moderno equipo de música; ha debido de costar una barbaridad pero, claro, es imprescindible: Diego lo necesita para montar sus coreografías. Me fijo en unas colchonetas apiladas, en una bicicleta estática, en una máquina de correr... Eso quizá sí es un capricho pero, ¿a quién le importa? Se lo pueden permitir.

Cuando me vienen a la cabeza mis sufridas visitas al gimnasio, prefiero salir de allí. Decido volver arriba. Lo mejor será que me vista y me vaya a casa, me siento como una intrusa aquí. Subo los dos tramos de escalera, recorro el pasillo y entro en la habitación de Diego.

Antes de nada, no puedo evitar hacer la cama. Sí, me siento algo extraña; al fin y al cabo, tienen asistenta, pero no soy capaz de irme sin hacerla. Coloco los cojines sobre la almohada preguntándome si volveré a ver a Diego. Sí, estoy en su casa y, en teoría, en cuanto sepa qué parada de autobús es la más cercana, puedo regresar cuando quiera; pero ni siquiera nos hemos intercambiado los números de teléfono. En realidad, tampoco creo que me hubiera dado el suyo aunque se lo hubiera pedido.

De todas formas, sólo se me ocurre una cosa para tener la mínima posibilidad de volver a saber de él. ¿Me atreveré a hacerlo? Santo cielo, es Diego Arias; claro que tengo que hacerlo. Inmediatamente, saco mi cuaderno de autógrafos de mi bolso y arranco un trozo de la última hoja. Escribo mi nombre y mi número de teléfono, con la máxima claridad, y lo dejo sobre su mesilla de noche. Esbozo una sonrisa orgullosa, pero enseguida desaparece de mi boca. No, no va a llamarme, tiene cosas mejores que hacer, chicas mejores con las que salir. Me limito a encogerme de hombros, es todo lo que puedo hacer.

Me visto rápidamente con la ropa de ayer, me cuelgo mi bolso al hombro y salgo de la habitación, no sin antes echar una última ojeada a lo que dejo atrás. Bajo las escaleras, me despido amablemente de Anabel,

aunque seguramente no la vuelva a ver, y salgo de la casa de Diego Arias.

CAPÍTULO V
(Diego)
Algo más serio

Qué curiosa la vida
que de pronto sorprende con este loco amor.
Y es que todo se acaba y termina
si dejo de ser lo que soy.

Pasos de cero, Pablo Alborán

Al llegar, llamo a la puerta, pero entro sin esperar ningún “adelante”. Ahí están Marc y Charlie.

—Lo siento, me he dormido.

—Siéntate —me dice Marc en tono excesivamente seco señalándome la silla más próxima, pero al menos no me regaña.

Hago lo que me pide en silencio, me siento y me arrimo a la amplia mesa central. Entonces Marc desaparece de mi vista detrás de mí. Me muerdo el labio inferior, odio esta clase de broncas. Justo en ese momento, una revista cae en la mesa delante de mí. En primera plana sale una foto mía con Lorena. Ésta ya la había visto. Marc tira otra revista ante mis ojos: esta vez es una foto con Ana. También la había visto. Una nueva revista cae sobre la anterior. La foto que me hicieron con Natalia, ya la vi en su momento.

—Y la última es mi preferida. Acaba de salir esta mañana —dice Marc y deja caer la última revista frente a mí.

Una foto con Desirée, anoche, entrando en ese coche que nos llevó a casa. Ésta es nueva.

—Y esto sólo es el resumen de los últimos tres meses —espetta, de pie detrás de mí, y no soy capaz de levantar la mirada de la revista—. Cuatro chicas en tres meses.

—Diego, esto puede crearte mala fama —habla Charlie, mucho más calmado y comprensivo que Marc. Creo que va de “poli bueno” o algo así—. Entiendo que es duro saber que en cualquier momento te pueden hacer una foto y que la gente te va a juzgar por cada cosa que hagas, pero es así.

—Sabes que me revienta...

—Lo sé, pero influye en tu carrera.

—¿Y qué tiene que ver mi música con ninguna chica? —protesto.

—¡Me cago en la puta, Diego! —grita Marc dando un golpe en la mesa—. Deja de plantearte eso y comprende que van a empezar a hablar mal de ti; y si no caes bien a la gente, no vas a vender ni un disco.

Aprieto las mandíbulas con rabia y me cruzo de brazos. Se me hace un nudo en la garganta y mis respiraciones empiezan a acelerarse mientras me pregunto por qué tiene que ser así.

—La gente no sólo compra tu música, Diego —me recuerda Charlie.

—El tiempo que has estado saliendo con Natalia nos ha servido para promocionar el dueto, pero no puedes dejarte ver con una *fan* cualquiera —Marc sacude la cabeza. Sé que se refiere a Desirée—. De ninguna manera.

—Pero... —me dispongo a quejarme.

—Sin “peros” —replica Marc—. Se acabó lo de acostarse con un chica distinta cada noche.

Sí, eso último ha sido demasiado radical y exagerado. Miro a Charlie,

que parece opinar lo mismo que yo, y habla para calmar las cosas.

—Con eso no queremos decir que no puedas tener novia... pero una novia.

—Mira, Diego, tengo la suficiente experiencia laboral como para asegurarte que estás a punto de tirar por la borda todo lo que has conseguido hasta ahora. ¿Te lo digo más claro?

Me giro hacia Marc. ¿Estará diciendo la verdad, o sólo está exagerando de nuevo? Justo en ese momento llaman a la puerta y, cuando relajo todos los músculos de mi cuerpo, me doy cuenta de que estaba muy tenso.

Marc me da la espalda y va a abrir la puerta. Es Javier, acompañado de un hombre que no conozco y una mujer que me gustaría conocer. Charlie también se acerca a recibirlos y yo me levanto para las presentaciones.

—Buenos días, Marc. Charlie —saluda Javier entre apretones de manos—. Diego, estos son Víctor y Vanesa, los patrocinadores de *Magnum*.

—¿De *Magnum*? —inquiero estrechándoles también la mano.

—Sí —afirma Javier—. Sentaos y hablamos tranquilamente.

Todos nos sentamos alrededor de la mesa. Genial, soy el único que no tiene ni idea de lo que está ocurriendo aquí, y estoy impaciente por saberlo.

—Bueno, Diego —comienza Javier—. Estamos empezando a organizar una gira para promocionar tu nuevo disco este verano.

—¿Una gira? —aparece inmediatamente una sonrisa en mi cara. Sabía que no tardarían en ofrecérmelo, pero lo estaba esperando como agua de mayo.

—Sí, y hemos pensado que sería perfecto que estuviera patrocinada por *Magnum*. Al fin y al cabo, tu *single* se llama *Bombón*.

—Verás, Diego, vamos a lanzar al mercado un nuevo *Magnum* de café —me explica Vanesa—. Si nos cedes tus derechos de imagen, podríamos llamarlo *Magnum Bombón*.

—Suenan bien —tengo que admitir.

—Tú tendrás que rodar un anuncio publicitario y la marca patrocinará tu gira —aclara Javier.

—Sí, por supuesto. Lo haré encantado —la idea cada vez me gusta más—. Adoro los *Magnum*.

—Muy bien, pero tendremos que concretar los beneficios —interviene Marc y automáticamente desconecto casi por completo.

Después de hablar de dinero, de negociar ciertos aspectos, de escuchar demasiados términos que ni siquiera entiendo, y de firmar dos o tres contratos, hemos acabado.

—De acuerdo, entonces estaremos encantados de trabajar con vosotros —dice Víctor levantándose de su silla—. Como os he dicho, está prácticamente todo dispuesto, así que grabaremos el anuncio cuanto antes. Te mantendré informado de lo que decidamos, Javier.

—De todas maneras, Marc tiene mi número por si surge cualquier problema —añade Vanesa aún recogiendo todos los papeles que ha ido sacando durante la reunión.

Después del típico protocolo de despedida, no tardan en marcharse. Yo me dispongo a irme también, pero Marc me detiene.

—Diego, he estado hablando con los de la discográfica sobre la grabación del *videoclip*, lo haremos dentro de dos semanas. Han pensado que estaría bien rodarlo en la playa; ya sabes: ambiente veraniego y bailarinas en biquini.

—Muy bien, ya me irás contando todos los detalles.

—Diego —pronuncia mi nombre en un tono calmado y alzo la vista hacia él—. Hazme caso, ¿vale? Sé discreto.

Me limito a asentir vagamente con la cabeza y salgo de la sala. No puedo contener un largo suspiro. Acto seguido, miro mi reloj. Mierda, la una

y cuarto. Tengo que ir al aeropuerto a recoger a mi hermano y llego súper tarde.

Bajo trotando las escaleras hasta el aparcamiento, corro hasta donde he dejado mi coche, entro en él y meto la llave en el contacto antes incluso de cerrar la puerta. Arranco y salgo sin perder un segundo más.

Una vez en el aparcamiento del aeropuerto, en el sitio donde Mario y yo quedamos siempre, me siento orgulloso de haber llegado a tiempo. Él aún no está aquí. Subo el volumen de la radio y comienzo a cantar la canción *Tanto la quería* de Andy & Lucas mientras tamborileo suavemente sobre el volante al ritmo de la música.

Afortunadamente, Mario no tarda demasiado, y a los pocos minutos le veo aparecer por el espejo retrovisor tirando de su *Samsonite* azul marino. Pelo castaño oscuro, ojos marrones y grandes, algo más alto que yo y cuerpo de tenista. Me bajo al instante del coche y voy directamente a darle un abrazo.

—Bienvenido de vuelta, Mario. ¿Cómo ha ido el viaje?

—El viaje, bien. Al menos el avión no se ha retrasado demasiado — cuenta mientras le abro el maletero.

—¿Y qué tal por... allí? —pregunto dándome cuenta de que no sé dónde ha jugado.

—Holanda —me recuerda metiendo la maleta en el portaequipajes.

—Sí, eso: Holanda. Bonitos molinos —y cierro el maletero.

—Ya sabes: mucho verde, muchas bicicletas y muchos holandeses. Y, por supuesto, finalmente gané el partido.

—Felicidades otra vez. Estoy empezando a pensar que quizá sí seas tan bueno como dicen.

Voy hasta la puerta del conductor y entro en el coche. Mario enseguida

se sienta en el asiento del copiloto y cerramos las puertas casi a la vez.

—Sabes lo que quiere decir eso, ¿verdad? —me dice en cuanto arranco el coche—. ¿Sabes lo que significa haber ganado este partido?

—Por supuesto que sí. Era... me dijiste que era muy importante.

—Voy a jugar un partido semiprofesional en Francia el mes que viene, incluso lo retransmitirán por un canal de televisión de pago de deportes y al fin comenzaré a darme a conocer como jugador de tenis.

Aparto la vista de la carretera un instante para mirarle. Sí, es cierto que me lo dijo. Parece muy contento y orgulloso de sí mismo al ver cada vez más cerca su sueño hecho realidad.

—Joder, Mario. ¿Qué puedo decir? Eres un máquina. Y eres el mejor ejemplo de que hay que perseverar para conseguir lo que se quiere.

—Lo sé —chasquea la lengua con una sonrisa socarrona. Ahí está la modestia habitual de mi hermano.

De acuerdo, ganando partido tras partido se va a hacer de oro, pero... ¿qué más ha hecho en Holanda? No estoy seguro de que vaya a contestarme, pero no pierdo nada por intentarlo.

—¿Y has conocido a alguna holandesa?

—Diego, ¿alguna vez piensas en otra cosa?

—Contéstame.

—Sí, Diego, he conocido a algunas chicas; y no, no me he acostado con ninguna.

—Supongo que tienes una buena razón.

—Bueno... estoy seguro de que esto ya te lo dijo mamá hace unos años, pero te lo repetiré: uno tiene que ser responsable de sus actos y pensar en las consecuencias.

—Sí, ya me lo dijo mamá —me quejo, frunciendo el ceño. No es la primera vez que Mario me recuerda las palabras de mi madre y, por

desgracia, estoy seguro de que no será la última. Odio cuando hace eso. Trato de reconducir la conversación—. Entonces, ¿no te apetece tener... novia?

—Claro que sí, Diego, pero yo ya empiezo a buscar algo más serio.

De acuerdo, esto es peor de lo que creía. No sé a qué se refiere con “algo más serio”, pero prefiero no pensarlo. Mi hermano, que tiene veintitrés años y apenas ha llegado a hacer las locuras propias de la juventud, dice que ya quiere “algo más serio”. No, no lo puedo consentir; tengo que intervenir cuanto antes. ¿Y qué hago? Tendré que buscarle una novia. Mi hermano necesitaría una chica joven, alocada, inmadura y divertida, y así quizá se le contagiara algo de ella. Sin embargo, una chica así no le va a gustar, así que debo conseguirlo de forma muy sutil. Confío en que se me ocurra pronto una buena estrategia.

Cuando llegamos a casa, mi hermano me dice que va a darse una ducha y a deshacer la maleta. Yo también siento la necesidad de subir a mi habitación ya que, cuando salí esta mañana, Desirée seguía durmiendo. Me pregunto, por ejemplo, si habrá olvidado algo o si me habrá dejado algún recuerdo; no sería la primera vez.

Entro en la habitación y encuentro la cama perfectamente hecha. ¿La habrá hecho la propia Desirée? Supongo que sí, Anabel no coloca los cojines así. Por alguna razón, desvío la vista hacia mi mesilla de noche. ¿Qué es eso? Voy hasta allí, cojo ese trozo de papel y, cuando veo que me ha apuntado su número de teléfono, me dejo caer sobre la cama.

Claro, eso es: la novia de mi hermano tiene que ser una amiga de Desirée. Una chica que le guste pero más joven y que no quiera nada demasiado serio, para que así Mario le de otra oportunidad al amor sin compromiso. Sí, es perfecto. Tengo que llamar a Desirée ahora mismo. Me saco el móvil del bolsillo, marco su número y espero unos segundos.

—¿Diga? —contesta Desirée.

—Hola, guapa.

—¿Diego? —inquire, cogida completamente por sorpresa. No se esperaba que la llamara, es una chica demasiado realista, y seguramente habría acertado si mi hermano se buscara los ligues solito. Sin embargo, no duda en aprovechar para echarme la bronca—. ¿Cómo se te ocurre desaparecer así y dejarme sola?

—Por un momento, pensé en despertarte —miento—, pero parecías un angelito durmiendo.

—La verdad es que no recuerdo la última vez que dormí tan bien —admite pero, antes de hacerse demasiadas ilusiones, se recuerda a sí misma que yo no la habría llamado sin una razón—. Diego, apuesto a que no me llamas sólo porque es lo correcto.

—No se te escapa una.

—No después de ciertas experiencias.

—Vale, entonces no me andaré con rodeos —suspiro, buscando la manera de empezar—. Necesito encontrarle novia a mi hermano.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No —aseguro enseguida, y sé cómo convencerla—. De hecho, tengo tres buenas razones. Primero: tendremos la casa para nosotros solos más a menudo, segundo: estoy seguro de que alguna amiga tuya está loca por Mario Arias, y tercero... imagina lo divertido que sería salir los cuatro juntos.

Por un momento duda, no dice nada, sólo hay silencio al otro lado del teléfono mientras yo espero impaciente, pero finalmente la oigo suspirar.

—¿Qué clase de chica le gusta a tu hermano? —acaba preguntando.

—Supongo que una parecida a él: deportista; y si juega al tenis, mejor.

—¿Algo más?

—No sé... Sería, responsable, inteligente... y, al poder ser, rubia, alta, delgada y con los ojos azules.

—Ignoraré eso último, ya que antes has dicho “inteligente”.

—Está bien, sé que no se puede tener todo.

—Hay una chica en mi clase que es reservada, algo tímida, siempre muy aplicada con sus cosas y baila que da gusto verla. Creo que podría encajar con lo que estás buscando.

—Sí, ella nos valdrá —supongo—. ¿Cómo se llama?

—Nora.

—Suena bien —me encojo de hombros—. Déjame su *Facebook* para ver alguna foto suya.

—No, qué va —se ríe Desirée—. Ella no tiene de eso.

—¿En serio? —No puede ser—. Debe ser la única universitaria sin redes sociales.

—Sí, seguramente.

—Pero será mona, ¿verdad? —tengo que preguntarle entonces, no puedo dejar eso al azar.

—¿Tan superficial eres?

—Bueno... no, pero... —intento defenderme pero no sé cómo, porque en realidad sí.

—¿Y qué has pensado hacer? —me interrumpe—. ¿Una cita a ciegas?

—Algo así, pero los cuatro juntos —le explico—. Y conozco un restaurante italiano perfecto para ello. ¿Te parece bien este viernes a las nueve?

—En principio, a mí sí, pero tendré que hablar con ella.

—Vale, ahora te mando un mensaje con la dirección.

—De acuerdo, pero pagáis vosotros.

—Y yo pensé que eras dulce e ingenua...

—Te equivocabas.

—Ya lo veo.

—Hasta el viernes, entonces.

—Hasta el viernes.

Cuelgo con una sonrisa. Genial, mi plan va viento en popa. Aparto el móvil a un lado y me dejo caer bocarriba sobre la cama. Diego, eres un fenómeno.

CAPÍTULO VI

Sin criterio ni opinión propia

Son de amores, amores que matan,
amores que ríen, amores que lloran, amores que amargan.
Son de amores, amores que engañan,
amores que agobian, amores que juegan, amores que faltan.

Son de amores, Andy & Lucas

Sentada frente al ordenador, me dedico a ver fotos del pasado. No sé por qué no las he borrado aún, no tengo ni idea de por qué las estoy mirando ahora. Sin embargo, sigo pasando una foto tras otra como si se tratara de un vicio difícil de dejar. Sí, por supuesto que es un vicio; podría quedarme el resto de mi vida observando a Sergio en estas fotos. Odio admitir que le quise demasiado pero, sobre todo, odio admitir que le sigo queriendo igual después de todo lo que me hizo pasar. Aún me pregunto cómo puede gustarme tanto, tanto, tanto... Fíjate lo irresistible que está en esta foto. Y aquél es su amigo Dani. Espera, esta foto... es de aquella noche.

Esa noche fuimos a cenar al *VIPS*. Sólo estábamos él, sus amigos y yo. No sé por qué Sergio me dijo que fuera con ellos, yo era la única chica del

grupo pero, como a ninguno de ellos parecía importarle, decidí que no tenía de qué preocuparme.

Cuando nos sentamos a la mesa, me encontré entre Sergio y su mejor amigo. Dani me dio conversación durante la cena, y al principio me sentí algo incómoda porque aún no le conocía bien, pero enseguida me di cuenta de que era un chico muy majo. Me hizo reír varias veces y resultó que teníamos bastantes cosas en común: a los dos nos gustaba la misma música, su padre y el mío compartían ciertas manías, y el pueblo al que iba los fines de semana estaba muy cerca del mío. Nos propusimos encontrarnos por allí alguna vez.

Llegó la hora de los postres y yo no conseguía decidir qué podía tomar.

—No sé qué pedir, estos postres son mucho para mí —mentí descaradamente. En realidad, habría podido comerme dos o tres de esos apetitosos *brownies*, pero mi autocontrol no me abandonó esa noche.

—Si quieres podemos compartir un *brownie* —me propuso Dani.

Levanté la vista de la carta y le miré con una sonrisa. ¿También era el *brownie* su postre preferido?

—Claro —tuve que decirle.

Después de la cena fuimos a *La luna roja*. Bailar no era mi problema pero, en sitios como ése, prefería limitarme a balancearme de un lado a otro como el resto de la gente. Me encontraba con Sergio bebiendo algo tranquilamente junto a la barra cuando Dani apareció por mi espalda.

—Me has dicho antes que sabes bailar. ¿Qué haces ahí parada? Ven, baila conmigo.

—No, Dani. Aquí, delante de todo el mundo, me da mucha vergüenza.

—Tonterías —dijo poniendo los ojos en blanco—. Venga, enséñame lo que sabes.

Él empezó a moverse y al verle a mí también me entraron ganas de bailar. Decidí olvidarme de mis reparos. ¿Por qué no bailar un rato con Dani?

Ah, sí, porque ahí estaba Sergio.

Conseguí no mirarle a la cara, aunque podía incluso sentir cómo la rabia ascendía por su cuerpo. Dejé mi vaso sobre la barra y fui con Dani. Enseguida me olvidé de absolutamente todas las personas que nos rodeaban y me divertí como una niña. Fue estupendo bailar con él.

Al día siguiente, Sergio me llamó. Me dijo que estaba solo en su casa y que podíamos pasar la tarde allí. Yo, feliz y contenta, pero sobre todo ingenua, no tuve inconveniente alguno en ir, sin prever lo que iba a pasar.

—Tengo que hablar contigo —me dijo en cuanto me abrió la puerta de su casa y me dio la espalda para dirigirse a su habitación.

—¿De qué? —pregunté al cerrar la puerta tras de mí y le seguí.

—De Dani —me contestó enseguida cuando entré en su cuarto—.

Parece que hay muy buen rollo entre vosotros.

—Sí, es un chico majo.

—Tan majo que pasaste completamente de mí durante toda la noche.

—No, Sergio, yo sólo...

—Te metió mano cuatro veces. Las conté.

—Pero, ¿qué...?

—Ni siquiera te diste cuenta, estabas demasiado ocupada riéndole las gracias.

—Si estás diciendo que yo tonteaba con él, no...

—¿*Ah*, no? —me reprendió—. ¿Y a qué vino eso de compartir el postre?

—Yo no quería uno entero, nada más.

—Pues preferiría que no hubieras pedido nada.

No le respondí a eso. Sabía que esa frase tenía dos significados; primero: Sergio quería que yo adelgazara, y segundo: estaba insoportablemente celoso. Tuve que admitir que tenía motivos para las dos cosas pero, aun así...

—Sergio, me voy —me colgué mi bolso del hombro y di media vuelta

para salir de la habitación.

—Espera —me detuvo rodeando mi cintura con su brazo y me hizo girarme hacia él—. Sé que eso no ha sonado bien —acarició mi mejilla y hundió los dedos en mi pelo—. ¿Sabes, nena? Mañana voy a contarle a Dani con todo lujo de detalles que te llevé a la cama, te desnudé en cuestión de segundos y te hice gemir a gritos —dijo y empecé automáticamente a hiperventilar.

—Y supongo que no será mentira —fue lo único que acerté a decir con un hilo de voz.

—No, yo no miento —negó con la cabeza—. Se va a retorcer de la envidia —pude ver la sombra de una sonrisa en su boca.

Me empujó contra la pared más próxima, me encerró entre sus brazos y me besó con esas ansias de poseerme. Agarró mi coleta y tiró de ella para tener también libre acceso a mi cuello.

—No quiero que nadie más te toque. No quiero que vuelvas a acercarte a él ni a ningún otro —me susurró al oído.

Luego, con las manos sobre mi pecho, me llevó hasta su cama y, tal y como dijo que haría, me desnudó en cuestión de segundos. Todavía recuerdo perfectamente cómo me tocaba: como si yo fuera algo totalmente suyo, sin criterio ni opinión propia, como si pudiera hacer conmigo lo que quisiera; y cierto era que, efectivamente, estaba empezando a ser así.

CAPÍTULO VII

(Diego)

El chico perfecto

I need a hero,
I'm holding out for a hero
till the end of the night.
He's gotta be strong,
he's gotta be fast
and he's gotta be
fresh from the fight.

I need a hero, Bonnie Tyler

Necesito un héroe,
sigo esperando un héroe
hasta el final de la noche.
Tiene que ser fuerte,
tiene que ser rápido
y tiene que estar
recién salido de la batalla

Necesito un héroe, Bonnie Tyler

Son las doce y cuarto de la mañana y estoy desayunando en la cocina. Me siento realmente relajado: he dormido estupendamente, Mario ha ido fuera a entrenar y no tengo absolutamente nada que hacer hoy salvo la cena de esta noche en el italiano. Será divertido. Miro por la ventana mientras bebo un sorbo de café: hace un sol espléndido. Me encantan estos días.

Sin embargo, la tranquilidad dura poco; enseguida suena el timbre de la puerta. ¿Quién puede ser ahora? Suspiro y me levanto de la silla. Salgo de la

cocina, cruzo el salón y llego hasta la puerta principal. Echo un vistazo por la mirilla. Es Ana, una de mis bailarinas; de hecho, es la bailarina principal. ¿Qué hace aquí? Abro la puerta con total confianza.

—Hola, Ana —saludo—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Puedo pasar? —me pregunta más seria de lo que yo esperaba.

—Sí, claro. Pasa —le digo algo contrariado y me aparto para que entre—. ¿Quieres algo? ¿Un café? —le ofrezco mientras la guío hacia la cocina.

—No, gracias.

Llegamos a la cocina y yo me siento para terminar de desayunar. Ella toma asiento en frente de mí y parece no encontrar las palabras adecuadas para comenzar a hablar. Da igual, no tengo prisa. Me llevo la taza a la boca y bebo otro largo trago de café.

—Diego, he venido a hablarte sobre la gira de este verano.

—Va a estar bien —comento—. Nos divertiremos.

—Sí, claro, pero tengo que poner una condición —dice al fin un poco insegura.

—¿De qué estás hablando? —dejo la taza en la mesa y me incorporo en la silla.

—Soy la bailarina principal, llevo mucho tiempo contigo y te ayudo en todo lo que puedo cada vez que me lo pides —me mira y yo alzo las cejas fingiendo no ver sus intenciones, pero sí, ya sé por dónde va, y no va bien. Ella suspira y finalmente se atreve a continuar—. Quiero cobrar más... o no haré esta gira.

—¿A cuánto te refieres? —le pregunto sólo por curiosidad.

—Al menos el doble de lo que habíamos acordado.

Vuelvo a acomodarme en la silla apoyándome en el respaldo y doy otro trago a mi café. Desde fuera quizá parezca que me lo estoy pensando pero sólo quiero ponerle un poco de emoción al asunto.

—No —digo al fin alto y claro—. Creo que no debería tomar esta decisión yo solo pero te digo que no —le sostengo la mirada. Quizá ya se esperaba esta respuesta.

—¿No? ¿Después de todo lo que...?

—Me estás pidiendo demasiado dinero —la interrumpo.

—En serio, Diego, no me hagas reír —suelta una risita nerviosa mirando a su alrededor—. Tú sí que tienes demasiado dinero.

—Saca tu propio disco —me encojo de hombros.

—Esto es increíble —ella parece indignada. Luego se recompone rápidamente—. De acuerdo, entonces no voy a hacer la gira.

—Te echaremos de menos —le digo y, para mi sorpresa, ella suelta una risita.

—No te engañes, no puedes hacer esta gira sin mí —trata de hacerse con el control de la situación.

—Sí, por supuesto que puedo. De hecho, ya sé exactamente quién va a sustituirte —miento intentando parecer muy seguro de mí mismo.

—¿Sustituirme a mí? Buena suerte con ello —finge que la idea le hace gracia—. ¿Entonces pretendes...?

—Entonces no vas a bailar en París, ni en Milán, ni en Ámsterdam, ni en Londres, ni en ningún otro sitio. Te quedas sin un solo céntimo y, por supuesto, te quedas... sin trabajo —me termino el café—. ¿Qué me dices? ¿Aceptas el trato?

Me arriesgo y le tiendo la mano. No me tiembla el pulso. Se ha quedado pálida y estoy más que seguro de que no será capaz de mantenerse firme. Quizá ahora intente negociar. Se le han acabado los recursos y me mira seria, con la mandíbula apretada y la respiración acelerada. Está tomando la decisión y en su cara hay algo entre rabia y angustia. Finalmente enarca una ceja.

—Trato hecho, me voy —me estrecha la mano muy dignamente. Eso me ha pillado desprevenido y creo que ella lo acaba de notar en mi cara—. Pero no te preocupes, al parecer es muy fácil encontrarme sustituta —ella se levanta de la silla y se cuelga el bolso del hombro—. Preséntamela en cuanto la encuentres.

Ana da media vuelta y sale con paso firme de la cocina y de mi vista. Estoy a punto de seguirla y decirle que espere, que le daré lo que me pide, pero que no se vaya; porque... porque sin ella no puedo hacer esta gira. Sin embargo, escucho cómo se cierra la puerta principal y ya no soy capaz de hacer nada.

Con los codos sobre la mesa, dejo caer la cabeza sobre mis manos. A Marc no le va a gustar esto y probablemente me quede sin gira. ¿Ahora qué hago? ¿Organizo un *casting*? Joder, será mejor que salga con mi hermano a hacer un poco de ejercicio.

* * *

Miro de nuevo mi reloj. No pueden tardar mucho más en aparecer. Si tengo que aguantar cinco minutos más sentado aquí con Mario, acabaré pidiendo una copa bien cargada antes de tiempo.

—No creas que te lo voy a perdonar algún día —me repite mi hermano.

—Relájate, Mario. Sólo es una salida de amigos.

—De eso nada, Diego; me has preparado una cita a ciegas.

—Bueno... quizá sí, pero doble. No quería que te sintieras incómodo.

—Por supuesto, así será todo mucho más fácil. Gracias por el detalle — habla rebosando sarcasmo.

—No hay de qué —digo de todas formas.

Por un momento se calla pero sé que no durará mucho, enseguida empezará con su “es que no me cabe en la cabeza”.

—¡Es que no me cabe en la cabeza! ¿En qué estabas pensando? —de nuevo parece a punto de echar humo por las orejas—. ¿Y si la chica no me gusta? ¿Y si yo no soy su tipo? ¿Y si Desirée y tú queréis...? Por cierto, ni se te ocurra dejarme solo con ella —me advierte muy serio.

—Tranquilo, Mario, no puede ser especialmente fea —intento animarle pero sabiendo que es una posibilidad; al fin y al cabo, Desirée no me la describió físicamente, ni siquiera llegó a decirme que fuera una chica mona y no hemos visto fotos suyas porque se supone que no tiene *Facebook*.

Cuando estoy a punto de darme por vencido y ya busco una excusa para escaquearme un rato de mi agobiante hermano, se abre la puerta del restaurante. Desirée está incluso más guapa que la otra noche: lleva una camiseta ancha con el hombro descubierto de un rosa *fucsia* que le ilumina la cara y sus rizos negros encuadrándole el rostro.

—Mira, ahí está Desirée —informo a mi hermano y alargo el cuello buscando a su amiga.

—Sí, y ahora es cuando entra un orco de Mordor detrás de ella — murmura sin que ninguno de los dos apartemos la mirada de la puerta.

Sabemos que podría pasar y, efectivamente, la chica que entra a continuación es un verdadero ogro. Mario contiene la respiración quedándose pálido y yo suspiro de alivio al darme cuenta de que ésa no es la tal Nora.

Al fin entra ella. Es adorablemente pequeña, bajita y enjuta. Desirée dijo que era una amiga de la facultad pero, como mucho, aparenta dieciséis años, ni uno más. Es muy guapa, tiene unos grandes ojos marrones y unas mejillas

sonrosadas, una expresión tierna en el rostro y una mirada tímida. Su pelo liso, castaño rojizo y con mechuras rubias cae en pico hasta casi el final de su espalda. Lleva un vestido con estampado de camuflaje ajustado y bastante por encima de la rodilla conjuntado con unos botines color *beige*.

Nora me mira y esboza una sonrisita tímida parecida a la que aún permanece en mi cara desde que la he visto y sigue a Desirée hasta nuestra mesa. Cuando Mario se levanta de su silla yo recuerdo que debería hacer lo mismo.

—Buenas noches, chicas —saludo prefiriendo no hacer ningún comentario sobre su puntualidad canaria.

—Hola, Diego —dice Desirée llegando hasta mí.

Entonces ocurre eso, algo muy típico pero en lo que yo no me había parado a pensar. Si la beso en la boca, ¿pensará que voy muy rápido? Si le doy dos besos en las mejillas, ¿será un paso atrás en cuanto a lo de la otra noche? Mientras yo sigo dudando, Desirée se inclina hacia mí y me da un coqueto y fugaz beso en los labios. Una vez solucionado el problema, miro a Nora, que parece algo incómoda, y decido empezar ya con las presentaciones.

—Éste es Mario, mi hermano.

—Te imaginé en chándal cuando Diego me habló de ti, pero así estás mejor —bromea Desirée dándole dos besos.

—Sí, cambio fuera de la pista de tenis.

—Ella es Nora —la presenta al fin Desirée.

Mi hermano se inclina hacia ella y se besan en las mejillas sin demasiado entusiasmo. Desirée me mira mordiéndose el labio inferior y yo tampoco sé qué pensar. Luego llega mi turno.

—Encantado, Nora —doy un paso hacia delante, dejo mi mano sobre su estrecha cinturita y le doy los dos besos reglamentarios—. Si te soy sincero, te imaginaba más... ¿Te han dicho alguna vez que aparentas dos años

menos?

—Sí, claro. Alguna vez —asiente tímidamente con la cabeza y se ríe para quitarle hierro al asunto.

Después de conocernos, los cuatro nos sentamos. Desirée se pone enfrente de mí y Nora frente a mi hermano. La verdad es que esta chica nueva tiene un toque personal que me gusta. Mario coge la carta y la abre para empezar a ojearla. Aún no sé cómo es que hasta ahora no le había traído nunca a mi restaurante preferido.

—¿Qué nos recomiendas, Diego? —me pregunta.

—Pedir sólo tres platos y repartirlos entre los cuatro —aconsejo—. Es mucha cantidad.

—Sí, Diego, pero, ¿qué platos nos recomiendas? —insiste mi hermano.

—*Fusilli rossi* a la carbonara —digo sin dudar.

—¿Son esos macarrones enrollados? —inquire Desirée y yo asiento con la cabeza—. Está bien, me gusta.

—Tenemos que probar la lasaña —interviene Nora.

—¿Y qué tal un *risotto*? —propone mi hermano.

—Sí, también está muy rico.

Mientras cenamos, Desirée y yo parecemos ser los encargados de sacar un tema de conversación. Ella, para involucrar a Nora, empieza a hablar sobre la carrera de veterinaria. Pasan demasiado tiempo en la facultad: teoría por la mañana y, la mayoría de los días, prácticas por la tarde. Entre las dos cuentan algunas anécdotas curiosas, aunque yo habría preferido que omitieran ciertos detalles sobre las prácticas de anatomía, sólo por el hecho de que estamos comiendo.

Luego yo hablo de mi nuevo disco y de la gira que voy a hacer este verano; patrocinada por *Magnum*, por cierto. Prefiero no comentar nada sobre la foto de la otra noche que ha salido en esa revista, ya que parece que

Desirée no la ha visto, y tampoco digo que estoy a la espera de que Marc me llame y me eche otra bronca monumental por haber despedido a Ana.

En cuanto encuentro la ocasión dirijo el foco de atención sobre mi hermano. Él, como no puede ser de otra forma, habla sobre el partido que ha ganado en Holanda y el que va a jugar el mes que viene y las chicas le escuchan con los ojos muy abiertos.

—Perdona —una mujer aparece por mi espalda sacándome de mis pensamientos. Cuando me giro hacia ella me doy cuenta de que trae a un niño consigo—. Verás, Carlitos es tu *fan* número uno, ¿le firmarías un autógrafo? Por favor, le haría mucha ilusión —me pide tendiéndome una libreta y un boli.

—Sí, claro —acepto sonriéndole al niño. Tomo el cuadernillo y el *bic* y procedo a escribir la dedicatoria.

—¿Sabes quién es, Carlos? —le dice la madre—. Es el cantante que escuchamos siempre en el coche —le explica pero el niño aún vacila.

—¿Dani Martín? —inquire, lo que me hace parar un momento de escribir y hacer una mueca. Así que Carlitos no sabe ni quién soy.

—No, hijo, es Diego Arias —se apresura a corregirle la señora.

—*Ah* —se limita a contestar el chico.

En cualquier caso, no me puedo quejar, así es mi vida. Termino el autógrafo y le devuelvo la libreta a la madre.

—Aquí tienes.

—Muchas gracias, no te molestamos más —me sonrío—. Carlitos, dile adiós.

—Adiós —me dice el niño, aunque mecánicamente y sin entender muy bien por qué tiene que hacerlo.

—Hasta luego —correspondo y los dos se alejan de aquí.

Muevo mi silla para volver a colocarme adecuadamente a la mesa y me

encuentro a mis tres acompañantes riéndose entre ellos.

—*Ah*, qué bien, así que ahora seguiréis con la bromita el resto de la cena —frunzo el ceño.

—Ha sido buenísimo, Diego —me dice mi hermano aún entre carcajadas.

Cuando todavía queda algo de comida en los platos, Nora deja los cubiertos sobre la mesa, se apoya sobre el respaldo de su silla y se lleva las manos a la tripa.

—Estoy completamente llena.

—Claro, Nora, en ese cuerpecillo apenas cabe nada. —Sí, va con doble sentido.

—Tendré que ir mañana al gimnasio para bajar todo esto —interviene Desirée.

—Puedes venir a casa —le propongo—. Tengo un entrenador personal que te hace quemar hasta la última caloría, puedo dar fe de ello.

—Aun así, tengo comprobado que no existe manera alguna de librarse de los molestos kilitos de más —asegura muy convencida—. ¿Alguien quiere postre?

Le sonrío. A esta chica le pierde el dulce. Unos minutos después Desirée disfruta de su tiramisú, Nora de su apetecible tarta de queso, yo de mi delicioso *brownie* de chocolate y mi hermano no ha pedido nada. Según él, ya se ha excedido suficiente para estar en plena temporada de entrenamiento. Sus comidas y sus horarios de comidas son casi siempre muy raros.

Después de la cena decidimos ir a un local de copas que le encanta a Mario. Me parece una buena idea; estoy seguro de que, en ese ambiente más relajado, los dos conseguiremos conocer a Nora mucho mejor.

Pedimos las copas y vamos a sentarnos a un rincón un poco apartado y con escasa luz. Al poco tiempo, nos encontramos hablando de ese tema que,

no sé cómo ni por qué, siempre es de los primeros que sale cuando se conoce a alguien nuevo: los viajes. A Desirée le encantó Noruega, aunque pasó mucho frío; y Nora lo pasó fenomenal en Malta, pero hacía demasiado calor. Mario y yo... bueno, hemos viajado más que ellas dos juntas.

—Voy un momento al baño —dice Desirée mientras Nora relata su viaje a París y juraría que acaba de guiñarme un ojo.

En cuanto se gira estoy a punto de seguirla sin cuestionarme nada más, pero mi hermano, que me conoce demasiado bien, me agarra fuerte el pantalón antes de que pueda levantarme. Recuerdo lo que me ha dicho antes: “ni se te ocurra dejarme solo con ella”. ¿Cómo puede ser tan cobarde?

—Entonces, ¿no llegasteis a subir a la Torre Eiffel? —le pregunta a Nora para que continúe.

Más avanzada la noche, nos animamos y acabamos saliendo a bailar a la pista, o, mejor dicho, Desirée se anima y nos obliga a todos a salir a bailar. Es imposible decirle que no, recuerdo que el otro día hizo exactamente lo mismo. Sin embargo, tengo que admitir que al final me lo pasé bien.

—Voy a por otra copa —me dice Desirée cuando acaba una de mis canciones preferidas.

Sé que quiere que vaya con ella y yo quiero hacerlo, pero ni lo intento, estoy seguro de que Mario no me dejaría.

—Diego, ¿por qué no la acompañas? —me dice entonces mi hermano—. Pídeme a mí también otra copa, por favor.

Me quedo con la boca abierta. ¿Se puede saber a qué juega? Ésta se la guardo. En cuanto consigo reaccionar doy media vuelta y me apresuro a seguir a Desirée.

—¿Qué diablos te pasa? —me reprende ella—. ¿Es que no captas ni una sola indirecta?

—A mí no me pasa nada, Desirée, es que Mario no quería quedarse solo

con Nora.

De repente, noto mi móvil vibrar en mi bolsillo. Lo saco y miro quién llama. Es Marc. Incluso el tono de llamada suena diferente, como si predijera la bronca tan claramente como yo. Respiro hondo y contesto.

—Dime, Marc.

—Diego, ¿me puedes explicar cómo se te ha llegado a pasar por la cabeza despedir a Ana?

—Exigía demasiado dinero.

—Más dinero vas a perder tú si no haces la gira —me recuerda—. Y sin ella, lo veo muy difícil.

—Lo sé, lo sé, pero creí que ella iba a ceder...

—Mira, Diego, no sé por qué te has tomado la libertad de decidir esto solo pero ahora mismo la vas a llamar para disculparte. Dile que...

En ese momento la veo y dejo de escuchar la voz de Marc. Nora está bailando con mi hermano. Apenas está haciendo mínimos movimientos pero cualquiera notaría que sabe bailar, tal y como me dijo Desirée. Es como si un foco la iluminara, porque creo que en este momento es mi única esperanza. Sí, tiene que funcionar, por favor.

—Marc, lo siento, tengo que colgar —me disculpo al teléfono—. Mañana te llamo.

—No, Diego, ni se te ocurra colgarme —escucho antes de cortar la llamada, dirigiéndome ya hacia la única persona que me puede salvar.

—Perdona —le digo a Mario—. Te la robo un momento.

Ni ella ni mi hermano me han visto llegar pero, sin detenerme, la rodeo por la cintura, levantando sus pies del suelo, y la llevé hasta un rincón más apartado.

—¿Qué haces? —me dice cuando la devuelvo al suelo, alisándose el vestido.

—Te necesito.

—¿Cómo? —ella ladea la cabeza mirándome—. ¿Para qué?

—Para bailar —explico pero no parece que le aclare nada—. He perdido a mi bailarina principal y necesito sustituirla para hacer la gira de este verano —De repente, le cambia la cara. Traga saliva y luego sus labios se entreabren.

—Espera —sacude la cabeza, como si no quisiera creerlo—. ¿Tú, Diego Arias, me estás proponiendo ser una de tus bailarinas en una gira por Europa?

—Bueno... Desirée me ha dicho que bailas muy bien.

—¿A gastos pagados? —insiste.

—Y además cobrando —digo esperando que ella se interese por la cantidad, pero no lo hace.

Comienza a hiperventilar, le brillan los ojos y entonces da un ágil salto de emoción.

—Vale. Sí, sí. Acepto, claro —intenta tranquilizarse.

—Un momento, echa el freno, niña —le pongo una mano en el hombro intentando que se esté quieta—. Aún no te he visto bailar.

—Cierto —coincide Nora, que se esfuerza por contener su euforia y parecer seria—. Y, ¿cómo lo hacemos?

—Te propongo algo muy fácil: tú buscas en *Internet* las coreografías de dos de mis canciones, y luego quedamos para que yo vea qué tal lo haces.

—Perfecto —acepta ahora más calmada—. ¿Y qué coreografías quieres?

—*Nubes negras* y *Muñequita* —digo sin dudar.

—Pero... esas dos canciones son baladas —murmura un poco intimidada—. ¿No necesitas que yo baile *funky* o *hip-hop*?

—Por supuesto que sí —la tranquilizo—. Pero como yo mismo soy el coreógrafo de los bailes de ese estilo, lo valoraré de una forma más original.

—¿En serio? ¿Cómo? —quiere saber.

—Si te lo digo, ya no será una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —me advierte.

—Ya, pero a mí me encantan —hago una mueca alzando las cejas—. Te quiero en mi casa el viernes por la tarde, a las cinco.

—Claro, ahí estaré, y tu sorpresa no podrá conmigo.

—Eso espero, créeme. Eso espero —suspiro y vuelvo la cabeza hacia donde hemos dejado a mi hermano, que ahora charla animadamente con Desirée—. ¿Te apetece otra copa? —le propongo a Nora.

Nos acercamos de nuevo a la barra para pedir las bebidas y los dos observamos en silencio al camarero mientras las sirve. Luego guío a Nora hasta una de esas mesitas bajas y nos sentamos en los cómodos *puffs* acolchados. Supongo que deberíamos hablar un poco más sobre el trabajo que le acabo de ofrecer pero ya habrá tiempo para eso. Ahora prefiero preguntarle por otra cosa.

—Bueno, Nora, cuéntame qué te ha parecido mi hermano —le pido sin más.

—¿Quieres la parte buena o la mala?

—Primero la mala —elijo y ella saborea pensativa un largo trago de su bebida antes de contestar.

—No sé cómo describirlo... ¿Artificial? Sí, eso, es muy artificial —afirma con la cabeza orgullosa de haber dado con la palabra idónea.

—¿Qué quieres decir con eso? —finjo no entenderla pero, en realidad, sé exactamente a qué se refiere.

—Es que casi todo lo que hace se ve demasiado forzado —coincide conmigo—. Está muy bien tener los pies en el suelo, ser responsable y todo eso, pero debería dejarse llevar por sus impulsos alguna vez. —Suelto una risita irónica. He intentado explicárselo a Mario un montón de veces pero nunca de una forma tan concreta y breve—. Es... es todo lo contrario a ti.

—Sí, tienes razón. Alguna vez lo he pensado.

—Tú eres tan natural como respirar, haces las cosas fáciles y... me estoy metiendo en terreno peligroso, ¿verdad? Será mejor que volvamos a centrarnos en Mario.

—Como quieras —me encojo de hombros, aunque habría preferido que continuara—. Cuéntame también la parte buena, entonces.

—Bueno... salta a la vista que es el chico perfecto: atento, impecable y cariñoso.

No me esperaba lo que acaba de decir. Nora parecía tener criterio propio y, sin embargo, también se ha dejado convencer por esa tontería. “El chico perfecto”: aburrido, soso y ridículo. En mi opinión, es una idea bastante anticuada de la perfección.

—La perfección está sobrevalorada —insinúo.

—Sí, puede que tengas razón —responde y se queda mirándome fijamente—. ¿Sabes? Creo que tú y Desirée podéis complementaros muy bien.

Y, sin embargo, yo creo que ella no encajará nunca con mi hermano pero, recordando por qué yo mismo he organizado esta cita doble, prefiero callarme.

* * *

Me detengo frente a la puerta de casa para buscar las llaves. Tienen que estar en algún bolsillo. Vaya día llevo para ser viernes, y ahora Nora me estará esperando para hacer la prueba. Cuando encuentro las llaves, elijo la

adecuada, la meto en la cerradura y abro deprisa. Después voy directamente al salón, seguramente estarán ahí. Entro sin preocuparme por nada pero debería haberlo imaginado. Ahí están, en el sofá, demasiado acaramelados para mi gusto. Tengo que poner fin a esto cuanto antes.

—Iba a disculparme por llegar tarde pero ya veo que no importa —digo mientras me quito la cazadora y voy a colgarla en el respaldo de la silla más cercana—. ¿Interrumpo algo?

—¿Dónde has estado toda la mañana? —inquire mi hermano incorporándose en el sofá.

—Grabando el anuncio de *Magnum*. Se suponía que habríamos terminado para la hora de comer pero tuvimos unos... problemillas técnicos —les cuento—. Nada importante, el anuncio ya está rodado.

—Perfecto —sonríe Mario—, estaré muy atento a la publicidad.

—Por supuesto, no esperaba menos. Quizá hasta te de alguno de los *Magnum* que me van a mandar —entonces clavo mis ojos en los de Nora—. Y ahora Nora y yo tenemos algo útil que hacer —ella sonríe muy tímidamente. Está muy guapa hoy con su pelo suelto despeinado, aunque no lleva ni rastro de maquillaje.

—Sí, claro. Empecemos cuanto antes —acepta colocándose un mechón de pelo castaño rojizo detrás de la oreja.

Coge su bolso grande y deportivo y se levanta del sofá. Lleva un chándal azul claro que le queda a las mil maravillas. La sudadera, con la cremallera subida sólo hasta el pecho, deja ver una fina camiseta blanca. Vaya, mi hermano ni siquiera ha conseguido desabrocharle la sudadera.

—Ven conmigo —le indico haciéndole un gesto con la mano y doy media vuelta para que me siga.

Ella no dice nada en todo el camino, se limita a seguir detrás de mí. La guío por las escaleras al piso de abajo, hasta el gimnasio o, en este caso, la

sala de baile.

—Muy bien. Ahora es cuando yo me acomodo aquí mientras tú lo das todo bailando —digo y me dejo caer sobre una colchoneta de gomaespuma justo al lado del equipo de música—. ¿Estás preparada?

—¿Así? ¿Sin calentar ni nada?

—Creía que ya te había calentado suficiente mi hermano pero, si quieres, podemos...

—No, da igual. Pon la música.

Nora viene a dejar el bolso a mi lado y luego va a colocarse en el centro de la sala. No me cuesta encontrar en mi portadiscos el *CD* que necesito. Lo introduzco en su lugar y selecciono sin más demora una de las canciones que ella debe haber preparado.

Ella empieza a bailar con movimientos suaves. Parece tranquila o, al menos, transmite serenidad, y puedo ver que siente la música. Su melena se mece libre y con elegancia a cada movimiento, como si ella también fuera capaz de controlar eso. Me estoy quedando embobado, me cuesta incluso pestañear, pero me obligo a prestar más atención a su técnica. Ejecuta los pasos con claridad y precisión, sus brazos parecen las alas de un ángel, y baila con tanta ligereza que parece flotar en el aire. Nuestras miradas se topan y ella me dedica una sonrisa. No puedo hacer más que devolvérsela. No sin esfuerzo, me fijo en los detalles. Alarga las puntas de sus pies a cada salto, los dedos de sus manos parecen olas del mar, mantiene la postura erguida y la cabeza alta. Es perfecta, la necesito. Es exactamente lo que busco, o quizá incluso mejor. Es guapa, tiene talento y... hace tiempo que acabó la coreografía.

—Diego —vuelve a llamarme y esta vez consigue devolverme a la realidad. Pestañeo un par de veces y la miro—. ¿Qué te ha parecido?

—Me parece que me has dejado sin palabras. ¿Cuándo has aprendido a

bailar así?

—Durante mis dieciocho años de vida. El baile siempre ha estado conmigo —Nora ríe orgullosa—. ¿Quieres que baile también la otra coreografía?

—Sí, claro, por favor —digo buscando ya la pista en el *CD*.

Empieza a sonar la canción y ella se funde de inmediato con la música. Realmente es como una pluma movida por el viento. La imagino bajo los focos del escenario, bailando detrás de mí. Quizá ella se merezca más que eso, pero estoy contento de haberla encontrado; seguramente destacará sobre las demás. A Miriam le va a encantar, y a Marc, y a todo el mundo, tanto como me encanta a mí. Termina la coreografía arrodillada en el suelo, le pone aún un último sentimiento y luego me sonrío.

—¿Qué me dices ahora?

—A veces es mejor no decir nada.

Nora se pone de pie, viene a por su bolso y busca dentro hasta que encuentra una botella de agua. La observo mientras da un largo trago, y cuando acaba se seca la boca con el dorso de la mano. Yo me levanto entonces de la colchoneta.

—Dame un trago, a mí también me has dejado seco —le arrebato la botella de las manos y bebo un poco de agua, preparándome para lo que viene a continuación. Enseguida le devuelvo su botella—. Muy bien, pero no hemos terminado. Ponte las deportivas, ahora sí que vamos a bailar.

Mientras ella se cambia de zapatillas, yo pongo otro *CD* en el reproductor: mi nuevo disco. Será mejor empezar desde ya a enseñarle la nueva coreografía. Nora se quita la chaqueta y no puedo evitar fijarme en que se le transparenta el sujetador de lunares bajo esa camiseta blanca. Vale, de acuerdo, tengo que pensar en otra cosa. Pulso el *play* y corro al centro de la sala.

—Sígueme si puedes.

En cuanto ella se sitúa detrás de mí empiezo a bailar. Comienzo despacio con los primeros pasos. Ella lo capta inmediatamente y lo repite a la perfección. Nuestras miradas se cruzan en el espejo y yo esbozo una sonrisa de soslayo. Sigo entonces bailando y ella repite mis pasos sin problema. Continúo la coreografía, que se complica cada vez más, pero Nora no se rinde y hace que parezca sencillo.

La miro a través del espejo y ella me lanza una mirada desafiante. Si me está retando, debería saber que comete un grave error. Ahora es personal. Olvido la coreografía y se lo pongo un poco más difícil. Nora aún me sigue sin demasiada dificultad. Bailo como sólo yo sé pero la veo en el espejo imitando mis pasos a su manera. No tiro la toalla, sólo tengo que encontrar su punto débil. Pruebo con giros, saltos, desplazamientos, algún paso de *break dance*, y ella le da a todo su toque propio. No hay por dónde pillarla desprevenida, sin duda sabe bailar.

Al fin decido olvidar este pique absurdo y me limito a disfrutar bailando ahora que sé que ella tiene nivel y capacidad de sobra para seguirme el ritmo. Me encanta cómo se mueve, y no pierde la sonrisa. Le enseño algunos pasos nuevos en los que he estado trabajando y a ella parecen gustarle. Yo tengo que admitir que me estoy divirtiendo y me atrevería a afirmar que Nora también. Me siento a gusto bailando con ella y empiezo a notar una química extraña. Simplemente, los dos estamos haciendo lo que nos gusta; bailamos sin que haga falta hablar, sin tensiones, sin preocupaciones, y continuamos así bastante tiempo.

—Vale, Nora, ven aquí; tengo que enseñarte una cosa —le digo cuando creo que es el momento oportuno. Nora viene a mi lado—. ¿Sabes algo de salsa?

—Algo... —contesta arrugando la frente y me hace sonreír.

—Haz el paso básico —le pido cogiéndole la mano derecha.

Ella sabe hacerlo. Sé que éste no es su estilo pero se mueve tan bien... Me encanta, necesito que pruebe algo más.

—Si cambias la segunda mitad del básico por una honda con el cuerpo cuando estás frente a mí, eso se llama *yogurt*. Inténtalo.

Ella lo intenta y lo hace, y yo también, y me está gustando tanto...

—Muy bien, Nora, ahora te voy a enseñar el siete —le digo—. Enróllate sobre tu propio brazo contra mí.

—¿Cómo? ¿Así? —prueba a hacerlo y le sale bastante bien.

—Sí, pero nunca pierdas el ritmo y el tiempo —le recuerdo—. Otra vez.

Esta vez lo hace mejor pero necesito ver algo más.

—Ahora crúzate por delante de mí dando una vuelta y luego vuelves a hacer el básico a mi derecha —sin dudarle se lanza y le queda perfecto—. Eso se llama *enchufla*.

A continuación le enseño también el *dile que no*, el *guapea* y el *cocacola*. Este último es mi preferido porque, mientras ella gira, yo puedo rodear con mis manos su cinturita. A la tercera vez que lo hace no puedo soportarlo más y la agarro con más fuerza consiguiendo que se pare. Nora, una vez quieta, levanta la vista hacia mis ojos y entreabre la boca nerviosa; de hecho, puedo notar cómo su pulso y su respiración se aceleran. Mis manos empiezan a caer despacio hacia su trasero pero ella enseguida da un paso hacia atrás.

—Vale, la salsa está bien pero, ¿qué tal si volvemos a la coreografía de *Bombón*? Hay un par de pasos que no me quedan muy claros.

La miro entornando los ojos. No sé a qué está jugando pero aun así no puedo evitar sonreír y retomamos la coreografía.

Después de bailar aún un poco más, acaba la última canción del disco y me dejo caer bocarriba sobre el suelo derrotado.

—De acuerdo, Nora, ahora sí hemos terminado.

—¿Y...? —implora caminando despacio hacia mí.

—¿Y qué?

—¿Cuál es tu veredicto?

—No estoy seguro —bromeo—. Creo que tendré que pensarlo un poco más.

—¿Perdona? —me mira con las cejas alzadas poniendo un pie sobre mi tripa—. ¿Qué decías? —Y sin reparos pasa por encima de mí obligándome a contraer el abdomen para proteger mi estómago, pero es tan ligera que apenas me hace daño.

—Vale, de acuerdo, tú ganas: estás contratada —concedo al fin. Nora me mira desde arriba, cruza los brazos y me sonrío con una malicia extraña.

—Genial, pero levántate del suelo o no respondo de mis actos.

Me pongo en pie con pereza mientras ella va a por su bolso y su chaqueta.

—Ven, puedes ducharte en la habitación de mi hermano.

CAPÍTULO VIII

(Nora)

Yo nunca

¿A quién crees que engañas?

Él es tierra y paraíso.

No uses artimañas,
nena, solo es un aviso.

No te hagas la fría,
claro como el día vemos tu interior.

No diré que es amor, Megara

Me quedo observando mi aspecto en el espejo. Expectativa: algo parecido a la chica de los vídeos de *Batuka* o al menos sudadita pero sexy; realidad: estoy colorada, el pelo se me pega a la frente empapada en sudor y, si las manchas de mis axilas no se notan más, es porque la camiseta es blanca. *Oh*, qué vergüenza. Agradezco infinitamente poder ducharme ahora mismo.

Minutos después, dentro de la ducha intento decidirme entre todos los botes que tiene Mario, no sé cuál utilizar. Geles y champús de todas clases. Espera, ¿eso es lo que creo que es? Cojo el bote que me ha llamado la

atención y, en efecto, corroboro que es champú de chocolate. Increíble. Destapo el bote e inhalo el olor dulzón. No tenía pensado lavarme el pelo ahora pero esto me ha convencido. Pienso empezar a comprar este champú; sin duda, huele mucho mejor que el de hierbabuena que yo suelo usar.

Una vez me lo he aplicado, abro de nuevo el grifo. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás para aclararme el pelo. Espiro lentamente. Después de bailar sin parar casi dos horas, una ducha es el mejor de los placeres. Puedo sentir cómo la espuma se desliza despacio por mi cuerpo hasta mis pies.

Entonces lo veo, el botón para el hidromasaje, y esbozo sin poder evitarlo una sonrisa pícaro. Tengo que probarlo. Pulso el botón e inmediatamente mil chorros de agua a presión comienzan a surgir de todas partes. Ahogo un grito, no me esperaba que pudiera haber tantos. Ya está decidido: necesito una ducha como ésta en casa, aunque yo no sea una tenista casi profesional ni una cantante famosa.

Por alguna razón, viene a mi cabeza la imagen de Diego... bajo la ducha. Él ha ido a darse una ducha pero, ¿se estará dando también un hidromasaje? No lo sé y no debería importarme. Es un chico muy majo, sí, pero creo que no es mi tipo. Es demasiado simple y a la vez complejo, sinvergüenza, despreocupado, divertido, atractivo... Justo cuando estoy empezando a divagar, alguien entra en el baño interrumpiendo mis pensamientos.

—Diego, no se entra en el baño cuando una señorita está en la ducha.

—No soy Diego. En realidad, soy el que suele dormir en esta habitación y se ducha aquí por las mañanas.

—Mario, enseguida salgo —le digo poniéndome repentinamente nerviosa y apago de inmediato el hidromasaje—. Tu hermano me ha dicho que me duche aquí y...

—Tranquila, tómate tu tiempo. ¿Te espero fuera?

—Vale —digo fingiendo no haberme dado cuenta de que eso último era una pregunta.

Permanezco quieta bajo el agua hasta que escucho cómo Mario cierra la puerta. Se ha ido.

Me enjabono con un gel cualquiera y luego alargó el aclarado todo lo posible, pero al final tengo que resignarme a volver a la realidad. Cierro el grifo y salgo de la ducha. Enseguida cojo la toalla que me ha dejado Diego para envolverme en ella y es cuando me doy cuenta de que mi ropa se ha quedado fuera, sobre la cama de Mario. Si yo salgo ahora, apenas cubierta por esta toalla, ¿estará Mario esperándome? Quizá, pero tendré que salir antes o después.

Suspiro mientras cojo un cepillo de la balda que hay junto al espejo y me desenredo lentamente posponiendo el momento. Unos minutos después reconozco que es excesivo y me dispongo a salir.

Abro la puerta despacio y, efectivamente, le veo ahí, distraído ordenando algo en su armario. A los pies de su cama está el bolso que contiene mi ropa limpia, pero al lado también están mi chándal, mi sujetador y mis bragas. ¿Por qué estaba tan segura de que nadie entraría? Tierra, trágame. Colorada de vergüenza, cuando me mira le dedico una sonrisa forzada y me obligo a caminar hacia la cama.

—Parece que te ha encantado el hidromasaje —me dice seguramente aburrido de esperar.

—No tiene desperdicio —admito mientras doblo mi chándal y considero la posibilidad de volver al baño para vestirme. *Oh*, por favor, espero que no se le ocurra que deberíamos disfrutarlo juntos—. He decidido que necesito algo así en casa.

De repente, Mario me sorprende justo detrás de mí y me acaricia el pelo

mojado que gotea sobre la toalla. Quizá se acaba de dar cuenta de que he usado su champú de chocolate. Me giro hacia él y le encuentro demasiado cerca.

—¿Mi champú de chocolate? —asiento tímidamente y él sonrío—. ¿Quieres que vaya a por un secador?

—No, no hace falta —contesto sin pensar pero enseguida me doy cuenta de que, en realidad, me ha preguntado si prefiero quedarme sola. Intento arreglarlo inmediatamente—. Aunque...

Pero es demasiado tarde, ya ha acaparado mis labios. Mario me besa con delicadeza, despacio, y yo sigo preguntándome por qué no consigo sentirme cómoda con alguien como él. Es reservado, guapo, maduro, deportista, agradable. Es todo lo que yo puedo anhelar... o lo que debería anhelar.

—Mario —murmuro separándome de sus labios, y él abre los ojos—. Creo que debería vestirme.

—Sí, claro —coincide, aunque con el ceño fruncido—. Yo... iré abajo con Diego.

—Vale —acepto—. No tardaré.

Mario sale de la habitación y cierra la puerta. Suspiro. Dios mío, esto no puede salir bien. Me vuelvo hacia la cama y saco de mi bolso mi ropa limpia: camiseta azul marino y vaqueros anchos con muchos bolsillos. Me visto enseguida, me hago una coleta alta y me dispongo a salir de la habitación.

—Diego, ¿qué es esto? —escucho gritar a Mario desde el piso de abajo en cuanto abro la puerta.

—Tranquilo, Mario, enseguida lo friego —dice Diego desde la habitación de al lado. Así que sigue ahí.

—Los cacharros de la cocina ya los he fregado yo; me refiero al gato.

—¿Qué gato? —pregunta Diego, manifestando mis propios pensamientos en voz alta, y se asoma al pasillo.

—El gato que acaba de traer Desirée —explica Mario.

Los dos corremos hasta las escaleras, creo que ambos sabemos ya lo que está ocurriendo aquí. Supongo, y espero no equivocarme, que Desirée ha convencido a Diego para que acoja a ese gatito que iban a sacrificar.

—¿Lo has traído? —inquire Diego mientras los dos bajamos trotando las escaleras.

Desirée asiente con la mejor de sus sonrisas. Está con Mario en la entrada y tiene al gatito cogido en brazos.

—No me digas que os lo vais a quedar —exclamo, llegando junto a Desirée para acariciar la cabeza del animal de pelaje atigrado.

—No, ni en broma —dice Mario, y los tres, hasta ahora concentrados en el gato, volvemos la cabeza hacia él.

—Pero... unos chicos de la facultad nos dijeron que, si no encuentra un hogar, habrá que sacrificarlo —protesta Desirée.

—Estos animales se suben donde quieren y lo arañan todo.

—Venga ya, Mario, mira qué carita de pena tiene —interviene Diego—. No hay discusión posible.

—¿Y por qué no se lo queda una de vosotras? —prueba Mario.

—Mi madre nos tiraría por la ventana a los dos —le aseguro—, y yo no caigo de pie

—Y yo ya tengo un perro —añade Desirée—. Mario, con una casa tan grande como ésta tenéis que tener al menos una mascota.

—Muy bien, mañana iré a comprar un *hámster*, pero ese bicho no se queda aquí.

—Ese bicho tiene nombre —replica Diego—. Se llama... se llama Garfield. Sí, eso, Garfield.

—Sácalo de aquí.

—No, Mario, ya le he puesto nombre.

Diego coge al gato de los brazos de Desirée y lo deja en el suelo. Mario exhala un largo suspiro.

—Bendita paciencia —murmura para sí cuando se gira para volver al salón—. No te aseguro que siga aquí cuando vuelvas de la gira.

—Os quedáis a cenar, ¿verdad? —nos ofrece Diego ignorando a su hermano.

Minutos después, los cuatro estamos sentados a la mesa, alrededor de un par de pizzas.

—Entonces, ¿cómo ha salido la prueba? —pregunta Desirée. Ya estaba tardando demasiado—. ¿Te vas de gira, Nora?

—Sí. Por lo visto, sí. —le contesto e, intentando ignorar su risita nerviosa, miro a Diego pidiéndole ayuda.

—Ya he hablado con mi *manager* —interviene él—. Se ha quedado mucho más tranquilo ahora que he solucionado el problema, y me ha dicho que podemos retrasar la grabación del *videoclip* hasta que te aprendas la coreografía.

—¿Voy a salir en tu *videoclip*? —De repente me entra el pánico. ¡Oh, no, no puedo!

—Claro, Nora. Ahora eres mi bailarina principal —me recuerda.

—No. No, Diego, yo...

—Por cierto, mañana tenemos que ir a ensayar. Hemos quedado con el resto de bailarines a las once.

Después de cenar, Diego insiste en que nos tomemos una copa. Al final acaba siendo más de una, e incluso empezamos a jugar a ese juego tan popular, pero al que yo nunca antes he jugado.

—Yo nunca... he durado más de dos semanas con la misma persona —se le ocurre a Mario.

Según las reglas del juego, yo, como he llegado a durar más con un

chico, debo dar un trago a mi copa; de hecho, el único que no bebe es Diego.
¿En serio?

—¿En serio, Diego? —inquire Mario.

—Lo que no sé es cómo es posible aguantar más tiempo que eso.

—Tienes que cambiar esa mentalidad —suspira su hermano.

—Es tu turno, Desirée —apremia Diego, para no discutir.

—Muy bien —acepta Desirée, pero duda aún un momento—. A mí nunca me ha entrado la risa tonta cuando me estaban echando la bronca.

Vale, de acuerdo, me ha pasado. Bebo otro trago acordándome de la última vez. Los cuatro bebemos.

—A mí me pasa cuando me regaña Marc —admite Diego divertido—. Tengo que contener la risa y me empiezan a llorar los ojos y... lo paso fatal.

—Exacto —coincide Desirée entre risas—. Es horrible.

—Venga, Nora, te toca —me dice Mario.

Me pongo un poco nerviosa, porque no sé qué puedo decir. Al final, acabo diciendo lo primero que me viene a la cabeza.

—Yo nunca he mentido a mis padres diciéndoles que iba a dormir en casa de una amiga.

Diego, Desirée y yo nos llevamos la copa a los labios automáticamente, y enseguida dirigimos nuestras miradas intimidatorias hacia Mario.

—No me miréis así —pide—. No, nunca lo he hecho. No he tenido que hacerlo.

—Sin comentarios, ¿verdad, chicas? —dice Diego, aún sin pestañear. Desirée asiente con la cabeza y Diego decide seguir con el juego—. Yo nunca he hecho un *striptease*.

No, yo nunca lo he hecho, pero Desirée da un largo trago de su bebida.

—Creo que debo aclarar que fue en la intimidad de mi habitación. Sólo estábamos él y yo —se excusa enseguida.

—Así que sabes añadirle morbo a cualquier situación —comenta Diego—. ¿Me harás un *striptease* a mí?

—Si te portas bien —ataja Desirée—. De momento, sigamos jugando.

—A mí nunca me ha quitado el sueño un problema con mi pareja —dice Mario enseguida. Apostaría a que lo había preparado.

Como era de esperar, el único que no bebe es Diego.

—Mario, deja ya de ir a por mí —le reprende a su hermano.

—Sólo intento averiguar hasta qué punto te da igual todo.

—¿Por qué, exactamente, iba a preocuparme algo así? Si no estoy a gusto con una chica, siempre puedo irme con otra —afirma Diego, y es cuando acaba de convencerme de que realmente no entiende el amor.

—Claro, así de fácil —Mario se encoje de hombros, desistiendo de contradecir a su hermano.

—Yo nunca he prestado más atención a los gemidos de un jugador de tenis que al partido en sí —interviene Desirée, para rebajar la tensión, y realmente lo consigue cuando todos nos echamos a reír.

Esto me da qué pensar. ¿Alguna vez me he fijado demasiado en eso? En realidad... debo admitir que me llama mucho la atención ese aspecto del tenis. Sí, creo que tengo que dar un trago, y Desirée me acompaña.

—No me lo puedo creer —se ríe Mario.

—Esos gemidos distraen, Mario —asegura Desirée.

De acuerdo, es mi turno de nuevo, y ahora pienso utilizarlo para enterarme de lo que realmente me interesa.

—Yo nunca he roto el corazón a nadie —suelto de sopetón, y a los tres les cambia repentinamente el semblante.

—¿Cómo quieres que sepamos eso? —pregunta Diego—. Además, es algo demasiado relativo.

—Diego, bebe —le ordena su hermano—. De hecho, creo que deberías

beberte la botella entera.

—Qué exagerado eres —protesta Diego, mientras da un trago a su bebida.

—No me tires de la lengua —pide Mario, y sé que el problema es que Desirée está presente, aunque a ella no parece importarle demasiado nada de esto.

—Yo nunca he tenido un orgasmo —dice entonces Diego. ¿Será posible?

—Diego, no soy virgen, si es lo que te estás preguntando —le suelto sin reparos. Sí, por supuesto que es eso lo que se está preguntando. ¿Qué otro objetivo puede tener?

—Me has pillado —tiene que admitir, y aún tiene la poca vergüenza de sonreírme y guiñarme el ojo.

Antes de que yo pueda reprocharle su excesiva chulería, mi móvil comienza a sonar encima de la mesa. Me inclino hacia él y, al ver que es mi madre, respondo rápidamente. Dios mío, ni siquiera he llamado a casa.

—Dime, mamá.

—Nora, ¿dónde estás? —me pregunta enseguida, y parece preocupada. Lógico y normal—. Es la una de la mañana.

—Perdona, mamá. Iba a llamarte ahora mismo; es que estoy... en casa de Desirée. Estábamos pensando en quedarnos todas a dormir aquí. ¿Me dejarías?

—Nora, sé cuándo me estás mintiendo.

Mierda. ¿Qué le digo ahora? Piensa, Nora; piensa rápido. Oh, sí, ya lo tengo: Nico. No le extrañará que, en un primer momento, haya querido ocultarle que estoy con él, pero tampoco se enfadará por ello; a mi madre le gusta Nico.

—Estoy con Nico —digo en un suspiro, intentando mentir mejor esta

vez.

—¿Con Nico? —efectivamente, le ha encantado la idea—. Cariño, ¿por qué no me lo has dicho?

—Bueno, es que yo...

—¿Vas a quedarte a dormir en su casa?

—Si no te importa...

—Claro, hija; te puedes quedar si a su madre no le importa. Nico es un buen chico.

—Vale. Gracias, mamá.

—Pasadlo bien, cielo —añade, y prefiero no preguntarme a qué se refiere—. Te veo mañana.

—Hasta mañana —me despido y cuelgo el teléfono.

—Nora, ¿acabo de oír lo que acabo de oír? —interviene Desirée—. ¿Le has dicho a tu madre que estás con Nico?

—¿Y qué podía decirle? ¿La verdad? —espeto, e imagino a mi madre sufriendo un infarto—. Le gusta Nico, así que...

—¿No les has contado a tus padres que eres la nueva bailarina de Diego Arias? —pregunta, aún incrédula.

—No, estaba esperando a que fuera seguro. Se lo contaré mañana.

—¿Quién es Nico? —se entromete de repente Diego.

Miro a Desirée. Parece muy poco dispuesta a ser ella quien dé las explicaciones. Tendré que hacerlo yo.

—Es un chico de nuestra clase —me limito a decir.

—¿No es más que eso, Nora? Creí que te gustaba ese pijo adicto a las marcas —habla ahora Desirée. Parece no entender que hay momentos en que debería callarse.

—No, no me gusta. Nunca me ha gustado.

—En cualquier caso, parece que tendréis que quedaros a dormir —dice

Diego y, cuando le miro, tiene su sonrisa de “me lo has puesto demasiado fácil”.

* * *

—Nora. Nora, despierta —escucho una voz mientras alguien me acaricia el hombro. Abro los ojos despacio. Es Diego.

—¿Qué estás haciendo?

—Jugar a que soy tu despertador. Tenemos que ir a ensayar —explica y yo suelto un quejido removiéndome bajo las sábanas—. Te espero abajo.

—Sí, claro. Ya voy.

En cuanto Diego sale de la habitación, vuelve esa excesiva calma. Me da miedo dormirme de nuevo, así que prefiero levantarme cuanto antes. Cuando me desperezo un poco, observo a Mario. Está profundamente dormido, ni siquiera se ha enterado de que Diego ha entrado; espero no despertarle yo. Me levanto despacio de la cama. Enseguida recuerdo mi patética actuación de anoche, cuando fingí haberme dormido demasiado rápido, y me avergüenzo.

Después de haber pasado por el baño y haberme vestido, bajo bostezando por las escaleras. La voz de Diego intentando alcanzar notas a las que no llega y el olor a tostadas me llevan directamente a la cocina.

—Venga, bella durmiente, llegamos tarde.

—Buenos días a ti también, Diego —espeto.

—Tómame el café, se te está enfriando —me aconseja y da el primer bocado a su tostada.

Me siento a la mesa frente a él, remuevo mi café y doy un largo trago.

—¿Qué tal se duerme con mi hermano?

—Como si estuviera sola —aseguro—. Ni se le ha notado.

—Yo suelo ser más inquieto en la cama —dice con una sonrisa pícaro y me quedo mirándole con la ceja enarcada.

—¿Es que no paras nunca de hacer chistes malos? Eres un sinvergüenza.

—Cojo una de esas tostadas recién hechas y me dispongo a untarla con mantequilla.

—Nora, tú y yo nos vamos a llevar muy bien.

Después de desayunar, Diego sube al piso de arriba a por unas cosas de última hora. Durante un par de minutos me quedo sola en el salón, y no puedo evitar sentirme muy pequeña. Todo esto es tan impresionante. Me distraigo un rato con *Garfield*, a quien parece no costarle nada adaptarse a su nueva casa. Me pregunto si le gustará la lasaña tanto como al gato de los dibujos animados.

Cuando Diego vuelve, ya dispuesto, bajamos al garaje y subimos en su *Mercedes* plateado. Escuchando su emisora preferida de radio, nos dirigimos a... a dondequiera que suele ir a ensayar con sus bailarines.

Diego entra finalmente en el aparcamiento de un alto edificio. Durante el trayecto, se ha ofrecido a traerme en coche todos los días que tengamos que ensayar, pero yo he insistido en que me explicara cómo puedo llegar hasta aquí en transporte público.

Mientras subimos en un ascensor hasta el quinto piso, empiezo a ponerme nerviosa. ¿Qué van a pensar de mí el resto de bailarines? Seguramente, en comparación con ellos, yo apenas sé bailar. No creo que sea capaz de hacerlo bien. Al fin y al cabo, sólo soy una sustituta.

—¿Sabes, Nora? Creo que eres incluso mejor que la anterior bailarina —me dice Diego, como si me hubiera leído el pensamiento. No me lo creo

pero, aun así, eso consigue relajarme un poco.

—¿Qué pasó con ella? —le pregunto cuando me doy cuenta de que nunca he pensado en eso. Diego sonrío con sorna.

—Digamos que era una chica poco conformista —entrecierra los ojos, retándome a adivinar qué hay detrás de esas palabras.

Antes de que yo pueda comentar sobre eso, llegamos a nuestro piso. Salimos del ascensor y vamos directamente hacia una puerta blanca. Sé que ahí van a estar todos. Diego abre la puerta y entro muerta de vergüenza.

—Hola, chicos. ¿Cómo lo lleváis? —saluda Diego—. Espero que vengáis con ganas.

—No sabría qué decirte —suspira una de las bailarinas.

—Os presento a Nora, va a sustituir a Ana.

—¿Sustituir a Ana? —interviene un chico moreno—. ¿Y eso por qué? ¿Se ha lesionado o algo así?

—No —dice Diego confuso—. Se ha ido. ¿No os lo ha contado ella?

—Vas a tener que explicárnoslo tú.

—No sé si debería...

—¡Habla, Diego! —exige otra chica.

—Vale —acepta Diego y suspira—. Quería cobrar más, mucho más. Entonces yo pensé que, si le subía el sueldo a ella, vosotros querríais lo mismo. Es lo justo, ¿verdad? Tuve que decirle que no, que no me lo puedo permitir, y decidió irse. Así de simple —concluye. No creo que ocurriera exactamente así; seguramente, ha adornado la historia para ahorrarse problemas.

—Creo que aquí hay gato encerrado —sospecha una chica rubia al fondo de la sala.

—No, de verdad, fue como os lo cuento —se reafirma Diego—. ¿Por qué creéis que no os lo ha contado ella misma? Habría quedado un poco mal

—dice y yo tengo que disimular una sonrisa. Diego recorre con la mirada toda la sala, juzgando las expresiones faciales de sus bailarines y bailarinas. Parece que les ha convencido, ninguno tiene nada más que decir—. ¿Os parece si empezamos ya? Nora lo hará bien.

Diego se gira hacia el equipo de música, introduce rápidamente el *CD* y empieza a sonar el *single* de su último disco: *Bombón*. Todos se colocan en sus posiciones frente al espejo, incluido Diego, que me indica que me ponga a su lado.

—Muy bien, Nora, lo primero que tienes que saber es que aquí tenemos una norma: quien se limite a marcar los pasos, nos invita a todos a cenar; así que será mejor que bailes como sabes.

Dicho esto, empieza a bailar, y yo me apresuro a seguirle, tengo que empezar a quedarme con los pasos desde ya. No me cuesta demasiado captar la coreografía de *Bombón*. Yo ya he bailado el *single* de Diego antes; la última vez, ayer por la tarde en su casa.

La segunda coreografía me resulta más difícil. Diego va demasiado deprisa, pero tengo que asumir que no disponemos de demasiado tiempo. Cuando me quiero dar cuenta, Diego ha pasado de las sonrisas divertidas a lanzarme miradas muy serias a través del espejo. Sin embargo, aún no he conseguido ejecutar bien del todo la coreografía cuando decide pasar a la siguiente.

Consigo captar los pasos enseguida, y me motivo al ver que aún soy capaz de hacerlo bien. Justo en ese momento, Diego dice que hay que repetir la misma combinación del estribillo pero hacia el lado contrario, empezando esta vez con la pierna izquierda. No soy capaz de hacerlo. Jamás en mi vida me he sentido más descoordinada. Estoy haciendo un ridículo espantoso. ¿Qué me está pasando?

—Nora, como sigas así te vas a ir a tomarte dos cafés —acaba

advirtiéndome Diego, y yo prefiero no contestar.

A partir de entonces, consigo concentrarme, y parece que la coreografía va adquiriendo consistencia. Menos mal que finalmente he conseguido demostrar que, al menos, sé poner un pie delante de otro. Incluso Diego vuelve a sonreírme, y respiro aliviada.

Cuando me encuentro completamente sumergida en la coreografía, un hombre entra por la puerta. Es alto, con ojos marrones y una media melena de color castaño claro, y lleva en la mano un misterioso maletín negro. Diego abandona la coreografía a la mitad para acercarse a él, pero el resto seguimos bailando. El volumen de la música me impide oír su conversación, pero creo leer mi nombre en los labios de Diego y, para terminar de corroborarlo, me señala. Nora, no se te ocurra equivocarte ahora, o no irás de gira ni a la vuelta de la esquina.

Tras lo que me parece una eternidad, termina la coreografía, y yo he conseguido no cometer ni un fallo. Genial. Diego empieza a aplaudir y todos los bailarines hacen exactamente lo mismo. Les imito, recuerdo que mis compañeras de baile y yo también aplaudíamos al final de la clase.

—Muy bien, chicos —dice Diego—. Hoy habéis estado geniales. Nos vemos el próximo día. —Y ahora, sé que me va a llamar a la de una, a la de dos y a la de...— Nora, ven —me llama, y yo voy hacia ellos dos con mi mejor actitud seria y madura—. Él es Marc, mi *manager*.

—Encantada, Diego me ha hablado de ti —digo y, como estoy sudando, prefiero limitarme a darle la mano.

—Igualmente —coincide con una sonrisa—. He venido a traerte el contrato que tienes que firmar.

Miro a Diego. ¿Realmente quiere que lo firme después de ver cómo he bailado hoy? Por lo visto, sí. Pero yo nunca he firmado un contrato de trabajo. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Firmarlo aquí y ahora? ¿Pedirle

algo de tiempo para pensar sobre ello tranquilamente?

—Puedes llevártelo a casa si quieres leerlo más despacio —Diego sale en mi auxilio.

—Gracias, Diego. Creo que eso es lo que haré, porque debería hablarlo con mis padres —digo, recordando que ni siquiera se lo he mencionado aún—. Mañana te lo devolveré firmado.

Marc abre entonces su maletín negro y no tarda en encontrar mi contrato. Me lo tiende amablemente.

—Toma. —Yo lo cojo y echo un vistazo rápido a la primera página—. Fírmalo, eres una bailarina excelente. —Con el piropo, Marc me hace levantar la vista hacia él.

—Gracias —le digo con una sonrisa.

Unos minutos después, el resto de bailarinas y yo nos retiramos al vestuario. Mientras nos aseamos y nos cambiamos, me limito a afrontar estoicamente el obligado interrogatorio. Tras responder preguntas que ya me esperaba como “¿cuántos años tienes?” “¿qué haces con tu vida?” o “¿de qué conoces a Diego?”, me despido de todas ellas hasta el próximo día.

De acuerdo, Nora, céntrate. Diego dijo que para llegar a la parada del autobús había que doblar aquella esquina y continuar hacia abajo unos metros. Sí, exacto, eso dijo. Aligero el paso y cruzo la calle. De nuevo en la acera, miro hacia atrás por alguna razón. Ahí está el autobús. ¡Oh, no! Al instante empiezo a correr y veo la parada demasiado lejos. El autobús me pisa los talones; de hecho, en este momento me está adelantando. ¡Mierda, lo perderé! Sigo corriendo cuando el autobús se detiene en la parada y una niña baja rápidamente. Ya está, ya estoy aquí. Rozo con mis dedos la parte trasera del autobús y hago un *sprint* final para alcanzar la puerta del conductor, pero entonces arranca. ¡No! ¡Pare, pare y ábrame! No me creo que no me haya visto. Cuando me encuentro corriendo inútilmente detrás del autobús, decido

rendirme.

Justo en ese momento, un *Mercedes* plateado se detiene frente a mí. Diego baja la ventanilla y en su cara puedo ver que se ha estado carcajeando de mí.

—¿Es que te iba la vida en ello? —pregunta con su sonrisa de “te he pillado haciendo un ridículo espantoso”.

—Cállate, ¿es que no sabes que cada vez bajan más las frecuencias de los autobuses y la mierda de servicio que prestan?

—No tienes precio, Nora —ríe—. Sube, te llevo a casa.

Ni siquiera soy capaz de pensármelo. Automáticamente, me apresuro a entrar por el lado del copiloto. Me siento con el bolso entre las piernas y cierro la puerta. Diego arranca y yo enseguida me pongo el cinturón de seguridad. Cuando me giro hacia él, le está dando un bocado a una chocolatina *Mars*; oh, esas son mis preferidas.

—¿Quieres una? —me pregunta al ver cómo la miro mientras pisa más a fondo el acelerador—. Creo que queda alguna en la guantera.

No dudo en abrir inmediatamente la guantera pero Diego, tras cambiar de marcha, la vuelve a cerrar.

—¿De verdad te lo has creído? ¿Creías que te iba a dar chocolate sin ninguna condición? —me pregunta divertido.

—Sí, por un momento sí —suspiro y me cruzo de brazos—. ¿Cuál es tu condición? —pregunto a pesar de todo y le veo sonreír de medio lado.

—No sé, quizá... No, aún mejor: quiero que la próxima vez que nos veamos lleves minifalda.

—Vale, muy bien. —Y enseguida me apresuro a abrir la guantera y coger una chocolatina antes de que se lo espere—. Ya veremos —digo, ya rasgando el envoltorio.

—Deberías ser más agradecida. Tal y como has bailado hoy, podría

mandarte directamente a la calle.

—Pero no lo has hecho porque sabes que sé bailar bien y que lo de hoy sólo ha sido un lapsus.

—Pareces demasiado segura de ti misma para tener lapsus.

—Sí los tengo; pero no intentes aprovecharte de ello, no conseguirás nada.

Aparta un instante la vista de la carretera para mirarme con su sonrisa divertida mientras yo muerdo mi chocolatina.

—Nora, ¿de verdad soy tan transparente?

—Oh, no, qué va —ironizo.

Diego suelta una risita y vuelve a centrarse en la conducción. Sólo entonces me doy cuenta de la canción que está sonando en la radio.

*“Every breath you take
and every move you make,
every bond you break,
every step you take.
I'll be watching you.”*

*“Cada respiración que tomes
y cada movimiento que hagas,
cada vínculo que rompas,
cada paso que des,
te estaré viendo.”*

Ay, no, por favor, no aguanto esta canción de Police, el himno del acosador; la odio con todas mis ganas.

*“Oh, can't you see
you belong to me?
How my poor heart aches
with every step you take.”*

*“Oh, ¿no puedes ver
que me perteneces?
Cómo mi pobre corazón duele
con cada paso que das.”*

Ya está, es suficiente. Me inclino hacia delante y termino por cambiar de

emisora. Michael Jackson; mucho mejor, qué duda cabe.

—Nora, hay que encargarse tu vestuario para el *videoclip* —Diego me saca de mis pensamientos. Supongo que me está preguntando mi talla.

—Oh, pues yo... tengo una treinta y seis.

—¿Y de pecho? —aparta la vista de la carretera para mirarme un solo segundo no precisamente a los ojos.

—Bueno, la verdad es que tendría que mirarlo, depende mucho de...

—Nora, ¿es que sé yo mejor que tú la talla de sujetador que tienes? —me deja congelada y me quedo mirándole, bastante confundida—. Tienes una ochenta y cinco —vuelve a mirarme.

—¿En serio? ¿Eso crees? —Él asiente con la cabeza—. Genial, ya hemos salido de dudas.

Él sonríe. No conocía esta nueva faceta de Diego, el experto en acertar tallas de sujetador. Me pregunto cómo ha adquirido esa habilidad.

* * *

Me encuentro en la cafetería de la facultad. Hoy no me he encontrado con nadie y estoy comiendo sola. Disfruto extremadamente tranquila de las albóndigas de mi madre que he traído en un *tupper*. Por lo visto, era demasiado bueno para ser cierto, porque ahí viene Desirée.

—Nora, tú y yo tenemos que hablar —me dice mientras se sienta frente a mí, dejando sobre la mesa su bandeja con el menú de la cafetería—. Cuéntamelo todo.

Me planteo demorar mi relato preguntándole qué quiere que le cuente exactamente, pero ya lo ha dicho: todo. Decido acabar con esto cuanto antes

y empiezo a hablar mientras ella enrolla los espaguetis en su tenedor.

—Bueno... supongo que podría decir que el ensayo fue... divertido —se me ocurre, pero enseguida me obligo a confesar la verdad—. En realidad, bailé fatal casi todo el tiempo, pero Diego no me lo tuvo en cuenta. La verdad es que al final me ha caído bien, consigue hacerme reír con sus chistes malos.

—Nora —me interrumpe Desirée—. Te estaba preguntando por Mario, Diego es mi novio.

Desirée se lleva el tenedor a la boca y yo agacho la cabeza avergonzada y jugueteo con mis albóndigas. ¿Por qué me he lanzado así a hablar de Diego?

—Ah, Mario. Sí, claro. Bueno, ya sabes... formal y reservado.

—¿Ya está? —inquiérese ella—. Pero si es exactamente el prototipo de chico perfecto. —Sí, en eso tiene razón: es “el prototipo”.

—Es encantador, pero aún nos estamos conociendo.

—¿No te has preguntado cómo pueden ser tan distintos?

—Puede deberse a la metilación de algún gen —bromeo, con la intención de cambiar de tema.

—¿Has estado estudiando genética?

—No, presté atención en clase.

—Pues atenta a lo que viene por ahí.

Vuelvo la cabeza para ver de qué habla. Es Nico, que viene hacia nosotras con cara de estar agotado. Se quita la mochila y se deja caer sobre una silla a mi lado.

—Hola, chicas.

—¿De dónde vienes? —pregunta Desirée—. Pareces descompuesto.

—De la práctica de histología —suspira.

—Esas son las peores —coincide Desirée—, yo estoy empezando a odiar los microscopios. —Por un momento, casi llego a creer que seguiremos

hablando de cosas sin importancia, pero Desirée no lo permite—. Nico, Nora tiene algo muy importante que contarte.

Me mira con su típica sonrisa y me guiña el ojo para animarme a hablar. Yo, que me estoy empezando a cansar de que lo cuente todo, me limito a cerrar mi *tupper*, ahora vacío, y sacar la manzana que he traído para el postre.

—Desirée, creo que esto no es algo de lo que se tenga que enterar todo el mundo.

—Bueno... pero a Nico puedes contárselo, ¿no? —suspiro y le doy el primer bocado a mi manzana. Al verme poco dispuesta a hablar, Desirée decide que debe hacerlo ella.

—Nora va a ser la nueva...

—La nueva bailarina de Diego Arias —termino la frase antes que ella.

—¿Cómo? —implora Nico, completamente perdido.

—Lo que has oído —añade Desirée.

—Pero Diego Arias... ¿Ése no era tu cantante preferido, Desirée? ¿No estuviste el otro día en un concierto suyo?

—Exacto, pero mira quién ha sacado provecho de ello. La vida no es justa —ironiza.

—¿En serio, Nora? —me pregunta—. ¿Cómo ha sido eso?

—Todo gracias a mí, Nico, pero no te aburriremos con los detalles —ataja Desirée. Sí, ahora me toca a mí vengarme.

—Oh, por supuesto que sí, Desirée. ¿Por qué no? A Nico puedes contárselo.

—Es hora de ir a clase —me dice muy seria, enarcando la ceja.

Doy otro bocado a la manzana con una sonrisa traviesa. Los tres nos levantamos, salimos de la cafetería y nos resignamos a entrar en la clase de epidemiología. En cuanto entramos por la puerta del aula, Desirée sale corriendo a saludar a las dos chicas más pijas de la clase.

—Cuéntamelo ahora —me pide Nico mientras nos dirigimos al extremo derecho de la sexta fila de asientos. Le miro sin expresión alguna en la cara —. ¿Cómo has conseguido que te contrate Diego Arias?

Suspiro y me dejo caer sobre el asiento.

—Olvidalo. Tampoco te lo ibas a creer —le aseguro—. Yo no me lo creí cuando me lo contó Desirée, hasta que tuve a Diego enfrente.

—Nora... —insiste.

—Está bien, allá va —lleno mis pulmones de aire.

Le cuento toda la historia sin pararme casi a respirar con la intención de terminar cuanto antes. Por el momento prefiero no intentar deducir lo que puede estar pensando. Al fin acabo y me limito a esperar a que reaccione.

—¿Y a ti te gusta Mario? —¡Oh, venga ya! ¿Eso es lo único que se le ocurre preguntar?

—¿Te acabo de contar una historia que podría ser el *Best Seller* del año y tú sólo preguntas eso?

—Ya me había hecho a la idea de que sería algo rocambolesco —me dice con su sonrisa más dulce, pero me mira aún esperando mi respuesta. Para mi alivio, veo a la profesora entrar por la puerta.

—No lo sé, Nico, todavía no tengo suficiente confianza con él —le respondo, y parece quedarse un poco más tranquilo.

—Nora, a lo mejor no soy nadie para decirte esto, pero ten cuidado, en ese mundo hay cosas muy raras.

—Sí, lo sé, Nico. No te preocupes —le tranquilizo—. No cuentes esto a nadie, ¿vale? Sería una locura —le pido.

—Puedes confiar en mí.

* * *

Al día siguiente por la tarde, llamo al timbre de la casa de Mario. Me ha propuesto que estudiemos juntos, aunque los dos sabemos que la única que realmente estudiará seré yo. Él no tarda en abrir la puerta.

—Hola, Nora —se lanza a darme un abrazo.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto, Mario? No tienes por qué...

—Claro que sí, Nora. Será divertido estudiar contigo.

—Creo que “divertido” no es la palabra. —Abrazo más fuerte mi carpeta contra mi pecho.

—Pasa —me ofrece, apartándose a un lado. Entro y Mario cierra la puerta detrás de mí para después guiarme hacia el salón—. He estado haciendo zumo de naranja y he sacado unas galletas para que el estudio se haga más ameno.

Efectivamente, cuando llegamos al salón veo sobre la mesita de cristal dos vasos de zumo de naranja natural y un plato con galletas *Príncipe* de chocolate. ¿Por qué es siempre tan atento?

—Buena idea, con chocolate todo es más fácil —digo y él me sonríe

Entonces escuchamos cómo alguien baja trotando por las escaleras. Oh, aquí está Diego. Le veo aparecer por el otro extremo del salón. Camiseta blanca con un águila en gris y pantalón oscuro. Es tan... él.

—Hola, Nora —me saluda viniendo hacia mí y, al pasar junto a la mesa de café, coge una galleta. Luego me abraza y me da dos besos en las mejillas—. ¿Qué os traéis entre manos?

—Estudiar anatomía —contesta Mario. Oh, eso ha sonado mal. Diego enarca una ceja y da el primer bocado a su galleta—. ¿Y tú?

—He quedado para jugar un partido, así que os dejo solos, pero portaos bien.

—Diego, no me imites.

—Quería comprobar lo que se sentía —se ríe yendo hacia la puerta, haciéndole una caricia juguetona a Garfield al pasar—. Nora, te llamaré mañana para decirte cuándo ensayamos.

—Vale —respondo—. Oye, te dejo aquí el... —pero él ya se ha ido—. El contrato —termino mi frase de todas formas.

—¿Lo has firmado? —implora Mario quitándomelo de las manos para echarle una ojeada. Yo asiento con la cabeza—. ¿Qué han dicho tus padres?

—Que ya soy mayor para tomar mis decisiones, y que si suspendo por culpa de esto pagaré la matrícula del año que viene con ese dinero. —Mario me mira con los ojos entornados, quizá él tampoco me ve capaz de compaginar las dos cosas.

—A ver esos apuntes, entonces.

Enseguida nos ponemos a estudiar el aparato circulatorio. Empezamos por algunas generalidades demasiado sencillas para la carrera de Veterinaria, así que Mario se hace una idea equivocada.

—No parece tan difícil.

—Oh, tranquilo, esto no era más que una pequeña introducción —le aseguro, y puedo ver cómo la sangre huye de su rostro—. Ahora, por ejemplo, viene el apartado de la circulación fetal.

—¿Circulación fetal? —inquire cogiendo otra galleta.

—Sí —corroboro.

Empiezo a contarle el mecanismo en voz alta y llega un momento en que apostaría a que se ha perdido, pero me doy cuenta de que le he subestimado cuando empieza a hacer preguntas y aportaciones y se inclina sobre mí para ver también mis apuntes; está demasiado cerca, pero consigo seguir leyendo.

Apenas hemos terminado con las malformaciones congénitas típicas del sistema circulatorio cuando veo que Mario se empieza a aburrir, y yo también

me estoy saturando. No quiero torturarlo más, ya es bastante que se haya ofrecido a estudiar conmigo.

—Es suficiente, dejémoslo por hoy.

—¿Tú crees? Podríamos...

—No, no podríamos —niego con la cabeza, sé que él realmente está deseando acabar con esto; de hecho, aparece una ligera sonrisa en su rostro. Me hago una coleta alta con la goma que llevo en la muñeca, guardo los apuntes y me levanto del sofá—. Voy a dejar esto y...

No puedo terminar la frase porque de repente Mario me detiene rodeando mi pelvis con sus brazos. A medida que se levanta, su nariz recorre toda mi espalda hacia arriba, se me eriza todo el vello del cuerpo y la carpeta se me cae de las manos. ¡La madre que le parió! Alcanza mi cuello y comienza a llenarlo de besos. Oh, el cuello; por lo visto, por ahí pasan las arterias carótidas, seguro que puede notar perfectamente mi pulso desbocado. Desliza mi coletero suavemente a lo largo de mi melena hasta quitármelo y yo dejo caer hacia atrás mi cabeza apoyándola en su hombro y se me cierran los ojos. Santo cielo. Nora, haz algo, di algo, párale.

—Mario... —consigo murmurar.

—Dime —susurra en mi oído.

¿Dime? Oh, ¿qué voy a decirle? Su mano desciende por mi cintura y llega a meterse bajo mi pantalón. Piensa, Nora, piensa algo, joder, cualquier cosa.

—Mario... tengo la regla. —Oh, ¿en serio? ¿Es lo único que se te ocurre?

Estoy a punto de morirme de la vergüenza cuando noto que se ríe.

—Nora, respira; no pasa nada —me dice al notarme tan tensa. Sí, creo que debería respirar. Exhalo el aire de mis pulmones y relajo mi cuerpo. Mario me da un rápido beso en los labios—. ¿Qué quieres hacer? —da un

paso hacia atrás y suspiro aliviada.

—No lo sé —miro mi reloj—. ¿Qué juegos de mesa tienes?

CAPÍTULO IX

(Diego)

Consecuencias de las cosas buenas

Y si la vida es una rueda y va girando
y nadie sabe cuándo tiene que saltar,
y la miro, ¿y si fuera ella?

Y si fuera ella, Alejandro Sanz

Piso suavemente el freno y aminoro la marcha. Según tengo entendido, la calle de Desirée es la siguiente a la izquierda. Giro y entonces corroboro que sí: es aquí; de hecho, allí está Desirée, con una abultada mochila a sus pies, enmarcada por el sol del atardecer. Avanzo un poco más y detengo el coche justo frente a ella.

Me sonrío, se agacha a coger su mochila y rápidamente va a meterla en el maletero. Al cerrar da un golpe excesivamente violento para mi gusto y en escasos segundos está sentada a mi lado. Se inclina y me da un beso ligero en los labios.

—Estaba empezando a pensar que te habías perdido —me dice, sin ser consciente de lo increíblemente intuitiva que puede llegar a ser.

—Desirée, antes de nada, vuelve a explicarme lo que has planeado para este fin de semana. Creo que no lo he comprendido muy bien —le pido mientras pongo en marcha de nuevo el coche.

—Ya te lo expliqué ayer, Diego. Se trata de vivir un día como tú y un día como yo, un día de fama y un día de anonimato, un día de ricos y un día de pobres...

—¿Y por dónde empezamos?

—Por lo más interesante, por supuesto. Primero tú me enseñas a mí cómo es un día normal de tu vida.

—¿Entonces vas a acompañarme a la firma de discos de mañana?

—Claro, y tú me ayudarás a estudiar bioquímica el domingo.

—Muy bien, tú lo has querido, pero te aseguro que la vida de un cantante no es tan fácil como dicen. Yo también madrugo, también trabajo y voy a reuniones, también tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿A dónde vamos por esta carretera? —me interrumpe Desirée, dándose cuenta de que no me dirijo a casa.

—Al Hotel Don Carlos, eso también es parte de la vida de un famoso.

—Ah, sí, esa vida tan dura. ¿Quién no se quejaría si tiene que frecuentar hoteles de cinco estrellas?

—Desirée, esa es la parte buena, pero no creas que todo es lujo y *glamour* —le advierto, pero me quedo con la sensación de no haberla convencido. No es justo, yo también me esfuerzo en lo que hago, a veces me piden cosas que no son nada fáciles, y estoy seguro de que una gira exige mucho más trabajo del que ella se imagina.

No tardamos en llegar al Don Carlos, y entro directamente al aparcamiento del hotel. Cuando vamos a pedir una habitación, la recepcionista parece muy contenta de verme; una admiradora, supongo. No tarda en darnos las llaves de nuestra habitación y yo le dedico una de mis

mejores sonrisas de revista antes de darle la espalda en dirección al ascensor.

—Dios mío, Diego, ésta no se parece a ninguna de las habitaciones de hotel en las que yo he estado —dice Desirée eufórica después de haber inspeccionado toda la habitación.

Luego bajamos a cenar y Desirée sigue pensando que todo esto es un sueño. Me hace gracia, porque estoy seguro de que se despertaría de golpe si viera la factura. Pero un día es un día, ¿no? Eso es lo que dice siempre la gente para aliviar su conciencia.

Después la invito también a una copa en el bar del hotel, en esa terraza desde la que se ve la tranquila piscina, en la que flotan algunas lámparas decorativas. Le hablo a Desirée de los Jardines de las Golondrinas, por los que antes se podía llegar desde este hotel a la playa. Ahora, al final de ellos sólo hay una valla desde que se supo que algunas personas se colaban por ahí en el hotel. Ya que me he arrancado a hablar, le cuento también que mis padres se conocieron haciendo ese tipo de... travesuras.

Hablando sobre esas anécdotas sin demasiada importancia, y después de que yo haya tenido que firmar un par de autógrafos, acabamos vaciando nuestros vasos, y entonces Desirée decide que quiere ir a dar un paseo por esos jardines. Sí, claro, ¿por qué no? Entre estanques, puentes, flores y luces tenues hacemos algunas fotos; son verdaderamente preciosos.

De vuelta en la habitación, para finalizar bien la noche... bueno, me lo he ganado, no se me puede negar que es lo que surge en un momento así y a todas luces inevitable.

Al día siguiente, me despierta la alarma de mi móvil. Desirée gime molesta y, sin abrir los ojos, se da la vuelta para ponerse bocabajo. Yo paro la alarma y me giro hacia ella.

—Desirée —acaricio su pelo—. Desirée, vamos, hay que levantarse.

—Es sábado —refunfuña.

—Sí, pero tú y yo tenemos una firma de *CDs*.

Una hora y media después, me siento ante una amplia mesa y me hago con un grueso rotulador negro. Intento ignorar los gritos de toda esta gente, suspiro y me doy ánimos a mí mismo; en realidad, podría pasar perfectamente sin firmas de discos que siempre acaban durando al menos tres horas. El guardaespaldas deja pasar a las primeras personas de la fila: un grupo de cinco chicas con sendas sonrisas de oreja a oreja. Empezamos bien.

Ya le advertí a Desirée que no todo era tan emocionante y divertido. A las dos horas, ella ya ha ido a tomar un café, ha vuelto, ha ido a comprar una revista, ha vuelto, ha ido al baño, ha vuelto, y ahora parece tranquila leyendo su revista.

Cuando estoy firmando una camiseta con mi foto y mi nombre plasmados, Desirée aparece por mi espalda. Se pone a cotillear todos los regalos que me han ido dejando sobre la mesa: una taza, un poster con una foto mía... pero, sobre todo, peluches; un clásico. Decido apresurarme para terminar cuanto antes, y en una hora más he conseguido firmar a todas las personas de la fila. No sé cuantos rotuladores he gastado hoy, pero le pongo la tapa al que tengo en la mano y, exhausto, me levanto al fin de la silla.

Desirée y yo volvemos al hotel a comer. Realmente, estas firmas de *CDs* me dan mucha hambre. Luego subimos a la habitación. Desirée me sorprende sacando un *laptop* de su mochila y se deja caer sobre la cama.

—Ven aquí, Diego, estoy segura de que hay un montón de *fans* esperando noticias tuyas.

Al final me siento a su lado y acepto a enseñarle a Desirée cómo son las redes sociales de un famoso: una auténtica locura. Al principio, ella alucina con todos esos comentarios, piropos y halagos, pero acaba dándome la razón en que no es posible responder a todo. Luego chateamos un rato con Nora y le contamos nuestro rocambolesco plan para el fin de semana; ella opina que

tenemos muchos pájaros en la cabeza. Por último, aún nos queda tiempo para vacilar a un chaval desconocido que intenta ligar con Desirée en un *chat*, un *friqui* frustrado.

Cuando apagamos el ordenador, le propongo ir a darnos un relajante baño al *jacuzzi*. Al instante le encanta la idea y nos ponemos los bañadores. En poco tiempo los dos estamos sumergidos en el agua caliente y burbujeante.

—Diego, aquí no puede entrar nadie ahora, ¿verdad?

Desirée se vuelve hacia mí, apoya su cabeza en mi hombro y empieza a acariciarme el pecho. Ni siquiera pienso abrir los ojos. Agarro su muñeca y aparto su mano de mí.

—Desirée, tienes que intentar relajarte —le aconsejo.

—No, no quiero relajarme. —Se lanza sin más sobre mi cuello para besarme.

—Eres insaciable, morena —empujo su pecho para apartarla de mí—. Contrólate.

Consigo que se esté quieta y en el relativo silencio puedo concentrarme sólo en las burbujas sobre mi cuerpo. Espera... está demasiado callada, no insiste ni se queja. La curiosidad me hace abrir un ojo, y luego el otro. Desirée tiene los codos sobre las rodillas, y la cabeza apoyada en las manos. No puedo verle la cara, pero me la imagino.

—Desirée, ¿te has enfadado? —pregunto.

—No —me contesta muy dignamente, sin moverse. Así que es un “sí”.

—No te enfades, tonta —me inclino hacia delante para poder mirarla a los ojos—. A ver, ¿qué ha pasado con esa sonrisita tuya? —Frunce el ceño y consigue no sonreír. Suspiro—. No estás contenta con nada, niña. ¿Qué quieres? —No me contesta, pero tampoco me hace falta. Rodeo su cintura con los brazos, beso su pelo y la estrecho contra mí echándome hacia atrás—.

Alegra esa cara —vuelvo a pedirle, esta vez haciéndole cosquillas en la tripa. Surte efecto y consigo que se ría.

—¡Ay, Diego, para! —me suplica.

La abrazo y ella parece contenta. Bien, la he distraído. Ahora puedo cerrar los ojos y, tal y como me apetece hacer, olvidarme de cualquier tensión.

Después del baño, Desirée me recuerda que se acabó el tiempo; ahora es su turno: se terminó mi día y empieza el suyo; se acabó el día de fama y *glamour* y empieza el día de anonimato y total normalidad. Así que recogemos nuestras cosas, dejamos la habitación y nos dirigimos en mi coche hacia su convencional y corriente casa.

Desirée vive en un piso. Subimos en ascensor hasta la cuarta planta, ella abre la puerta de su casa, y me llevo una grata sorpresa cuando nos recibe un precioso y simpático perro *Beagle*.

—¿Y este amiguito quién es? —inquiero acuclillándome para acariciar al perro, que agita contento la cola.

—Golfillo —contesta Desirée, pero entonces me doy cuenta de algo.

—¿Lleva solo aquí desde ayer?

—Sí, bueno... le pedí a la vecina de abajo que le sacará un par de veces. A ella le encanta mi perro.

Nos instalamos entonces en casa de Desirée. Yo vivía en un piso parecido a éste cuando era pequeño, mis padres siguen viviendo ahí. Cenamos unos sándwiches y luego le propongo bajar a la calle para dar un paseo a Golfillo.

Me encanta el barrio de Desirée: no hay mucha gente, es tranquilo y tiene un parque muy agradable. Mientras Golfillo va de un lado para otro, olfatea y hace sus necesidades, Desirée me cuenta alguna que otra anécdota vivida con su mascota, como cuando realmente se comió sus deberes. No me

lo puedo creer; de hecho, me acaba doliendo la tripa de tanto reír cuando me cuenta lo que le tuvo que decir a la profesora con solo ocho años.

Algo más tarde estoy tumbado en la cama de Desirée esperando a que salga del baño. ¿Qué diablos tiene que hacer una mujer en el baño durante más de diez minutos antes de acostarse? Giro la cabeza hacia la derecha, hacia su mesilla de noche. Un despertador, un cacao, un paquete de pañuelos de papel y el libro que se está leyendo. Un libro muy curioso, por cierto. Me incorporo sobre el antebrazo derecho y lo cojo: *Cincuenta sombras de Grey*. Creo que he oído hablar de este libro. En la portada sólo hay una misteriosa corbata, así que decido hojearlo. Lo abro por una página cualquiera y paseo la vista sobre las palabras. Oh... Oh, Dios mío. Joder, esta niña se ha vuelto loca. Creo que se me ha revuelto el estómago. ¿Cómo puede leer estas cosas? Es entonces cuando Desirée sale del baño, entra en la habitación y se dirige hacia mí.

—Desirée... ¿debería asustarme encontrar esto en tu mesilla? —Para mi sorpresa, ella se ríe divertida.

—No es más que el libro de moda.

—Una moda son los pantalones de cintura baja, no esto —me incorporo y cruzo las piernas. Aún no doy crédito—. ¿Se puede saber qué clase de libro es éste? —le pregunto cuando se sienta a mi lado en la cama.

—Bueno... básicamente, trata de un millonario sadomasoquista y su... sumisa.

—Claro, lo que se llama una lectura ligera —ironizo y Desirée se ríe.

—Venga, deja eso —me quita el libro de las manos y lo devuelve a la mesita.

Se inclina hacia mí y me da un rápido beso en los labios rodeándome el cuello con la mano. Entonces me surge una duda. Con una mano en su pecho, la detengo un segundo.

—¿Y qué significa la corbata de la portada? —le pregunto, y ella pone los ojos en blanco.

—Con la corbata le ata las manos. —Claro, debí imaginarlo. Espera, se me está ocurriendo algo. Esbozo mi sonrisa pícara y miro a Desirée entornando los ojos—. ¿Qué? —implora ella arrugando la frente.

—¿Dónde guarda las corbatas tu padre? —me quito a Desirée de encima y me levanto de la cama.

—¿Qué? ¿Estás loco?

Ya junto a la puerta, me giro de golpe.

—Eres tú la que lee esas barbaridades —espeto—. ¿No quieres probarlo?

Desirée me mira pensativa con una sonrisa entre traviesa y tímida. Creo que va a aceptar.

—Ven conmigo, están en su armario.

Se levanta y sale por la puerta delante de mí. La sigo por el pasillo hasta la habitación de sus padres. Desirée abre la puerta del armario. Yo enseguida veo el corbatero y me adelanto a ella. Reviso las corbatas de su padre y acabo eligiendo una de cuadros azules parecida a la que sale en la portada de su libro. Me giro hacia Desirée para enseñársela y ella no puede contener una risita ruborizándose ligeramente.

La envuelvo con mis brazos y la beso en los labios y en el cuello y la guío despacio hacia su habitación. A medio camino le quito la camiseta y ella me la quita a mí. Cuando entramos en su cuarto la agarro para levantarla y ella rodea mi cintura con sus piernas. Tras un último beso intenso la tumbo sobre la cama. Me arrodillo entre sus piernas y me incorporo para mirarla a la cara.

—Manos arriba —le digo.

Aún no se puede creer que, aunque sea por un momento, se está

convirtiéndolo en la protagonista de su libro. Sin embargo, inmediatamente sube las manos por encima de su cabeza. Dios mío, nunca he hecho esto. ¿De verdad tengo que atarla? Me animo a hacerlo. En realidad, no sé ella, pero estoy seguro de que yo me lo voy a pasar bien. Me inclino sobre ella, agarro sus muñecas y se las ato con fuerza a un barrote del cabecero. Tiro de la corbata para comprobar que he hecho un nudo resistente. Sí, lo he hecho bien, y sonrío orgulloso.

La beso en los labios, en el escote, en el ombligo y procedo a quitarle los pantalones. Le lanzo una mirada lasciva, agarro el pantalón a ambos lados de sus muslos y tiro de él hasta que se lo acabo quitando. Me apresuro a librarme también de mis pantalones. Vuelvo sobre Desirée tan excitado como ella o incluso más. Joder, quienquiera que haya escrito ese libro sabe lo que se hace. Tiro de sus bragas, que de repente se han convertido en el peor de los estorbos. En pocos segundos me he quitado también los calzoncillos. Ella está atada, reducida, ni siquiera puede tocarme y yo, sobre ella, puedo hacer con su cuerpo lo que quiera. Acaricio las curvas de su cintura, enredo los dedos en su pelo. Desirée, con los ojos cerrados, flexiona la rodilla derecha, arquea la espalda y gime.

—Diego —gime—. Diego, desátame —me pide en un suspiro. ¿Y ahora qué excusa pongo para no hacerlo?

—Apuesto a que quieres que te diga que no.

Desirée tira de las ataduras intentando zafarse. No va a conseguirlo, o eso espero. Todos los músculos de su cuerpo se contraen, gime, gruñe, ahoga un grito y pronto se acaba derritiendo por completo en mis brazos... y yo tampoco resisto más.

—Desátame —vuelve a pedirme ahora más calmada pero todavía jadeante.

Con la cabeza aún hundida en su pelo, que huele estupendamente bien a

frambuesa, alzo el brazo para desatar el nudo. Ella, libre, se acaricia las muñecas; creo que le duelen. De repente se echa a reír como una tonta y yo me contagio.

—Diego, tus ocurrencias son únicas.

—Entonces, ¿te ha gustado? —inquiero.

—Sí —admite entre risas—. Pero no vuelvas a hacerlo, es muy frustrante.

No, por favor, tenemos que repetirlo; de hecho, estoy planteándome empezar a llevar siempre una corbata encima. Pero prefiero pasarlo por alto ahora, ya negociaremos en otro momento. Con la mano en su cuello, la acerco a mí y vuelvo a besarla.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Desirée está bocabajo, apoyada sobre los codos, leyendo ese libro del demonio que sujeta sobre su almohada. Vuelvo a cerrar los ojos, giro sobre mi costado izquierdo y me duermo de nuevo, si es que en algún momento he llegado a despertarme.

A la mañana siguiente me despierto lentamente. Lo primero que veo es un poster mío pegado en la puerta abierta de su armario. Ciertamente irónico. ¿Por qué no ha abierto el armario antes para enseñármelo?

Salgo de la cama y voy directamente a levantar la persiana. Precioso día soleado. Entonces se me va la vista a una estantería, donde Desirée tiene su colección de *CDs*. Espera, quiero comprobar algo. Encuentro rápidamente mis discos. El primero es original, el segundo es pirateado, y el tercero y último se lo acaba de comprar original. Me lo imaginaba. Suspiro. ¿Debería enfadarme? No, no me apetece enfadarme.

Cuando salgo de la habitación, Golfillo es el primero en darme los buenos días. Le acaricio la cabeza y sigo mi camino hasta el baño. Tras una

ducha rápida voy finalmente a la cocina, donde ya estoy escuchando a Desirée.

—Vaya, creí que no te despertarías nunca —me dice con una agradable sonrisa y luego vuelve a centrarse en la taza que está fregando.

—Buenos días, Desirée.

—¿Cómo puedes dormir tanto?

—¿Cómo puedes tú estar siempre tan hiperactiva durmiendo tan poco?
—contraataco y ella se ríe.

—Venga, desayuna, tenemos que estudiar bioquímica.

Apenas me deja tomarme tranquilo un café con galletas y luego enseguida va a por sus apuntes. En el salón, nos sentamos sobre el sofá, que es realmente cómodo, y empezamos a estudiar los dos tipos de diabetes: la diabetes tipo uno cuando el páncreas no segrega insulina y la diabetes tipo dos cuando lo que ocurre es que los receptores de la insulina están desensibilizados, asociada a obesidad.

Escucho a Desirée mientras ella repasa el temario y acaba de asimilar ciertas rutas metabólicas. Esta asignatura no es del todo aburrida, tiene un lado interesante estudiar todo lo que ocurre en nuestro cuerpo y por qué, es como mirar desde otra perspectiva los michelines y el típico recuento de calorías.

—Conclusión: todos los excesos se acumulan en forma de grasas —termina Desirée dejando los apuntes sobre la mesa y me mira—. ¿Alguna duda? —bromea.

—¿No se supone que los veterinarios estudiáis los animalitos? —imploro.

—Sí, claro, qué bonito sería todo —ironiza y luego exhala un largo suspiro—. ¿Qué te apetece comer?

—No lo sé, dímelo tú. Hoy mandas tú.

—¿Unos macarrones *boloñesa*? —asiento con la cabeza. Sí, eso está bien; por lo visto, los hidratos de carbono son muy importantes—. Ven, te enseñaré a hacerlos —y se levanta en dirección a la cocina. ¿Está hablando en serio?

—Desirée, soy cantante, no gilipollas. Sé hacer unos macarrones.

—Perfecto, eso que nos ahorramos —dice desde la cocina. Suspiro y me levanto del sofá para ir con ella.

Después de comer simplemente nos tumbamos cada uno en un sofá a ver una película que están poniendo en la televisión. Joder, ¿es que esta película está hecha adrede para que la gente se quede dormida? Me pesan los párpados.

Cuando vuelvo a abrir los ojos veo a Desirée acurrucada en el otro sofá, está estudiando otra vez. Levanta la vista del papel y me mira.

—¿Cuántas horas puedes llegar a dormir en un solo día?

—Yo no suelo echarme la siesta; ha sido este sofá, es mucho mejor que el mío —digo pero entonces recuerdo la verdadera causa de que me haya dormido—. Y esa película era como... cloroformo. —Desirée suelta una carcajada.

—Lo sé, por algo suben tanto el volumen cuando llega el intermedio, pero parece que contigo no funciona.

La miro entornando los ojos. Desirée, basta ya de ironía y sarcasmo. Me levanto del sofá y voy hasta ella. Le quito los apuntes para apartarlos a un lado y la beso deslizándome sobre ella a la vez que empujo su pecho. ¿Lo ves, Desirée? Tu sofá es especialmente cómodo. Sigo jugando con su lengua pero ella parece recordar de repente algo y echa la cabeza hacia atrás. ¿Qué está haciendo? Esto es muy raro en ella.

—Diego, había pensado ir al cine esta tarde.

—¿Al cine? —inquiero tomado por sorpresa. No había pensado en algo

así—. Buen plan, hace mucho que no voy al cine. —Ella me sonrío.

—Espera aquí, tengo que darte algo —se levanta del sofá.

La miro mientras va a su habitación. ¿Qué tiene que darme? De Desirée puedo esperar cualquier cosa. Enseguida vuelve y lleva algo en la mano, es... es una peluca de pelo moreno.

—Toma, la necesitarás si vamos a ir al cine —me la lanza y me pongo en pie para cogerla al vuelo. La observo un instante. Es muy realista, pero...

—Desirée, no me hace falta una peluca. Puedo ir al cine sin ningún problema.

—No, no puedes.

—Sí puedo.

—De acuerdo, aun en el caso de que pudieras, que no puedes, ¿crees que a Marc le haría mucha gracia?

Vale, en eso tiene razón; imagina que nos hacen otra foto juntos y se difunde por toda la prensa rosa. No puedo arriesgarme a eso, no quiero cabrear más a Marc.

—Muy bien, me la pondré —accedo—. Pero pienso quitármela en cuanto apaguen las luces.

—Voy a vestirme —dice con sorna y vuelve a su habitación.

Cuando ella vuelve me hace ponerme la maldita peluca y salimos por la puerta. Subimos al *Mercedes* y pongo rumbo al centro comercial más cercano hacia el que Desirée me intenta guiar mediante unas indicaciones bastante vagas.

Llegamos frente a la exposición de la cartelera y tratamos de ponernos de acuerdo sobre qué película podemos ver. Desirée quiere ver una basada en una novela de Nicholas Sparks, pero yo ya aprendí la lección aquella vez que permití a una chica elegir la película, y no estoy dispuesto a volver a pasar por eso. Con no poco esfuerzo acabo convenciéndola para entrar a ver

la de miedo.

Tras comprar bebidas, gominolas y palomitas, estamos sentados en nuestros asientos viendo los *trailers* de los próximos estrenos. Ya han apagado las luces y no hay nadie sentado a mi lado pero, aun así, Desirée no me deja quitarme esta peluca del demonio.

La película empieza bien, creo que me va a gustar y que podré reírme cuando Desirée se lleve algún que otro susto. Ella sube los pies al asiento para rodearse las rodillas con los brazos. Venga, Desirée, los dos sabemos que acabarás cayendo sobre mi hombro, será por un sobresalto ante algo inesperado de la película, será durante una escena más tierna, pero lo acabará haciendo.

Efectivamente, ella se va deslizado sutilmente en su asiento hacia mí hasta que acaba por apoyar la cabeza en mi hombro. Perfecto, ahora solo tengo que esperar el minuto reglamentario. Cuento mentalmente hasta sesenta intentando no hacerlo demasiado deprisa. Para cuando acabo Desirée no se ha movido, así que me doy “pista libre” a mí mismo. Empiezo besándola desinteresadamente en la sien y luego hundo los dedos en sus rizos acariciando su pelo y masajeando su cabeza. Cuando rodeo su cuello con mi mano ella misma alza la barbilla para besarme. Su boca sabe a azúcar y *pica-pica*, me gusta. Desde el mismo momento en que mis dedos alcanzan la curva de su cintura no me entero de cómo continúa la película. Sin embargo, antes o después, los créditos siempre llegan.

Desirée me propone ir a cenar al *Burguer King*. Mientras esperamos nuestro turno intento decidir lo que voy a tomar. Desirée lo tiene muy claro pero yo apenas me acuerdo de la última vez que pisé una de estas hamburgueserías. Tiene gracia que sólo me haya hecho falta una peluca. Al fin pedimos nuestras hamburguesas y las bebidas y en unos minutos estamos servidos.

Desirée escoge una mesa del fondo, en una esquina, y nos sentamos allí frente a frente. Tal y como suele ocurrir tras una sesión de cine, empezamos irremediablemente a hablar sobre la película.

—Por supuesto que ha estado bien —admite Desirée mientras yo doy otro bocado a mi hamburguesa—, pero creo que me habría gustado más la de amor.

—No lo puedo entender. ¿Qué es lo que os gusta a las mujeres de esas pasteladas?

—El romanticismo, las frases que a todas nos encantaría oír, el amor incondicional y apasionado...

—Es decir: os gusta que no sean para nada fieles a la realidad.

—¿Por qué no? Algo así podría ocurrir —me asegura muy seria y se mete en la boca una patata frita—. Imagina una mujer sola, infeliz, en una casa destartalada en una aldea cerca de la playa con apenas unos pocos habitantes, con un hijo pequeño, un perro y cada vez más desesperada. Pero entonces, un buen día, aparece él: es perfecto en todos los sentidos, la cuida, la escucha, la comprende, la ayuda, le hace sentir la mujer más especial del mundo... —Desirée se calla de repente con la mirada en alguna parte—. Vale, te doy la razón: eso no puede ocurrir. Creo que no hay ningún hombre así —y sorbe un poco más de su bebida con la pajita.

—A vosotras no os gustaría que fuéramos así —le replico y ella me mira indignada.

—¿Crees que no? Eso es exactamente lo que querríamos —dice muy convencida y yo respondo con una sonrisa de soslayo.

—Vale, comprobemos qué harías tú si... —me echo hacia atrás en la silla y cojo aire metiéndome en el papel. Me inclino de nuevo hacia ella posando suavemente mi mano sobre la suya. La miro un instante a los ojos con una ligera sonrisa encantadora y me obligo a decirlo con voz

aterciopelada pero firme—: por ti yo cambio el destino, el sentido de la vida y hasta la posición del sol.

Ella se queda un momento inmóvil, tan perdida que no sabe qué hacer, pero al final reacciona.

—¡No seas bobo, Diego!

—Y de esta manera queda demostrado que es excesivo —corroboro con un deje orgulloso en la voz—. En mi opinión, lo máximo que se puede encontrar en esta vida es una persona con la que estar a gusto durante un tiempo.

Desirée se me queda mirando sin ni siquiera pestañear. Aunque ella ya sabe que yo no soy de relaciones largas, me pregunto por qué tengo que decir en voz alta todo lo que pienso.

—Diego, tú ni siquiera te planteas que lo nuestro pueda ser algo serio, ¿verdad?

—No —le respondo inmediatamente—. Nunca he ido en serio con nadie y, al menos de momento, no creo que pueda hacerlo.

—¿Cuál es el problema? —se limita a preguntar.

—El compromiso, la fidelidad, el control —trato de explicarme—. Me gusta divertirme con una chica pero sin ataduras y sin sacar problemas de donde no los hay, y sobre todo sólo hasta el momento en que haya que reconocer que ya no es lo mismo, sin rencores.

—En resumen: sólo el lado bueno de una relación —comprende ella y asiente suavemente con la cabeza, sin mirarme directamente—. Parece tan fácil y tan lógico...

—Lo es, y no entiendo por qué la gente se empeña en tener también lo malo. Aún estoy esperando que alguien me lo explique —insinúo.

Me pregunto si ella sabrá la razón. Naturalmente, Desirée no responde. Agacha la cabeza y comienza a jugar nerviosamente con sus dedos

intentando encontrar las palabras adecuadas para hablarme. Espero un momento y luego trato de ayudarla.

—Desirée, ¿qué estás pensando? Sé que quieres decirme algo.

—No, Diego. Es solamente que... tienes razón: una relación debería ser para disfrutar y en ningún caso para sufrir —coincide pero aún noto que hay algo que le preocupa—. Sin embargo, así es el amor.

—Yo no creo en el amor —confieso y me sorprende que ésta sea la primera vez que lo digo tan directamente y en voz alta.

—Empiezo a pensar que no es más que una estrategia publicitaria —suspira y sorbe con la pajita lo que queda de su bebida—. ¿Me llevas a casa?

Unos minutos después estamos en mi coche. Circulamos por la autopista hasta que Desirée me señala la salida que debo tomar. Luego sigo conduciendo por las calles de Marbella y enseguida llego hasta su portal. Justo delante de la puerta, detengo el coche en doble fila.

—Supongo que aquí acaba este... fin de semana tan extraño —digo mirándola con una leve sonrisa de la que ella se contagia—. Lo bueno es efímero.

—Sí, lo he pasado muy bien. Deberíamos repetirlo pronto.

—O podríamos alargarlo todavía un poco más.

La miro y bloqueo el freno de mano. Aprieto el botón para quitarle el cinturón de seguridad y luego acompaño el deslizamiento de éste por su vientre, su pecho, su hombro... respiro el perfume a frambuesa de su pelo y la beso en el cuello. Ella parece un poco tensa, algo insegura, pero lo que siento yo es todo lo contrario, así que la beso en los labios y acaricio su ombligo bajo la camiseta.

—Vamos al asiento de atrás —le susurro al oído y deslizo la mano hasta su muslo pero ella ni siquiera me mira, está muy seria.

—Diego, ahora no. No podemos seguir haciéndolo así —habla al fin y

me deja confundido.

—¿Así, cómo?

—Sin precauciones —pronuncia con claridad.

—Pero...

—Tengo un retraso, Diego.

Me quedo helado. Seguramente esto es lo que no se ha atrevido a decirme antes. Por eso estaba tan rara. Cuando consigo volver a moverme me acomodo de nuevo en mi asiento sin saber qué decir. Desirée se cruza de brazos y, aún sin mirarme, suspira.

—¿Me estás diciendo que estás...? —no consigo terminar la pregunta y ella al fin me mira.

—No lo sé. Ahora mismo no estoy segura de nada —me explica y yo me siento aliviado—. Esta mañana me he encontrado un tampón en el bolso, y he hecho cuentas y... a lo mejor no significa nada, pero no voy a volver a hacerlo sin protección. —Yo continúo callado con la mirada perdida en alguna parte, enumerando en mi cabeza los diferentes métodos anticonceptivos. ¿Por qué cojones no nos ha dado la gana de usar alguno?—. Mañana iré a la farmacia después de clase a por un *test* de embarazo.

—Yo puedo acompañarte cuando vuelva de...

—No te preocupes —me corta—. Prefiero ir sola, de verdad. —Me mira a los ojos durante un tiempo y acaba convenciéndome.

—Te llamaré en cuanto pueda, ¿vale? —asiente con la cabeza y me da un rápido beso en los labios.

—Hasta mañana —se despide saliendo ya del coche.

Desirée no mira atrás pero yo me quedo ahí observando cómo camina hasta su portal, saca la llave y abre. Entra por la puerta y pronto desaparece de mi vista.

Dejo caer mi cabeza hacia atrás, apoyándola sobre el reposacabezas.

Cierro los ojos y cojo aire para luego soltarlo despacio. Últimamente me parece cada vez más obvio que me estoy equivocando en mi forma de hacer las cosas. Nunca lo admitiría en voz alta pero tengo que aceptar que esta vida no está hecha para seguir sólo los impulsos de cada momento, divertirse sin pensar o ignorar lo que puedan decir los demás. Sé que debería cambiar eso de mí, ser más responsable, aprender a reprimirme en ciertas ocasiones y preocuparme más por las consecuencias de las cosas buenas.

CAPITULO X

El amanecer

Culpable de decir ya basta
cuanto me desgastas con cada porqué.
Culpable de quererte tanto que me equivoqué.
Culpable de pedir perdón, de no saber cuál fue mi error.
Culpable de quererte tanto que olvidé mi voz.

Culpable, David Bisbal

Estoy con Sergio en el salón de su casa. Los dos acurrucados en el sofá vemos la película *Grease*. Me encanta esta película, es mi preferida. Me sé los diálogos de memoria, pero nunca me cansaré de verla.

Mientras en la pantalla Danny Zuko prueba a jugar al baloncesto por primera vez, Sergio se inclina hacia mí y rodea mi cuerpo con sus brazos. Me besa en el cuello, me empuja hasta tumbarme sobre el brazo del sofá, mete sus manos bajo mi camiseta y el roce de sus dedos en mi ombligo me hace sentir un cosquilleo. Hago un movimiento brusco y mi bolso cae al suelo. Yo no le doy importancia, y apuesto a que Sergio tampoco lo hará; pero entonces él se inclina. ¿Qué le ocurre? Alarga el brazo y coge del suelo una de las cosas que se han salido del bolso al caer: mi chocolatina *Mars*.

—¿Qué fue lo que hablamos sobre el chocolate? —me reprende, y yo me limito a agachar la cabeza—. Contéstame —me ordena y puedo notar cómo su cabreo aumenta por segundos.

—Te prometí que no tomaría ni una chocolatina más —recuerdo sintiéndome culpable—. Lo siento —suspiro mientras Sergio recoge mi bolso del suelo.

—Tranquila, no pasa nada —me dice, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Cómetela —me ofrece la chocolatina, que yo miro con desconfianza.

—Pero, Sergio, ahora no...

—Cómetela —me repite.

De acuerdo, no necesito que insista demasiado. Tomo la chocolatina de su mano, rasgo el envoltorio y doy el primer mordisco de delicioso chocolate y caramelo. Siento la imponente mirada de Sergio sobre mí, pero intento concentrarme en la película. Danny Zuko se esconde detrás de la carta de ese divertido restaurante de los años cincuenta, buscando un poco de intimidad con Sandy. Me acabo la chocolatina mientras aparecen todos sus amigos y deciden acompañarles durante la cena.

—¿Estaba rica? —inquire Sergio, y yo me giro hacia él intentando adivinar qué va a hacerme.

—Sí —contesto con un hilo de voz bajo su mirada impasible.

En ese mismo momento, Sergio se levanta del sofá, me agarra con fuerza del pelo y tira de mí.

—¡Ay! ¡Sergio, me haces daño! —me quejo, y no me queda otra opción que ir con él—. ¿Qué estás haciendo?

No me contesta. Entra en el baño, enciende la luz, me lleva hasta la taza del váter y me obliga a arrodillarme frente a ella. Sube la tapa dando un golpe.

—Vomita.

—¿Qué? —me giro para mirarle con los ojos abiertos como platos. Después de ciertas experiencias, puedo esperarme cualquier cosa de Sergio, pero ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera llegar a esto—. Sergio, no voy a... —Se agacha frente a mí, aún sujetándome el pelo, y me mira fijamente.

—Te estoy diciendo que te metas los dedos y vomites ahora mismo todo ese chocolate. — Me deja helada. Está más serio que nunca, y eso ya es decir mucho—. No me hagas repetírtelo.

Vuelve a ponerse en pie. Dios mío, quiere que me provoque un vómito. Se me empieza a formar un nudo en la garganta, voy a echarme a llorar. Quiero protestar, quiero intentar convencerle de que esto es demasiado para mí, pero no sé de qué sería capaz si no vomito aquí y ahora mismo. ¿Podré hacerlo? Con mi mano temblando, me llevo dos dedos despacio a la boca. Los introduzco hasta la campanilla, y aún más, y noto una arcada, pero no consigo vomitar.

—Mételos más dentro —me advierte Sergio.

Con los ojos ya llenos de lágrimas, hago lo que me dice, y no me rindo hasta que finalmente consigo devolver. Es chocolate, pero aun así tiene el sabor más amargo del mundo.

—Vuelve a hacerlo.

De repente, me despierto de un sobresalto, incorporándome en la cama. Mis respiraciones y mis pulsaciones van a mil por hora, tengo el cuerpo empapado en sudor y las lágrimas me resbalan realmente por las mejillas. Me llevo las manos a la cara tratando de calmarme. Ha sido una verdadera pesadilla. Odio soñar cosas que realmente me ocurrieron, cosas que Sergio me hizo; es tan real... Cada vez que me ocurre, respiro hondo, me seco las lágrimas y vuelvo a tumbarme, con la esperanza de conseguir volver a

dormirme. Por lo general, suelo acabar observando el amanecer, repitiéndome que tengo que olvidarle.

Me dejo caer de nuevo sobre la almohada y me quedo mirando al techo. Lo pasé fatal aquella noche, fue la primera vez que vomité. Sin embargo, me di cuenta de que Sergio me había enseñado una forma relativamente fácil y efectiva para adelgazar, así que volví a hacerlo, y volví a hacerlo, y volví a hacerlo... ¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Por qué consentí llegar a esos extremos? Y, lo más importante de todo: ¿por qué no soy capaz de olvidarle de una maldita vez por todas?

Miro por la ventana. El color del cielo está empezando a aclararse. Sí, ahí está el amanecer.

CAPÍTULO XI

(Nora)

Para preocuparse

Por ella,
que aparece y que se esconde,
que se marcha y que se queda,
que es pregunta y es respuesta,
que es mi oscuridad, mi estrella.

Y si fuera ella, Alejandro Sanz

Mario acaba de dejarme sola con una raqueta y una pelota, y ahora camina hacia el otro lado de la red. Genial, quiere que saque, pero ¿cómo? ¿Cómo le digo que no tengo ni idea de tenis y que soy patosa hasta la saciedad? Se puede decir que ésta es la primera vez que me enfrento a este deporte, porque no saqué demasiado provecho de las clases de educación física en el instituto.

—¡Venga, Nora! —me apremia.

Trago saliva y me animo a intentarlo. Lanzo la pelota hacia arriba y trato de golpearla con la raqueta, pero... mierda. *Oh*, ha sido patético. Qué

vergüenza. Recojo la pelota del suelo y, cuando vuelvo a levantar la vista, Mario está viniendo hacia mí.

—Mario, es que yo nunca... el tenis no...

—Sí, tienes razón, vamos a empezar por el principio.

Sin más se pone detrás de mí, agarra mi mano y me explica cómo coger la raqueta correctamente. Con la mano izquierda, me quita la pelota, la lanza hacia arriba, me presiona hacia abajo haciéndome flexionar las rodillas y en un salto los dos la golpeamos con fuerza con la raqueta, un golpe seco.

—Así. ¿Lo ves? —me dice, aún rodeándome con sus brazos—. Inténtalo tú sola.

Da un par de pasos hacia atrás y me tiende otra pelota que se saca del bolsillo. Vacilo un momento, pero al final decido que puedo hacerlo. Cojo la pelota, respiro hondo, y allá voy. Lo hago exactamente como me ha enseñado: lanzo la pelota a la altura de mi hombro derecho, doblo las rodillas y salto, pero finalmente no la golpeo con demasiada fuerza.

—¡Muy bien, Nora! —me halaga Mario, aunque sé que debo practicar mucho más.

Vuelve a ponerse detrás de mí para poder manejar me, y me explica algunas maneras de golpear la bola dependiendo de cómo y por dónde llegue. Luego, tras resumirme las reglas más básicas del tenis en apenas un minuto, decide que ya podemos empezar a jugar, y se va al otro lado de la red.

Yo saco como sé, consigo devolvérsela dos veces, pero a la tercera no soy capaz de hacerlo a tiempo. En otra ocasión mando la pelota contra la red, luego la bola me golpea en el brazo, y por último resbalo y me caigo de culo al suelo, y todo delante de un profesional del tenis.

—Creo que has perdido —me dice viniendo hacia mí.

—¿Eso crees? —inquiero sarcástica.

Aún con una sonrisa me tiende la mano para ayudarme a levantarme, y

yo la agarro a la vez que dejo escapar un prolongado suspiro. Sin darme un solo segundo para pensar, se inclina hacia mis labios y me besa mientras sus dedos recorren mi espalda.

* * *

Estoy en la habitación de mi hermano, leyendo un problema de matemáticas con el que me ha pedido ayuda. ¿Qué clase de problema es éste para niños de diez años? Por el amor de Dios, he sacado un siete en física y no sé hacer esta mierda. Cuando escucho que mi móvil empieza a sonar, me siento aliviada; salvada por la campana. Respondo al teléfono; luego volveré a leer el enunciado con la mente fría.

—Dime, Diego —contesto saliendo de la habitación de Pablo.

—Hola, Nora.

—Te advierto que no puedo ir a ensayar esta tarde —digo antes de nada.

—No, no te llamo por eso.

—Entonces, ¿qué?

—Es que estoy preocupado por Desirée. ¿Sabes algo de ella?

—No, hoy ha salido disparada en cuanto ha terminado la práctica.

—Estaba hablando con ella, he escuchado un ruido extraño y se ha cortado la llamada. Ahora no contesta al móvil.

—Joder, eso es para preocuparse.

—Claro, estoy...

—Espera, probaré a llamar a su casa —reacciono.

—Vale —es lo único que puede decirme.

—Te llamo en cuanto sepa algo.

—Sí, gracias.

—Hasta ahora, entonces —le digo y cuelgo.

Sí, me ha asustado, y espero que no sea una broma de las suyas. Enseguida, busco en la agenda de mi móvil el teléfono de la casa de Desirée y llamo sin reparos. Su madre responde al teléfono y le pregunto por Desirée, contándole que no contesta al móvil. Me dice que, efectivamente, ya debería haber vuelto a casa hace casi una hora, pero que no tiene la menor idea de dónde está su hija. No recuerda que Desirée tuviera que hacer hoy nada fuera de lo normal. Me asegura que me llamará en cuanto sepa algo de ella. Cuando cuelgo el teléfono siento que, si la mujer no estaba suficientemente preocupada, mi llamada ha terminado por desquiciarla.

CAPÍTULO XII

(Mario)

Sin anestesia previa

Me olvidé respirar, como un beso bajo el agua.

Me olvidé respirar, al sentir dejarte atrás.

No hay oxígeno de más,
no hay palabras, ya no hay tiempo,
no puedo más.

Olvidé respirar, David Bisbal e India Martínez

Miro la hora en la pantalla del ordenador: las siete de la tarde. Ya tengo la maleta hecha; ha llegado el gran día y esta noche tengo que estar en el aeropuerto para coger un avión rumbo a París, al éxito. El tiempo se pasa demasiado rápido leyendo menciones en *Twitter*, sobre todo si eres un tenista casi profesional, porque mis redes sociales cada vez crecen más. Respondo todavía a otro comentario, agradeciendo el apoyo de todas esas personas. Mientras tecleo escucho a mi hermano, que baja trotando por las escaleras.

—Mario, ¿has visto mi móvil?

—No. Seguramente esté en un lugar recóndito, ¿has mirado junto a tu

madurez?

Suele responderme cuando le digo algo así pero esta vez no lo hace. Parece que tiene entre manos algo importante. Por encima de la pantalla del portátil, le veo dando vueltas por el salón, buscando inquieto su teléfono móvil. Es inútil, nunca madurará. Devuelvo la vista al ordenador. Poco después, cuando vuelvo a mirarle, ya ha encontrado el dichoso móvil y llama a alguien mientras sigue caminando de un lado a otro.

—Hola, guapa —le escucho decir y acto seguido se detiene en seco—. ¿Desirée? Desirée, ¿me oyes? ¿Qué ha sido eso?

Se quita el móvil de la oreja y lo mira confuso. Enarco una ceja y me asomo por la derecha de la pantalla.

—¿Se puede saber qué pasa?

—No lo sé. Creo que he escuchado algo, un chirrido, y luego ha sido como si el móvil se cayera al suelo... y se ha cortado.

No me sale nada que decirle, estoy tan desconcertado como él. Observo a mi hermano mientras llama a Desirée una segunda vez. Nada, ella no contesta.

—Probaré a llamar a Nora —dice alterado, llamando de nuevo inmediatamente. Ella no tarda en contestar al móvil—. Hola, Nora. No, no te llamo por eso. Es que estoy preocupado por Desirée. ¿Sabes algo de ella? Estaba hablando con ella, he escuchado un ruido extraño y se ha cortado la llamada. Ahora no responde al móvil. Claro, estoy... Vale. Sí, gracias. Hasta ahora.

—¿No estaban juntas? —le pregunto a Diego en cuanto cuelga.

—No.

—Qué raro, siempre vuelven juntas de la facultad.

—Sí, pero Desirée iba a ir hoy a... hacer una cosa. —Me ahorro preguntar a qué se refiere—. Nora va a llamar a su casa —añade Diego.

Decido no hablar más, y devuelvo la atención al ordenador. Me dedico a resolver algunos asuntos que tengo pendientes en *Internet*, pero me cuesta concentrarme. Diego camina nervioso de un lado a otro de la habitación, con el móvil en la mano. En realidad, es normal que esté preocupado, y creo que yo también debería estarlo.

Apenas han pasado unos minutos (que se me han antojado una eternidad) cuando vuelve a sonar su móvil. Diego responde sin perder un segundo. Por lo que oigo, deduzco que en casa de Desirée tampoco saben nada de ella. ¿Dónde diablos se habrá metido? La conversación dura poco y Diego cuelga.

—Su madre tampoco sabe dónde puede estar —me informa mi hermano.

—Diego, no te preocupes; seguramente sólo ha tenido un contratiempo tonto —le digo, pero no me contesta. No está tranquilo.

Mi hermano intenta distraerse viendo la televisión. Se sienta en el sofá y pone *La que se avecina* en *FDF*. Creo que me sé todos los capítulos de esta serie de memoria. Aun así, mi hermano suele reírse cuando la ve, pero supongo que hoy no está de humor. Garfield desfila ante el sofá intentando conseguir un poco de atención pero tampoco a él le hace caso.

Yo finalmente decido apagar el ordenador y, tras consultar mi reloj, también voy a sentarme en el sofá. No sé qué decirle a Diego para tranquilizarle, porque realmente yo también estoy preocupado, así que alcanzo el *Marca* e intento concentrarme en leerlo. Supongo que sólo podemos esperar a que alguien llame.

Eso ocurre no mucho después. El móvil de Diego empieza a sonar y mi hermano, que lo tiene al lado, responde inmediatamente.

—Dime, Nora. ¿Qué te pasa? No, tranquilízate y cuéntamelo. ¿Cómo dices? Sí, eso es lo que yo he oído. Yo estaba hablando con ella. Vale, de acuerdo. Sí. No te preocupes, enseguida estoy allí —y cuelga, con un ligero

temblor en las manos.

—Me voy al hospital. A Desirée le ha atropellado un coche, está inconsciente. —¿Cómo? Me acaba de dejar de una pieza.

—¿Qué? —se me abren los ojos de par en par, pero no espero que mi hermano me conteste—. Espera, voy contigo.

Los dos nos vestimos en un abrir y cerrar de ojos y bajamos al garaje. Tengo que impedirle a Diego que conduzca en este estado de nervios; yo llevaré el coche.

—¿Saben los padres de Desirée quién es el novio de su hija, o Diego Arias va a aparecer en el hospital sin anestesia previa? —le pregunto a mi hermano, sin dejar de pisar fuerte el acelerador.

—Sí, lo saben, Desirée le cuenta todo a su madre.

No tardamos en llegar al hospital. Por lo visto, Nora ya está aquí, y le ha dicho a Diego el número de la habitación a la que debemos ir. Cuando llegamos, en la habitación están Nora, los padres de Desirée y otras dos mujeres. Desirée está en la cama de sábanas blancas, y desde un par de goteros le llegan sangre y otro líquido transparente a través de una vía intravenosa que tiene pinchada en el brazo derecho, pero lo que más impone es esa mascarilla de oxígeno. No está solamente inconsciente; por lo visto; está oficialmente en coma. Mientras observo sus párpados cerrados, me pregunto cuál será exactamente el límite entre esos dos conceptos.

Saludamos a los padres de Desirée, y me digo que no es precisamente la mejor forma de que ellos conozcan (si se puede decir así) al novio de su hija. Por lo visto, ahora mismo llevarán a Desirée a hacerle una resonancia, o una radiografía, o un *TAC*, o las tres cosas. ¿Se puede saber qué le pasa a la corbata del padre de Desirée para que Diego la mire de esa forma? Me fijo mejor, pero nada: una corbata azul de cuadros, muy normal.

—¿Qué pasa con su corbata? —le pregunto cuando conseguimos

apartarnos un poco.

—¿La corbata? Nada. ¿Por qué? —me contesta frunciendo el ceño, pero cuando desvío la vista puedo ver de reojo una leve sonrisa.

Menos mal que habéis venido —Nora aparece por mi espalda—. No sé si debería llamar a la gente de clase, a Nico o...

—Nora, ¿por qué necesita una transfusión? —la interrumpe mi hermano.

—Ha perdido mucha sangre —se encoje de hombros.

—¿Y dónde demonios está el médico? Deberían llevársela ya para hacerle las pruebas.

Justo en ese momento, aparecen un par de celadores en la habitación: han venido a por Desirée. Entre las dos empujan la cama hasta sacarla de la habitación y de nuestra vista.

Diego, Nora y yo salimos al pasillo para quitarnos de en medio y estar más tranquilos. A falta de algún asiento, nos tiramos directamente al suelo. Apenas hablamos, pero no faltan las preguntas retóricas, sin respuesta, y tan inútiles como: ¿cómo ha podido ser? ¿Estará bien? ¿Tardarán mucho? ¿Despertará?... Estoy empezando a ponerme nervioso, apenas me quedan tres horas y tengo que salir hacia el aeropuerto.

Estimo que ha transcurrido casi una hora cuando un señor de mediana edad, de pelo canoso y ataviado con una impoluta bata blanca, pasa por delante de nosotros y entra en la habitación. Los tres nos levantamos enseguida sin que hagan falta palabras y atravesamos la puerta detrás del doctor.

—¿Los familiares de Desirée? —inquire.

—Sí, somos nosotros —contesta esa mujer de la que Desirée claramente ha heredado sus ojos negros.

—Buenas tardes. Soy el Doctor Cervera. —Acto seguido, les estrecha la mano a la madre y al padre de Desirée.

—¿Cómo está mi hija?

—Le hemos hecho algunas radiografías de todo el cuerpo y una resonancia magnética, y hemos detectado un traumatismo craneoencefálico. Es consecuencia de la contusión, se ha dado un golpe fuerte en la cabeza...

—¿Qué quiere decir? ¿Es muy grave? —interrumpe la madre de Desirée.

—No demasiado, señora, es de carácter leve; con la atención adecuada se recuperará de ello —la tranquiliza el doctor—. Pero lo que venía a decirles... lo prioritario ahora es que su hija tiene fracturadas dos costillas y vamos a tener que operarla de urgencia.

—¿Ahora? —interviene otra mujer.

—Sí, enseguida la bajarán al quirófano —corrobora el doctor y nadie más dice nada—. Es todo. Si ustedes fueran tan amables de acompañarme un momento; me gustaría explicarles ciertos detalles de la operación, y deben firmarme el consentimiento.

—Sí, por supuesto —concede el padre de Desirée.

Media hora después, nosotros tres hemos bajado a la cafetería. Diego se está tomando un café, Nora un batido de chocolate, y yo no puedo comer nada en este momento, tengo los nervios a flor de piel.

—¿Cuánto puede durar esa operación? —Nora consulta su reloj.

—Según las series de televisión sobre médicos y hospitales, nunca se sabe —contesta Diego, irónico—. Depende de cómo vaya todo.

—Mario, tú te tienes que ir —me dice Nora, como si hubiera podido olvidarlo. Vuelvo a mirar mi reloj. En una hora tengo que estar de camino al aeropuerto.

—Sí, lo sé, pero puedo quedarme un poco más. Hasta que Desirée vuelva a la habitación, al menos.

—¿Creéis que irá todo bien? —interviene Diego—. Seguramente esa

operación tiene algún riesgo de... ya sabéis... de muerte.

Miro a mi hermano. Sí, probablemente tenga razón; al fin y al cabo, cualquier operación conlleva un riesgo, y ésta es bastante delicada. Sin embargo, necesito disuadirle de seguir pensando así.

—Diego, no más *Hospital Central*, ni más *Pulseras Rojas*.

Después subimos a la planta del quirófano. Los padres de Desirée y otras personas están ahí esperando a que la operación termine. Nos limitamos a escuchar cómo ponen verde al idiota que ha atropellado a Desirée, despotrican contra él y comentan la denuncia que le van a poner.

Yo consulto mi reloj por enésima vez.: tengo que irme ya. Justo en ese momento, la puerta del quirófano se abre y aparece la cama de Desirée. Ella está profundamente dormida, o eso parece; no están a la vista vendas o sangre, ya que ella está tapada con esa sábana hasta la clavícula. La puerta del quirófano se cierra detrás de la celadora de baja estatura, que empuja la cama por el pasillo con paso rápido. Antes de que todos sigamos a Desirée, supongo que de vuelta a la habitación, el doctor sale también del quirófano, con una especie de pijama verde, y con la apariencia de quien acaba de enfrentarse a una operación.

—Doctor, ¿ha ido todo bien? —quiere saber el padre de Desirée.

—Sí, la operación ha salido bien, aunque ha habido una complicación — dice el médico, todavía acelerado—. El estado de Desirée es delicado, y el efecto de la anestesia le ha producido un paro cardíaco. Está todo solucionado ahora, pero será mejor que ingrese en la UCI, estará más segura ahí—. ¿Qué? ¿En la UCI? ¡Mierda!

Poco después, estamos en la planta de la Unidad de Cuidados Intensivos, la cuarta planta del hospital, y podemos ver a Desirée sólo a través de un cristal. Está de nuevo conectada a la sangre, a ese líquido transparente, y a la mascarilla de oxígeno, pero parece en paz. Suspiro un poco más tranquilo por

primera vez esta noche y consulto mi reloj.

—Tengo que irme ya —les digo a Nora y a Diego.

—Sí, ve y gana ese partido —coincide Nora, y me hace sonreír.

—Os llamaré en cuanto llegue a París, para que me contéis que Desirée ya ha despertado.

Antes de que me lo espere, mi hermano se lanza a abrazarme.

—Pásalo bien —da unas palmadas en mi espalda—. Y tráeme unos *croissanes*... o algo.

Me río y él da un paso atrás. Miro a Nora cuando se acerca a abrazarme también. Me aprieta con fuerza y esconde el rostro en mi hombro. Llevo mi mano a su mentón y le alzo la cabeza para mirarla.

—Te voy a echar mucho de menos, ¿sabes? —le digo, y puedo ver cómo la expresión de su rostro se entenece.

—Y yo a ti.

Me inclino hasta su boca y le doy un casto y fugaz beso en los labios. Esbozo una ligera sonrisa y reúno toda mi fuerza de voluntad para separarme de ella.

—Adiós, Mario —se despide Diego.

—Hasta luego —alargo el brazo para revolverle el pelo a mi hermano.

Consigo finalmente dar media vuelta e ir hasta la puerta, y salgo al pasillo. Las dos enfermeras que le han puesto antes la vía a Desirée están ahí, e involuntariamente mi oído está atento a lo que puedan decir.

—Tiene los niveles de hemoglobina muy bajos —dice una de ellas.

—Va a necesitar más sangre —coincide la otra.

—Sí, ve a buscar sangre.

—Andamos escasos de reservas del grupo cero negativo.

—Pues que la manden de otro hospital, o haz una petición por megafonía. Lo que sea, pero ya.

Sigo caminando hacia las escaleras pero, por alguna razón, me encuentro repasando mis conocimientos sobre grupos sanguíneos. Mientras bajo apresuradamente las escaleras recuerdo que una persona del grupo cero negativo, como yo y Desirée, puede donar sangre a cualquiera, pero sólo puede recibir sangre de otra persona de su mismo grupo. Pensándolo mejor, no es extraño que en el hospital exista escasez de esta sangre; pero supongo que el problema no será muy difícil de solucionar.

Es en ese momento cuando suena una llamada de atención por megafonía, y yo me detengo en seco en mitad del tramo de escalera que estoy bajando: “Atención, por favor. La Unidad de Medicina Transfusional y Banco de Sangre, ante la escasez de reservas del grupo cero negativo, hace un llamamiento a todas las personas dispuestas y en condiciones de donar sangre. Los interesados pueden dirigirse al ala norte de la octava planta. Gracias.” El comunicado termina, pero yo sigo muy quieto durante unos segundos. Al final, trago saliva y doy media vuelta para volver a dirigirme hacia arriba subiendo las escaleras de dos en dos. En cuestión de un par de minutos, estoy en el ala norte de la octava planta, frente a esas mismas dos enfermeras que han atendido a Desirée, y hablo aún con la respiración jadeante.

—Yo soy del grupo cero negativo, puedo donar sangre para Desirée — digo con determinación.

—¿Quieres donar sangre? —inquire una de ellas.

—Bueno... ¿qué mejor sangre para Desirée que la de un deportista? — se miran la una a la otra, sabiendo que tengo razón—. Estoy muy sano, de eso puedo dar fe.

Las enfermeras aceptan de buena gana mi propuesta, y me dicen que las acompañe a la sala de analíticas

Cuando llegamos a ese lugar con olor a desinfectante, se me revuelve el

estómago; siempre me pasa con estas cosas. Estoy acostumbrado a los análisis, siempre me los hacen para los controles *antidoping*, pero supongo que hoy me van a sacar bastante más cantidad de sangre. La enfermera me coloca alrededor del brazo izquierdo una goma elástica de color verde, y la ata apretando tanto como puede, para que con esa presión la vena se haga más palpable. Cuando ya me estoy empezando a poner nervioso mientras veo a esa mujer preparar la aguja, mi móvil empieza a sonar de repente. Me apresuro a responder.

—¿Sí?

—Mario, ¿dónde estás? Te estamos esperando en el aeropuerto.

—Carlos, iba a llamarte ahora mismo. Estoy... en el hospital.

—¿Qué? —inquire, realmente asustado. Quizá haya creído que me ha pasado algo a mí.

—Sí, una amiga ha tenido un accidente y la acaban de ingresar en la UCI.

—Joder —le oigo suspirar—. ¿Está bien?

—Está en la UCI —repito; no creo que hagan falta más explicaciones.

—Pero, Mario, ya vienes para el aeropuerto, ¿verdad?

—Todavía voy a tardar un poco. Desirée ha sufrido una parada y tiene la hemoglobina baja; voy a donar sangre para ella.

—¿Qué? ¿Ahora? Mario, vamos a perder el avión.

—No, tranquilo —digo, pero sin ninguna seguridad en mi voz—. Lo tengo todo preparado; en cuanto acabe aquí iré para allá.

—¿En serio? —inquire, y prefiero no contestar—. Por favor, Mario, date prisa. Te necesitamos aquí ya.

—Lo intentaré —reconozco.

—Venga, hasta ahora —se despide.

—Adiós.

Cuando cuelgo el teléfono, la enfermera se gira hacia mí, con esa imponente aguja en la mano.

—Muy bien, Mario —dice con esa horriblemente amable sonrisa de enfermera que está a punto de pincharte, mientras me limpia la zona con un trozo de algodón empapado en alcohol—. Tranquilo, ya sabes que esto no duele. —No, qué va, sólo en el momento en que esa aguja enorme me desgarre la piel para luego sacarme la sangre cual vampiro sediento.

Después del mal rato, la enfermera me ha pegado con esparadrappo un trozo de algodón a la cara interna de mi codo, y me ha aconsejado que coma algo, aunque no tengo tiempo para eso. Al fin puedo irme de esa horrible habitación. Llego hasta donde se encuentran los ascensores y pulso el botón de llamada armándome de paciencia.

El abarrotado ascensor se detiene de nuevo y se abre la puerta. Ya vamos por la cuarta planta; la de la UCI, en la que yo me he despedido hace veinte minutos de mi hermano. De pronto, tres enfermeros pasan corriendo por el pasillo. ¿Qué es lo que está ocurriendo? No tendrá nada que ver con Desirée, ¿verdad? No puedo evitar tener un presentimiento de lo más estúpido. Pero es una tontería; en esta planta está la Unidad de Cuidados Intensivos, aquí hay un montón de enfermos, en estados peores que el de Desirée.

Me mantengo quieto un segundo más pero, cuando las puertas del ascensor están a punto de cerrarse, no puedo evitar apresurarme a salir de ahí viéndome obligado a apartar a una persona del medio. Sin pensarlo, echo a correr de vuelta al *box* de Desirée. Cuando doblo la esquina, se me cae el alma a los pies al corroborar que, efectivamente, es ella, Desirée. Me detengo en seco apenas un segundo, y luego sigo corriendo hasta llegar junto a mi hermano.

—Diego, ¿qué pasa?

—No lo sé —dice angustiado, intentando apreciar algo a través de ese dichoso cristal que nos separa de ella, delante del cual ya se amontona todo el mundo—. No lo sé, Mario; ha empezado a pitar una máquina y... no sé.

Doy un paso hacia delante y me alzo de puntillas intentando averiguar qué está ocurriendo ahí dentro. Entonces, siento un leve mareo al ver lo que los médicos están a punto de utilizar sobre Desirée: un desfibrilador. Dios mío, otro paro cardiaco. Me quedo mirando a ese hombre que frota un electrodo contra otro y, de repente, alguien corre una cortina azul que nos deja a todos sin poder ver nada. ¿Qué? ¿Por qué cojones tienen hacer eso? Necesito ver el momento en que el corazón de Desirée vuelva a latir; y si no lo hace... también preferiría verlo con mis propios ojos, y que ninguna enfermera tenga que salir a contárnoslo.

Sin aliento, me giro hacia la madre de Desirée, que ha roto a llorar de nuevo; su hermana la abraza intentando tranquilizarla. Luego miro a una pálida Nora, y a Diego, a quien claramente le supera esta situación. ¿Qué se le dice a un hermano pequeño en estos casos? Ni siquiera sé qué hacer, lo único que tengo claro es que tengo que mantener la calma.

No me había percatado antes, pero en ese momento me doy cuenta de que mi móvil está vibrando en mi bolsillo. Lo saco y veo que es Carlos de nuevo quien llama. Dudo un instante, pero decido contestar sólo para hacerle comprender que en esta situación no me puedo ni plantear marcharme así, sin más, al aeropuerto.

—Mario... —habla antes que yo.

—Carlos, no puedo hablar ahora —digo mientras me aparto de esta aglomeración de gente.

—¿Estás viniendo ya hacia aquí?

—Sigo en el hospital, Desirée acaba de entrar en parada otra vez —le explico, alterado.

—Pero, Mario, tienes que venir ya; el avión va a salir y...

—Carlos, ¿has oído lo que te he dicho? —le replico—. Una amiga mía está entre la vida y la muerte, ¿entiendes?

—Lo que deberías entender tú es que lo que te estás jugando no es ninguna tontería, y como no vengas al aeropuerto perdiendo el culo lo vas a echar todo a perder.

Me quedo un instante en silencio al escucharle. El caso es que tiene toda la razón, maldita sea. Cuando aún estoy bloqueado, sintiéndome entre la espada y la pared, el doctor sale del *box*. Levanto la vista hacia él, todavía sin palabras. Intento adivinar en su rostro si las descargas eléctricas han funcionado.

—Mario, ¿me estás escuchando? Esto es muy serio: no te creas que van a aplazar el partido; si no te presentas, ganará tu rival por abandono —siento un pinchazo en el pecho; imaginando el momento en que le digan a mi contrincante esas palabras: “ganas por abandono”. Trago saliva.

—Te tengo que colgar, está aquí el médico —digo, y sin querer oírle más corto la comunicación.

—Desirée está bien; ya está fuera de peligro —está diciendo el doctor cuando yo guardo el móvil. Al momento, el alivio que sentimos todos se hace casi tangible en el aire—. Aunque espero que comprendan que su situación es delicada, una parada cardíaca es algo de lo que al organismo le cuesta reponerse. Le hemos puesto una nueva transfusión. Se quedará aquí en observación, y sólo cuando estemos seguros de que sus constantes son normales la trasladaremos a una habitación.

Oigo, pero no escucho, las últimas palabras que dice el doctor; mi mente empieza a plantearse si Desirée necesitará más sangre, y qué pasará si sufre una tercera parada cardíaca, o algo peor. Cuando el médico ya se aleja hacia el otro extremo del pasillo, alguien posa una mano en mi hombro; me vuelvo

para encontrarme con la madre de Desirée. Me pregunto cómo se habrán enterado tan rápido, pero eso es lo de menos ahora. Tanto ella como su marido me agradecen lo que he hecho por Desirée; de hecho, todo el mundo acaba diciéndome lo buen chico que soy, pero para mí son palabras vacías: es sólo sangre, mucha gente dona sangre, y Desirée necesitaría más que eso para ponerse bien. Sin embargo, sé que no puedo irme de aquí; sé lo que tengo que hacer. Sostengo mi teléfono móvil en una mano temblorosa, y me decido a acabar con esto definitivamente. Sólo escribo una palabra: “*Abandono*”.

—Mario —me llama Nora, que aparece por mi espalda, y guardo el móvil para levantar la vista hacia ella—. ¿Has donado sangre para Desirée?

—Sí, es lo máximo que puedo hacer —me encojo de hombros cuando Diego también llega frente a mí.

—Qué bonito —ironiza mi hermano—. Espero que ella aprecie el privilegio que es tener la sangre de un deportista casi profesional, sin el colesterol malo alto, ni anemia, ni nada de eso.

—Dieguito, no seas envidioso —bromeo sin ganas.

—No vas a ir, ¿verdad? —inquire Nora y yo fijo mis ojos en los suyos. No puedo hacer más que negar con la cabeza.

CAPÍTULO XIII

(Diego)

Nadie dijo que hubiera normas

Escúchame, que el amor es como es,
llega en silencio y descalzo.
Entiéndeme, yo no descansaré
hasta tenerte a mi lado.

Para enamorarte de mí, David Bisbal

Han pasado cuatro días desde que a Desirée la atropelló aquel coche. No ha vuelto a tener ninguna crisis desde esa noche, ya no necesita más sangre de Mario, ni la mascarilla de oxígeno, y esta mañana la han trasladado a esta habitación. Mi hermano, Nora y yo estamos aquí con ella. Nora y Mario hablan sobre... algún libro coñazo que por casualidad los dos han leído, creo, pero no estoy seguro; no soy capaz de concentrarme en la conversación. Sólo miro a Desirée, y su bolso cerrado en el alfeizar de la ventana, el cual parece que nadie ha abierto desde el accidente. Estoy pensando que ella iba a la farmacia a por el *test* de embarazo. ¿Y si está en su bolso? ¿Llegaría a hacérselo? ¿Estaría embarazada? Y en ese caso, ¿habría perdido el niño?

Joder, esto me desborda, esto es de esas cosas que no suelen ir conmigo, esas cosas que siempre les pasan a otros hasta que te ocurren a ti.

—¿Os apetece bajar a tomar un café? —inquire Mario sacándome de mis pensamientos.

—Sí, por favor —suspira Nora.

—No, gracias —digo yo sin dudar. De hecho, estoy deseando quedarme solo, o relativamente solo.

—De acuerdo —Mario se encoje de hombros y mira a Nora—. No tardaremos.

Mi hermano rodea con el brazo la cintura de Nora, y en pocos segundos han desaparecido de la habitación.

Inmediatamente, vuelvo la vista hacia el imponente bolso negro. Miro un segundo hacia la puerta, inseguro, y luego la contemplo a ella: parece dormida, respira tranquila. Joder, Desirée, hay que mirar antes de cruzar la carretera.

“No me lo puedo creer”.

“¿El qué?”

“Que estoy en la cama de Diego Arias”.

La oigo hablar en mi cabeza y se me forma un nudo en la garganta.

“Diego, tus ocurrencias son únicas”.

Me acuerdo de su risa y miro a sus labios, que ahora no están sonriendo.

“El dulce me pierde”.

Sí, la noche que nos conocimos, en mi camerino.

“Yo no creo en el amor”.

“Empiezo a pensar que no es más que una estrategia publicitaria”.

Mierda, le hice daño diciendo eso, sobre todo porque...

“Tengo un retraso, Diego”.

Salgo de mi extraño trance y miro hacia su bolso en el antepecho de la ventana. Despacio, me acerco allí. Sin querer pensarlo demasiado, abro la cremallera. Lo primero que veo es la bolsita de plástico de la farmacia, blanca y con una cruz verde. La saco del bolso, y tengo que admitir que estoy empezando a ponerme muy nervioso. En la bolsa está la caja que contiene ese cacharro del demonio. Sin más, la abro y lo saco. Lo examino extrañado. Creí que tendría que descifrar si soy papá o no pero, por suerte o por desgracia, descubro que Desirée no se ha hecho la prueba. Por alguna razón, suelto todo el aire de mis pulmones en un suspiro de alivio, aunque en realidad esto no es algo que deba aliviarme; quizá todo lo contrario.

Antes de que entre alguien y me vea con esto en la mano, lo devuelvo a la caja, la caja a la bolsa y lo meto todo de nuevo en el bolso, cuya cremallera cierro como si ese chisme pudiera escaparse. No me ha dado ninguna información, aunque tampoco estoy seguro de querer saberlo.

En ese momento, una enfermera de mediana edad entra en la habitación. Me mira y me saluda con un tímido “hola”, al que le respondo con una sonrisa. Me apoyo en la pared y la observo mientras revisa goteros y vías, mientras comprueba las máquinas que ayudan a Desirée a realizar sus funciones vitales manteniéndola con vida. Quizá esta mujer pueda decirme si

soy padre. Si tuviera valor, ahora mismo debería preguntarle...

—Perdone —le digo, sin darme tiempo a acobardarme, y levanta la vista hacia mí—. ¿Usted podría...? ¿Usted sabría decirme si Desirée está embarazada? —y consigo que abra los ojos de par en par.

—¿Podría estarlo?

—Me dijo que tenía un retraso.

La enfermera me mira preocupada; comprensiva, al fin y al cabo. Acaba su trabajo y se acerca a mí con aire maternal.

—No te preocupes. Me encargaré de que le hagan unas pruebas, ¿de acuerdo?

—Sí, perfecto, muchas gracias; pero... intente ser discreta, por favor —le pido.

Me mira, y enseguida comprendo que hará todo lo posible, y estoy seguro de que no irá corriendo a venderle la exclusiva a ninguna revista de cotilleo. Es realmente amable. Después se dirige hasta la puerta y desaparece de la habitación.

* * *

Allí está, con su grupo de amigos. Dos chicos y otras dos chicas. Lleva su pelo suelto, camiseta negra ajustada, vaqueros anchos con mil bolsillos, y una mochila azul marino que cuelga de su hombro derecho.

Capto el momento preciso en que ella reconoce mi coche. Nora se disculpa y deja a sus compañeros para dirigirse hacia aquí, mientras ellos

miran en mi dirección preguntándose quién viene a recoger a su amiga a la salida de la facultad en un coche como éste. Yo me apresuro a bajar la ventanilla y me quito las gafas de sol.

—¿Qué haces aquí? —es lo primero que me dice.

—He venido a recogerte; a menos que prefieras volver en metro.

—Tengo otra clase ahora, los miércoles salgo más tarde —me informa.

Vale, genial. ¿Cómo iba a saber yo eso? Quizá si ella hubiera... no sé... si ella hubiera respondido al maldito móvil en algún momento de la mañana.

—Seguro que alguien puede pasarte los apuntes.

Me mira vacilante un momento y suspira. Luego se incorpora y rodea el coche hacia el lado del copiloto. Abre la puerta y, tras despedirse de sus amigos con la mano, sube al coche al fin. Enseguida me lanzo a darle un beso en la mejilla: un gran error.

—Joder, Nora, te huele el pelo a...

—¿A perro muerto? —completa mi frase y yo asiento con la cabeza—. Prácticas de disección —me explica.

Sin más comentarios, vuelvo a ponerme mis gafas de sol y arranco el coche. Miro por el retrovisor a los compañeros de Nora, que aún no saben qué pensar, y me fijo en uno de ellos: un niño pijo que parece bastante descontento.

—¿Es ése el tal Nico que tanto le gusta a tu madre? —pregunto.

Nora saca su móvil del bolsillo pequeño de su mochila, supongo que para encenderlo de una jodida vez.

—Sí, el del polo blanco de *Lacoste* —me contesta.

El teléfono vibra entonces en sus manos. Quizá se trate de Nico preguntándole “¿quién era ése?” pero, en cualquier caso, Nora vuelve a guardar el móvil sin responder al mensaje.

—Tu madre tiene razón, parece un buen partido —bromeo.

—Tengo un bisturí en mi estuche de disección y no dudaré en usarlo, así que deja de tomarme el pelo. —Por lo visto, ése no es, ni de cerca, su tipo de chico—. Y ahora dime: ¿dónde me llevas?

Aparto un par de segundos la vista de la carretera para mirarla. Dudo un instante si debo contárselo, pero finalmente decido hacerlo.

—Te llevo a grabar tu primer *videoclip*.

—Estarás de broma —me dice, alarmada.

—Te he estado llamando, pero tu móvil lleva apagado toda la mañana.

—¿Cómo vamos a grabar un *videoclip* ahora?

—Tranquila, te dirán absolutamente todo lo que tienes que hacer, y la coreografía es la que hemos estado ensayando.

—No, Diego, no estoy tranquila. No... no creo que pueda hacerlo bien.

—Por supuesto que sí, Nora. Lo harás perfectamente —le replico. Estoy seguro de ello, aunque...—. Aunque, eso sí, recuerda levantar la cabeza y sonreír.

—Pero es que me...

—Nora, como vuelvas a decir lo mal que lo vas a hacer, te saldrá mal —la detengo elevando la voz—. Deberías valorarte mucho más, joder —suspira, tiene que darme la razón.

—¿Dónde vamos a grabar ese vídeo? —pregunta más calmada.

—En la playa —le contesto, y no estoy seguro de si le gusta mi respuesta o no.

No tardamos en llegar a la playa de Las Chapas. Estaciono, bloqueo el freno de mano y salgo del coche cerrando la puerta a mi espalda. Le daré dos segundos. Uno y dos. Ay, Nora, no juegues conmigo. Vuelvo a abrir la puerta y me inclino para hablarle.

—Nora, sal del coche. No te lo repetiré.

Se muerde el labio inferior. Afortunadamente para ella, obedece y sale

del coche. En cuanto cierra la puerta, aprieto el botón de mi mando y los intermitentes parpadean. Echo a andar hacia la playa.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me grita Nora, y cuando su voz temblorosa se quiebra no puedo evitar detenerme y girarme.

Ella llega frente a mí. Dios mío, está casi temblando, a punto de llorar. Pues, Nora, me pasa que Desirée lleva en coma casi una semana, que Marc no me ha dejado en paz en toda la mañana y que tú no has sido capaz de cogerme el puto teléfono.

—Llevo un día de locos. Lo siento, Nora, no me hagas caso —me disculpo, volviendo hasta ella. No sé si la he convencido, pero no puedo hacer más—. Vamos —le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y la cojo despacio de la mano.

Llevo a Nora hasta la playa, donde está todo el equipo, las cámaras, los bailarines... Marc me mira y creo que vuelvo a llegar tarde.

—¿Has comido? —le pregunto a Nora, y ella niega con la cabeza—. Ve al *catering* y toma algo —le digo, señalándole la mesa donde está la comida.

Nora, sin una sola objeción, va hacia allí a paso ligero.

—Un cuarto de hora tarde, Diego. —Veo que Marc se me acerca mirando su reloj.

—He tenido que ir a buscarla a la facultad.

—Y está comiendo justo antes de salir en el vídeo en biquini —me reprocha también.

—Marc, por favor... —suspiro verdaderamente cansado de todo esto.

—Cambiaos los dos de una vez —concede.

Pasa de largo y yo me dirijo hacia la caravana donde sé que debo recoger mi vestuario o, en este caso, mi bañador. La puerta está abierta, así que entro sin más.

—Hola, Lucía —saludo a la estilista.

—Hola, Diego. ¿Vienes a por el vestuario? —parece que se alegra mucho de verme.

—Sí, y a por el de Nora.

—¿La bailarina nueva? —inquire y asiento con la cabeza—. Muy bien, te explicaré: hay dos vestuarios; primero vosotros vais de negro y las chicas de rojo, y luego vosotros de rojo y ellas de negro.

—Vale, me gusta —le digo mientras ella se vuelve para buscar mis bermudas y el biquini de Nora.

—Aquí tienes —me pone delante el bañador negro y un collar de estilo surfero—. Este collar te irá muy bien —me guiña el ojo, y después me enseña un bonito y pequeño biquini rojo pasión con lentejuelas; con algo de relleno en la parte de arriba, tal y como yo mismo pedí—. Dale esto a Nora y dile que se pase por aquí, la tenemos que maquillar un poquito.

—Sí, vale —acepto tomando el vestuario—. Hasta luego, Lucía.

Salgo de la caravana y voy directamente a la mesa del *catering*. Allí está Nora, comiendo un *sandwich*. No me ve llegar y la sorprendo por la espalda; le doy unos golpecitos en el hombro y se gira.

—Nora, te traigo tu vestuario —le tiendo el biquini rojo.

—Preferiría llevar mi propio suje... *Oh*, es un bañador —levanta la vista hacia mí—. Es todo, ¿verdad? —asiento con la cabeza—. ¿Ni un triste pareo? —niego con la cabeza.

—Tienes que ir a que te maquillen. Lucía te está esperando —señalo con el pulgar hacia la caravana que queda detrás de mí.

—Será mejor que no me queje, teniendo en cuenta tu mal humor de hoy —me dice, y no sé qué responderle, porque la verdad es que tiene razón.

Nora me da la espalda y la observo caminar hacia la caravana. Yo también cojo algo de comer, pero voy a cambiarme antes de que Marc me vea.

Para cuando estoy listo, prácticamente han acabado de prepararlo todo. Me distraigo charlando con David, un cámara amigo mío. Mientras me está contando algunos detalles técnicos del *videoclip*, de pronto algo me hace desviar la vista por encima de su hombro. Joder, cómo está la niña. Nora, a la que el biquini rojo le queda de maravilla, va con el resto de bailarinas, que ya se están colocando en sus sitios. *Ufff*, es que ni siquiera sé lo que le haría. David se vuelve, intrigado por lo que me ha distraído, y enseguida adivina qué ha podido ser.

—¿Ésa es la nueva? —pregunta y yo asiento con la cabeza—. ¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—Muy bien llevados —juzga y la sigue con la mirada de una forma que no me gus... ¿Me estoy poniendo celoso?

—¡Diego, te necesito aquí ya! —me llama Charlie.

—Suerte, tío —David me da una palmada en la espalda.

—No la necesito, el vídeo saldrá bien.

—Suerte con ella —aclara.

—Tampoco la necesito —miento descaradamente.

Lo primero que me mandan hacer, y sabía que no podía librarme de esto, son cien abdominales. Prefiero no discutir. Enseguida, mi canción *Bombón* empieza a sonar a todo volumen en la playa y consigo sacarme de la cabeza todo eso que no se arreglará por mucho tiempo que yo siga dándole vueltas.

Comenzamos la grabación y yo canto, bailo, y miro a cámara. Juego con Nora que, aun con la carga de ser la protagonista del vídeo, ya se está dando cuenta de que no es tan difícil, incluso se está divirtiendo. Luego hacemos un pequeño descanso y nos cambiamos rápidamente el vestuario. En la segunda parte me meto realmente en el papel: yo, junto a mi grupo de amigos, que en este caso son los bailarines, intento seducir a Nora, mientras ella se refugia en

sus amigas, interpretadas por el resto de bailarinas. Al final del vídeo, acabo consiguiendo a Nora pero, por alguna razón que no llego a comprender muy bien, no tengo que besarla. Cuando ya se nos hace tarde y está empezando a irse el sol, terminamos definitivamente de grabar.

—Diego, creo que la próxima vez debería elegir yo la ropa, o al menos llevar ropa —espetea Nora cuando nos dejamos caer sobre la arena, cansados después de las horas de grabación.

—No, aún no te has ganado ese derecho. Quien algo quiere, algo le cuesta.

—¿Y cuánto debería costarme exactamente?

—No lo sé... quizá un beso sería suficiente.

—Así no vas a conseguir que te de un beso.

—Está bien, Nora —acepto teniendo una buena idea. Miro a mi alrededor y veo que prácticamente todo el mundo se está marchando ya. Sí, se lo propondré—. Entonces, ¿qué tal si echamos una carrera hasta el agua? Quien gane se saldrá con la suya.

Se queda mirándome, quizá dudando si hablo en serio, con un brillo extraño en los ojos, con una ligera sonrisa. De pronto se levanta y echa a correr hacia el mar tan rápido como puede. Yo reacciono enseguida y me apresuro a ir tras ella. No tardo en alcanzarla, la detengo con un abrazo y la tumbo sobre la arena para darme una pequeña ventaja.

—¿Qué haces? Diego, esto es juego sucio —protesta mientras yo continúo mi camino.

Cuando el agua ya me llega por los tobillos, la escucho detrás de mí.

—¡Sinvergüenza! —y sin dudarlo se lanza sobre mi espalda.

—No, por favor, Nora —bromeo sobreactuando, y me adentro un poco más en el agua—. No saltes encima de mí con tus cuarenta kilos de peso.

—Cuarenta y cinco —me corrige.

—Entonces es peor de lo que creía.

Sin pensarlo demasiado, me dejo caer hacia atrás. El grito nervioso de Nora es lo último que oigo antes de zambullirme en el agua. Unos segundos después, los dos volvemos a ponernos en pie. Me paso la mano por el pelo mojado mientras me acuerdo de algo.

—Nora, cielo, creo que has perdido.

—¿Cómo? —inquire indignada—. ¡Pero si has hecho trampas!

—Nadie dijo que hubiera normas —alego, dejándola sin recursos—. Si no recuerdo mal, me debes un beso.

—No te lo mereces.

Y echa a correr, alejándose de mí, luchando contra la corriente. Empiezo a perseguirla antes de que llegue demasiado lejos. Nora parece tropezar con algo y cae de cara al agua. Me apresuro a alcanzarla para que no pueda volver a huir. Cuando ella aún no ha conseguido ponerse en pie la cojo por la cintura y la levanto.

Su pelo gotea sobre mis manos en la curva de su espalda, y la atraigo más hacia mí. La tengo suficientemente cerca, pero ella está mirando por encima de mi hombro.

—Diego, acaba de saltar un *flash* detrás de ese arbusto —me dice y, de forma instantánea, giro la cabeza para mirar hacia allí.

—¿En serio? —me pregunto si éste será otro de sus juegos, pero la verdad es que esto ya me ha pasado unas cuantas veces antes.

Suelto a Nora y echo a andar hacia la orilla. Ella me sigue, y yo me dirijo hacia el arbusto que, estoy seguro, oculta a alguien. Una vez en la arena, comienzo a acelerar el paso, quizá demasiado seguro de mí mismo, y entonces... sí, hay un hombre agachado ahí detrás.

—Dame esa cámara, ahora mismo —exijo notablemente cabreado.

Y es cuando acepta que le he pillado y se pone en pie. Sin esperar a

nada, doy el último paso hasta él y le arranco la cámara de las manos de un zarpazo.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? —se atreve a quejarse.

Creo que por un momento he sido demasiado agresivo, porque Nora se asusta y me agarra del brazo. Sin embargo, me limito a mirar qué clase de fotos ha hecho. Acaba de hacerme cuatro fotos con Nora y unas cuantas más mientras grabábamos el *videoclip*. Tengo que admitir que son bastante buenas, pero no dudo en borrar inmediatamente todas. Suspiro, sintiendo que me falta maldad, y le tiendo la cámara.

—Agradece que no la tire directamente al agua y vete de aquí.

El hombre me mira un momento, coge su cámara y, tras dar media vuelta, empieza a alejarse con paso ligero.

—¿Qué ha sido eso? —inquire Nora incrédula.

—Un *paparazzi*.

—Creí que se escondían mejor.

—Sí, la mayoría de las veces —me encojo de hombros—. Venga, vamos a vestirnos, así vas a coger frío.

* * *

A la mañana siguiente, he decidido pasarme por el hospital. No sé muy bien qué pretendo hacer aquí, pero me siento más tranquilo cerca de Desirée. Además, hay una persona a la que necesito ver, a esa enfermera, por si ya pudiera decirme algo.

Dejo el coche en el aparcamiento y voy al ascensor. No tardo demasiado en llegar a la planta de las habitaciones de los ingresados y empiezo a recorrer el pasillo hacia la habitación de Desirée. Me pregunto si estarán sus padres. Sí, seguramente sí.

—Diego —alguien me agarra delicadamente del brazo. Me vuelvo y la reconozco enseguida: es la enfermera.

—Hola —intento interpretar su expresión. ¿Son buenas noticias? ¿Malas, quizá?

—Quería hablar contigo.

—¿Le han hecho a Desirée una ecografía? —me atrevo a preguntar.

—Una citología. Una ecografía no detecta un embarazo hasta las seis semanas —me explica y me quedo callado para que continúe. Trago saliva demasiado nervioso—. No está embarazada y tampoco hay indicios de que haya podido perder un niño —ante esas palabras no puedo evitar exhalar un suspiro de alivio.

—¿Está segura?

—Sí, bueno... no tienes de qué preocuparte. No hará falta que sus padres sepan nada sobre esta prueba.

—Vale, de acuerdo... Muchísimas gracias. —Por primera vez desde que Desirée me dijo que tenía un retraso, respiro algo más tranquilo—. Y por lo demás... ¿ella está bien? —miro a la enfermera y me doy cuenta de que mi pregunta es absurda. Desirée no está bien, sigue igual, está en coma—. Despertará, ¿verdad? —la enfermera me aparta la mirada.

—Eso es algo más complicado.

CAPÍTULO XIV

Trata de impedírmelo

Dicen que el amor es suficiente,
pero no tengo el valor de hacerle frente.

Tú eres quien me hace llorar,
pero solo tú me puedes consolar.

Blanco y negro, Malú

Cierro el botecito de brillo de labios y lo devuelvo a mi neceser. Al fin estoy lista. Le dedico una sonrisa a mi reflejo, que me la devuelve al instante, pero enseguida puedo ver cómo se desvanece. Tampoco he conseguido librarme de ese recuerdo.

Aquel sábado por la noche, en el baño de mi antigua casa, me estaba maquillando como hoy. Di un paso hacia atrás para contemplar mejor mi imagen en el espejo. Estaba perfecta, pero aún me faltaba un toque de *gloss* en los labios. Lo busqué en mi neceser y, cuando estaba a punto de aplicármelo, alguien llamó a la puerta de casa. Recuerdo que se me paralizó todo el cuerpo; quizá porque no esperaba a nadie a esa hora, o quizá por esa forma tan peculiar de llamar.

Salí del baño y fui hasta la puerta principal. Eché un vistazo a través de la mirilla. Sí, era Sergio. Estaba tan guapo como siempre, con una camiseta oscura y el pelo revuelto. Aun así, por una fracción de segundo pensé en fingir que no había nadie en casa, pero para entonces ya estaba abriendo la puerta.

—Hola, Sergio.

—Hola —me dio un rápido beso en los labios—. ¿Estás sola?

—Sí —respondí asintiendo suavemente con la cabeza—. Pasa.

Me encaminé de vuelta al baño. Sergio cerró la puerta y sentí su mirada en mi espalda, fijándose en el estupendo vestido azul turquesa que yo llevaba puesto, o en los perfectos tirabuzones que había conseguido hacerme con la plancha del pelo. De nuevo en el baño, procedí al fin a darles a mis labios el toque de *gloss* que necesitaban. Sergio me observaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—¿Vas a alguna parte? —hizo la pregunta obvia.

—Sí —confesé mientras guardaba de nuevo el *gloss*—. He quedado con unas amigas.

—¿Dónde vais a ir?

—Por el centro.

—¿Lo saben tus padres?

—No están aquí —suspiré cansándome del interrogatorio—. Unos amigos les han invitado a pasar el fin de semana en la sierra.

—No me lo habías dicho.

—Lo sé. Yo... lo olvidé.

—O es que prefieres a tus amigas antes que a mí —su mirada encontró la mía en el espejo, y yo sólo fui capaz de negar débilmente con la cabeza—. Podríamos haberlo pasado muy bien juntos todo el fin de semana sin tus padres.

Noté que empezaba a ponerse tenso, preví lo que iba a pasar y ya no supe cómo evitarlo. Tragué saliva intentando mantener la calma.

—Sergio, tengo que irme —me limité a decir y di un paso hacia él esperando que me dejara salir.

—No, no te vas. —En lugar de apartarse, se incorporó y me empujó hacia atrás con una mano sobre mi pecho.

—Te lo explicaré mañana, ¿de acuerdo?

—Creo que me has entendido mal. No hace falta que me expliques nada, me refiero a que tú hoy no vas a ir a ningún sitio. —Le miré repitiéndome a mí misma que debería imponerme o, al menos, ser capaz de decir algo—. Esto no me gusta, nena. No me habías dicho que te quedabas sola y todo para poder irte a zorrear por ahí —me reprendió con un desprecio que consiguió ofenderme.

—¿Por qué dices eso? Ni siquiera vienen chicos.

—Precisamente —coincidió—. ¿Crees que no sé de qué van estas salidas de chicas? Se trata de calentar a cada tío que se acerca; pero tú, nena, tienes novio.

—Sergio, ya basta. No voy a hacer nada de eso.

—Por supuesto que no, porque no vas a ir —dijo impasible.

En ese mismo momento, estuve a punto de aceptar que tampoco esa noche saldría con mis amigas, a punto de ceder de nuevo, pero me armé de valor, negándome a que eso volviera a ocurrir.

—Trata de impedírmelo —murmuré.

Le aparté de un empujón y salí corriendo del baño pero, antes de que pudiera dar tres pasos, Sergio me agarró del brazo. Le dediqué mi mirada más salvaje.

—No hagas esto, sabes que no conseguirás nada —me recordó.

Yo, con la respiración cada vez más agitada por la rabia, di un repentino

tirón y conseguí zafarme de él. Logré llegar hasta el salón pero Sergio volvió a agarrarme por la muñeca, esta vez con mucha más fuerza. Seguí forcejeando sin querer rendirme. Mi propia pulsera, la misma que él me había regalado por mi cumpleaños, me desgarró la piel, pero no iba a resignarme a perder de nuevo contra él.

—¡Para de una vez! —me gritó atrayéndome hacia él con un brusco tirón.

—¡No, no pienso parar! —le aseguré muy cerca de su cara—. Estoy cansada de que me digas lo que puedo o no puedo hacer. ¡Suéltame!

Como en un acto reflejo, Sergio me pegó una fuerte bofetada en la cara. Luego me dio un empujón que me lanzó sobre el sofá, del que no tuve fuerzas para levantarme. Me quedé ahí, con la cabeza baja, envuelta en esa impotencia de rabia y tristeza al mismo tiempo, pero por nada del mundo dejaría que me viera llorar.

Sergio se acercó despacio y se acuclilló frente a mí. Colocó su mano bajo mi barbilla y me alzó la cabeza, obligándome a mirarle. Me mantuve seria.

—Nena, mírate, eres un bombón. No puedo ni plantearme dejar que vayas a ninguna parte sin mí porque me preocupo y porque me muero de celos, ¿comprendes? Yo... te quiero más de lo que te puedas imaginar. —Me sostuvo la mirada esperando una respuesta a esas absurdas palabras pero, ¿qué podía yo decirle?—. Has nacido para estar conmigo, ahora eres mía y lo vas a ser siempre. —Me limité a cerrar los ojos para esquivar su mirada y contener las lágrimas. Él no tardó en volver a ponerse en pie—. Tengo que irme —dijo de repente y yo volví a abrir los ojos.

—¿Cómo? —me incorporé indignada en el asiento.

—He quedado —me contestó dirigiéndose ya hacia la puerta—. Va a estar Dani, será mejor que no vengas.

—Espera, Sergio, esto no es justo.

Me levanté del sofá rápidamente para seguirle y vi que cogía mis llaves del mueble de la entrada.

—Sé que serás buena, pero cerraré con llave para asegurarme —lanzó mis llaves al aire y volvió a atraparlas—. No volveré tarde. —Espera... ¿volveré?

—No puedes encerrarme aquí, Sergio. ¡Devuélveme mis llaves!

Se limitó a darme un rápido beso en la frente y salió por la puerta. Giré inmediatamente el pomo pero ya era tarde. Escuché cómo cerraba desde fuera.

—¡Sergio, ábreme! Te prometo que no saldré, pero no me hagas esto —grité y golpeé la puerta—. ¡Vuelve aquí ahora mismo! ¡Abre, joder! —Di otro puñetazo a la puerta, y otro más, y una patada—. ¡Sergio!

Cuando comprendí que ya ni siquiera me oía me di la vuelta apoyando la cabeza y la espalda en la puerta y no pude evitar golpearla de nuevo con los dos puños a la vez. Las lágrimas empezaron a brotarme de los ojos y me deslicé hasta el suelo.

En un principio me preocupó especialmente que Sergio tuviera mis llaves. De todas las situaciones que se me pasaron por la cabeza, la menos peligrosa era que las perdiera en cualquier sitio. Después me planteé la posibilidad de llamar a alguien que pudiera abrirme la puerta; mi abuela, por ejemplo, tenía llaves de mi casa pero, ¿qué iba a decirle? No podía contarle la verdad y tampoco estaba en condiciones de inventarme ninguna historia.

Con los codos sobre mis rodillas, escondí la cabeza entre mis brazos. Sólo entonces vi los arañazos y la sangre de mi muñeca derecha; me los había hecho con mi propia pulsera, la que él mismo me regaló. Supe que me quedaría una horrible cicatriz y pensar en eso me hizo llorar aún más. Lloré ahora que él se había ido, aunque no todo el tiempo que habría necesitado;

tenía que llamar a Marta para decirle que no contaran conmigo.

Me serené todo lo posible y fui a por mi móvil. Cuando volví al salón me desplomé sobre el sofá mientras esperaba que mi amiga respondiera al teléfono.

“Hola, Marta. No, estoy en casa. No puedo salir con vosotras hoy, mis padres están aquí. A mi madre le ha sentado algo mal. Se ha puesto mala y han tenido que volver. Sí, lo sé. Quizá en otra ocasión... Claro, por supuesto. Sí. Pero no te preocupes, sólo es mi mala suerte habitual. Pasadlo bien, chicas. Os llamaré mañana. Adiós”.

Lo primero que hice fue quitarme mi vestido verde, el maquillaje, los pendientes y la pulsera y ponerme el pijama. Luego encendí la televisión y mi serie preferida consiguió distraerme un rato. Fui a prepararme un vaso de leche con cacao y casi olvidé que estaba encerrada en mi propia casa. A la una de la mañana finalmente me fui a mi habitación. Dejé la puerta entornada antes de meterme en la cama. Apenas leí un par de páginas de mi libro y apagué la luz.

Aún seguía revolviéndome en la cama sin poder dormir cuando escuché mi llave girar en la cerradura. Sergio había vuelto. Encendió la luz del salón y le escuché caminar hacia mi habitación. Tumbándome de cara a la pared abrazando a mi perrito de peluche, opté por fingir que estaba dormida. Sería lo mejor.

Cuando entró en mi cuarto me pregunté qué haría a continuación. Vino hasta mi cama y yo luché por mantener una respiración tranquila, porque tenía verdadero miedo de lo que pudiera apetecerle. He de admitir que, por otra parte, también tenía ganas de abrazarle; empezaba a conocer la sensación de llorar por él y a la vez querer que fuera él quien me consolara.

Acarició mi brazo con una cálida mano, me apartó con delicadeza el pelo de la cara y hundió sus dedos en mis tirabuzones artificiales recordándome que seguían ahí. Se quedó observándome durante unos segundos que se me hicieron eternos, pero no me moví. Me pareció escucharle suspirar y luego se giró para irse. Salió de mi habitación, cerró la puerta y al fin pude respirar tranquila.

Esperé escuchar la puerta principal pero Sergio no se fue. ¿Pretendía dormir en mi sofá? ¿En la cama de mis padres? ¿En la de mi hermano? La rendija de luz que entraba por debajo de mi puerta se apagó y, aún con la cabeza dándome vueltas, me quedé dormida.

CAPÍTULO XV

(Desirée)

La misma persona

Mira la vida cómo vuelve y te sorprende.
Mira la vida qué fondo tiene el cajón.
Mira la vida que regala todas las flores que tiene,
aunque algunas las arranque con dolor.

Mira la vida, Dani Martín

Salgo de la farmacia aliviada. Decididamente, he pasado un mal rato. Creo que nada antes me había dado tanta vergüenza. Por un momento, me planteo que quizá Diego debería haberme acompañado; aunque, pensándolo mejor, seguramente habría sido aún más bochornoso. Pero ya está bien, ya ha pasado, y tengo el *test* de embarazo en el bolso. Espero atreverme a hacerlo en cuanto llegue a casa. Con sólo pensarlo se me revuelve el estómago, pero tengo que salir de dudas.

Mi móvil empieza a sonar en ese momento. Abro el bolso rápidamente, aparto la bolsita de la farmacia y saco mi teléfono. Tal y como me esperaba, es Diego. Dijo que me llamaría. Contesto sin más demora con un simple

“Hola, Diego”. Y de repente oigo un claxon, un coche viene hacia mí y todo se vuelve negro.

* * *

Intento abrir los ojos pero me pesan los párpados. Necesito pestañear varias veces antes de conseguirlo. Lo veo todo de color blanco y no me siento bien. ¿Qué me pasa? ¿Qué es todo esto? Siento un dolor desgarrador en el costado derecho, me duele cada vez que intento respirar.

—Mirad, ha abierto los ojos. —Escucho una voz distorsionada y no puedo evitar que se me cierren los párpados de nuevo.

Cuando los vuelvo a abrir, veo cinco rostros inclinados sobre mí, mirándome desde arriba, y emito un gemido sintiéndome agobiada.

—Apartaos, dejadla respirar.

Entonces soy capaz de distinguir también un terrible dolor de cabeza que me hace arrugar la frente.

—Desirée, corazón, ¿te encuentras bien? —consigo enfocar la vista en la señora que me habla y me acaricia la mejilla. Es mi madre—. ¿Estás bien? —me repite.

—No lo sé —me llevo una mano a la frente y miro a mi alrededor. ¿Qué es todo esto?—. Estoy mareada —admito y mi madre me ayuda a incorporarme en la cama.

—Toma, bebe un poco de agua.

Mi madre me tiende un vaso de agua, lo tomo y doy un pequeño sorbo.

—Llamaré a un médico —dice mi padre y sale enseguida de la habitación.

Entonces me fijo en las otras tres personas que hay alrededor de mi cama. ¿Quiénes serán y qué harán aquí? Una chiquilla bajita de melena castaña y dos chicos más o menos de mi edad, uno con pelo rubio oscuro que viste camiseta blanca y vaqueros y el otro realmente guapo, de complexión fuerte y con unos bonitos ojos color chocolate como su pelo.

—¿Qué... ha pasado? ¿Qué hago aquí? —consigo preguntar.

—Desirée, hija... —mi madre se dispone a explicarme.

—No le conteste, señora. Yo me encargaré. —Miro hacia la puerta de la habitación y, junto a mi padre, está un señor de unos cincuenta años, canoso, con bata blanca. Debe ser el médico. Viene hasta mi cama y se sienta frente a mí—. Hola, Desirée, soy el Doctor Cervera —me tiende la mano y me limito a estrechársela débilmente algo confusa—. Deja que observe tus pupilas —saca una especie de pequeña linterna del bolsillo de su bata blanca, la enciende y me apunta con ella directamente a los ojos; primero observa uno, después el otro y vuelve a apagar esa molesta lucecita—. ¿Sientes esto? —inquire deslizando un dedo por la planta de mi pie derecho, el cual flexiono como acto reflejo cuando me hace cosquillas. Asiento con la cabeza—. Perfecto. Desirée, ahora voy a hacerte algunas preguntas y tú debes intentar responderme, ¿de acuerdo?

—Sí —consigo decir con un hilo de voz mientras asiento con la cabeza.

—Muy bien —él arruga la frente y traga saliva—. ¿Dónde vives, Desirée?

—En España... en Málaga —respondo y el médico asiente con aprobación.

—¿Sabrías decirme qué día naciste?

—Sí, el treinta de septiembre... del noventa y cuatro.

—¿Puedes decirme en qué mes estamos? —inquire y yo miro por la ventana.

—¿Junio?

—¿Recuerdas por qué perdiste la consciencia? —Me quedo mirando al doctor, ésta es demasiado difícil. Intento recordar.

—No, no me acuerdo —admito.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —Desvió la vista hacia ese chico rubio y suspiro.

—No lo sé, es todo un poco confuso. Recuerdo mi casa, la facultad...

El doctor asiente y se levanta de mi cama. Se dirige a mis padres. Le observo atentamente.

—Escuchen... estos son los síntomas de una amnesia postraumática retrógrada. —¿Qué está diciendo? De repente, puedo ver cómo a mi madre le da un vuelco el corazón—. Desirée ha perdido los últimos recuerdos antes del accidente. No se preocupen, no tiene por qué ser grave, pero le haremos una exploración neurológica más detenida y otras pruebas para definir el alcance del daño.

—Pero, doctor, ¿esto es... normal? —pregunta mi padre visiblemente preocupado.

—Absolutamente, se ha dado un buen golpe en la cabeza —explica. ¿Me he dado un golpe en la cabeza?—. Ahora deberían dejarla descansar, puede que necesite tiempo para recuperar la capacidad de... asimilar recuerdos.

—De acuerdo —es lo único que consigue decir mi madre.

—Hasta mañana a primera hora, entonces.

El doctor me dirige una última mirada y, acto seguido, sale de la habitación. Mi padre viene a sentarse junto a mí en la cama y me acaricia el pelo.

—¿Estás bien, cielo?

—¿Alguien va a explicarme cómo he llegado aquí? —pregunto empezando ya a ponerme nerviosa.

—Desirée, has tenido un accidente —me aclara al fin mi madre—. Te atropelló un coche y te golpeaste la cabeza.

Pero yo no recuerdo nada de eso; de hecho, creo que el doctor tiene razón: me siento vacía, desorientada. ¿Puede ser que yo realmente tenga amnesia? Y, en ese caso, ¿me recuperaré? Esto es demasiado. Me llevo la mano a la frente, intentando comprender algo, y entonces pienso que, seguramente, estos tres desconocidos que hay en mi habitación, no son desconocidos. ¿Cómo voy a preguntarles quiénes son? Miro a cada uno de ellos, tratando de estimular mis recuerdos, pero es inútil.

—No os recuerdo —tengo que decir y se me quiebra la voz.

Los chicos intercambian una mirada y finalmente es ella la que se ve obligada a hablar.

—Yo soy Nora, soy una amiga tuya de la universidad —dice algo cortada. Seguramente es duro para ella tener que recordarme algo así.

—Yo soy un amigo de tu amiga, me llamo Mario —contesta el chico más alto de pelo castaño. Supongo que ha querido decir “novio”—. Y Diego es...

—El hermano del amigo de tu amiga —añade con sorna interrumpiendo a Mario.

¿El hermano del novio de mi amiga? ¿Y aun así tan amigo mío como para estar aquí? Necesitaré asimilar todo esto.

—¿De verdad no te acuerdas de nada? —implora Nora.

* * *

Todavía no han pasado ni diez minutos desde que se fue mi última visita, y ya otra persona acaba de llamar a la puerta. Sin esperar a que yo diga nada, como todos, abre la puerta. Es Nora. Vaya, realmente debíamos ser buenas amigas; ya es la tercera vez que pasa por aquí. Pero no viene sola, detrás de ella entran Diego y... ese chico tan mono. ¿Mario?

—Hola —saluda Nora con su sonrisa risueña—. ¿Cómo estás?

—Bueno, la verdad es que hoy no está siendo un día demasiado aburrido. No han parado de venir visitas.

—Te hemos traído bombones —anuncia Diego.

Mete la mano en el bolso de Nora y saca una caja roja.

—¡Vaya, chicos! Gracias, pero no teníais por qué...

—Claro que teníamos por qué —dice Nora—. Estábamos seguros de que, aunque hayas olvidado un montón de cosas, sí recordarías los bombones *Lindor*.

—Ya, pues... la verdad es que no los recuerdo —tengo que admitir al mirar la caja.

—*Ah*. —A Nora le acaba de cambiar la cara—. Eran tus favoritos.

—Estoy segura, ayer una tal Silvia me trajo estos mismos —prefiero omitir que no he estado de humor para probarlos.

—Coge uno —Mario me tiende la caja.

Le hago caso. Abro la caja roja, saco un bombón y le quito rápidamente el envoltorio. Cuando muerdo el chocolate, delicioso por fuera y deliciosamente cremoso por dentro, cierro los ojos de placer.

—¡*Ah*, sí! Ya empiezo a acordarme —bromeo.

—Es que el dulce te pierde —dice Nora. ¿A qué se referirá con eso?

—Pero coged uno vosotros también —me veo obligada a ofrecer.

Cuando en la habitación se produce un silencio incómodo, me decido al fin a formular una de las preguntas que me han estado rondando la cabeza todo el día.

—Chicos, hay algo que no me habéis contado —consigo decir. Esto es difícil—. ¿A qué os dedicáis vosotros? ¿Qué hacéis con vuestras vidas?

Diego y Mario se miran, tratando de decidir quién hablará primero. Mario acaba cediendo y me pregunto por qué Diego siempre es tan reservado. Hay algo misterioso en él.

—Yo intento hacerme un hueco en el mundo del tenis —dice en un tono que no sé interpretar.

—Está esforzándose mucho para convertirse en tenista profesional —añade Nora.

—¡Eso es genial, Mario! —le sonrío. ¿Cómo es posible que no recuerde a alguien como él?—. ¿Y tú? —le pregunto a Diego, aunque no sé si lo que me dirá será una mentira. En su rostro puedo leer claramente: “¿de verdad quieres saberlo?”. Le aguanto la mirada en señal de asentimiento.

—Agárrate fuerte porque lo diré sin rodeos —me advierte y yo cada vez me siento más intrigada—. Soy tu cantante preferido.

—¿Qué? —No, esto no puede ser. Vale, tengo amnesia, pero recuerdo perfectamente que mi vida era muy aburrida. No puedo conocer a mi cantante preferido. Esto es irreal, esto es...—. Espera, me estás tomando el pelo.

—¿Tú crees? —Diego alza las cejas. Claro que lo creo, se está riendo... o no. No, no se ríe. *Ay*, que va a ser verdad.

—*Oh*, qué *déjàvu* —interviene Nora rebajando la tensión—. Reaccionaste exactamente así cuando te dije que el hermano de Mario era Diego Arias.

—¿Entonces es en serio?

—Puedo dar fe de ello —asegura Diego Arias mientras yo siento cómo la sangre se acumula en mis pómulos—. Aunque uno de mis discos te lo hayas descargado de *Internet*.

* * *

Me encuentro enfrascada en la lectura de *Cincuenta sombras de Grey*, y tengo que admitir que la Desirée de antes tenía buen gusto para los libros. Oh, pero qué tontería. Soy la misma persona, por eso me sigue gustando lo mismo. En cualquier caso, dado que el marca páginas estaba casi al final del libro, me siento afortunada de poder vivir la historia de nuevo como si fuera la primera vez. Aunque, bien mirado, me pregunto cuántas otras historias y aventuras se han escapado de mi mente. Frunzo el ceño ante lo enrevesado del asunto. De pronto, Mario golpea la puerta entornada de mi habitación.

—Buenos días, Desirée.

—Hola —digo, esperando a que alguien más entre, Nora o Diego, pero parece que viene solo.

—¿Vienes solo?

—Sí, he pensado que necesitarías a alguien que te distrajera un poco. — Se encoje de hombros y me sonrío. Bueno, ese Grey no era mala compañía, pero me alegro de que Mario esté aquí.

—Mis padres han bajado a tomar un café, esta mañana me han estado haciendo pruebas.

—¿*Cincuenta sombras de Grey*? —señala mi libro sentándose a mi lado y yo asiento con la cabeza—. He oído hablar de este libro —me mira con los ojos algo entornados y una leve sonrisa. Pongo los ojos en blanco.

Me quita el libro de las manos y empieza a hojearlo. ¿Simple curiosidad? De todas formas, me gusta que haya venido solo. Necesito preguntarle una cosa, y me niego a esperar a que surja un momento más adecuado.

—Mario, tengo una pregunta.

—Dime —cierra el libro y me mira a los ojos.

—Cuando dijiste que eras “amigo” de Nora, te referías a... —Joder, debí pensar mejor cómo preguntárselo—. ¿Vosotros estáis saliendo? —suelto al fin sin más.

Parece que esta pregunta le pilla por sorpresa. Mira al suelo arrugando la frente antes de contestar.

—No —¿No? Ladeo mi cabeza esperando alguna explicación—. No; estuvimos saliendo, pero ahora sólo somos amigos—. Sí, claro, el tópico de exnovios que quedan como amigos. ¿Será verdad? ¿Será eso realmente posible? No lo sé, quizá; tendré que hablar con Nora sobre ello—. Viene el doctor —me informa Mario y yo me giro hacia la puerta abierta para ver al doctor caminando hacia aquí.

—Sí, seguramente viene a....

—Espera aquí —me pide Mario levantándose para salir de la habitación.

En cuanto está fuera, no dudo en levantarme también de la cama e ir hasta la puerta. Les espío a través de la rendija que ha quedado abierta y escucho su conversación.

—Buenas tardes, doctor —le saluda amablemente—. Es usted precisamente la persona a la que quería ver. Me gustaría darle las gracias por todo lo que ha hecho por Desirée.

—No tienes que agradecérmelo, sólo hago mi trabajo —se excusa el doctor—. Sin embargo, tú... lo que hiciste fue un gesto muy bonito, Mario.

—Bueno... yo sabía que ése era mi grupo sanguíneo y tenía que hacerlo.

—Has ayudado mucho a Desirée.

—Pero ella ha despertado con amnesia —Mario deja caer su cabeza y se pasa la mano por el pelo—. ¿Es que nunca va a recuperar su memoria, sus recuerdos?

—Tranquilo, no es grave. Venía a decirnos que, según las pruebas que hemos hecho esta mañana, evolucionará favorablemente. Recuperará gran parte de su memoria, sólo necesita tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —suspira Mario.

—Eso no te lo puedo decir, todo depende de cómo se desarrolle todo a partir de ahora.

Trato de asimilar todo lo que acabo de oír. Creo entender que Mario ha donado sangre para mí, pero no estoy segura. ¿Y en cuanto a la amnesia? El doctor ha dicho que me recuperaré, que recuperaré mis recuerdos. Pero no me quiero hacer ilusiones; me siento tan... vacía. Esto es demasiado, necesito descansar.

Decido volver a la cama. Doy un paso, luego otro, y ya empieza a dolerme la cabeza. De nuevo esa sensación de mareo. Cierro los ojos y me llevo una mano a la frente. Intento seguir, pero de pronto no tengo ninguna fuerza en mis piernas y me desplomo sobre el suelo.

Apenas he tenido tiempo de reaccionar cuando siento una mano en el hombro y alguien me ayuda a incorporarme.

—Desirée, ¿estás bien? —me pregunta Mario mientras yo consigo levantarme.

—Sí, no ha sido nada —le tranquilizo—. Sólo me he mareado.

—Debes guardar reposo —me recuerda el médico y yo vuelvo a

sentarme en la cama.

—¿De qué hablabais? —me atrevo a preguntar—. ¿Qué significa eso de...?

—Le estaba diciendo a Mario que te pondrás bien —me interrumpe el doctor—. Dentro de unos días podrás volver a casa y empezarás a recuperar tus recuerdos hasta que seas capaz de retomar tu vida normal.

—¿Lo está diciendo en serio? —quiero asegurarme—. ¿Podré continuar con mi vida?

—Según las pruebas que te han hecho esta mañana, sí —afirma asintiendo con la cabeza—. Lamentablemente, te quedarán secuelas, pero eres muy joven para que esto te marque de por vida.

No sé muy bien lo que siento ahora; debería estar contenta por lo que me acaba de decir, pero sé que la recuperación va a ser muy dura. Bajo la cabeza y suelto despacio el aire de los pulmones.

—¿Y hay alguna forma de...? —intento escoger las palabras adecuadas—. ¿Qué puedo hacer yo para empezar a recuperar la memoria? Ni siquiera entiendo cómo se supone que volverá a mi cabeza todo lo que he perdido.

—No te preocupes, Desirée —el doctor esboza una sonrisa tierna—. Cuando vuelvas a casa entrarás en tu habitación, verás todas tus cosas, te visitarán algunos amigos, revisarás tus apuntes de la universidad... y así empezarás a acordarte de todo.

Le miro con expresión ausente y él me acaricia el pelo. No sé si puedo creerle pero, en cualquier caso, esto va a ser muy difícil.

—No estás sola —interviene entonces Mario—. Puedes contar conmigo para cualquier cosa, y con tus padres. También están Nora y Diego, y muchas más personas que te ayudarán en todo lo que puedan.

—Mario tiene razón, apóyate en los demás —coincide el doctor—. Ahora tengo que irme, luego hablaré con tus padres —me dice y mira a

Mario un segundo.

El médico da media vuelta y sale de la habitación en silencio. Mario entonces se sienta en el sillón que hay junto a la cama. Parece no saber cómo iniciar una conversación, pero al final escoge las palabras para hacerlo.

—Así que nos has escuchado —comenta y yo sólo puedo asentir.

—Mario, ¿me has donado tu sangre? —inquiero.

Él levanta la vista hacia mí. Entorna ligeramente los ojos y una leve sonrisa aparece en su boca. Sí, lo ha hecho, lo ha hecho por mí. Creo que hay algo que debo decirle.

—Mario, no sé cómo agradecértelo. Dice mucho de ti que hayas hecho algo así.

—No creo que tenga demasiado mérito, cualquiera habría hecho lo mismo —se encoge de hombros quitándole importancia al asunto.

—No seas tan humilde.

Veo que sonrío ligeramente, aún sin mirarme, sin encontrar las palabras adecuadas. Al final, consulta su reloj y decide despedirse.

—Desirée, yo debería irme. —Cuando me mira, asiento con la cabeza, comprendiendo que él sí recuerda las cosas que tiene que hacer—. Quizá venga a verte luego con Diego, o mañana por la mañana.

—Como quieras. Por lo visto, yo seguiré aquí en cualquier caso.

Mario me sonrío tiernamente y se levanta del sillón. Se encamina despacio hacia la puerta, como si no quisiera irse.

—Hasta pronto —me dice antes de salir.

—Adiós.

* * *

—¿Cómo que os tenéis que ir a ensayar? —pregunto.

—Bueno, es que yo soy... su bailarina —explica Nora.

—¿Su bailarina? —inquiero con los ojos como platos—. ¿Eres una de sus bailarinas?

—Sí —contesta Nora humildemente—. De forma provisional.

Me cuesta creérmelo pero, al fin y al cabo, es cierto que Diego es mi cantante preferido, y no parece que se estén aprovechando de mi amnesia para contarme mentiras. Aunque, eso sí, creo que se han propuesto darme toda esta información con cuentagotas.

—¿Hay algo más que se os haya pasado comentarme? —espeto de todas formas.

—No, creo que ya no hay nada más —contesta Diego con sorna—. Y será mejor que nos vayamos ya —consulta su reloj.

—Sí —coincide Nora—. Vendré a verte mañana, Desirée.

—Vale, hasta mañana.

—Y vosotros no volváis muy locas a las enfermeras —añade Diego, yendo ya hacia la puerta.

—Hasta luego —se limita a despedirse Mario.

Cuando Nora y Diego salen por la puerta, yo aún mantengo mi sonrisa boba en la boca. Mario me mira alzando las cejas.

—¿Siempre es así? —pregunto.

—Y, por lo visto, siempre lo será —suspira.

—¿Cómo podéis ser tan distintos?

—Buena pregunta —asiente con la cabeza—. No lo sé, a lo mejor uno de los dos es adoptado. Espero no ser yo. —Dejo escapar una risita ante su

humor serio.

—¿Quieres saber una cosa? —imploro con timidez, y él responde sentándose junto a mí en la cama—. No recuerdo la opinión que tenía antes sobre ti pero, ahora que te he vuelto a conocer, me has dado la impresión de ser un chico encantador. Espero no equivocarme.

—Yo me equivoqué contigo —admite, y procede a explicarse—. Si te soy sincero, el primer día que te vi te tomé por una chica estúpida y prepotente. No has tardado mucho en quitarme esa idea de la cabeza.

—No sé cómo debería tomarme eso.

—Como un halago, por supuesto.

—Un halago muy poco convincente.

Le mantengo la mirada, retándole a ser más directo, y él acaba mostrándome su espléndida sonrisa.

—Desirée, fijate: incluso con esa ridícula bata y sentada en una cama de hospital, te brillan los ojos y estás preciosa; sin mencionar que tienes los rizos más bonitos que yo he visto nunca.

—Vas a conseguir que me ponga roja —giro la cabeza, ruborizándome.

—También estás guapa así.

Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, dejando al descubierto una sonrojada mejilla. Suena irónico pero, desde que tengo memoria, nadie me ha tratado así. Mario es tan perfecto como el mismísimo príncipe azul, y de repente siento unas incontrolables ganas de besarle.

—Mario, eres un cielo —murmuro, aún mirándole a los ojos.

Me inclino hacia él y le doy un suave beso en los labios. Mario no se mueve, supongo que quiere lo mismo que yo. Ahora me pongo de rodillas en la cama, rodeo su cuello con mis brazos y le beso de nuevo. Despacio, con suavidad, sin estar del todo segura de lo que estoy haciendo. Y aun así me gusta, y creo que a él también.

CAPÍTULO XVI

(Diego)

Sinvergüenza

Hagamos de esto un paraíso
y construyamos todo otra vez.
Tengamos un ataque de risa
y que se nos erice la piel.

Hoy, David Bisbal

—Diego, será mejor que vaya al baño antes de irnos. ¿Me esperas aquí?

—Sí —asiento con la cabeza y Nora se gira para dirigirse rápidamente al servicio.

La observo mientras se aleja, la falda de su vestido verde botella que tanto me ha gustado se agita alrededor de sus rodillas, y entonces dobla la esquina y desaparece de mi vista. Suspiro, deseando salir ya de este hospital con olor a suero, y me apoyo en la pared fría. Observo a una enfermera que camina por el pasillo, una camilla vacía, y luego inconscientemente miro hacia la habitación de Desirée. A través de la rendija de la puerta entreabierta, puedo verles a ella y a Mario hablando. Mi hermano se ha sentado en la

cama. ¿De qué hablarán ellos dos? Y, sobre todo, ¿desde cuándo tienen tanta confianza?

Están demasiado cerca, y Mario le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Me incorporo y doy un paso hacia la puerta para ver mejor, o para creer lo que estoy viendo. Desirée murmura algo y... yo diría que le acaba de besar en la boca. Como si quisiera confirmármelo, ella se pone de rodillas, posa sus manos sobre el cuello de mi hermano y le besa como me besó a mí. No puede ser, esto no está pasando. Tardo aún unos segundos en reaccionar, pero decido apartar la vista.

Eso ha sido demasiado, y me ha pillado desprevenido. Aunque, en realidad, quizá debería haberlo visto venir. Mi hermano le ha donado su sangre y ha renunciado al *Roland Garros* por ella, Desirée ha despertado con amnesia, y la verdad es que pasan demasiado tiempo juntos. No me siento culpable, Nora y yo tenemos que preparar una gira; y acepto que ella haya encontrado a otro, aunque ese otro sea mi hermano. Por lo visto, Desirée ni siquiera me recuerda, pero aun así pienso que se ha cansado, que se ha aburrido de lo nuestro. Suele pasar, es algo inevitable, y yo debería comprenderlo mejor que nadie. Es más difícil de lo que pensaba, pero no seré yo quien le guarde rencor por ello.

—Ya estoy lista, podemos irnos —de pronto, Nora aparece por mi espalda devolviéndome a la realidad—. Diego, ¿te pasa algo? —inquire y yo me obligo a mirarla a la cara, aparentando normalidad.

—¿A mí? No, nada —me encojo de hombros—. ¿Nos vamos?

Apenas hablamos durante el trayecto. Yo no soy capaz de forzar ningún tema de conversación y Nora ya ha notado que no estoy de humor. Tengo que admitir que se me da fatal fingir que no me pasa nada, sobre todo delante de una chica.

Cuanto llegamos a la sala de ensayo sigo esforzándome en comportarme

como siempre, pero no consigo bailar más de media hora. Me rindo y dejo que los bailarines continúen mientras yo me llevo una mano a la garganta y me limito a cantar. Camino de un lado a otro, mirando al suelo y chasqueando los dedos al ritmo de la música, intentando concentrarme en cantar; pero es inútil, no puedo quitarme de la cabeza esa escena.

Es entonces cuando se abre la puerta. Alzo la vista y veo a Miriam. Es verdad, tenía que venir hoy. Me obligo a acercarme a saludarla.

—Hola, Miriam. ¿Qué tal? —le sonrío y le doy dos besos.

—Ya sabes, como siempre, con muchas coreografías en la cabeza —se encoge de hombros—. ¿Quién es la nueva bailarina?

—La pequeña rubita —señalo a Nora, que intenta mirar hacia otra parte mientras sigue bailando.

—Oh, qué mona —juzga Miriam. ¿Qué tiene Nora que le gusta a todo el mundo?

Cuando acaba la canción, Miriam se acerca a saludar a Nora mientras los demás descansan un poco. Parece que se han caído bien la una a la otra.

Yo suelo irme cuando llega Miriam, es como un relevo para mí, pero hoy decido sentarme en el suelo junto al equipo de música y me limito a observar. Tengo que admitir que las coreografías de Miriam son preciosas, tiene un gran talento. Miro a Nora y ella, bailando como la primera vez que la vi, consigue que me olvide de todo. Sin embargo, llegado cierto punto, tengo algo que objetar.

—Nora, hazme un favor: levanta la cabeza y sonrío.

Aunque no me contesta, puedo ver en su cara cómo se percata de que tengo toda la razón, y alegra el semblante forzando una falsa sonrisa de lo más cómica. Venga ya, estoy seguro de que sabe hacerlo mejor.

Cuando al fin hemos terminado por hoy nos vamos todos a los vestuarios. Me doy una ducha rápida, me visto y, en cuando estoy listo, salgo

de allí. Enseguida me cruzo con las bailarinas, con todas menos con Nora. Supongo que aún no ha terminado. No sé si le gustará que haga esto —mejor dicho, sé que no le va a gustar nada que haga esto— pero, sabiendo que sólo queda ella, no puedo evitar ir al vestuario de las chicas. Entro sin pensármelo demasiado.

—Nora, creo que...

—¡Diego, me estoy cambiando! —exclama sobresaltada a la vez que se tapa con una toalla—. Date ahora mismo la vuelta y no se te ocurra mirar.

—¿Cómo eres tan lenta, Nora? —me giro obedientemente.

—No hay duchas para todas, alguna tenía que ser la última.

—Para la próxima vez habrás aprendido a espabilarte.

Espero de espaldas mientras ella acaba de vestirse. Creo que no ha tenido en cuenta el espejo en que la estoy viendo reflejada, pero no seré yo quien la avise. Joder, es perfecta, y su piel parece tan suave. La observo mientras se pone de nuevo ese vestido verde botella que tanto me ha gustado antes.

—Muy bien, ahora sí estoy lista —anuncia al fin.

Entonces puedo darme la vuelta. Inmediatamente me fijo en que hoy tampoco lleva en la cara ni rastro de maquillaje.

—Nora, ¿tú nunca te maquillas? —me atrevo a preguntarle.

—Sí, bueno, yo... en ocasiones especiales —intenta explicarme—. ¿Por qué lo dices?

—Porque el primer día que te vi, en el restaurante italiano...

—Desirée me maquilló, y el vestido también lo eligió ella —me cuenta.

—Estabas de escándalo.

—Pero ser mujer no significa tener tiempo para maquillarse todos los días.

—Merece la pena intentar sacarlo de alguna parte —le aconsejo.

—¿Por qué? ¿Por qué lo dice la sociedad? —Hostia, qué genio.

—No lo sé, pero es lo que hacen las chicas para estar más guapas. — Aunque, bien pensado, a lo mejor tiene razón ella en eso de que la sociedad nos influncia demasiado, porque Nora está guapa aunque no se maquille, de hecho es más natural.

—Diego, estás empezando a pisar terreno machista —me acusa, pero decide no darle demasiada importancia—. Venga, vámonos.

Camina hacia la puerta del vestuario y yo decido quedarme atrás para seguirla sin hacer más comentarios.

—Diego, no me mires el culo.

—No lo estaba haciendo —miento.

Nos detenemos frente al ascensor y Nora pulsa el botón. No tarda en llegar y los dos entramos. El ascensor empieza a descender. Todo va perfectamente hasta que, de repente, se detiene en seco.

—No. Esto no, por favor —murmura Nora, y parece realmente agobiada. Aprieta absolutamente todos y cada uno de los botones del ascensor.

—Tranquila, Nora, no pasa nada —intento calmarla, creo que tiene un poco de claustrofobia—. Nos sacarán de aquí enseguida.

—Estamos encerrados, encerrados en un ascensor —Nora traga saliva y empieza a abanicarse con la mano—. Me... me falta el aire —murmura y le empiezan a fallar las piernas. La ayudo rápidamente a sentarse en el suelo.

—Respira, Nora. Tranquila —le pido apartándole el pelo de la cara—. Nora... Nora, ¿qué te pasa? —Ella cierra los ojos.

¡Dios mío! Creo que se ha desmayado y... y no respira. ¿Ahora qué hago? Antes de nada, pulso repetidas veces el botón de emergencia del ascensor, haciendo sonar la estridente alarma. Luego me arrodillo a su lado. No respira. ¿Por qué me tienen que pasar estas cosas a mí? Le pongo una

mano en el pecho. Espero estar equivocado, pero yo diría que tampoco tiene pulso.

No puede ser, no me puedo creer que tenga que hacer esto pero, según mis escasos conocimientos de primeros auxilios, debería hacerle un masaje cardíaco. Ojalá no me encontrara en esta situación, pero esto es serio y no puedo perder más tiempo. Sin pensarlo demasiado, me inclino hacia su boca y llevo a cabo dos insuflaciones. Luego entrelazo los dedos y comienzo las contracciones sobre su pecho, intentando seguir el ritmo de aquella canción de los *Bee Gees*. Miro a Nora, no parece que esto la ayude. Vuelvo a su boca, y después más contracciones. No, esto no va a funcionar. Seguramente lo estoy haciendo todo mal. De todas formas, lo repito de nuevo. Al menos, tengo que intentarlo. Ahora en serio: me estoy empezando a asustar. No puedo dejar que a Nora le pase nada malo. Lo intento una vez más, más nervioso a cada instante, poniendo todo mi empeño en hacerlo bien. Un momento, ¿qué ha sido eso? Juraría que acaba de respirar. Sí, lo ha hecho, y además está conteniendo una sonrisa. Esto es increíble, y no ha tenido gracia.

—¡Tú estás mal de la cabeza, niña! —le digo y respiro hondo relajando mi postura—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo sé —admite ella sin poder reprimir una carcajada—. Lo siento, no he podido evitarlo —sigue riéndose—. Al menos nos hemos entretenido un rato.

—No, no te disculpes —le pido—. En realidad, no ha estado tan mal.

—¿Qué estás diciendo? —inquire incorporándose sobre los codos, ya un poco más seria.

—Se me ocurren mejores formas de aprovechar un rato como éste en un ascensor contigo, pero algo es algo —y con esto, me gano una buena colleja, pero aún me quedan ganas de bromear—. Un masaje cardíaco no es tan distinto del sexo.

—¡Sinvergüenza! —Esta vez soy más rápido y la detengo agarrando su muñeca.

—Tienes razón, se me olvidaba que tienes novio —digo llevando la conversación hacia donde a mí me interesa—. Por cierto, ¿qué tal todo con mi hermano? ¿Ya os... conocéis a fondo?

—¡No seas descarado! Esas cosas no se preguntan.

—¿Por qué no? Me apetece preguntártelo —añado y ella me mira y suspira, desistiendo en su intento de hacerme entrar en razón.

—De acuerdo, entonces te informo de que todo nos va muy bien. Me está enseñando a jugar al tenis, nos vemos siempre que podemos y lo pasamos bien juntos —concluye, pero yo la miro fijamente para que siga hablando—. Diego, no te voy a dar más detalles.

Justo en ese momento, el ascensor vuelve a moverse, continuando su descenso. Nora y yo nos ponemos de pie a la vez, y veo cómo ella se adecuenta el vestido y el pelo.

Cuando salimos del ascensor algunas personas y un par de técnicos nos preguntan cómo estamos. Rápidamente aseguramos que todo está bien y, tras las explicaciones sobre el fallo del ascensor, a las que yo apenas presto atención, nos vamos finalmente de allí.

—Bueno, Diego, me ha encantado vivir esta curiosa aventura contigo, pero ahora tengo que irme a casa —me dice Nora—. Nos vemos mañana.

—¿Vas en autobús? —inquiero.

—Sí.

—De ninguna manera —me niego—. Ven conmigo, tengo el coche ahí.

Nora duda. En realidad es normal que conociéndome no se fíe demasiado de mí.

—¿Me llevarás directa a casa sin sorpresas? —quiere asegurarse.

—Sin sorpresas.

Al final me sigue hasta el *Mercedes*. Aprieto el botón de mi mando y los intermitentes parpadean automáticamente. Espero hasta que los dos estamos sentados y las puertas cerradas para lanzar mi propuesta.

—¿Qué te parece si te invito a un baño en mi piscina? —pregunto arrancando el coche y Nora suspira.

—Diego, sin sorpresas —me recuerda—. Llévame a casa, tengo que estudiar anatomía.

—Con eso puedo ayudarte después.

—No dudo que lo harías, pero llévame a casa.

—Venga, Nora, hace mucho calor. Después de un buen baño, el estudio te cundirá el doble.

—Vas a hacer lo que te dé la gana, ¿verdad?

—Sí —tengo que admitir.

—¿Y cómo pretendes que me bañe? No tengo bañador.

—Tranquila, está todo controlado. Desirée olvidó su bikini allí la última vez que vino.

—Genial —ironiza—, ya no tengo excusa.

Apenas unos minutos después estoy aparcando el *Mercedes* en el garaje. Salgo del coche y Nora hace lo mismo.

—¿Está Mario? —pregunta Nora.

—No está su coche. Debe seguir en el hospital con Desirée. —Los dos nos miramos. Odio tener que admitirlo, pero me siento culpable—. Ven, vamos a la piscina —intento distraerme.

Guío a Nora hasta la piscina cubierta. A veces, en verano preferiría una piscina al aire libre, pero así ni entra frío ni el agua se ensucia demasiado. La sala acristalada deja entrar la luz natural y permite ver todo el jardín.

—¿El agua está climatizada? —implora Nora.

—Sí, puedes ponerla a la temperatura que quieras.

Nora llega hasta el borde de la piscina, se agacha y mete la mano en el agua.

—Yo diría que está perfecta para refrescarse —dice.

—Entonces, vamos a bañarnos.

—Sí, claro, en cuanto me des el biquini de Desirée —me recuerda incorporándose.

—Tienes razón —acepto, pero me rasco la nariz intentando ocultar una sonrisa—. Verás, Nora, lo cierto es que... no se dejó aquí ningún biquini.

—¿Qué? ¿Por qué me has mentado?

—Porque era la única manera de traerte hasta aquí —le explico—. Ahora sólo me queda convencerte para que te bañes en ropa interior.

—Eso sí que no. De ninguna manera —se niega en rotundo.

—Venga, Nora. No pasa nada, sólo estamos tú y yo.

—Ni lo sueñes, Diego.

—¿Es que después de un masaje cardíaco no tenemos suficiente confianza? —Nora se queda callada, sin saber qué decirme ni qué excusa ponerme—. Si quieres, yo también me baño en calzoncillos.

Sin dudar un segundo, me quito las zapatillas, la camiseta, me desabrocho el cinturón y me deshago por último de los pantalones.

—Estás muy loco —sonríe Nora.

—Y por eso mismo me atrevo a quitarte el vestido.

—No, ni se te ocurra —sacude la cabeza con una risa nerviosa—. Que ni se te pase por la cabeza.

Doy un paso hacia Nora y ella camina hacia atrás. Me acerco más, pero mantiene la distancia. Avanzo dos pasos rápidos pero, cuando estoy a punto de alcanzarla, echa a correr. La persigo alrededor de la piscina y por toda la estancia. Sé que me va a costar, pero no pienso parar hasta verla dentro del agua, con o sin ropa. Al final, Nora resbala en la superficie mojada y cae al

suelo.

La alcanzo un segundo después y me arrodillo a su lado. Muy sutilmente, primero me aseguro de que se encuentra bien. No se ha hecho nada. Luego agarro la falda de su vestido y tiro hacia arriba para quitárselo. Nora grita palabras incomprensibles y patalea, pero me resulta más fácil de lo que había pensado. Una vez está en ropa interior de un bonito color azul claro, la cojo por la cintura y la cargo sobre mi hombro, como quien lleva un saco de patatas, aunque ella es mucho más ligera. Camino hacia la piscina mientras golpea mi espalda y agita las piernas en el aire.

—¡Bájame, Diego! ¡Suéltame ahora mismo!

—¿Quieres que te suelte? —pregunto cuando llego al borde de la piscina.

—¡No, Diego, no te atrevas!

—Aclárate, Nora, no hay quien te entienda.

Espero un instante y ella, cada vez más nerviosa, forcejea con todas sus fuerzas. Cuando creo que ya ha sufrido bastante, la lanzo a la piscina definitivamente. Segundos después su cabeza sale a la superficie y Nora se aparta el pelo mojado de la cara.

—Diego, te vas a arrepentir de haber nacido. Eres un sinvergüenza y un... —me salpica con rabia.

—Sólo es mi pequeña venganza por tu bromita de antes.

La observo mientras agita brazos y piernas para mantenerse a flote.

—¿Se puede saber cuánto cubre esta piscina? —termina por preguntarme, y yo esbozo una sonrisa irónica.

—Que tú no hagas pie no significa nada, Nora; pero sí, es lo suficientemente profunda para tirarse de cabeza.

Dicho esto, me lanzo a la piscina, precisamente, de cabeza. Buceo hacia ella mientras admiro sus perfectas piernas, y luego vuelvo a emerger a la

superficie cerca de ella.

—No me sorprendes, Diego, yo sé hacerlo muchísimo mejor. Me enseñó mi padre cuando era pequeña.

—¿Sí? Muy bien, a ver cómo lo haces. —Nora se muerde el labio inferior ante mi propuesta. No se le escapa una.

—Lo haré sólo para cerrarte esa boca, pero no se te ocurra mirarme... como sueles mirarme.

—Oh, no lo haré, por supuesto que no. —Me mira enarcando una ceja mientras me esfuerzo por no reírme, pero finalmente se sumerge en el agua y va buceando hasta la escalera más próxima—. Si es que soy capaz —añado ahora que no me oye.

Nora saca la cabeza del agua, se echa el pelo hacia atrás y sale de la piscina por la escalera. Dios, no, no voy a ser capaz. Me mira y yo trato de disimular. Se para a unos tres metros del bordillo con expresión desafiante. Joder, conseguirá lo que quiera con ese cuerpo. Mírala a la cara, Diego, a la cara.

—Mira y aprende.

Da dos perfectas zancadas hacia la piscina, levanta los brazos en un elegante movimiento, junta los pies, flexiona las rodillas y literalmente echa a volar. Describe un perfecto arco y entra en el agua como una profesional, sin salpicar apenas. En unos segundos emerge del agua a escasos centímetros de mí.

—¿Y bien? ¿Cómo lo he hecho? —me pregunta con petulancia. Arrugo la frente, esto no puede quedar así.

—La verdad es que no me he fijado bien, me ha distraído ese ombliguito tuyo tan sexy. —Sonrío al ver que he conseguido hacerla de rabiar, pero antes de que me asesine rectifico—. Era broma, era broma. Ha sido perfecto. ¿Qué más te enseñó tu papá? —Me mira entornando los ojos, desafiante de nuevo.

—Me enseñó a nadar a mariposa. —*Ufff*... ¿En serio? Esto va a ser divertido.

—Fíjate, es mi estilo preferido. Te reto a una carrera.

Sin esperar respuesta, empiezo a nadar hacia el extremo de la piscina. Nora me sigue demasiado segura de sí misma. Extiendo los brazos hacia atrás sujetándome al bordillo.

—¿Preparada? —asiente con la cabeza—. Lista... ¡Ya!

Doblo las rodillas, me impulso y salgo disparado. Con los brazos levanto todo el peso de mi cuerpo y al sumergirme de nuevo doy la patada con los pies juntos, y así sucesivamente. Lástima no poder pararme y observar cómo nada Nora a mariposa; quizá en otro momento. La estoy dejando atrás y me pregunto por qué no habremos apostado algo; algo como... una noche juntos. No lo olvidaré la próxima vez. Al fin llego al otro extremo de la piscina, toco el bordillo para dejar constancia de ello y me giro hacia Nora, justo a tiempo para ver que realmente sabe nadar a mariposa. Me encanta, pero pronto se rinde al ver que ha perdido.

—¡Te gané!

—No es justo, Diego, los chicos tenéis más fuerza —refunfuña y viene hacia mí, andando ahora que estamos en el extremo en el que no cubre—. Compara tus brazos con los míos, tu espalda con la mía.

—Tienes toda la razón, pero deberías haberlo pensado antes.

—No, Diego, esta competición ha quedado anulada. —Le lanzo una mirada asesina entornando los ojos.

—Primero casi consigues que me dé un infarto en ese ascensor, y ahora esto. ¿Qué voy a hacer contigo? —esboza una graciosa sonrisilla.

—Nada, por mucho que insistas no consentiré que me toques un pelo. —No me refería a eso, parece que aquí es ella la malpensada. En cualquier caso, le seguiré el juego.

—No estés tan segura, tenemos una gira por delante. —Ella niega coqueta con la cabeza—. Es verdad, no tengo posibilidades contra Nico, el chico de los polos de *Lacoste* y corte de pelo a lo *One Direction*.

—Oh, cállate. Tú sales con la señorita “Tía, es que es súper fuerte. Tengo que publicarlo inmediatamente en *twitter*, ganaré al menos quince *followers*.” —trata de imitar a Desirée. Pero, espera, ¿ha dicho “sales”... en presente? Ni siquiera yo estoy seguro de eso, así que lo dejo pasar.

—La imitas fatal, Nora.

—Trata de hacerlo tú.

—Yo no imito, yo canto.

—Ni siquiera eso, sé que haces *playback* —me suelta haciéndome fruncir el ceño—. Aún recuerdo aquella vez que se te cayó el micrófono y tu voz seguía sonando misteriosamente. —Sí, yo también me acuerdo. ¿Cómo olvidarlo?

—¿Eso ocurrió de verdad? Creía que sólo había sido una horrible pesadilla —doy un paso hacia ella.

—Ocurrió, yo y toda España somos testigos. —Yo aún me acerco un poco más.

—Nora, si juegas conmigo... que sea en mi cama.

—¿Ahora también copias frases de canciones que no son tuyas? —ríe ella.

—No encontraba otra más apropiada, angelito sin alas.

—Hola. —Al escuchar la voz de mi hermano, los dos nos giramos para verle parado al borde de la piscina. Reconozco inmediatamente su cara de “¿qué habría pasado aquí si llego a tardar dos minutos más?” Ay, no, Mario, te estás equivocando. Si hoy fuera a pasar algo, ya habría pasado, pero aún me queda mucho trabajo por hacer con Nora—. ¿Un baño para acabar el día?

—Sí —asiento.

—Oh, mierda, ya está anocheciendo —se alarma Nora—. ¿Qué hora es?
Tengo que estudiar.

—Las nueve y veinte —dice Mario mirando su reloj *Viceroy*—.
¿Quieres que te lleve a casa?

—Sí, bueno... si no te importa.

—Te espero en el salón.

Tras dedicarme una última mirada gélida, se da media vuelta y sale de la habitación acristalada.

—Muy bien, Diego. ¿Ahora pretendes que vuelva a casa con la ropa interior mojada?

—Claro que no. ¿Por quién me tomas? —finjo ofenderme—. Espérame aquí, te traeré el biquini de Desirée.

—Espero que estés de broma —se le tensan todos los músculos del cuerpo.

—Antes estaba de broma —le aseguro con sorna.

—¡Serás sinvergüenza! —da un manotazo al agua tratando de salpicarme, pero no me alcanza ni una sola gota.

CAPÍTULO XVII

Querido diario

Te regalo mi amor, te regalo mi vida,
a pesar del dolor eres tú quien me inspira.
No somos perfectos, solo polos opuestos,
te amo con fuerza, te odio a momentos.

Te regalo mi amor, te regalo mi vida,
te regalaré el sol siempre que me lo pidas.
No somos perfectos, solo polos opuestos,
mientras sea junto a ti siempre lo intentaría.

Blanco y negro, Malú

Termino mi escrito con una firma y tapo el bolígrafo. La verdad es que hacía mucho que no escribía en mi diario, sólo lo hago cuando me pasan cosas interesantes, cuando estoy feliz por algo y, sobre todo, cuando me siento mal. Tal y como acabo haciendo más veces de las que me gustaría, empiezo inconscientemente a pasar las hojas hacia atrás, sabiendo que en la mayoría de ellas hablo de Sergio. Por ejemplo, aquí.

Querido diario:

He suspendido el examen de literatura, y estoy que ardo de la rabia. Lo que más me fastidia es que toda la culpa es mía, por ser tan estúpida. El domingo pasado yo debería haber...

Ah, sí, ya lo recuerdo. Aquella tarde de domingo yo estaba estudiando literatura; tenía el examen al día siguiente, a primera hora. Cuando estaba inmersa en la obra de Federico García Lorca, mi móvil comenzó a sonar sobre el escritorio. Primero miré quién llamaba y, al ver que se trataba de Sergio, irremediablemente respondí en menos de un segundo.

—Hola.

—Hola, nena. —Oh, ¿por qué sólo su voz me provocaba ese cosquilleo?
—. ¿Qué haces?

—Pues, en realidad, estoy... estudiando literatura.

—Eso no tiene ningún morbo —rio. ¿Qué esperaba que estuviera haciendo?

—Bueno, no estés tan seguro, *La Casa de Bernarda Alba* es...

—¿Qué te parece si vamos al cine?

—¿Qué? —inquirí ante su propuesta—. No puedo, Sergio, mañana tengo examen a primera hora.

—Venga ya, cariño, tú y yo sabemos que te sobraré nota.

—Pero, es que...

—Quiero verte, nena.

—Sergio, no puedo.

—Paso a buscarte en un cuarto de hora.

—No, Sergio, tengo que estudiar.

—Quiero que me estés esperando abajo cuando llegue —me dijo, de pronto demasiado serio, y me colgó el teléfono. Yo conocía bien ese cambio de humor.

Me quedé mirando el móvil y con rabia decidí que no iba a bajar; me daba igual cómo pudiera ponerse Sergio, la discusión que pudiéramos tener; no estaba dispuesta a suspender un examen por sus apetencias. Devolví la atención a la página sobre *Bodas de sangre*, intenté concentrarme en mis apuntes, pero la vista se me fue a mi despertador. Habían pasado cuatro minutos. Sacudí la cabeza y me propuse no volver a mirar la hora pero, cuando quise darme cuenta, estaba comprobando otra vez cuánto tiempo me quedaba. Tenía ocho minutos para vestirme y bajar a la calle. Me obligué a darle la vuelta al despertador, apoyé los codos sobre la mesa y empecé a leer el mismo párrafo de nuevo. Al final me rendí; era inútil.

Me levanté de la silla y fui hasta mi armario. Rápidamente elegí algo que ponerme: unos vaqueros, una camiseta y unas botas. Una vez vestida pasé por el baño para recogerme el pelo con una pinza grande. Después cogí uno de mis bolsos, metí en él las cosas más imprescindibles y, tras agarrar mi chaqueta vaquera, salí corriendo por la puerta. Bajé saltando las escaleras, tanto que estuve a punto de caerme de boca. Él no podía esperarme. Justo cuando salí finalmente a la calle, vi aparecer el coche de Sergio, y sentí verdadero alivio. El coche se detuvo, fui hasta allí y entré por el lado del copiloto.

—Hola, nena.

Sergio se inclinó hacia mí y me besó como sólo él sabía hacerlo. Luego, después de arrancar el coche, me dirigió una breve mirada.

—No te has maquillado.

—No me has dado demasiado tiempo —alegué en mi defensa.

Me avergüenzo de mí misma y enseguida paso la página. Veintiuno de febrero de 2011. ¿Qué fue esta vez? Comienzo a leer.

Querido diario:

Hoy me siento frustrada. Esta tarde, Sergio y yo íbamos caminando por la calle y yo me he parado frente a una peluquería en la que había un cartel que anunciaba el precio realmente barato de las mechas...

Sí, bueno, cómo olvidar aquella tarde.

—¿Sabes qué? Estoy pensando en hacerme mechas rubias —le dije a Sergio.

—No, no lo hagas; tu pelo ya es perfecto.

—Aún no me he atrevido a hacerlo, pero siempre me he preguntado cómo me quedarían.

—No me gustan las mechas.

—Le preguntaré a mi madre, quizá ella...

—Nena, ¿me estás escuchando? Te estoy diciendo que no te vas a hacer mechas.

—¿Por qué? —fue lo único que se me ocurrió preguntar.

—Porque yo no quiero.

En un primer momento me pregunté si eso era razón suficiente, pero su mirada terminó de convencerme: sí, por supuesto que lo era.

Paso a la siguiente página. Esto apenas fue la punta del *iceberg*.

Querido diario:

A veces se me olvida que tengo el mejor novio del mundo. Puede ser un poco posesivo y controlador, pero realmente es el mejor. Ayer celebramos que ya llevamos medio año juntos, y Sergio acertó de lleno con mi regalo. No tuvo que pensar demasiado, ni perdió el tiempo intentando decidirse entre

varias cosas que pudieran gustarme, ni ha cometido el error de comprarme nada caro...

Sí, aquello fue una verdadera sorpresa. Cuando desenvolví mi regalo, me encontré con un *quid* de sombras de ojos de todos los colores. Fingí que me había encantado y le di un beso a Sergio, pero pensé que era un regalo para él más que para mí, y que me habría hecho más ilusión algo más acorde conmigo.

—Tengo otra cosa —me dijo entonces, y una sonrisa apareció en mi boca.

Él sabía que lo que yo de verdad quería era simplemente ese perro de peluche que el otro día en la tienda me quedé mirando. No lo compré porque supuse que ya soy mayor para peluches, pero me encantó, era tan mono... y Sergio se dio cuenta.

Levanto la vista del diario y giro la cabeza hacia mi cama. Allí, como siempre desde aquel día, está ese perro de peluche. Sigue siendo mi favorito y, aunque más de una chica no se lo creería, un collar o una pulsera no me habrían gustado más. Sonríe ante el recuerdo, paso la página y vuelvo a la lectura.

Querido diario:

Hoy he conocido a los padres de Sergio. Hemos cenado merluza y verduras y yo me he esforzado por ser la chica más amable y encantadora del mundo...

—Estaba todo riquísimo, de verdad —repetí una vez más.

—Eres un cielo, mi niña —me sonrió la madre de Sergio.

—Sí, todavía no sé qué tienes en común con mi hijo —intervino su padre.

—Papá, vas a conseguir que no vuelva a traerla.

Los padres de Sergio me propusieron ir con ellos algún sábado a ver a mi novio jugar al fútbol con su equipo. Él era un verdadero deportista; de hecho, acababa de empezar a estudiar INEF en la universidad Complutense, y eso se notaba en todo su cuerpo.

Después ayudé a recoger la mesa, y finalmente Sergio y yo nos encontramos solos en su habitación.

—Le has caído estupendamente a mi madre —dijo Sergio, mientras se dirigía hacia su cama y se dejaba caer sobre ella.

—Sí, es muy simpática.

—No, tú te haces querer.

—Bueno...

—Me encanta cuando te pones roja —dijo y levanté la vista hacia él con un ligero rubor.

Me hizo un gesto con la mano para que me acercara a su cama, a esa cama en la que yo había perdido la virginidad. Eso hice; fui con Sergio y me senté encima de él haciéndome un ovillo con la cabeza apoyada en su pecho. Él me abrazó, me acarició el pelo, me besó en la frente, y luego dejó caer con suavidad mi cabeza sobre su almohada. Su mano recorrió desde mi rodilla flexionada el trayecto por mi muslo, mi cadera, la curva de mi cintura y hasta mi pecho.

Querido diario:

Hoy Sergio ha sobrepasado sus propios límites. Me he atrevido a contárselo todo y le he explicado que no quiero ir al ginecólogo. Pero él siempre es como una bomba a punto de estallar y...

—He ido a recoger los resultados del análisis de sangre que me hice la semana pasada. —Él levantó la vista hacia mí y yo me obligué a seguir hablando—. Tengo alterada la coagulación y el médico me ha dicho que puede ser porque la marca de anticonceptivos que tomo no sea la adecuada para mí. —Obviamente, no, no era la adecuada, había empezado a tomar la marca que me había dado la gana sin receta médica precisamente para no tener que ir al ginecólogo—. Me ha dicho que vaya al ginecólogo.

—Bueno, pues ve —se encogió de hombros, no veía qué parte era la que me preocupaba.

—No quiero, Sergio. —Me miraba confuso y yo intenté hacerme entender—. No quiero ir sola, pero tampoco con mi madre, porque no sé cómo decirle que ya no soy virgen. Y no quiero que un hombre desconocido me haga preguntas comprometidas, ni tener que desnudarme de cintura para abajo y tumbarme en una camilla con las piernas abiertas, ni que me mire, ni que me toque. —A medida que hablaba, Sergio parecía empezar a comprenderme. Suspiró y se inclinó hacia mí.

—Cielo, es un médico, él no cuenta, sigo siendo yo el único que te toca. —Hizo una pausa y se dio cuenta de que no me había convencido—. Hace lo mismo con muchas mujeres, todos los días, es su trabajo.

—No es por él, es por mí.

—Alguna vez tiene que ser la primera, te vas a hartar de ir al ginecólogo. —Ante sus palabras, sólo negué con la cabeza—. No tiene por qué ser un hombre, puede ser una ginecóloga. Y puedo acompañarte yo, si quieres. —Le miré aún disgustada, agobiada, con el ceño fruncido—. ¿Qué pretendes, entonces?

—Pretendo dejar de tomar la píldora —solté al fin.

—¿Qué? —se había quedado perplejo—. No —negó con la cabeza y

noté cómo empezaba a enfadarse—. No, eso es una estupidez. ¿Así es como solucionas tú los problemas?

Y a partir de ese momento empezó a gritarme. Supongo que el final es previsible: acabé yendo al ginecólogo y cambiando de marca de anticonceptivos para que él no tuviera que ponerse preservativo.

Querido diario:

Anoche salí con los amigos de Sergio. Con todos menos Dani, claro; de hecho, su número ha desaparecido misteriosamente de la agenda de mi móvil. Me lo pasé muy bien y Lorena se está convirtiendo en una buena amiga; sin embargo, en toda la noche no pude sacarme de la cabeza lo que pasó cuando Sergio vino a buscarme a casa...

Yo me había puesto el vestido amarillo que me había comprado pensando en él. Bajé por las escaleras eufórica, estaba segura de que le encantaría. Salí a la calle y, cuando me vio, la forma en que me radiografió con los ojos hizo que todos los músculos bajo mi ombligo se contrajeran.

—Qué guapa estás, cariño —me sonrió, y yo intenté no pensar en cómo había perdido esos cinco kilos—. ¿Dónde tenías guardado este vestido?

—Me lo compré ayer. ¿Te gusta? —llegué ante mi novio. Él rodeó mi cintura en un abrazo y acaparó mis labios con un beso intenso.

—Me encanta. Imagina lo que podría hacerte debajo de la mesa —me dedicó una sonrisa juguetona y luego me dio otro beso, esta vez más ligero—. Póntelo cuando vayamos a estar solos, pero ahora sube a cambiarte.

Me miró a los ojos y mi sonrisa se desvaneció al instante. Confusa, di un paso hacia atrás.

—¿Qué? ¿Por qué? —fue lo único que supe preguntar con voz

entrecortada y Sergio suspiró.

—Porque si vas así pueden pasar dos cosas: puede que te mire un tío cualquiera por la calle y tendría que liarme a hostias con él, o puede que te mire uno de mis amigos y, como no voy a enfadarme con un amigo, me enfadaría mucho contigo, ¿entiendes? —me miró durante unos segundos con una ceja enarcada mientras yo no conseguía reaccionar—. Sube a ponerte unos vaqueros.

—Pero... Sergio, no...

—Nena, ¿cuándo has olvidado que aquí es lo que yo diga, como yo diga y cuando yo diga?

Y con eso puso fin a la discusión.

Al fin, después de haberme torturado un poco, me decido a cerrar el diario de una vez. Suspiro. La vista se me desvía hacia la cicatriz de mi muñeca. ¿Cómo voy a olvidarle si esta cicatriz nunca desaparecerá?

CAPÍTULO XVIII

(Nora)

Sabes que lo haré

Yo tan solo quiero ser las cuatro patas de tu cama,
tu guerra todas las noches, tu tregua cada mañana.
Quiero ser tu medicina, tus silencios y tus gritos,
tu ladrón, tu policía, tu jardín con enanitos.

Tu jardín con enanitos, Melendi

En el espejo del ascensor del hospital, observo mi nueva imagen en el espejo: mis mechas siguen ahí, pero ahora tengo un simpático desfilado hacia la derecha y una melena a capas con mucho más volumen. Sí, me gusta; esa peluquera sabía lo que hacía.

Cuando las puertas se abren, vuelvo a agarrar las bolsas que he ido acumulando durante todo el día, salgo del ascensor y camino a paso ligero por el pasillo hasta la habitación de Desirée.

—Hola —saludo golpeando la puerta al entrar.

—Hola, Nora —dice ella. Enseguida suelto todas las bolsas y voy a darle dos besos—. ¿Has ido a la peluquería? Estás monísima.

—Sí, ya me lo han dicho unas cuantas veces hoy. —Con un suspiro, me dejo caer sobre el sillón más próximo.

—¿A qué viene ese suspiro?

—Estoy reventada. Vengo de pasar el día en el centro comercial con el resto de bailarinas, ayer nos dieron un presupuesto para la gira. Hemos estado toda la mañana en la peluquería entre cortes de pelo, mechas, depilación, manicura y pedicura, luego hemos examinado todas y cada una de las prendas de cada tienda de ropa, y cuando mis pies ya me estaban matando han decidido ir a mirar zapatos y accesorios.

—Haces que el sueño de toda chica suene a tortura —me replica Desirée

—Para mí ha sido una tortura —le aseguro.

—¿Y qué te has comprado?

—Oh, no tengo ni idea.

Empezamos a vaciar las bolsas para ver todo lo que he comprado. Realmente, no se puede decir que haya hecho una mala compra, las chicas me han aconsejado bien. Desirée no ha perdido su sentido de la moda, como ella lo llamaba, y juzga cada prenda. Me da ideas sobre algún que otro conjunto del que intentaré acordarme, como el de la camisa roja con los *shorts* vaqueros y las botas negras.

Llego a casa cuando mi hermano ya está poniendo la mesa para cenar. Mientras comemos, mi madre me dice que me acompañará al aeropuerto mañana, pero yo me niego, porque sé que ella debe estar en el trabajo a esa hora; le digo que sé exactamente qué autobús tengo que coger, que me dejará en la puerta de la terminal, y consigo convencerla.

Luego decido darme una ducha. La sensación del agua cayendo sobre mí es agradable, consigue relajarme y aliviar el dolor de mis pies cansados. Cuando ya estoy terminando de secarme el pelo, mi hermano golpea la puerta

del baño.

—Nora, tu móvil está sonando.

—Un segundo —digo, y apago el secador.

Me apresuro a salir del baño, y lo primero que veo es algo que no me gusta nada: mi hermano ha entrado en mi habitación y ha respondido a mi teléfono.

—¿Quién eres tú? —inquieta en un tono demasiado prepotente—. Ah, sí, Mario. He oído hablar de ti. ¿Sabes qué? No me gustas. No me gustas nada. El anterior novio de mi hermana era el mejor, no le llegas ni a la suela de los zapatos.

Oh, ya está bien. Me abalanzo sobre mi hermano y le quito de un zarpazo mi móvil de las manos.

—Mario...

—Hola, princesita —dice, y no parece cabreado.

—Perdona, mi hermano puede ser muy estúpido —digo, mirando a Pablo con el ceño fruncido. Él, inmediatamente, sale de mi habitación sin decir palabra.

—Tranquila, no es más que un niño. —Sí, claro, me basta con que no me pregunte por mi exnovio—. Bueno, cuéntame cómo habéis celebrado el fin de exámenes. Ayer no conseguí localizarte.

—No hicimos nada especial; sólo... nos quedamos en la cafetería de la facultad merendando palmeras de chocolate.

—*Mmmm...* creo que el curso que viene iré a recogerte después de clase alguna que otra vez —me saca una sonrisa.

—¿Lo harás por mí, o es que has oído que las palmeras de chocolate de mi facultad están para chuparse los dedos?

—Me has pillado —me sigue el juego—. No, en serio, me va a encantar presentarme allí cuando menos te lo esperes; no puedo esperar.

—Oh, tranquilo, las palmeras no se acabarán —bromeo—. Al menos no mientras Desirée siga en el hospital —me permito añadir y los dos nos reímos—. Por cierto, he ido a verla hoy.

—¿Sí? ¿Qué tal está?

—La he visto muy bien. No creo que tarden mucho en darle el alta.

—Eso espero, está todo demasiado tranquilo sin ella.

—Por eso no te preocupes, en un abrir y cerrar de ojos estará de nuevo mangoneando a voz en grito.

—Volverá a ser ella misma, con su voz estridente y su hiperactividad.

—Sí... —suspiro, pensando en la persona tan especial que es mi amiga—. Oye, Mario, te voy a dejar; tengo que terminar de hacer la maleta.

—Ah, sí, claro —comprende—. Te llamaré mañana mientras estéis en el aeropuerto.

—Vale; hasta mañana, entonces.

—Adiós, guapa.

—Adiós.

Cuelgo el teléfono y, sin querer pensar más en la pereza que me da, me pongo manos a la obra: termino de hacer la maleta añadiendo la mayoría de las prendas nuevas, dejo a los pies de mi cama la ropa que me pondré mañana, y preparo también mi mochila con las cosas que necesitaré llevar a mano.

Una vez he acabado, tumbada sobre mi tripa en la cama, enciendo mi pequeño ordenador. De alguna manera termino en *youtube*, viendo algunos vídeos que consiguen sacarme una sonrisa. Después decido entrar en el *campus virtual* de la universidad para comprobar si la profesora de anatomía ha publicado la lista de las calificaciones del examen. Creo que no lo hice demasiado bien, pero me gustaría saber mi nota antes de irme de gira, tanto si he aprobado como si no. Cuando veo que, efectivamente, ahí están las notas,

mi corazón empieza a golpear con fuerza contra mi pecho. ¿Por qué me pongo tan nerviosa por una mísera nota? Trago saliva, intentando aplacar esta angustia, y mis ojos empiezan a descender por la lista, por las iniciales de los apellidos, colocados alfabéticamente. Oh, mira, aquí está Desirée, y su nota es... no presentado. Claro, no lo hizo. Al fin llego a mi nombre. En un estado de nervios exagerado, me atrevo a mirar la nota. Un cinco con ocho. Respiro aliviada. No es mucho, pero al menos he aprobado. Tengo que mirarlo de nuevo para asegurarme. ¡Sí, he aprobado! Justo en ese momento, llega un mensaje a mi móvil. Es Diego.

“¿Aún despierta, Nora? Vete a la cama, mañana será un día largo”

No puedo más que sonreír y me decido a contestarle.

“Sigue tus propios consejos, Diego.”

Sé que esto no va a quedar así y, efectivamente, Diego no tarda en responderme.

“Yo acabo de terminar de hacer la maleta y ya estoy en la cama. Con el móvil, pero en la cama. Por cierto, ¿has ido a la peluquería hoy?”

“¿Cómo lo sabes? Ni que hubieras tenido algo que ver con que Ainhoa y Sandra me hayan llamado.”

“Puede... pero, ¿te gusta cómo te ha quedado el pelo?”

“Sí. La peluquera tenía muy claro (quizá demasiado) lo que tenía que

hacerme.”

“Mándame una foto”

Al leerlo, mi corazón se salta un latido y se me seca la boca. ¿Le digo que no? ¿Le mando una foto sólo de mi cara? ¿De cuerpo entero, quizá? Acabo decidiéndome por la segunda opción; al fin y al cabo, se supone que sólo quiere ver mi pelo. Cuando ya me he hecho doce fotos, aunque ninguna termina de convencerme, supongo que tengo que elegir alguna de ellas. Al final, tal y como me suele ocurrir en estos casos, acabo enviándole la primera. Espero ansiosa a que responda. Suerte que no tarda demasiado.

“¡Qué pivón!”

Al instante, me pongo más roja que... que algo muy rojo, y tengo que responderle.

“¡Sinvergüenza!”

“Dime eso mañana a la cara.”

“Sabes que lo haré”

“Hasta mañana, entonces”

“Adiós.”

Al ver que realmente se me hace tarde, apago el ordenador. Sin embargo, una vez lo he guardado no me siento capaz de dormir todavía.

Sobre mi mesita de noche veo mi libro de *Ángeles y demonios*; sí, eso servirá. Alargo el brazo para cogerlo, lo abro por donde marca mi separador, empiezo a leer y me niego a parar hasta que se me cierran los ojos.

Diego viene hacia mí. Me sonrío y recorre los tres últimos pasos que nos separan. Sin vacilar un instante, sujeta mis manos con fuerza detrás de mi espalda y es cuando me doy cuenta de que no puedo moverme. Aprovechándose de ello, él empieza a besarme en el hombro, y recorre mi cuello, y la cabeza se me cae hacia atrás. Joder, ¿por qué no puedo moverme ni gritar? Quiero forcejear, quiero defenderme. Él me estrecha contra la pared, me besa en los labios y enreda sus dedos en mi pelo, apretándolo en un puño. Todo empieza a girar y yo me encuentro en su cama. Las yemas de sus dedos descienden suavemente desde mi pecho hasta mi ombligo, y aún más, y yo soy para él como una muñeca de trapo. Vuelve sobre mí y me besa de nuevo a su antojo. Siento sus dedos acariciando la cara interna de mi muslo. Oh, Dios, ¿qué es ese ruido? Que alguien lo pare, por favor, es irritante, es... es mi despertador.

Abro los ojos de golpe y lo apago enseguida, pero permanezco bocarriba en la cama con la respiración acelerada. Joder, estoy empapada en sudor. ¿Se puede saber qué clase de sueño era ése? Quizá era un sueño sin ningún sentido, como la mayoría de ellos, o quizá era un sueño con demasiado sentido como para que yo llegue siquiera a entenderlo. En cualquier caso, levántate, Nora, Europa te espera.

Estoy sola en casa. Mis padres se han ido a trabajar y mi hermano ya está en colegio. Voy al cuarto de baño, me quito rápidamente el pijama y me meto en la ducha. Me lavo el pelo con mi *champú* de chocolate y, como cada vez que me ducho, no puedo evitar acordarme de Mario. Me doy prisa en

terminar y cuando salgo de la bañera enseguida me envuelvo en mi albornoz.

Luego, cuando llego a la cocina, encuentro una nota de mi madre:

“Cariño, espero que tengas un buen viaje. Te llamaré luego para que me cuentes qué tal va todo. Te quiero. Mamá”.

Sonrío. Mi madre y sus notas.

Después de desayunar un *cola-caó* con galletas, vuelvo a mi cuarto para hacer la cama. Tras lavarme los dientes, añado el cepillo a mi neceser, al igual que otras típicas cosas de última hora. Me visto con la ropa que preparé anoche, reviso que en mi mochila no falte nada imprescindible, me aseguro de que no olvido ninguna otra cosa importante y finalmente me decido a salir.

Una vez en el autobús que me llevará directamente al aeropuerto, echo un vistazo al móvil para distraerme de estos condenados nervios. Me topo con la conversación de anoche con Diego, y sonrío como una tonta, como ayer. Entonces me doy cuenta: Europa no me intimida, sólo él es la razón de que tenga los nervios a flor de piel, él y ese estúpido sueño. Al fin y al cabo, ¿no es él mi... jefe? He firmado un contrato y tendré que hacer lo que me diga. Sé que no va con él la imagen de “mandamás”, pero es que a veces puede ser tan... y tan... No se calla nada, y nunca se contiene, y presiento que en esta gira me lo va a poner muy difícil.

Antes de que yo haya encontrado una solución para esos momentos en que consigue que un hormigueo me recorra la tripa, el autobús se detiene frente a la terminal. Me pongo mi mochila y me resigno a salir. Una vez he recuperado mi maleta, echo a andar por la terminal. Sé dónde hemos quedado y me guío por los carteles que hay por todas partes.

Cuando llego al final de la que, si mi orientación no falla, es la última

escalera mecánica que debo subir, le veo allí. Diego está apoyado en la pared, absorto en lo que esté haciendo con su móvil. Bueno... no puedo quejarme del físico de mi jefe. Camino hacia él y entonces levanta la vista directamente hacia mis ojos. Sonríe, y yo soy consciente de que debo tener una horrible cara de boba. Justo en ese momento, una chica aparece de la nada y se interpone entre nosotros. Claramente, es una *fan*. Se dirige a Diego pero, antes de que pueda pedirle un autógrafo, él la esquivo y llega hasta mí.

—¡Nora! —me recibe con un fuerte abrazo de oso. Oh, Dios, apenas puedo respirar—. Por fin has venido.

—Sí, bueno, me he retrasado un poco. Cosas de chicas —digo, recordando que no le gustará saber que he venido en autobús. “Tendrías que haberme llamado”, me replicaría.

Me sonrío, pero hay dos chicas detrás de él y una de ellas, a la que ha ignorado antes, le da unos golpecitos tímidos en la espalda. Diego se gira hacia ellas.

—Diego, por favor, ¿nos firmarías un autógrafo?

—Claro que sí, ¿cuál es tu nombre?

Diego les firma un autógrafo a cada una, se hace una foto con ellas y creo detectar un intento de mantener una conversación medianamente normal, pero su ídolo las pone demasiado nerviosas. Fíjate, justo como a mí.

—Diego, vamos a empezar a facturar ya. —Vuelvo la cabeza para ver a Marc viniendo hacia nosotros. Me sonrío al percatarse de mi presencia—. ¿Qué tal, Nora?

—Bueno, chicas, me tengo que ir; por *Twitter* iré contando cómo va la gira —se despide Diego de las admiradoras.

—Tomad los billetes. —Marc nos da a cada uno nuestro respectivo billete. Miro de reojo el de Diego y, oh, qué casualidad, nos sentaremos juntos. Son dos horas y media de viaje. Por Dios, creo que acaba de subirme

la tensión como... hasta las nubes—. Vamos, id allí con todos —nos pide Marc.

Le obedecemos y vamos a reunirnos con los bailarines. Saludo con la mano a Ainhoa y Sandra, con las que más he llegado a conectar en los ensayos. Diego se distrae hablando con un hombre al que yo no había visto nunca. Estoy dispuesta a escuchar la conversación sin perder detalle para enterarme de quién es él, pero alguien aparece por detrás de mí y rodea mi cintura con sus musculosos brazos. Reconozco su cuerpo contra el mío al instante.

—Hola, princesita —me dice al oído.

—¡Mario! —exclamo girándome hacia él.

—¿Creías que no iba a estar aquí para despedirme? —le sonrío y él se inclina para darme un rápido beso en los labios—. Te he traído algo. —Da un paso hacia atrás y me muestra una bonita cámara de fotos blanca. Parece muy buena, además de nueva—. Haz fotos bonitas, luego me encargaré yo de que tengas un buen recuerdo de esta gira. —Le sonrío. *Oh*, Mario, siempre he querido tener un *álbum* de esos que hace la gente con las fotos de sus viajes.

—¿Me estás poniendo deberes? —le pregunto aún con esa sonrisa y enarco una ceja.

—Necesito asegurarme de que piensas en mí —me sigue el juego.

—Vente —le pido sin más.

—No puedo, Nora —se ríe.

Me quedo mirándole, y él a mí, y entonces me abraza y me besa. Qué encanto de chico, pero aun así...

—Eh, Mario, no la acapares. —Diego protesta detrás de mí y tira de la trabilla trasera de mi pantalón separándome bruscamente de su hermano, cuyo abrazo a mi alrededor desaparece—. Ahora me toca a mí; me la llevo de gira por Europa, lejos de cualquier príncipe azul tenista. —Mario pone los

ojos en blanco, pero luego me mira con una sonrisa divertida. No se deja achantar por su hermano y vuelve a lanzarse sobre mí para darme un último y rápido beso de despedida—. ¡Oh, ya basta! —vuelve a quejarse Diego. Tira de mi brazo y me atrae contra él.

—Pasadlo bien, diablillos —se limita a decir Mario.

—Lo haremos, no lo dudes —le asegura Diego dándole un abrazo. Luego me coge de la mano y me guía hacia la zona de *check-in*.

—Intentad no poner a Europa entera patas arriba —añade Mario levantando la voz y me giro para despedirme con la mano mientras, por megafonía, se reclama a los pasajeros del vuelo con destino a Milán.

Por suerte, mi maleta no llega a superar el peso máximo permitido, tal y como yo había temido. Bien, primera prueba superada. Después debemos pasar el control de seguridad. Mientras me quito pulseras, cinturón, botas... prácticamente todo, me pregunto si hay alguna manera de mantener la dignidad en el aeropuerto. La última vez que viajé en avión tuvieron que cachearme y pasé una vergüenza horrible, así que rezo por no llevar nada que pueda hacer pitar ese dichoso trasto. Finalmente me arriesgo a pasar por el detector y... nada. Oh, genial. Volvemos a vestirnos, recuperamos las mochilas y seguimos nuestro camino. No hemos llegado dos horas antes para facturar como la gente normal, no tenemos que esperar. Mostramos nuestros billetes y nuestros carnés de identidad a un amable señor y recorremos esa pasarela que lleva hasta el avión. A la entrada nos da los buenos días una simpática azafata con la mejor de sus sonrisas, y yo me limito a seguir a Diego hasta nuestros asientos.

Diego me deja sentarme junto a la ventanilla. Nunca he viajado en primera clase, pero creo que podría acostumbrarme a esto. Quizá vea una película durante el vuelo, o quizá lea un rato, o quizá acabe con todas las galletas que me ofrezcan las azafatas; al fin y al cabo, está incluido en el

precio. De hecho, en este mismo momento una azafata me saca de mis pensamientos preguntando si nos apetece un vaso de zumo, antes incluso de despegar. Diego acepta por los dos.

—¿Nerviosa, Nora? —me pregunta Diego cuando el avión empieza a moverse para colocarse en su posición ante la pista de despegue.

“*Sí, pero no por lo que tú crees; no me da miedo volar*”, podría haberle respondido, pero no pienso admitir que es tenerle tan cerca lo que me hace hiperventilar.

—Bueno... un poquito.

—Ponte el cinturón —me dice, y él me mismo se inclina sobre mí para hacerlo.

Oh, no. El olor de su pelo, su respiración en mi pecho y su mano roza mi tripa al ajustarme el cinturón. Mantente firme, Nora.

—¿Crees que servirá de algo si caemos en picado? —intento distraerme.

—No, qué va, es la cosa más inútil del mundo, pero hay que ponérselo —me sonrío. *Oh*, esa sonrisa.

El avión al fin despegue. Diego me pregunta por las notas y le cuento lo que sé, como que he aprobado anatomía, pero aún hay un par de exámenes que me tienen preocupada porque no creo haberlos hecho demasiado bien. Luego nos entretenemos repasando el programa de la gira, y parece que vamos a estar muy ocupados entre entrevistas, conciertos, sesiones de fotos, firmas de *CDs* y demasiadas fiestas. A pesar de todo, espero poder dedicar algo de tiempo al turismo. Será una experiencia interesante.

Una vez en Milán, ni siquiera tenemos que preocuparnos por las maletas, otro lo hará por nosotros. Un *chofer*, Alex, nos lleva directamente al hotel; un hotel de cuatro estrellas enorme, bonito y muy agradable. Yo sé que tendré una habitación para mí sola, y estoy deseando ir a verla, así que en cuanto tengo mi llave y recupero mi maleta no pierdo el tiempo.

Abro la puerta increíblemente nerviosa, vuelvo a agarrar mi maleta y entro enseguida en la habitación. Entonces, no puedo más que sonreír ante la idea de que todo este lujo es para mí sola. Se trata de una habitación amplia, luminosa e impoluta.

Tras cerrar la puerta, lo primero que hago es saltar sobre la cama para probarla. Resulta ser bastante cómoda, me recuerda a la de Mario. Luego decido empezar a instalarme: ocupo la mesilla de noche con mi libro y mi despertador, pongo mi peluche sobre la almohada, coloco en el baño todos los utensilios de aseo de mi neceser... y cuando aún intento decidir si valdrá la pena sacar toda la ropa de la maleta para apenas un par de días, alguien llama a la puerta. Apuesto a que sé quién es.

Cuando abro la puerta, corroboro mi predicción: sí, es Diego, y entra en mi habitación con un exceso de confianza.

—¿Qué tal, Nora? ¿Te gusta tu habitación?

—Sí, es perfecta —afirmo—. Pero creo que no utilizaré mucho el armario, prefiero no deshacer la maleta.

—Muy bien, entonces podemos salir a hacer un poco de turismo por Milán.

—¿Qué hay que ver en Milán? —le pregunto.

—Bueno... la catedral es impresionante —me mira enarcando una ceja, con su sonrisa de “voy a conducir la conversación hacia lo que me interesa”—. Y por si aún te quedan ganas de más, creo que hay... una infinidad de iglesias y museos.

—No suena muy apetecible.

—No lo es —niega con la cabeza—. Pero los italianos son simpáticos, quizá incluso puedas tener una aventura con alguno. —Ya está, es aquí donde él quería llegar. Me pregunto por qué.

—Creo que los italianos ya tienen una amplia variedad de guapísimas

italianas entre las que elegir. Ninguna turista española va a llamar su atención.

—Te equivocas, Nora —da un paso hacia mí, quedándose demasiado cerca.

—De todas formas, no me imagino teniendo ninguna historia de ese tipo. No soy una de esas rubias despampanantes. —Diego da otro paso hacia delante, y yo hacia atrás. Está empezando a intimidarme.

—¿Y qué importa? —Ahora, además, me mira a los ojos. No se para, y yo tengo que seguir retrocediendo para mantener las distancias—. Para mí eres mucho mejor que eso, eres un verdadero bomboncito. —Vale, rectifico: aquí es donde quería llegar.

Entonces, la parte baja de mi espalda choca con una mesa. Al menos no me ha acorralado contra la pared. Ya que es mi única posibilidad, me pongo de puntillas para encaramarme a la mesa. Genial, ahora estoy a su altura. ¿Acaso lo tenía planeado? Me deslizo hacia atrás todo lo que puedo. Él apoya las manos en la mesa a ambos lados de mi trasero, y se acerca aún más, consiguiendo que yo tenga que separar las piernas, para quedarse exactamente entre mis rodillas.

—El problema, Nora, es que eres demasiado... ¿Cómo puedo decirlo? —Con la mirada perdida en alguna parte, se inclina hacia mi oreja—. Frígida.

Un momento. ¿Cómo acaba de llamarme este sinvergüenza? Espero que no haya tenido el valor de decirme algo así. Oh, sí, lo ha tenido.

—¿Cómo te atreves? —espeto atónita—. Una tiene que poner ciertos límites. Ni siquiera sé lo que me harías si te dejara. —¡Oh, Dios! Quizá no debería haber dicho eso.

—*Ufff*... Yo tampoco, de eso puedes estar segura —me guiña un ojo con su típica sonrisa y da un paso hacia atrás—. Te espero abajo.

Da media vuelta y sale de mi habitación sin más. Suspiro. Esto me

supera, de verdad, y sólo acaba de empezar. Cuando me doy cuenta de que llevo más de dos minutos embobada, salto de la mesa y voy hasta mi maleta para elegir algo que ponerme. Al final tomo una decisión que me hace sonreír orgullosa; sí, es perfecto. Una vez me he vestido y he comprobado que llevo la cámara de fotos de Mario, salgo de mi habitación.

Las puertas del ascensor se abren al vestíbulo. Ahí está Diego, ojeando un periódico. Me preguntó si entenderá el italiano. Voy hasta él, pero sólo cuando llego a su lado levanta la vista.

—¿Sudadera de Piolín, vaqueros y *Converse*? —alza las cejas divertido.

—Claro, es el atuendo oficial para hacer turismo —le hago reír.

—Si algún día encuentro algo mínimamente artificial en ti, te lo diré.

—Oh, eso espero —le aseguro—. ¿Nos vamos?

—Espera, tengo que preguntarle una cosa a la recepcionista.

Diego se acerca al mostrador de recepción y empieza a hablar con la recepcionista en perfecto italiano. *Uau*, sí que lo habla bien, y eso tiene un punto que... me gusta. Puedo deducir por sus gestos y por lo poco que consigo entender que le está preguntando a la chica cómo llegar a algún sitio. Me pregunto dónde me llevará. Asiente con la cabeza cuando finalmente comprende las explicaciones, da las gracias y vuelve junto a mí.

—Así que sabes italiano.

—Sé italiano, inglés, francés y un poco de alemán —se regocija con su sonrisa de “lo sé, soy la leche”—. Hay que saber idiomas para ir de gira, Nora.

—Yo me defiendo en inglés, pero mi francés... bueno, siento que se esfuma poco a poco por no usarlo.

—Haré la vista gorda, pero sólo porque has aprobado anatomía.

CAPÍTULO XIX

(Diego)

¿Quién entiende a las mujeres?

Aunque el tiempo te deje heridas,
en mis brazos podrás curarlas.
Si me dejas entrar en ti
yo te daré mis días para sanarla.

Hasta el final, David Bisbal

He estado unas cuantas veces en Viena, y me sigue encantando. Ayer por la tarde, nada más llegar de Milán, vino al hotel una periodista para hacerme una entretenida entrevista, y después todos los bailarines y yo salimos a cenar fuera. Empezamos a recordar anécdotas de la última gira y a contar chistes y, si reír alarga la vida, creo que gané al menos tres años *extra*.

Esta mañana he tenido que asistir a un programa de radio, pero apenas he tardado una hora y me ha dado tiempo de llevar a Nora a ver el Museo de Sisí Emperatriz. Luego hemos salido pronto hacia el auditorio para poder hacer un pequeño ensayo general y me he divertido probando los micrófonos cantando la canción de *Oliver y Benji*. El concierto en el estadio *Enrst Happel*

ha sido genial; yo diría que el mejor de la gira hasta hoy, aunque sólo sea el segundo.

Ahora estamos en una fiesta a la que nos han invitado. El ambiente está animado, la música retumba y la gente baila. Doy otro trago a mi *Gin-tonic* y vuelvo a dejar la copa sobre la barra. Mira, hasta Marc se divierte, y ni siquiera parece el hombre exageradamente cuadrado que conozco.

Estiro el cuello mirando hacia donde están las chicas, buscando a Nora, pero no la encuentro allí. ¿Dónde demonios se ha metido? Justo entonces, alguien me da unos suaves golpecitos en la espalda. Me giro y... oh, aquí está Nora.

—Diego, creo... creo que le pediré a Alex que me lleve al hotel. No me encuentro muy bien.

—¿Qué te pasa? —me giro hacia ella y pongo ambas manos sobre sus hombros. ¿Está bien? Ay, no, a Nora no puede pasarle nada malo.

—Nada. Bueno... me duele un poco la tripa, pero no te preocupes — intenta quitarle importancia al asunto, pero la verdad es que está pálida.

—Voy contigo —le digo, y levanto la vista intentando encontrar al *choffer*—. Ven, vamos a buscar a Alex.

La cojo de la mano y tiro de ella entre la gente. Por fin localizo a Alex en una esquina y me apresuro a llegar junto a él. Con algo de reparo, interrumpo la conversación que mantiene con otro chico.

—Alex, Nora se encuentra mal. ¿Puedes llevarnos al hotel? —Desvía la mirada hacia ella y, efectivamente, ve que Nora no tiene buena cara.

—Sí, claro. Vamos —acepta y se gira para despedirse de su acompañante—. Nos vemos mañana.

—Sí, hasta mañana —coincide él.

Alex pasa delante de nosotros y le seguimos hasta la salida del local. Nora no habla, parece que está realmente mal. Seguro que sólo quiere

meterse en la cama. Cuando salimos a la calle, suspira cerrando un momento los ojos y es evidente que agradece alejarse de esa música tan alta y sentir el aire fresco en la cara. Llegamos al coche, Nora y yo subimos en el asiento trasero y Alex no tarda en arrancar.

Nora rodea su cuerpo con sus brazos y cierra los ojos. Espero que no se mareé. En una curva, dejándose llevar por la inercia, apoya su cabeza en mi hombro, y debe encontrarse a gusto así, porque no se mueve. De todas formas, acabo poniendo mi brazo a su alrededor, abrazándola para que no se aparte. Entonces me topo con la mirada de Alex en el espejo retrovisor. Esboza una sonrisa divertida y yo no puedo evitar sonreír también.

Cuando el coche se detiene frente al hotel, agradezco que no hayamos tardado demasiado.

—Nora, hemos llegado —le informo acariciándole el pelo y ella emite un quejido—. Si no sales del coche te cogeré en brazos.

—No te atrevas —suspira, se incorpora y abre la puerta del coche—. Hasta mañana, Alex, y gracias —se acuerda de decir antes de salir.

—Muchas gracias, Alex —repito yo cuando Nora cierra la puerta a su espalda.

—De nada, para eso estoy; espero que se mejore —contesta—. Os veo mañana.

Salgo del coche y me apresuro a alcanzar a Nora, que ya está entrando en el hotel. Subimos en el ascensor juntos hasta el cuarto piso, pero luego nos separamos para ir en direcciones opuestas hacia nuestras respectivas habitaciones.

Entro en mi habitación y cierro la puerta tras de mí. Sin encender la luz, voy directamente hacia la ventana. Allí está Nora, enmarcada por la ventana de enfrente. Su dolor de tripa me ha dejado un poco preocupado, pero mañana se le habrá pasado, o eso espero, porque por la mañana nos vamos a

Londres. No puedo distinguir con claridad qué hace, creo que está buscando su pijama en la maleta. Sí; definitivamente, es eso lo que está haciendo, y supongo que ahora bajará la persiana y yo también me iré a dormir.

De repente, Nora se queda quieta un par de segundos. Acto seguido, se lleva una mano a la boca y sale corriendo hacia el baño. Me puedo imaginar qué ha sido eso, y creo que debería ir a su habitación mientras se encuentre mal. Rápidamente me pongo el pijama, me lavo los dientes y salgo hacia la habitación de Nora.

Llamo a la puerta y espero. Nora no tarda en abrirme. Aunque acaba de vomitar, aunque tiene las mejillas coloradas y los ojos enrojecidos y vidriosos, está guapísima. Se ha hecho un moño despeinado que deja algunos graciosos mechones caer a los lados de su cara, y lleva un pijama verde de ranas. Dicho así, no suena nada *sexy*, pero puedo jurar que sí lo es. Dios, ni siquiera lleva sujetador. Necesito cerrar los ojos y respirar hondo.

—Diego, te advierto que estoy muerta —dice y me da la espalda para volver al baño—. Necesito dormir, al menos, las ocho horas reglamentarias.

—Sólo vengo a ver cómo estás.

Entro en la habitación y cierro la puerta a mi espalda. La sigo y me quedo apoyado en el marco de la puerta del baño mientras ella pone pasta de dientes en su cepillo.

—Me duele la cabeza, tengo frío y creo que hay algo moviéndose en mi estómago —me informa antes de empezar a cepillarse los dientes.

—Olvidas que estás más pálida que Morticia Adams —añado y Nora, tras fijarse en su reflejo, tiene que darme la razón asintiendo con la cabeza.

Suspiro, doy un paso hacia atrás y echo un vistazo general a la habitación, iluminada únicamente por la lamparita que hay junto a la cama. No es muy diferente a la mía. Observando las cosas de Nora a mi paso, camino hacia la cama, y me dejo caer sobre ella. Durante unos instantes, me

limito a mirar el techo blanco, pero algo que hay sobre la almohada me llama la atención, y no puedo evitar soltar una risita.

—Nora, ¿aún duermes con un perro de peluche? —pregunto con sorna, para hacerle un poco de rabiar. Al momento oigo cómo escupe la pasta de dientes.

—Es una gira demasiado larga, tenía que acompañarme alguien de confianza —contesta cuando abre el grifo para enjuagarse la boca.

—Gracias por la parte que me toca —ironizo—. De todas formas, si alguna noche prefieres abrazar a alguien de carne y hueso, estoy dispuesto a sustituirle.

Nora sale del baño y viene hacia mí. Como si yo no estuviera, se mete en la cama por mi derecha y se arropa hasta la nariz encogiendo las piernas. Teniendo en cuenta que estamos en julio, eso no es normal. Me giro hacia ella y le pongo una mano en la frente.

—Joder, Nora, estás ardiendo.

—Lo sé. Mañana estaré mejor.

Entonces alarga el brazo hacia la lamparita y apaga la luz; y ni siquiera me ha dicho que me vaya. Quizá tenga que ver con que se encuentra mal, o quizá se ha cansado de abrazar a un peluche inerte.

Extiendo la mano hasta su tripa, debajo de su camiseta, y acaricio muy lentamente su ombligo. En cuanto la toco, siento cómo se tensan todos los músculos de su cuerpo. Luego asciendo un poco, y un poco más hacia su pecho. Noto sus respiraciones cada vez más aceleradas y nerviosas, y los latidos de su corazón. Me encantaría que alguna vez consiguiera relajarse y dejarse llevar. Por el contrario, de repente se gira sobre el costado derecho, dándome la espalda. Me quedo un poco confundido, pero decido no desistir. Despacio y con mucha suavidad, comienzo a acariciar las curvas de su cintura. Nora abraza con fuerza a su perrito, y albergo la esperanza de que

consiga, al menos, dejar que la acaricie. Sin embargo, finalmente retira mi mano hasta su cadera. Me limito entonces a jugar con su pelo, y parece que eso no le importa. Quién fuera ese maldito perro de peluche para dormir abrazado contra su pecho.

Después de una hora, ella está profundamente dormida y yo he acabado haciéndole una trenza. No ha quedado demasiado bien, pero sí, es una trenza. No puedo contener un prolongado suspiro cuando me pongo bocarriba en la cama. Me incorporo un instante para quitarme la camiseta, la tiro al suelo y me dejo caer otra vez sobre la almohada. Joder, aquí hace un calor de mil demonios; y no voy a ser capaz de dormir, no con Nora a mi lado. Con ella haría cualquier cosa menos dormir, por eso estoy tan inquieto. Por un momento me planteo volver a mi habitación, pero no, eso sí que no. Por Dios, mírala, hasta dormida me sigue provocando tanto... Entonces ella se mueve, se gira hacia mí; parece un angelito sin alas. La vista se me va a su peluche y se me ocurre algo. Se lo quito despacio, suavemente, sin que ella se entere, y lo dejo sobre mi pecho. El perro tiene su calor, huele a ella, así que creo que a mí también puede ayudarme a dormir. Cierro los ojos, imaginando que la tengo entre mis brazos, y me abandono al sueño.

Al día siguiente me despierto con la luz que entra por la ventana. He dormido como un bebé y, por lo que se ve, Nora también. No sé cuándo me habrá quitado el peluche, pero ahora lo tiene ella. Sonrío y me inclino sobre ella para mirar el despertador de su mesilla: las diez y cuarto. Suerte que me he despertado, porque tenemos que coger un avión. Miro a Nora intentando decidir si debo despertarla. ¿Se encontrará mejor hoy? De todas formas, creo que la dejaré dormir un poco más. Me levanto de la cama y me estiro bostezando. Luego cojo la llave de Nora para poder volver a entrar después y me encamino hacia mi habitación para darme una ducha y vestirme.

Cuando bajo a desayunar, encuentro a Ainhoa y Sandra extrañadas porque Nora no haya bajado, y tengo que explicarles que ayer se encontraba mal. Marc también me pregunta por ella, y me dice que subirá dentro de un rato a despertarla, supongo que a base de golpear la puerta.

Terminado mi desayuno, saco el móvil y me distraigo un rato en las redes sociales. Cuando ya apenas queda nadie en el comedor, procedo a llevar a cabo mi plan: le subiré a Nora algo de comer a la habitación para que no se quede sin desayunar; es demasiado tarde.

Minutos después, me encuentro haciendo malabares para abrir la puerta sin que se me caiga la bandeja, y lo acabo consiguiendo. Dejo la bandeja en una mesa y voy a despertar a Nora, que duerme bocabajo.

—Nora —acaricio su hombro. Ella gime, frunce el ceño sin abrir los ojos y se coloca de costado dándome la espalda—. Nora, tenemos que coger un avión a Londres. —No me hace caso. ¿A qué está jugando? Tiro hacia mí de su hombro, colocándola así bocarriba, y me inclino sobre ella para hablarle al oído—: No me provoques, no sabes lo que te haría aquí y ahora. —Le doy un inocente beso en el cuello y deslizo mi mano desde su hombro por su pecho hasta su vientre plano, que se ondea con mi tacto.

—Me haces cosquillas.

—Vamos, Nora, levántate. Te he traído el desayuno.

Se incorpora sobre los codos y mira a su alrededor. Yo me levanto de la cama, voy a por la bandeja y se la pongo delante: un *cola-caó*, un *croissant* y un zumo.

—¿*Cola-caó*? —inquire y me sonrío sentándose con las piernas cruzadas.

—Ya te voy conociendo mejor, sé que prefieres el *cola-caó* al café. — Le tiendo la taza a Nora, y ella lo remueve y da el primer trago. La observo y juzgo que ya tiene mejor cara—. ¿Te encuentras mejor hoy?

—Sí, he dormido muy bien.

—Ainhoa y Sandra me han... —Entonces alguien me interrumpe llamando a la puerta. Mierda—. Joder, es Marc —susurro.

—¿Qué? —implora Nora, que se ha quedado con el *croissant* en la mano.

—Nora, ¿estás despierta? —escuchamos del otro lado de la puerta.

Ella comprende, suspira poniendo los ojos en blanco y deja su *croissant*. Yo me aparto hasta un ángulo muerto en el que Marc no pueda verme. Nora llega hasta la puerta y abre.

—Hola, Marc.

—Buenos días, Nora. ¿Estás mejor? Diego me ha dicho que ayer te dolía un poco la tripa y...

—Sí, ya estoy bien. Algo me sentó mal.

—Muy bien —escucho a Marc—. En una media hora nos vamos al aeropuerto.

—Vale, estaré abajo; sólo tengo que terminar de guardar algunas cosas.

—Hasta ahora, entonces.

—Hasta ahora —coincide Nora y cierra la puerta. Me atrevo a asomar la cabeza—. ¿Tiene que tenerlo absolutamente todo controlado?

—No sabes hasta qué punto —le aseguro.

A medio camino de vuelta a la cama, Nora se detiene al verse en un espejo.

—¿Me has hecho una trenza?

—Lo he intentado.

* * *

Llegamos a Londres cerca de las dos. Vamos directamente al hotel, comemos algo y descansamos un rato. Por la tarde, tengo concertada una entrevista para una revista inglesa. La redactora es agradable y no me lo pone demasiado difícil. Me pregunta mi opinión sobre Londres, sobre las *fans* inglesas, quiere saber cómo está yendo la gira en general, y terminamos con una breve sesión de fotos.

Por la noche, Marc me dice que han venido a vernos tres de los responsables de eventos del *Wembley Stadium*. Quieren aclarar algunos puntos sobre el concierto. No les hacemos esperar demasiado; Charlie, Marc y yo nos presentamos enseguida en el bar del hotel. Ellos son tres: una chica española rubia llamada Diana con apariencia inocente (y no sé si fiarme de las apariencias) y dos chicos puramente ingleses demasiado pálidos, que se presentan como Harry y Jason. Pedimos unas copas y nos sentamos a hablar tranquilamente sobre el auditorio.

—Sí, habrá guardaespaldas de seguridad también en los dos extremos del escenario —asiente Diana y yo no puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Odio la seguridad —resoplo—. Son mis *fans*, no van a hacerme nada.

—Bueno... recuerda a John Lennon —Diana enarca una ceja—. Hay *fans* que se enamoran locamente, repito: locamente, sobre todo si grabas *videoclips* como el de *Bombón*. Creas tensión sexual.

Joder, ¿a qué ha venido eso? Es cierto que no hay que fiarse de las apariencias. Vale, no tiene pelos en la lengua, pero sueña si cree que yo me voy a callar.

—Cuando quieras te enseño lo que es verdadera tensión sexual —suelto, y en menos de un par de segundos está roja como un tomate.

Marc se apresura a desviar la atención hacia otro tema: los colores de los focos son lo primero que le viene a la cabeza. Intento atender a la conversación aunque me importe bien poco, pero es difícil cuando ellos mezclan el español y el inglés indistintamente, y sobre todo cuando ya he pillado a Diana mirándome embobada tres veces... oh, espera, ya son cuatro. Juego un poco con ella y le dedico una leve sonrisa. Baja la mirada tímidamente y toma su copa para dar otro trago.

Tonteo con Diana un rato más hasta que me doy cuenta de que Marc, Charlie, Harry y Jason, que al fin se han decidido por el inglés, ahora hablan de forma más desenfadada. Pongo un poco de atención y, efectivamente, corroboro que ya no están tratando temas serios. Entonces, en un oportuno silencio, encuentro mi oportunidad para marcharme. Me despido educadamente en inglés diciendo que estoy cansado y que mañana será un día largo, estrecho la mano a Jason y Harry, doy dos besos a Diana y no tardo en salir del bar... dejando mi cazadora vaquera “olvidada”. Si quiere subir, ya tiene la excusa perfecta.

Cuando llego a mi habitación, lo primero que hago es ponerme algo más cómodo, y luego apenas tengo que esperar unos diez minutos hasta que alguien, y sé quién, llama a la puerta. Con una sonrisa pícaro me levanto a abrir. Con la mano ya en el picaporte me pregunto: ¿y si fuera Nora? Pero abro y... no.

—Hola —me limito a pronunciar.

—Diego, te has dejado esto abajo —Diana alza mi cazadora, que lleva en la mano.

Sin molestarme en decir nada, agarro su codo y tiro de ella para meterla en la habitación. Inmediatamente cierro la puerta.

—¿Qué haces?

—Esto sí es tensión sexual. ¿Lo sientes? —enarco una ceja, muy cerca

de ella pero sin tocarla.

—Bueno... no sé si es por eso o porque yo soy un poco tímida, pero me estoy poniendo muy nerviosa —intenta explicarse con la voz entrecortada.

—No parecías tan tímida antes.

—Lo sé, Diego, yo...

—Déjame a mí.

Agarro la parte de abajo de mi camiseta cruzando los brazos y tiro de ella hacia arriba quitándomela de una vez. Joder, ni que lo hubiera estado ensayando. Dejo caer la camiseta al suelo y al bajar los brazos los llevo directos a su cintura. La empujo contra la puerta, me pego más a ella, le quito también la camiseta y empiezo a besarla en el cuello. Cuando ella se anima a tirar de mi pantalón, yo llevo la mano bajo su falda. Por esto me encantan las faldas, es todo tan fácil. Enseguida mis pantalones caen al suelo a la vez que deslizo sus bragas hacia abajo por sus piernas.

Después extendiendo las manos bajo su trasero, me inclino y la levanto. Ella, con la espalda aún apoyada en la puerta, rodea mi cintura con sus piernas. Y desde entonces sólo puedo pensar en Nora. Sé que no está bien, pero es así.

Intentando distraerme, llevo a Diana hasta la cama. Me pongo a horcajadas sobre su cuerpo y ella rodea mi cuello con su mano demasiado fría, acercándose a su boca para besarme. Joder, a Nora ni siquiera he conseguido besarla. Quiero saber cómo besaré ella, cómo sabrán sus besos, cómo será ella en la cama, como seríamos los dos juntos en la cama... Dijo que no es virgen, ¿verdad? Me muero por recorrer su cinturita con mis manos, y con mi boca, y su pecho, y todo su cuerpo, y respirar el olor a chocolate de su pelo, y tenerla aquí, debajo de mí y... Lo conseguiré antes o después.

Al día siguiente, cuando me despierto, prefiero no abrir los ojos, porque me acuerdo. Mierda. Mierda, mierda, mierda. Diego, lo has vuelto a hacer. Ahora levántate, enfréntate a ella y explícale que la has utilizado como a una muñeca inflable. Me obligo a abrir los ojos, giro sobre mi espalda y... no está. ¡No está! Me incorporo rápidamente. Joder, menos mal. Un hurra por las chicas que comprenden cuándo ha sido sólo un rollo de una noche. Con una amplia sonrisa, salto de la cama y me dirijo hacia el baño.

Poco después salgo de mi habitación en dirección a la cafetería.

—¡Diego! —oigo a mi espalda.

Es Nora. No sé exactamente cómo mirarla a la cara después de esta noche, pero me detengo y me vuelvo. Pelo suelto, camisa de media manga de cuadros rojos y negros que, abierta, deja ver la camiseta gris de tirantes que lleva debajo ajustándose a su cuerpecito, pantalones cortos vaqueros rasgados y botas negras. Según como yo lo veo, aquí hay dos posibilidades: que ésta sea la gemela mala de Nora, o que de alguna manera se haya enterado de lo que hice anoche y haya elegido este *look* infernal a propósito para... no sé, ¿quién entiende a las mujeres? Y más difícil todavía: ¿quién entiende a Nora?

—Buenos días —me dice cuando llega hasta mí, y se alza de puntillas para darme un beso en la mejilla.

No soy capaz de decir nada. No tiene ni idea de que anoche sólo pude pensar en ella. Esto es muy incómodo, y siento algo en el estómago que es como... joder, es hambre.

—¿Qué vas a tomar? —le pregunto cuando estamos frente al *buffet*.

—Lo de siempre.

—¿Has probado el desayuno inglés? —le pregunto, y ella frunce el ceño negando con la cabeza.

—¿Un atracón a colesterol a las nueve de la mañana? No, gracias.

—Es algo que hay que hacer al menos una vez en la vida.

A pesar de todo, no me cuesta demasiado convencerla para desayunar dos huevos fritos con *bacon* y patatas fritas.

—¿Qué vamos a hacer para bajar esto? —inquire, desistiendo de acabar todo el plato.

—Se me ocurren un par de cosas —digo, pero al acordarme de lo de anoche la broma me parece tremendamente inadecuada; y por su expresión, supongo que a ella también—. ¿Te apetece ir a ver el *Big Ben*?

Cuando bajamos del coche frente al *Palacio de Westminster*, Nora está frenética. Nunca ha estado en Londres. Echa a correr y yo la sigo. Definitivamente, le encanta el turismo. Sigue corriendo hacia la carretera, y veo que va a cruzar, y viene un coche demasiado rápido. ¡No, Nora! ¡Espera!

—¡Nora, para! —le grito. Me lanzo sobre ella y rodeo su tripa para detenerla, justo cuando ese coche pasa muy cerca. Nora me mira asustada, jadeante—. Aquí se conduce por la izquierda, hay que mirar a los dos lados antes de cruzar.

Llevo mi mano sobre la suya, que aún agarra mi camiseta con fuerza, angustiada. Se da cuenta y relaja la mano, soltándome. Rodeo su muñeca delicadamente y entonces veo... ¿qué es esto? Tiene una horrible cicatriz en la muñeca.

—Nora, ¿qué es esto? —inquiero.

—Nada —se apresura a esconder su mano—. Me la hice cuando era pequeña. Fue con... un rosal.

Nora da un paso hacia atrás quitándole importancia a su cicatriz. Vuelve a dirigir su vista hacia la carretera. ¿Debería creerla? ¿Debería insistir hasta enterarme de qué hay realmente detrás de eso? No, lo dejaré pasar; no es más que una tontería.

Después de visitar el *Palacio de Westminster*, accedo a hacer realidad uno de los sueños de Nora y vamos a los *Jubilee Gardens* para montar en el *London Eye*, la tercera noria más grande del mundo. Yo nunca había montado antes, porque me habían contado que es excesivamente lento, y tenían razón, pero se ve todo Londres desde aquí arriba. También vamos a *Chinatown*, *Covent Garden* y, por supuesto, *Picadilly Circus*.

Más tarde regresamos al hotel para comer, y apenas nos ha dado tiempo a descansar un rato cuando ya tenemos que salir hacia el *Wembley Stadium*.

En el concierto me lo paso muy bien, las *fans* inglesas son muy animadas, saltan, gritan y cantan conmigo. Bailo y me muevo por el escenario aprovechando que es incluso más amplio de lo normal.

Llevo tiempo planteándome algo, intentando decidir si puedo hacerlo o no, porque no sé si a Marc le gustará, pero al final... ¡qué demonios! Cuando me toca cantar la canción *Bombón*, me animo a subir a dos *fans* al escenario. Les doy un abrazo a cada una, todo va bien, están muy contentas y se saben la coreografía, que bailan como si no hubiera mañana. Ni siquiera me planteo que no haya sido buena idea hasta que la canción acaba y tienen que volver a sus lugares entre el público. Una de ellas me da un beso y baja sin discutir, pero la otra... no quiere separarse de mí. Me agarra la camiseta y creo que hasta está a punto de llorar. Aparto mi micrófono para hablarle.

—Suéltame, niña, tienes que bajar de aquí.

Me suplica quedarse un poco más, pronuncia palabras incomprensibles y no sé cómo librarme de ella. Nora aparece por su espalda, la agarra y tira de ella. Las dos forcejean y Nora no puede retenerla mucho tiempo. Por suerte, justo entonces aparece un guardaespaldas, de esos de los que habló Diana, y la coge en volandas para llevársela del escenario. No sé muy bien a dónde la lleva, pero tampoco es que me importe.

—¿Estás bien? —me pregunta Nora.

—Sí —le digo, aún agitado—. Pero no volveré a hacerlo.

Luego trato de seguir con el concierto con normalidad. No me cuesta demasiado y en poco tiempo me he olvidado del estúpido percance.

* * *

No puedo más que sonreír mientras Nora ejecuta sus pasos en medio del escenario del *Amsterdam Arena*, acaparando todas las miradas. Entonces termina, y cuando vuelve a su sitio me guiña un ojo con actitud coqueta. Me encanta esta niña.

No quiero que termine el concierto y me permito extenderme un poco cantando dos canciones más de las que estaban programadas, pero tengo que despedirme definitivamente del público de *Ámsterdam*. Ya no hay más tiempo.

Dos horas más tarde, después de haber estado tomando algo con el equipo mientras comentábamos el concierto, estamos de nuevo en el hotel. El ascensor se detiene y las puertas se abren despacio: hemos llegado a mi piso.

—Hasta mañana, Diego. Que duermas bien —se despide Nora mientras yo salgo del ascensor.

—Eso seguro, me va a faltar noche para soñar contigo—le respondo mientras las puertas vuelven a cerrarse lentamente.

Voy directamente a mi habitación. Saco la tarjeta para abrir la puerta, entro y vuelvo a cerrar a mi espalda. Camino hasta la cama y me dejo caer

bocarriba sobre ella. Entonces imagino a Nora. Seguramente acaba de salir del ascensor, va hasta su puerta y entra en la habitación. Enciende la luz y, cuando se vuelve hacia su cama, se lleva una sorpresa: sobre ella hay una caja roja de bombones. Va hacia allí confusa, quizá pensando ya en mí, y ve la nota que le he dejado. La lee, y casi puedo ver cómo una sonrisa cómplice se asoma a sus labios. Luego coge la caja de bombones y se apresura a salir de la habitación. Puedo sentir cómo baja trotando por las escaleras, con una euforia extraña y, si no me equivoco... efectivamente, llama a la puerta. Ahí está.

Me levanto de la cama y voy hacia la entrada. Primero, me preocupo de graduar la luz para crear un ambiente tenue, y luego le abro la puerta.

—¿Ya me echas de menos? —imploro.

—¿Qué significa esto? —me contesta con otra pregunta, mostrándome la caja de bombones.

—Me parecía buena idea mandarle bombones al bombón más dulce.

—No digas tonterías, conmigo estas tácticas no te van a funcionar —afirma, quizá sin percatarse de que ya ha funcionado, pues ella está aquí.

—Pasa —le ofrezco entonces, apartándome de la entrada.

Ella permanece en el umbral un instante pero, afortunadamente, acaba entrando. Nora está siendo increíblemente difícil, pero me gustan los retos. Con actitud desinteresada, voy a sentarme en mi cama, y ella me sigue demasiado insegura.

—¿No me vas a ofrecer un bombón? —le insinúo.

—Sí, claro, coge todos los que quieras, ya que me los has mandado porque te apetecen a ti —consiente, sentándose a mi lado.

—¿Tanto se ha notado?

Sonrío mientras tomo la iniciativa y abro la caja de bombones. Me tomo un tiempo para elegir uno y lo tomo con dos dedos. Luego, empujo la caja

hacia ella. Nora me mira a los ojos, luchando contra una tentación que no es el chocolate, mientras yo me pregunto por qué no puede simplemente dejarse llevar. Al final, baja la vista hacia los bombones y escoge uno al azar. Yo termino el mío, y sé lo que tengo que hacer.

—¿Quieres una última copa? —le pregunto.

Me levanto de la cama y voy hasta el *minibar*. Al no escuchar respuesta, me vuelvo hacia ella. Está empezando a ponerme nervioso que esté tan cohibida. ¿Tendrá que ver con mi hermano? ¿Con Desirée? No lo entiendo, y no lo soportaré mucho más.

—No sé si debería...

—De acuerdo, entonces dos *Gin-tonic* —la interrumpo antes de que pueda negarse.

Me agacho, abro la pequeña nevera y cojo las botellas que necesito. Me hago con un par de vasos grandes, los lleno de hielos y sirvo rápidamente las bebidas. Cuando me vuelvo hacia Nora, ella se está comiendo un segundo bombón; está muy nerviosa. Le tiendo su vaso y me siento a su lado de nuevo.

—Por lo visto, te lo estás pasando muy bien haciendo la gira —saco tema de conversación.

—Sí, todo está siendo genial, y me encanta Ámsterdam.

—¿Y has llamado a mi hermano para contárselo? —pregunto sin ningún reparo antes de que ella se lo espere.

—Bueno... no. La verdad es que lo he olvidado por completo. —Parece sincera, quizá sea otra cosa lo que le preocupa. Si se sintiera culpable no olvidaría llamarle, pero aún no puedo descartar esa opción.

—Llámale ahora —sugiero para asegurarme.

—No, ya es tarde. Hablaré con él mañana —dice despreocupada y bebe un trago de su copa, dejando claro que el problema no es Mario.

En el silencio que sigue, me acuerdo de poner la música. Extiendo el brazo hasta la mesita y me hago con el mando del reproductor. Pulso el *play* y el *CD* que he metido antes comienza a sonar. Es el disco perfecto: contribuye al ambiente que necesito pero ella no llegará a sospechar que estaba preparado, sobre todo si sigo actuando con mi naturalidad habitual.

—Por cierto, Diego, me encanta este hotel. Tiene de todo.

—Parece que he elegido bien.

—Sí, sobre todo porque en las camas individuales caben por lo menos dos personas —dice, y se me escapa una risita pícaro. Me lo ha puesto demasiado fácil.

—Nora, qué forma tan descarada de insinuar.

—¿Perdona? Yo no me estoy insinuando. Eso te gustaría a ti.

—Sí, claro, ahora intenta arreglarlo.

Nora se estira hasta la almohada, la coge con las dos manos y me da en la cara con todas sus fuerzas. Sí, ya vuelve a ser ella.

—¿Qué haces? Fuiste tú la que se bañó en mi piscina en ropa interior.

—¡Sinvergüenza! Tú me quitaste el vestido y tú me tiraste al agua.

—Y también te hice un masaje cardíaco, y aun así no has tenido suficiente. ¿Qué más quieres de mí?

—¿Qué estás diciendo? Yo no pretendo nada pero, ¿y tú? ¿A qué ha venido el numerito de los bombones?

De repente, me asombra la rapidez con que hemos pasado de bromear a hablar en serio, pero eso me conviene, necesito aclarar algunas cosas con ella. Sé exactamente cómo seguir por este camino.

—De acuerdo, Nora, te propongo un trato: yo lo admitiré si tú lo admites.

—¿A qué te refieres? —finge no entenderme.

Yo sonrío de medio lado, me inclino hacia ella y le susurro al oído.

—A que ahora mismo te lanzarías sobre mí y me besarías sin ningún tipo de freno.

Nuestras miradas se encuentran, estamos demasiado cerca y sus labios han quedado entreabiertos. Nora no dice nada, así que supongo que no me equivoco. Perfecto, lo he conseguido. Estoy a punto de besarla, sin saber quién de los dos tiene más ganas. Sin embargo, ella sonríe y se aparta de mí, desmoronando todo lo que he logrado hasta ahora. ¡Mierda, mierda, mierda!

—Vale, Diego, no estoy segura de lo que acaba de ocurrir aquí, pero creo que se me está subiendo el *Gin-tonic* a la cabeza y será mejor que me vaya.

Me quedo sentado viendo cómo va hacia la puerta. Entonces decido que no. No, de esta noche no pasa. Se acabó. Me levanto de la cama de un salto y en menos de dos segundos me pongo delante de la puerta. Por nada del mundo voy a dejar que salga.

—¿Se puede saber qué...?

—Nora, vamos a hacer un poco de terapia.

—¿Terapia para qué? —inquire, y noto cómo se pone tensa.

—Lo sabes perfectamente —la miro a los ojos y ella no desvía la vista. Parece un poco angustiada, pero no dice nada—. Ahora respira y tranquilízate.

Se queda mirándome aún un momento, dudando si confiar en mí, mientras sus respiraciones empiezan a acelerarse. Entonces cierra los ojos y suelta todo el aire de sus pulmones. Doy un paso hacia ella, y consigue quedarse donde está. Despacio, doy otro paso más. Su mandíbula se tensa. Estoy a menos de un metro de ella, y estoy dispuesto a besarla. Espero antes de dar el último paso hasta ella, pero entonces lo hago. En ese mismo momento, Nora abre los ojos y retrocede.

—Diego, no... —suspira—. Prefiero que lo dejes estar.

No, de ninguna manera. Estoy decidido a conseguirlo hoy, cueste lo que cueste.

—No, Nora. Sólo tienes que relajarte —le pido—. Sabes que no voy a hacerte nada. —Doy otro paso hacia ella, pero Nora camina hacia atrás. No sé cuál es el problema—. Estate quieta.

Cuando se topa con la cama detrás de sus rodillas, opta por subirse de pie a ella.

—Diego, me estás poniendo muy nerviosa.

Rodeo su estrecha cintura y la levanto para tumbarla enseguida a lo largo de la cama. Me deslizo sobre ella, pero pone las manos en mi pecho.

—Diego, en serio, no puedo.

Agarro sus muñecas y se las sujeto a los lados de su cabeza.

—Ahora tranquilízate, Nora, ¿de acuerdo? Sólo voy a besarte.

Estoy dispuesto a esperar así el tiempo que haga falta hasta que deje de revolverse. Creo detectar que incluso lo intenta, traga saliva, pero se rinde muy pronto.

—No. Diego, quítate de encima o no respondo de mis actos —me advierte, pero no le hago caso. Mi paciencia es infinita—. ¡Diego!

Empieza a forcejear con más fuerza y entonces... me propina un rodillazo justo entre las piernas. Emito un quejido de dolor mientras veo las estrellas y me dejo caer hacia la derecha. Me quedo bocarriba en la cama y encojo las piernas.

—Joder, Nora, esto duele. Duele mucho.

—Te avisé —se incorpora sobre su codo derecho—. ¿Estás bien?

—¡Por poco me castras, niña! —espeto.

Suspiro, ya empieza a extinguirse el dolor. Nunca más olvidaré el carácter que tiene.

—Diego, creo que me iré a mi habitación —me dice—. Te veo mañana.

Y se levanta de la cama para dirigirse hacia la puerta. No; a pesar de todo, no pienso rendirme. Me apresuro a seguirla, alcanzo su muñeca y tiro de ella con demasiada brusquedad para que se vuelva hacia mí.

—Nora, ya basta. Vas a explicarme ahora mismo qué es lo que te pasa. —Me aguanta la mirada mientras espero una respuesta, pero ésta no llega—. Cuéntamelo, dime por qué me esquivas de esta manera. ¿De qué tienes miedo, Nora? —Su labio inferior empieza a temblar ligeramente, y puedo notar cómo se le forma un nudo en la garganta—. ¿Por qué lo haces todo tan difícil?

—Porque contigo sería demasiado fácil —murmura con la voz quebrada.

—Entonces, ¿es por mí?

—No, Diego, no tiene que ver contigo; y no me siento capaz de contártelo —una lágrima resbala por su mejilla—. Por favor, deja que me vaya.

Me lo suplica llorando, y yo no puedo hacer más que soltarla en contra de mi voluntad, antes de que me haya explicado nada. Ella recorre los últimos pasos hasta la puerta pero, cuando pone la mano sobre el picaporte, trato de detenerla.

—Nora, espera —la llamo y ella gira la cabeza para mirarme—. No quiero que te vayas así. Déjame, al menos, darte un abrazo.

Nora esboza una sonrisa tierna, corre hasta mí y me abraza muy fuerte. Rodea mi cuello con sus brazos y esconde el rostro en mi hombro, mientras yo acaricio su espalda. Y llora; desde un primer momento intenta detener las lágrimas, pero pasan unos minutos hasta que lo consigue. Por lo visto Nora, la chica de la sonrisa eterna, también llora; y yo daría cualquier cosa por saber lo que se le pasa por la cabeza.

Se separa un poco de mí y se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

Levanta la mirada hacia mí. Veo sus ojos enrojecidos. Despacio, se pone de puntillas, alcanza mis labios y me da un beso fugaz. Yo no sé qué debo hacer, y me limito a quedarme quieto. Nora respira, cierra los ojos y vuelve a mis labios. Esta vez dura más, me gusta más, pero también termina. Ella agacha la cabeza sin saber dónde mirar, traga saliva y empieza a alisarse un mechón de pelo con nerviosismo.

—Hasta mañana, Diego —se despide.

Yo prefiero no decir nada, y observo cómo sale de la habitación sin mirar atrás.

Es algo que me pasa muy pocas veces, pero apenas consigo conciliar el sueño en toda la noche. Sigo preguntándome cuál será su problema, a pesar de que me ha dicho que no soy yo. No entiendo a qué viene esa absurda tensión cada vez que intento acercarme a ella, y me encantaría saber si con Mario ha llegado a vencer sus miedos.

A la mañana siguiente, con la cabeza aún dándome vueltas, bajo a tomar el desayuno. Me sirvo un *cappuccino* y una magdalena. Cuando me giro, allí está Nora, sentada sola a una mesa, con la vista fija en su taza. Hoy está especialmente guapa; lleva unos pantalones cortos de color *beige*, una camiseta amarilla y se ha hecho una coleta alta. Me dirijo hacia allí, aparezco por su espalda y me siento a su lado.

—Buenos días, Nora. ¿Has dormido bien?

—Sí, Diego, estoy bien —termina de un trago lo que quedaba en su taza, luego vacila antes de mirarme y hablar—. ¿Te puedo pedir un favor? —Yo asiento con la cabeza—. Olvida absolutamente todo lo que pasó ayer en tu habitación.

—No creo que vaya a poder, sigo preguntándome qué te preocupa —le

confieso, y ella suspira. Intento arreglarlo—. Pero sí te prometo que no volveré a hablar de ello nunca más, y no volveré a... intimidarte —le digo serio, pero luego decido sacarle una sonrisa—. Hasta que tú me lo pidas, claro, porque estoy seguro de que lo acabarás haciendo.

—Gracias, Diego —murmura con una leve sonrisa—. Siempre haces las cosas fáciles. —Aún tiene esa voz tristonra y, yo, para quitarle hierro al asunto, le doy una palmada en el hombro.

—¿Te apetece ir a ver el Museo de Ana Frank?

CAPÍTULO XX

Que no se te olvide

Sad and it's not fair
how you take advantage
of the fact that I love you
beyond the reason why
and it just ain't right

Hate that I love you, Rihanna

Triste y no es justo
cómo te aprovechas
del hecho de que te quiero
más allá de la razón
y simplemente no está bien

Odio quererte así, Rihanna

Aquella mañana me desperté sobresaltada, con la sensación de haber tenido una pesadilla, pero no lo era. Eso había ocurrido de verdad: Sergio me había encerrado en mi propia casa. Recordé que mis padres y mi hermano estaban muy lejos de mí y me sentí sola, porque tenía la certeza de que Sergio no se habría ido.

Me levanté de la cama y fui hasta la puerta de mi habitación. Abrí muy despacio y caminé aún insegura hasta el baño. Cuando salí del servicio miré en la habitación de mis padres: ni rastro de Sergio. Sin embargo, al pasar junto a la habitación de mi hermano, le encontré durmiendo ahí. Incluso así, en calzoncillos entre las sábanas de *Spiderman*, me seguía gustando. A pesar de ello, decidí pasar de largo y fui a la cocina para prepararme el desayuno.

Cuando ya me había bebido media taza de *cola-caao*, Sergio apareció en la cocina. Se había puesto los vaqueros, pero no la camiseta, y apreté la mandíbula indignada por la verdadera excitación que me provocaba sólo su presencia. Sentada en aquel taburete, bebí otro trago de leche sin querer mirarle a la cara.

—Buenos días, cielo —saludó sin el menor reparo—. ¿Qué tal has dormido?

Yo odiaba que se comportara como si no hubiera ocurrido nada, pero me molestó aún más que cogiera una taza y empezara a servirse un café con toda confianza.

—Mal —me limité a decir, sin miedo a sonar demasiado fría.

—¿Y eso por qué? —preguntó metiendo la taza en el microondas.

—Deberías saberlo —dije, pero enseguida me corregí—. Por supuesto que lo sabes.

—¿Esto es por lo de anoche?

—Lo de anoche sólo ha sido lo último que has hecho.

—Venga, nena, ¿no te parece que estás exagerando? —No pude más que mirarle con mala cara.

—Creo que tú exageraste al dejarme encerrada —contraataqué.

Terminé el último trago de mi *cola-caao* y me levanté de la banqueta. Fui hasta el fregadero dispuesta a lavar algunos cacharros que se me habían acumulado. Sergio sacó su café del microondas, y pude sentirle detrás de mí, añadiendo azúcar y bebiendo un largo trago tranquilamente. Luego dejó la taza sobre la encimera y dio dos pasos hacia mí.

—No me gusta que te enfades conmigo. —Decidí no hablar, no inmutarme aunque él se estuviera acercando demasiado—. ¿Por qué no pasamos directamente al polvo de reconciliación? —Me apartó el pelo de la cara, me acarició la nuca y empezó a besarme en el cuello.

—No me toques.

Él llevó su mano hasta mi pecho y yo me limité a apartarla. Acto seguido, deslizó sus dedos dentro de mi pantalón, de donde yo misma los saqué. Luego, extendió una mano sobre mi tripa, bajo mi camiseta, apretándome contra él. Con la otra mano cerró el grifo y la dejó ahí mientras me besaba en el hombro. Solté la taza en el fregadero y me di la vuelta para hablarle a la cara.

—Para ya, déjame fregar esto.

Apenas me miró. Los dedos de Sergio descendieron por mi espalda hasta mi trasero y me alzó para sentarme sobre la encimera quedándose entre mis piernas. Quiso besarme en los labios y yo eché la cabeza hacia atrás, pero él rodeó mi cuello con su mano acercándose a su boca, incluso mordió mi labio inferior, mientras acariciaba mi muslo. Sin embargo, por alguna razón, de repente cambió de opinión: me devolvió al suelo y me agarró del antebrazo para tirar de mí hacia el dormitorio.

—Te he dicho que no quiero hacerlo —le aseguré intentando oponer resistencia.

—Pero yo sí quiero.

Una vez en mi habitación, me hizo caer sobre la cama aún deshecha. Me soltó apenas un par de segundos pero, antes de que pudiera levantarme, empujó mi pecho para que me tumbara de nuevo. Tiró de mi pantalón del pijama y, a pesar de mis patadas, logró quitármelo sorprendentemente rápido a la vez que me seguía sujetando.

—Estate quieto, Sergio. Suéltame ahora mismo.

No me hizo ningún caso y se colocó a horcajadas sobre mi cuerpo, impidiéndome la posibilidad de continuar pataleando. Sujetó mis manos con fuerza encima de mi cabeza y se centró entonces en mi escote. Yo podía sentir sus labios poseyéndome a su antojo. Apreté los párpados, luché por

contener las lágrimas y los sollozos, apenas podía moverme y mis respiraciones se aceleraban.

—¿Sabes, nena? Eres mía, mía y de nadie más, para siempre —me susurró, rozándome el cuello con la nariz, con la respiración entrecortada—. Que no se te olvide.

—Ya basta, por favor.

Estuve a punto de rendirme y dejar de oponer resistencia, pero entonces me soltó los brazos. Llevó sus manos a mi cintura y agarró mi camiseta, comenzando a tirar de ella hacia arriba para quitármela. Yo, ahora con los brazos libres, hice todo lo posible para impedirselo. No podía seguir consintiéndolo. Quizá fue culpa de mis movimientos bruscos, o quizá fue él, pero escuché cómo se rasgaba mi camiseta y a Sergio le fue muy fácil librarse de ella. Apresó mis muñecas contra la almohada y siguió recorriendo mi cuerpo con sus labios. Mi escote, mi pecho, mi tripa, mi ombligo...

—¡Quítate de encima, joder! —grité empujándole con todas mis fuerzas, pero no conseguí absolutamente nada.

—Pórtate bien.

Sergio no se rindió, intentó de nuevo besarme en la boca. Yo sacudí la cabeza, me agité frenéticamente, comencé a gritar, conseguí empezar a patallar de nuevo... Aun así, le encontré tratando de separar mis rodillas. Supe que tenía que seguir luchando, resistir un poco más, y al final conseguí que se diera por vencido.

—¡Joder, chica! Que te den por culo. —Se levantó de la cama dando un puñetazo en la pared—. ¿Para qué te necesito si no vas a abrirte de piernas? —Y salió de la habitación con un portazo que me hizo botar en la cama.

Me incliné hacia el edredón que había quedado a los pies de la cama, me tapé hasta el cuello y me quedé ahí sentada. Pronto empecé a llorar. “Tengo que librarme de él pero, ¿cómo?”. “Le quiero”. “Debería contárselo a

alguien”. “¿Cómo puedo ser tan estúpida?”. “Esto va a acabar conmigo”. Lloré desconsolada. No sé cuánto tiempo pudo pasar, pero fue suficiente para dejarme exhausta.

Cuando aún seguía sollozando, sin lágrimas ni fuerzas, escuché abrirse la puerta principal de mi casa. Primero pensé que Sergio se iba pero luego comprendí que mis padres estaban de vuelta. Les escuché hablar con Sergio, preguntar por mí, y la tensión hizo que me volvieran las ganas de llorar, o quizá sólo me había emocionado al oír la voz de mis padres.

Justo cuando estaba pensando que no podían verme así, se abrió la puerta de mi cuarto. Cuando mi madre entró en mi habitación no quise mirarla para que no viera mi rostro enrojecido y mis ojos llorosos pero, al fin y al cabo, era mi madre.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —vino a sentarse conmigo en la cama.

—Nada, mamá —dije esforzándome inútilmente por que mi voz no sonara ahogada—. Yo sólo...

En ese momento escuchamos cómo se cerraba la puerta principal y supe que Sergio se había ido. Luché por controlar ese nudo en mi garganta pero fue imposible. Mi llanto estalló de tal manera que no vi el momento de conseguir detenerlo.

Capítulo XXI

(Diego)

Un témpano de hielo

Y déjame decirte que
no voy a abandonarte
y juntos lucharemos
para que salgas adelante.

Dame la esperanza, Andy & Lucas

Salgo de la ducha y alcanzo esa toalla de un blanco impoluto e increíblemente suave. Me está encantando el hotel de Madrid, el *Holiday Inn*, en la calle Alcalá, en el barrio de Suanzes; no sé por qué no he venido nunca antes. Me ato la toalla a la cintura y salgo del baño hacia mi maleta. ¿Qué me puedo poner? Acabo decidiéndome por una camiseta negra y unos vaqueros anchos.

Una vez me he vestido, salgo en dirección a la habitación de Nora. No está muy lejos esta vez, así que en escasos segundos estoy llamando a su puerta, y luego tengo que volver a llamar más fuerte porque creo que está dormida. Al fin me abre, descalza, en chándal y con el pelo suelto

despeinado.

—¿Qué haces, Nora?

—Echarme una siesta de dos horas —corroboras y yo entro en su habitación y cierro la puerta—. He entrado en fase de sueño profundo en cuanto he puesto la cabeza en la almohada.

Me giro hacia la televisión encendida y entonces lo comprendo todo.

—¿Cómo no vas a dormirte si pones los documentales?

—Creo que el problema no es ése, sino que llevamos tres semanas viajando de un país a otro y dando conciertos sin parar.

—Sí, puede que eso tenga algo que ver. —Sé que una gira es agotadora, yo también estoy cansado, pero ya está acabando—. Nora, te invito a merendar.

—¿A merendar? ¿Dónde?

—Al *VIPS* que hay aquí al lado.

—¿No tenías que estar esta noche en ese programa en directo?

—Sí, pero eso se graba en esta misma calle —le sonrío y ella ya no tiene más excusas.

Cuando salimos del hotel, batimos un *record*: en solo unos cinco minutos, una admiradora me pregunta si puede hacerse una foto conmigo, y otra después de dejarnos atrás se vuelve a mirarme para comprobar que soy yo. Al final, conseguimos llegar al *VIPS*. Una vez sentados al fondo del restaurante, la camarera viene a tomarnos nota.

—Dos batidos de chocolate, por favor —le pido.

Ella hace un gesto de asentimiento y se va por donde ha venido.

—¿Primero los bombones y ahora esto? —Nora enarca una ceja—. ¿Pretendes ablandarme con chocolate?

—Nora, es mucho más que eso: es uno de los mejores batidos de chocolate que puedas encontrar; así que, sí, espero mi recompensa, y sabes

exactamente a lo que me refiero.

—¿De verdad has llegado a pensar que esto sería suficiente?

—Con Desirée habría funcionado.

—A Desirée le pierde el dulce.

—Todo el mundo tiene debilidades, Nora, sólo tengo que encontrar la tuya.

—¿Qué es esto? ¿Un juego? Si te enamoras, pierdes. ¿Es eso? —inquire—. Pues hasta ahora no has hecho más que dar palos de ciego.

—¿Ése es el problema? ¿Qué crees que pierdes si te enamoras? —Y en su cara se refleja que sin querer ha dicho lo que realmente piensa; una forma de pensar que, por otro lado, tampoco llego a entender—. Por eso mis esfuerzos contigo son inútiles, porque eres como un muro de acero: completamente impenetrable. —Veo en su expresión que ha captado mi juego de palabras, pero sé que no va a darme la satisfacción de comentarlo.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tienes debilidades?

—Claro que sí, Nora, muchas, pero he aprendido a aceptarlas sin estar constantemente a la defensiva.

Ella permanece con la mirada fija en mis ojos durante, exactamente, tres segundos; luego baja la cabeza y empieza a jugar con sus dedos buscando las palabras adecuadas para decirme.

—¿Nadie se ha aprovechado nunca de tus debilidades? ¿Nadie te ha hecho sentir demasiado vulnerable?

Antes de que yo consiga recordar si alguna vez me ha pasado algo así, la camarera llega con nuestros batidos. Pone una apetecible copa coronada con un poco de nata montada delante de cada uno de nosotros. Cuando se va, me dispongo a responderle a Nora que no, nadie se ha aprovechado de mi vulnerabilidad, pero ella se apresura a cambiar de tema.

—Todavía me acuerdo de la primera vez que tomé un batido del *VIPS*.

Tendría unos cinco años. Me acababan de hacer un análisis de sangre y mi madre me propuso reponer fuerzas con el batido de chocolate más grande del mundo —sonríe nostálgica un instante—. Sí, la verdad es que antes eran mucho más grandes.

—Bueno, parece que todo degenera.

—Sí, y que antes yo era más pequeña —hace una graciosa mueca.

Nora agarra con las dos manos la copa para inclinarla, lleva sus labios a la pajita y empieza a sorber su batido. Mírala, si da gusto verla disfrutar como una niña; pero no se me olvida que yo también tengo mi propio batido.

Apenas me ha dado tiempo a beberme la mitad del batido cuando mi móvil empieza a sonar y vibrar. Suelto la pajita, trago y saco mi teléfono del bolsillo. Tal y como esperaba, es Marc. Respondo sabiendo exactamente la actitud que debo adoptar.

—Hola, Marc.

—Diego, ¿dónde coño estás?

—En el *VIPS* que hay al lado del hotel, con Nora —informo, y le oigo suspirar.

—¿Hace falta que te recuerde que estoy hasta los huevos de ti?

—No —sonrío, pensando que yo podría decirle lo mismo—. Tranquilo, Marc, iremos andando hasta *Vértice* —digo refiriéndome a los estudios de grabación, pero sin ninguna esperanza de que vaya a aceptar. De hecho, creo que acaba de colgarme—. ¿Marc? —Sí, me ha colgado.

—¿Ha desistido de echarte la bronca? —inquire Nora.

—No, qué va —sacudo la cabeza mientras guardo de nuevo el móvil en mi bolsillo—. No le gusta discutir por teléfono, pero se reserva para luego.

Nora suelta una risita y vuelve a lanzarse sobre su pajita. Yo hago lo mismo, será mejor que terminemos cuanto antes o Marc se enfadará aún más.

En cuanto acabamos nuestros batidos, pido la cuenta. Después de volver

a pedirla por segunda vez, el camarero sudamericano tarda en traerla demasiado para mi gusto; de hecho, hasta parece que nos esté haciendo un favor él a nosotros. No hay ni punto de comparación entre esta gente y los camareros de los chiringuitos de mi tierra. Al fin salimos del restaurante y justo frente a la puerta reconozco ese coche negro. Se abre la puerta del copiloto y enseguida sale Marc.

—Venga, subid los dos —apremia.

Nora y yo obedecemos sin pensarlo dos veces y ocupamos los asientos traseros. Durante el minuto escaso que dura el trayecto, llego a la conclusión de que Nora está en lo cierto: Marc ha desistido de echarme la bronca. Entramos directamente al garaje de la parte de atrás de los estudios *Vértice*.

Lo que más me gusta de venir a este programa es que no hay vestuario ni maquillaje. Puedo ser tan natural como quiera. De hecho, apenas queda un cuarto de hora para que estemos en el aire.

—Es la tercera vez que vienes de invitado a este programa, ¿verdad? —me pregunta Nora entre bastidores.

—Sí, y han estado a punto de matarme cuatro veces con sus experimentos —bromeo—. Pero el presentador es majo.

—En mi casa vemos este programa todas las noches. Me gusta terminar el día así, riéndome para desconectar y olvidar las cosas malas que me han pasado en el día.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: hay que... darle la vuelta a la tortilla.

Entonces es cuando oigo mi presentación.

—Esta noche nos acompaña en el programa... ¡Diego Arias!

Me inclino hacia Nora para darle un beso en la frente y luego corro hasta el plató. Cuando salgo ante toda esa gente que grita y aplaude, no puedo más que saludar y sonreír. Luego le doy un abrazo a Carlos, el presentador, y él me guía a la gran mesa central. Los dos nos sentamos en esas sillas

transparentes que siempre me han llamado la atención. El público al fin se calma y Carlos puede hablar.

—Diego, encantado de tenerte otra vez aquí —me dice—. Cuéntame cómo te va ahora que tu *single Bombón* es la canción del verano.

—La verdad es que estoy encantado de ver que en cada concierto todo el mundo se sabe ya la coreografía perfectamente.

—Es increíble que aún estés vivo con la gira tan loca que estás haciendo.

—Qué va, Carlos; me lo estoy pasando muy bien y descubriendo el cariño de todas esas admiradoras que son de fuera de España. La verdad es que yo sabía que tenía algunos *clubs* de *fans* por Europa, pero me ha sorprendido esta acogida tan buena.

—Tu concierto aquí en Madrid será mañana por la noche en el *Palacio de los Deportes*, y aún te queda ir a París, ¿verdad? ¿Tienes ganas?

—Sí, muchas. En París será el fin de gira. Haremos alguna fiestecilla para celebrarlo.

—Y cuando vuelvas a casa vas a ir directo a la cama y no te levantarás en tres días —adivina.

—Lo más seguro —tengo que admitir, y todos nos echamos a reír—. No, a ver, es cierto que una gira siempre es dura, pero merece mucho la pena.

—Háblame de tu dúo con Natalia Suárez, porque creo que llegó a ser número uno en las listas la semana pasada.

—Sí, bueno, la canción me gustó mucho desde el principio y siempre es un placer cantar con una gran voz como Natalia. Ha sido fantástico.

—¿Ella te está acompañando en esta gira? —se le ocurre preguntarme. ¿Qué puedo decirle? Natalia no ha venido con nosotros, pero creo recordar que Marc me dijo algo sobre ella y el fin de gira.

—Nunca se sabe —finjo que bromeo y me encojo de hombros—. Cada

concierto mío es una caja de sorpresas. —Mientras la gente hace sus suposiciones, me inclino hacia mi vaso: necesito agua.

—Y creo que también habéis hecho un gran trabajo con las coreografías.

—La verdad es que sí, para este último álbum nos hemos preocupado especialmente de los bailes —confirmo—. Es un trabajo *extra*, sí, pero ellos son bailarines, yo coreógrafo, y eso es lo que nos gusta. Nos divertimos mucho en los ensayos y además luego ves que el espectáculo gana muchísimo.

—Me han dicho que ahora tienes una bailarina nueva. —Cuando Carlos dice eso, ni siquiera sé qué cara poner. No, por favor, no vayas por ahí.

—Sí, Nora es muy buena. Una gran elección —respondo, y cruzo los dedos bajo la mesa para que lo deje estar.

—Y muy guapa, ¿verdad? —Ay, no. Me quedo mirando al presentador. Del público me llega alguna risita. Diga lo que diga, Marc me va a matar—. Diego, vas a tener que contarnos tus tácticas de ligue, porque parece que funcionan muy bien. —Vale, hasta aquí hemos llegado.

—Mira, Carlos, no voy a hablar de mi vida privada, pero sí me gustaría desmentir algún rumor estúpido que corre por ahí. Quiero dejar claro que yo no pongo los cuernos a nadie, no podría aunque quisiera; si lo que se inventa la prensa rosa ya llega demasiado lejos, imagina que lo hago de verdad.

Trago saliva. Joder, qué a gusto me he quedado. Entonces, sin que yo me lo espere, el público estalla en aplausos; parece que les he convencido. ¿Le habrá gustado esto a Marc?

—Está bien, Diego; si te parece, vamos a ver cómo se defiende Nora en el *videoclip* de *Bombón*.

Carlos da paso al vídeo y puedo respirar algo más tranquilo. Sí, el *videoclip* ha quedado bien, y Nora está estupenda. Cuando acaba, agradezco que vayamos directamente a publicidad. Me doy cuenta de que quiero ver a

Nora; esto es de locos, apenas me he separado de ella veinte minutos. Sin embargo, no me dejan salir del plató, tengo que quedarme firmando autógrafos a las personas del público y, por si fuera poco, Carlos me pide que le enseñe la coreografía de *Bombón*. Por supuesto, esbozo una amplia sonrisa. ¡Faltaría más!

Después, como siempre en este programa, me proponen algunos juegos y pruebas. Me río un rato y descargo un poco de adrenalina, pero al final Carlos recupera la serenidad.

—Ahora, Diego, antes de que te vayas, tengo que darte una sorpresa, una buena noticia. —¿Cómo? ¿Pero qué...?—. ¿Cuántas copias crees que has vendido ya de este nuevo disco? —¡Ay, no! ¡No puede ser! Sé exactamente a qué viene esa pregunta y apenas soy capaz de contener la emoción.

—No sé. ¿Unas cien mil? —No estoy seguro, pero dámelo ya.

—Diego, con doscientas mil copias vendidas... ¡eres disco de platino! — exclama, y al fin puedo dejarme llevar y salto muy alto—. ¡Felicidades!

No sé de dónde lo acaba de sacar, pero Carlos me da mi nuevo disco de platino. Antes de nada, le doy un fuerte abrazo. Mientras él despide el programa, yo observo mi regalo. Después, en cuanto puedo salgo corriendo para enseñárselo a Nora.

—Nora. Nora, ¿has visto...?

Ay... Dios... mío. Por favor, que sólo sea un espejismo. No, esto es real, la sonrisa de mi hermano es real. Ahí están Mario y Desirée. Joder, justo ahora. Mi hermano viene hasta mí y me envuelve en un fuerte abrazo, pero sigo sin poder reaccionar.

—¡Enhorabuena! Otro disco de platino, Diego —me felicita—. Ya no nos van a caber en casa.

—Gracias —digo aún confundido—. ¿Qué hacéis vosotros aquí? —es lo único que consigo preguntar.

—Desirée quería recordar por qué eres su cantante preferido.

—Y lo he recordado, te lo aseguro —interviene ella, viniendo también hacia mí para abrazarme.

Me fijo entonces en Nora, parece... preocupada. Supongo que sólo es por esta visita inesperada, pero decido preguntarle.

—Nora, ¿te pasa algo?

—No —niega con la cabeza—. Sólo es que... no sé, no imaginaba que iba a tener yo tanto protagonismo, ni que fueran a poner el *videoclip*. Sólo os ha faltado pedirme que saliera al plató —dice y me hace reír.

—¿Qué vamos a hacer contigo y tus inseguridades, Norilla? —enarco una ceja.

Antes de que yo llegue a asimilar del todo que Mario y Desirée hayan venido hasta aquí, Mario propone celebrar mi disco de platino yendo a un restaurante italiano que hay por aquí cerca, sabe perfectamente que mi comida preferida es la pasta, y yo acepto sin dudar. Así que aquí estoy, sentado frente a mi hermano, solo con él porque Nora y Desirée han ido al baño.

—Bueno, Diego, háblame de las chicas que estás conociendo por Europa.

Estoy a punto de decir algo, pero me quedo pensando. No tengo nada que decir. Mi hermano sabe que mis giras son verdadero turismo sexual, pero esta vez ni siquiera me he fijado en las chicas europeas. Sólo he tenido ojos para una chica, y apenas he conseguido nada.

—Diego, ¿qué pasa? —implora Mario—. Siempre estás deseando contarme tus aventuras. —Pero esta vez no puedo; quizá porque no hay nada que contar, o quizá porque la única que ha estado en mi cama es su novia... aparte de aquel desliz puntual. Como si me estuviera leyendo el pensamiento,

a mi hermano comienza a cambiarle el semblante—. Diego... no... no habrás sido capaz. Dime que no...

—No ha pasado nada —le tranquilizo, pero luego creo que debo hacer una aclaración—. Nora no ha dejado que pasara nada.

—Claro, supongo que tú no tenías ningún inconveniente.

—Ella tampoco estaba pensando en ti, créeme —le aseguro—. Y ni siquiera he tenido que contarle que te vi besando a Desirée —añado callándole la boca.

—Iba a contártelo —acaba contestando.

—Me da igual, el resto de las chicas me dan igual. Sólo quiero saber qué le pasa. ¿Contigo también es así? —inquiero y mi hermano se queda pensativo un momento.

—Es un témpano de hielo.

—Pero tú... la besaste.

—Yo también tengo mis tácticas; aprendí a ser inesperado y rápido, y seguramente no la intimidó tanto como tú.

Durante la cena, parece que mi hermano ya ha superado lo del *Roland Garros*, y también me fijo en que Desirée está mejorando poco a poco. Mario y Nora están... algo incómodos; ella por... no sé muy bien por qué, y él porque no tiene claro cómo actuar con cada una de las chicas. Quizá debería enseñarle un par de cosas sobre mi forma de ver la vida para que se relaje.

* * *

A la mañana siguiente, tengo una firma de discos en el centro comercial *La Vaguada*. Nora no ha venido conmigo porque se ha quedado con Desirée y Mario, pero esta vez se me hace más ameno que de costumbre. Las chicas están eufóricas y muy animadas, me hacen reír, me piden fotos, me regalan cosas, más de una me dice que ya tiene las entradas para el concierto de esta noche, otras me cuentan que me están siguiendo durante toda la gira, otras me hablan sobre el programa de ayer... y yo ya me estoy imaginando el doble platino en mis manos.

De nuevo en el hotel, lo primero que hago es darme una relajante ducha. Después, cuando salgo de la habitación para ir en busca de Nora, me topo en el pasillo nada más y nada menos que con Natalia Suárez.

—Natalia, ¿qué haces aquí? ¿Has venido para el concierto?

—Sí, voy a cantar contigo aquí en Madrid y también en París —me informa—. ¿No te lo ha dicho Marc?

—No —digo. Aunque quizá la respuesta sea “sí”, quién sabe.

—¿Qué tal va la gira? He oído que tienes una bailarina nueva.

—Sí, se llama Nora. Estoy muy contento con ella.

—Parece que os lleváis muy bien. ¿Es maja?

—Yo diría que Nora es... única.

—Sí, la única bailarina que apenas mide metro y medio —suelta de repente sin más reparos.

—Natalia, estás celosa —tengo que replicarle.

—¿Celosa de una niñata que no tiene ni la mitad de pecho que yo?

—Sí, muchísimo, y me hace gracia.

—¿Te hace gracia porque no tengo motivos? ¿Porque es obvio que me prefieres a mí? —me deja de una pieza. Suerte que, al menos, es guapa.

“No, me hace gracia porque aún crees en la posibilidad de volver a acostarte conmigo”, pienso, pero no soy capaz de decírselo tan directamente. Mientras yo me esfuerzo en encontrar palabras más suaves, ella se adelanta a tomar la iniciativa.

—Ven, vamos a mi habitación.

Agarra mi brazo y tira de mí. Yo no tardo en reaccionar: con un movimiento un poco brusco me libero de ella.

—Eso lo tendré que decir yo, ¿no? —se me escapan las palabras de la boca.

—¿Cómo? —entorna los ojos, queriendo creer que no me ha entendido bien.

—Mira, Natalia, me agobias. —Y hablando con esa sinceridad extrema acabo de quitarme un peso de encima, pero aún quiero continuar—. Déjame un poco de espacio, ¿vale? No te preocupes, tengo tu número de teléfono, te llamaré si quiero verte.

Antes de que me de cuenta, me ha dado un buen bofetón en la mejilla. Me siento como un coche que iba cuesta abajo sin frenos y se acaba de estrellar. Admítelo, Dieguito, te la has ganado a pulso.

—¡No vuelvas a hablarme así! Eres un machista y un arrogante —espeta, y acto seguido suspira—. No sé si saldré al escenario esta noche, pero desde luego no pienso ir a París —se cuelga su bolso al hombro, dispuesta a marcharse—. Por cierto, puedes borrar mi número de teléfono —es lo último que me dice antes de darme la espalda y marcharse.

La observo caminar a paso ligero a lo largo del pasillo hasta que dobla una esquina. ¿Machista? Yo no me considero machista. No me gusta atarme a ninguna mujer, pero las respeto. Si a veces no las tengo demasiado en cuenta, no es por machismo, simplemente es que no soy capaz de estar con una chica si en ese momento realmente no me apetece estar con ella. Necesito variedad,

e incluso a veces necesito estar solo, y no sé qué problema hay en ello. No entiendo por qué Natalia seguramente esté ahora llorando, y me jode. ¿Acaso se ha... enamorado y quiere casarse conmigo? Suspiro y me encojo de hombros. No logro entender al mundo y el mundo no me entiende a mí.

Por la noche, llega la hora del concierto, y Mario y Desirée se quedan entre bastidores para no perder detalle. Me obligo a darlo todo también hoy aquí en el *Palacio de los Deportes* de Madrid, pero ya estoy cansado; éste es el penúltimo concierto y ya no me queda nada para volver a mi casa y a mi cama.

Cuando llega el momento, presento a Natalia con miedo, porque acabo de recordar que no me he asegurado de que fuera a salir. Para mi alivio, aparece en el escenario, pero está muy distante, apenas se acerca siquiera a mí. Cómo odio estos malos rollos.

De nuevo solo en el escenario, miro a los ojos a esas chicas de la primera fila; se lo están pasando en grande, tienen delante a su ídolo, este concierto es una ocasión única para ellas y no lo van a olvidar. Todo el público canta conmigo y consiguen levantarme el ánimo a mí también.

* * *

Abro los ojos despacio. Seguimos en el autobús de camino a París y tengo el cuerpo entumecido. Necesito estirarme. Miro a mi alrededor con un prolongado bostezo. Me detengo a observar a Nora, a mi lado, se ha quedado

dormida. Tiene la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla y la rodilla izquierda doblada contra el pecho mientras se rodea el cuerpo con los brazos. Parece un angelito sin alas.

Entonces me doy cuenta de algo: lleva los cascos puestos. ¿Qué esconderá su *iPod*? Me planteo si debería hacerlo. Definitivamente, sí. Le aparto el pelo con cuidado y le quito un auricular para llevármelo a mi propia oreja. No me esperaba esto: está escuchando una canción mía. Contengo una risita; esta chica es una caja de sorpresas.

Nora se remueve y baja el pie del asiento. Luego pestañea un par de veces y me mira.

—Muy buen gusto, chiquilla —le digo.

—¿De qué hablas?

—De tu música. —Y sólo entonces se fija en la canción que está sonando.

—Ah, sí, bueno... la verdad es que escucho un poco de todo.

—Creí que tenía mérito estar en tu *iPod* —frunzo el ceño.

—En realidad, no demasiado.

—¿Y, de mis canciones, ésta es tu preferida? —me arriesgo a preguntarle y ella me mira.

—Lo era —admite—. Ahora es la de *A mi lado*.

—¿El dúo con Natalia? ¿Por qué?

—Por el tema de la canción, por lo que dice. —Me pregunto por qué le llamará tanto la atención una canción sobre una mujer enganchada a un hombre que no le conviene.

Reacciono y en un rápido movimiento me hago con su *iPod*. Cotilleo el tipo de canciones que tiene, y es cierto que hay de todo: *Mientes* de Camila, varias de Malú como *Así lo haré* o *Blanco y negro*, algunas del máquina David Bisbal, *Pantera en libertad* de Mónica Naranjo, unas cuantas mías...

incluso *No diré que es amor* de Megara en la película *Hércules* de Disney. Encuentro finalmente *A mi lado*.

—Vamos, Nora, canta.

—¿Aquí? ¿Para que me oiga todo el mundo? —se escandaliza.

—Sí.

—¡No! —sacude la cabeza.

Aunque ella no quiere, a mí sí me apetece cantar, así que es lo que hago, pero enseguida Nora me detiene.

—Diego, vas a despertar a quien se haya dormido —me regaña.

—¿Y qué? Que se despierten, les veo muy aplatanados.

Continúo cantando y Nora se ríe. La verdad es que todo mi equipo y mis bailarines ya están muy acostumbrados a que yo me ponga a cantar en cualquier momento, en cualquier lugar; simplemente, si tengo ganas de cantar, lo hago. Incluso consigo que algunos de los pasajeros del autobús me acompañen, y Nora divertida se libera de reparos también. Canta bien, muy bien; es más, la verdad es que tiene una voz preciosa. ¿Cómo es que no la he escuchado cantar nunca? Nuestras voces juntas suenan perfectamente, y no puedo evitar imaginarme cantando con ella encima de un escenario, pero eso son palabras mayores... de momento.

Agradezco que al menos nos hayamos entretenido un rato, porque el trayecto es muy largo y viene bien buscar alguna distracción.

—¿Falta mucho para llegar? —me pregunta Nora, y miro mi reloj.

—En un par de horas habremos llegado. —Ella suspira y deja caer la cabeza hacia atrás. Lo sé, este viaje se está haciendo muy pesado—. Es lo que tiene ir en autobús.

CAPÍTULO XXII

(Nora)

Un verdadero volcán

Y solo así lo haré,
solo así me olvidaré de él.
Cuando me hagas el amor deja tus huellas,
llévame hasta las estrellas.
Solo así lo haré,
en tus labios me refugiaré,
y tal vez después te quiera mucho más
o te ame como hoy lo amo a él.

Así lo haré, Malú

Acabamos de llegar a París. Sabía que tenía que volver algún día a esta preciosa ciudad. El autobús nos ha dejado hace unos minutos frente a la puerta de este hotel tan impresionante, y ahora mismo admiro el elegante y espacioso vestíbulo. Todavía no me acostumbro a los hoteles de cinco estrellas y las limusinas.

Veo que Marc se acerca a Diego y a mí. A juzgar por la expresión de su

rostro, seguramente la recepcionista le ha puesto algún inconveniente.

—Diego, falta una habitación.

—¿Cómo?

—Lo que has oído, que falta una habitación individual —repite Marc—.

Al parecer, sólo hemos reservado once.

—Bueno... algo podremos hacer. Negociando se arregla todo, ya me entiendes —dice Diego y se dispone a acercarse a la recepción.

—No, Diego, espera. —Le agarro del brazo y, en ese mismo momento, me parece no ser yo la que ha hablado. Y, sin embargo, continúo—. Yo puedo dormir contigo... si tú quieres.

—¿En serio? —inquieta con una sonrisa pícaro que trato de ignorar.

—Al fin y al cabo, el otro día acabamos durmiendo juntos y salí ilesa —digo sin saber qué expresión adoptar mientras Diego me sostiene la mirada.

—¿Esto es porque sabes que mi habitación tendrá vistas a la Torre Eiffel?

—¿A qué viene eso? Sólo intento ahorrarte una molestia.

—No seré yo quien se niegue.

Pasamos el día haciendo lo que yo he denominado turismo en limusina. El primer sitio que visitamos es *Opéra*; un pianista toca al pie de la espléndida escalinata de la academia nacional de música, y el vendedor de un puesto de flores me regala una rosa roja. Luego vemos la iglesia de la *Madeleine*, tan parecida a un templo griego. Diego me cuenta curiosidades como que esa puerta de bronce es aún más alta que la del Vaticano y que hay exactamente cincuenta y dos columnas. También pasamos junto al famoso Museo del Louvre, su Arco del Carrusel y sus pirámides de vidrio, y nos salen unas fotos preciosas.

—Me muero de hambre, Diego —digo, llevándome las manos a mi estómago vacío.

Comemos pollo asado con patatas fritas en un agradable restaurante y luego seguimos nuestro trayecto hacia la catedral de *Notre-Dame*, merendamos un riquísimo *croissant* parisino y terminamos en el Barrio Latino. Se nos agota el tiempo, quizá mañana podamos visitar la Torre Eiffel, el *Moulin Rouge*, *Montmatre* y el *Sacré Coeur*.

Por la noche, en el propio hotel nos han preparado la fiesta de fin de gira. Diego se ha ido de la habitación a cambiarse con los chicos y yo intento mantener la calma mientras Sandra me aplica el último toque de sombra de ojos. Sólo un poco más.

—Ahora lo difumino así y... ya está. ¡Perfecta!

—¡Dios mío, Sandra! Realmente eres una experta en maquillaje —interviene Ainhoa—. La has dejado monísima.

—¿Ya puedo mirarme al espejo? —pregunto por enésima vez.

—No, aún falta un detalle.

—¿Qué clase de detalle? —imploro, ya al límite de mi paciencia.

—Unos preciosos e impresionantes tacones —me recuerda Sandra, tirando de mí hacia el otro extremo de la habitación.

Me muestra un par de estupendos zapatos rojos que me dejan perpleja. Tienen adornos de lentejuelas y al menos diez centímetros de alto.

—¿Pretendéis que me ponga esto?

—Por supuesto que sí, y sin rechistar —me advierte Ainhoa—. ¡Súbete ahí ahora mismo!

Veo que ellas están más entusiasmadas que yo, así que decido, al menos, intentarlo. Sin pensarlo más, me enfundo los impresionantes tacones, dándoles la oportunidad de esbozar sendas sonrisas de orgullo.

—¡Fabulosa! —aplaude Sandra—. ¿Tú qué dices, Ainhoa? ¿Dejamos que se mire ya en el espejo?

—Yo creo que sí. Hemos hecho un gran trabajo.

Con un gesto, Sandra me indica que me gire hacia el espejo de cuerpo entero de la habitación, y eso hago inmediatamente.

“*Esa no soy yo*”, es lo primero que pienso. En mi pelo, ahora ondulado, me han hecho un recogido despeinado muy favorecedor. El impecable maquillaje resalta el color marrón de mis ojos y la forma de mi rostro. Una cadena de plata, de la que cuelga un corazón, viste un provocativo escote. El vestido, rojo pasión, sólo tiene un tirante en el lado izquierdo; se adapta, como hecho a medida, a las curvas de mi cintura y termina con un bonito corte a mitad de mis muslos. Por último, pero no menos importante, están esos extravagantes tacones.

—Espera, los labios —me dice Sandra y, sin previo aviso, me pinta los labios de un horrible rojo putón.

De repente, alguien llama enérgicamente a la puerta de la habitación despertándome de mi ensimismamiento. Creo adivinar quién es.

—Chicas, ya es la hora. Ya deberíais estar las tres listas —apremia Diego desde el pasillo.

Sandra, con su vestido turquesa, y Ainhoa, con su vestido morado, se apresuran a recoger las últimas cosas mientras yo sigo anonadada. Una vez se han colgado al hombro sus respectivos bolsos a conjunto, no tardan en salir de la habitación. Yo, preocupándome sobre todo de que Diego no me vea, llevo hasta la puerta y la cierro rápidamente.

—Nora, ¿qué haces? —inquire Ainhoa desde fuera.

—Venga, sal, tenemos que bajar —escucho también a Sandra.

—No puedo salir así —digo, y enseguida me arrepiento de esa frase tan radical e intento arreglarlo—. No es que no me guste cómo me habéis arreglado, me encanta, pero esto es demasiado para mí.

—Nora, no digas tonterías, seguro que estás estupenda —intenta

convencerme Diego—. Ahora tenemos que ir abajo, hay gente esperando.

—Creo que prefiero algo más... menos llamativo.

—¡Ni se te ocurra cambiarte! —grita Sandra en un tono amenazador.

—Chicas, escuchadme —oigo decir a Diego—. ¿Por qué no vais bajando vosotras? Yo conseguiré que salga.

—De acuerdo, pero que no se toque ni un solo pelo.

—No lo hará —se atreve a prometer Diego.

Espero apoyada en la puerta a que se vayan mientras escucho el ruido de sus tacones a cada paso y pienso qué otra cosa podría ponerme.

—Nora...

—No voy a bajar así.

—¿Qué problema tienes?

—No es que quiera ir en vaqueros, pero este vestido me supera. Parezco una muñeca *bratz*.

—¿Qué tienen de malo esas muñecas?

—Lo sabrías si me vieras.

—Muy bien, entonces déjame verte.

—¡Nunca!

—Nora, por favor, no seas cría.

Esa frase me hace fruncir el ceño y volverme hacia el espejo, considerando este *look* una vez más. Quizá debería atreverme, pero al menos necesito un toque personal para reconocermme a mí misma, y sé exactamente cuál va a ser.

Quitándome el colgante del corazón, que me da una imagen demasiado cursi, camino hasta la mesa sobre la que he dejado mi neceser. Tras rebuscar unos segundos entre todos esos enseres, encuentro la cajita que necesito. La abro y finalmente saco mi colgante preferido, con una inquietante serpiente de plata.

Una vez me lo he puesto y me he mirado nuevamente al espejo, respiro hondo antes de abrir la puerta. Salgo despacio, con timidez e intentando no mirar a Diego a los ojos. Él lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca que marca su cuerpo sobre la que se ha puesto una camisa abierta de cuadros naranjas. Decir que está guapísimo es quedarme muy corta.

—Joder... tantas curvas y yo sin frenos.

—Seriedad, por favor —le pido—. A mí no... Diego, mírame a la cara. A mí no me gusta llamar la atención de esta manera.

—¿Sabes cuántas chicas pagarían por estar la mitad de buenas que tú? —me dice sin pensarlo dos veces y prefiero no comentar esa frase cuando consigo volver a hablar.

—Además, mira estos zapatos. ¿Cuántos pasos seguidos crees que podré dar?

—No te quejes de los zapatos, ahora casi estás a mi altura.

—Sinvergüenza —digo en un suspiro, pensando de nuevo en ir a ponerme algo un poco más discreto—. Pensarán que voy provocando, y yo no...

Diego da un paso hacia mí, acorralándome con sus brazos contra la pared, y me mira a los ojos, demasiado cerca. *Oh*, ¿por qué tiene la manía de hacerme esto?

—¿Sólo te pones un vestido de escándalo cuando vas buscando algo? —Y hace una pausa, esperando una respuesta que yo no soy capaz de darle—. Si te preocupa tanto lo que piensen los demás, nunca harás ciertas cosas que tanto te apetecen.

Aun sabiendo que no se refiere al vestido, sé que tiene razón. Sé que me gusta tenerle tan cerca, que mi corazón va a mil por hora y que está esperando a que le bese yo. Pero no puedo.

—Diego —susurro—. Creo que las chicas no se han ido.

Efectivamente, se escucha una risita cómplice a la vuelta de la esquina del pasillo y oímos cómo Sandra y Ainhoa se alejan corriendo. Luego tendré unas palabras con ellas. Diego suspira y da un paso hacia atrás.

—Nora, perdona. Sé que te lo prometí, pero... es difícil.

—¿Es difícil viéndome así vestida? —inquiero, para que comprenda que mis argumentos tienen sentido.

Diego, repentinamente silenciado, se limita a esbozar una sonrisa, hasta que encuentra algo que decir.

—Y aun así me he controlado, Nora —replica, elevando una ceja—. Venga, vamos para abajo. Estás perfecta así —me anima finalmente.

Me lo pienso unos segundos más pero... ¡qué diablos! Estoy estupenda con este vestido.

Llegamos a la enorme sala donde se celebra la fiesta de fin de gira. No es como el resto de fiestas en las que hemos estado: la gente va arreglada, la luz es tenue y la música... bueno, reconozco perfectamente la canción que está sonando; es *Heaven Bells*, de *Freedonia*, cantada por Aurora García, y me encanta. Miro a mi alrededor y me pregunto si habrá muchos peces gordos de la música por aquí. Ni siquiera Diego conoce a todo el mundo, pero me presenta a algunas personas. Mientras se encuentra inmerso en una emocionante conversación con el primer productor que tuvo cuando aún se estaba dando a conocer, aprovecho para hacer una necesaria visita al servicio.

Cuando salgo del baño, me dirijo de nuevo hacia la barra. Esquivo a un grupo de personas que bailan sin preocuparse de lo que ocurre a su alrededor, y ya puedo ver a Diego, justo donde le he dejado. Avanzo con la mirada fija en él y su expresión distraída, hasta que alguien choca contra mí disipando cualquier pensamiento.

—Perdona, cielo, no te he visto —se disculpa un chico moreno, engominado, de unos treinta años, y me mira de una manera extraña posando

una mano en mi hombro—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo, no ha sido nada.

—Eres Nora, ¿verdad?

—Sí —contesto, preguntándome cómo sabe mi nombre.

—Yo me llamo Óscar, técnico de luces —y se lanza a darme dos besos—. ¿Me dejas, al menos, invitarte a una copa? —me ofrece tan amablemente que me siento halagada.

—La verdad es que ya tengo una en la barra —dirijo una mirada hacia Diego, que ahora charla con una chica que se le ha acercado.

—Ya veo que se me han adelantado. Lástima, porque eres un verdadero bombón.

—Gracias —consigo murmurar, empezando a ponerme nerviosa.

—Lo digo en serio, me fijé en ti el otro día; me llamaste la atención incluso sin este vestidito. —Intento disimular, pero en este momento maldigo muchas cosas y personas a la vez, incluyéndome a mí misma.

Con actitud desinteresada, me recoloca el tirante. Me mira a los ojos y me sonrío, pero no estoy segura de la clase de mueca que consigo devolverle yo. Él desliza entonces sus dedos por el contorno del escote, hasta mi pecho.

—¿Qué estás haciendo? —alejo enseguida su mano de mí.

—Ahorrarnos tiempo a los dos. No te habrías vestido así si no quisieras lo mismo que yo.

Rodea mi cintura con sus asquerosas manos, que aparto al instante. En un acto reflejo, miro hacia la barra, hacia donde debería estar Diego, pero no sigue ahí; voy a tener que defenderme sola.

—No estés tan seguro, no me gustan los tíos machistas, pervertidos y arrogantes. El problema es que todos sois iguales.

—Venga, nena, no seas estrecha —me suelta aún dejándome atónita.
Nena...

—Mejor cállate antes de que me hagas enfadar —le advierto—. No me voy con el primero que pasa.

—Eso es verdad, Óscar, yo llevo más de un mes detrás de ella. Ponte a la cola. —Diego aparece detrás de mí, bromeando en el momento menos oportuno. Además, suelta una risita, y Óscar también, y acaban riéndose los dos como gilipollas. ¿Qué coño está pasando aquí?—. Una más como ésta y te mando a la puta calle, ¿estamos? —añade serio, pero sin que la sonrisa le abandone.

Ni siquiera me detengo a mirar la cara que se le ha quedado a Óscar, decido dar media vuelta y alejarme de ahí. He tenido suficiente. Diego me sigue hasta que llegamos a un sitio más apartado.

—Nora, espera. No te pongas así, ese tío es gilipollas —me dice, y yo me detengo y me giro al instante para contestarle.

—No, Diego, es un hombre —le corrijo—. Todos sois así, no podéis evitarlo.

—¿Todos sin excepción?

—¡Sin ninguna excepción! —me reafirmo—. Los dos sabíamos que esto iba a pasar, no sé cómo he dejado que me convencieras.

—Tienes razón —admite al fin—. Lo siento, Nora...

Le doy la espalda de nuevo y continúo caminando hacia la salida de la sala. Una vez fuera, Diego aún me sigue mientras voy hacia el ascensor. Esperamos sin mediar palabra hasta que se abren las puertas y enseguida entramos los dos. Yo pulso el botón de nuestra planta. Durante el silencio posterior, Diego parece pensativo, mira fijamente al suelo y se pasa el dedo pulgar por el labio inferior. Al final, levanta la cabeza y me habla.

—¿Sabes, Nora? Se me acaba de ocurrir algo que te hará sentir mejor. —Enarco la ceja izquierda: lo dudo.

Cuando salimos del ascensor, Diego me agarra del antebrazo y me lleva

por el pasillo en la dirección en que se encuentra nuestra habitación, pero se detiene ante la puerta de la que está justo antes.

—¿Qué haces? —inquiero.

—Es la habitación de Óscar —me explica con una sonrisa traviesa.

—¿Y a mí qué me importa?

En lugar de responderme, él lleva la mano al picaporte y, sin más, lo gira y abre. Le miro con la boca entreabierta y expresión interrogante.

—Antes le he visto salir y no ha cerrado con llave. A lo mejor creía que no hacía falta —aún me mira con esa sonrisa infantil de “venga, vamos a liarla parda”.

—No —niego con la cabeza—. No voy a entrar en una habitación ajena. ¿Qué pretendes? ¿Hacerle alguna faena?

—Es lo que se merece, ¿no?

—Diego, no —repito, y él apenas se queda mirándome un par de segundos más.

—Muy bien. —Y, dicho esto, me da la espalda para entrar en la habitación.

—¡Diego, sal de ahí!

Un cuarto de hora después, le hemos metido pasta de dientes en el bote de *champú*, *champú* en el bote de crema hidratante, y crema hidratante en el tubo de pasta de dientes. Ah, y le hemos quitado la gomina para que mañana tenga que ir con su pelo rebelde al natural. Por si fuera poco, a Diego se le ha ocurrido arremeter también contra su armario y un par de calzoncillos han acabado con un agujero en la parte delantera. Ahora estoy apoyada contra la pared mientras Diego, sentado sobre la cama de espaldas a mí, cotillea los cajones de la mesilla de noche. Estiro el cuello para mirar lo que está haciendo por encima de su hombro. Oh, acaba de encontrar unos preservativos; los que “Óscar el salido” quería utilizar conmigo, supongo.

Entonces, se me corta la respiración al ver que Diego coge tres de ellos y se los mete en el bolsillo trasero del pantalón. ¿Qué? ¿Acaso no se da cuenta de que le estoy viendo? Me incorporo y rodeo la cama yendo hacia él.

—Diego...

De pronto, me interrumpen unos ruidos en el pasillo, y cada vez más cerca, al otro lado de la puerta.

—¡Mierda! —maldice Diego.

Reaccionando rápidamente, no como yo, me agarra por la cintura y tira de mí para meterme bajo la cama. No sé cómo ocurre, pero en un instante estamos escondidos bocabajo debajo de la cama y Diego está muy cerca de mí; de hecho, está prácticamente encima de mí.

Óscar y una chica con unos tacones verdes entran en la habitación en un nivel de excitación de, yo diría, nueve sobre diez; o quizá diez, porque antes de llegar a la cama él ya le ha quitado las bragas. Dios mío, podría haber sido yo; él quería que fuera yo.

—Joder —suspira Diego y apoya su cabeza en mi espalda; siento su nariz entre mis omóplatos y un intenso cosquilleo en el estómago.

—¿Sabes? A mí no me pasan estas cosas si no es contigo —le aseguro y noto que se ríe.

Entonces la chica cae sobre la cama, los muelles del somier chirrían y sus estupendos tacones verdes caen al suelo ante mis ojos. Óscar, quitándose también los zapatos y deslizándose sobre ella susurra algo que no llego a entender del todo.

—¿Qué ha dicho? ¿Que la va a poner qué?

—No lo sé, yo sólo he entendido “Cuenca”.

Nos bastan apenas dos segundos para reconstruir la frase. Me da la risa y no puedo contenerme. Diego enseguida me tapa la boca y me estrecha más fuerte contra su pecho.

—Cállate, niña, que como nos pillen me muero de vergüenza — murmura, pero él tampoco deja de reírse.

Cuando empiezan a botar en la cama y escuchamos algún gemido que me hace sentir como una intrusa, Diego decide algo:

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Y cómo se supone que...?

—Salgo yo primero, espera aquí.

No me da tiempo a protestar porque, sin pensárselo más, sale de debajo de la cama arrastrándose sigilosamente los escasos metros hasta la puerta que da al balcón. Se queda en el entrante, donde ya es imposible que le vean, y me hace un gesto con la mano para que vaya yo también. De acuerdo, allá voy. Salgo despacio, intento ser silenciosa, pero mi corazón late a mil por hora. *Oh*, me van a pillar, ya lo estoy viendo. Qué vergüenza. Repto sin prisa pero sin pausa, ya estoy llegando. Pero aún puede verme alguno de los dos. Diego sigue ahí, esperándome, y al fin llego junto a él. Con toda nuestra prudencia y cautela, salimos al balcón. Sólo entonces puedo respirar más tranquila.

—Ya sé lo que sintió Tom Cruise al rodar *Misión imposible* —suspiro—. ¿Y ahora qué pretendes que...? —No puedo acabar la pregunta porque Diego se encarama a la barandilla y ágilmente salta al balcón de al lado, el nuestro—. ¿Te has vuelto loco? Estamos en un quinto piso. —Casi me olvido de controlar mi tono de voz.

—Puedes quedarte ahí si lo prefieres —me dice.

No me lo pienso demasiado. Pongo los ojos en blanco, le paso mis tacones infernales y me resigno a arriesgar mi vida. Me agarro fuerte a la barandilla, me subo a ella y me quedo bloqueada mientras pienso que no debo mirar abajo, o quizá es que he mirado abajo. Por Dios, hay más distancia entre los dos balcones de la que parecía. Diego se inclina estirando

los brazos hacia mí, consigue cogermé de la cintura y me alza para, en un par de segundos, sentarme sobre la barandilla de nuestro propio balcón. Me quedo con los pies colgando hacia fuera, pero él rodea mi tripa con sus dos brazos y ahora me siento más segura.

—Mira la Torre Eiffel —me susurra al oído.

Me fijo y, además de su iluminación habitual, ahora están esas pequeñas lucecillas que parpadean muy rápido en toda la longitud del monumento. Oh, es precioso, me encanta, debería hacerle una foto con la cámara de Mario para mi álbum, pero no puedo ni plantearme la posibilidad de moverme de aquí. Sin embargo, termina, esas lucecitas dejan de brillar.

Diego me baja de la barandilla y entramos en nuestra habitación. Él empieza a cambiarse, y yo, dándome cuenta de que estoy completamente agotada, enseguida voy hasta mi maleta a buscar mi pijama.

—¿Dónde está mi pijama? —me pregunto mientras sigo rebuscando entre mi ropa. Sin embargo, en ese momento encuentro una prenda que no debería estar ahí—. ¿Qué es esto?

Lo saco de la maleta para verlo mejor y lo extiendo frente a mis ojos. Es un picardías rojo, o casi transparente, extremadamente corto; aunque, eso sí, tengo que admitir que es divino. Al verlo, Diego esboza, precisamente, su sonrisa más pícara.

—¿Esto es cosa tuya? —le pregunto lanzándole una mirada asesina.

—¿Cosa mía? —finge ofenderse—. Venga ya, Nora, no soy tan...

—¿Sinvergüenza? —completo su frase.

—¿Sabes qué? Creo que ése será el nombre de mi próximo *single* —ríe, quizá sin darse cuenta de que no es el momento—. Nora, te puedo jurar que yo no he tenido nada que ver —me dice, y parece sincero.

¿Quién más puede haber hecho esto? No se me ocurre nadie. Las únicas que han estado... ¡Joder, han sido Sandra y Ainhoa!

—Las voy a matar —murmuro para mí.

Me incorporo al instante y, como una exhalación, me dispongo a salir de la habitación.

—¿Qué haces? ¿Dónde vas? —inquire Diego, notablemente divertido.

—A recuperar mi pijama; y a asesinar a Ainhoa y a Sandra de paso.

—Espera. —Cuando las yemas de mis dedos ya rozan el picaporte, Diego me detiene poniéndome una mano en el hombro—. ¿Por qué no te lo pruebas?

¿Está de broma? No voy a ponerme un picardías. Aunque... la verdad es que siempre he querido probarme uno de estos, y me lo está pidiendo Diego Arias, y sé lo que quiere él, y lo que quiero yo, y esta gira se acaba... y sólo entonces me doy cuenta de que me muero por lanzarme a sus brazos y, sobre todo, de que no existe razón alguna para no hacerlo. Le miro un momento entornando los ojos.

—Date la vuelta —le pido, de todas formas.

Diego me sonrío como un niño con un juguete nuevo al que le brillan los ojos y se vuelve hacia la pared. Aunque sé de sobra que me va a mirar en cuanto me descuide, dejo el picardías sobre la cama y agarro la falda de mi vestido para tirar de él hacia arriba y sacármelo por la cabeza.

—¿Ese era el problema, que no llevabas sujetador?

—¡Diego! —le regaño—. No se te ocurra volver a girarte si quieres que me ponga esto.

El vuelve a mirar a la pared y yo me enfundo rápidamente el picardías. Luego me suelto cuidadosamente el pelo y me lo alboroto un poco con los dedos.

—Ya está —le aviso.

Diego se da la vuelta y me mira de arriba a abajo. Cruzo los brazos sobre el pecho a la espera de su chiste malo y lascivo; sin embargo, me deja

atónita cuando se echa a reír a carcajadas y se deja caer sobre la cama.

—¿No vas a decirme ninguna de esas frases atrevidas tuyas que consiguen que me sonroje? —Pero no para de reírse.

—¡Te queda enorme, Nora!

Miro hacia abajo y agarro la falda. *Oh*, vaya, es cierto. Mientras yo intento ajustar como puedo los tirantes, Diego se levanta y viene hasta mí. Pone una mano bajo mi barbilla y me alza la cara. Sin más reparos, me besa. Es un beso lento, tierno, tranquilizador... Cuando se separa de mí, me ha dejado con la boca abierta literalmente.

—Es perfecto —dice, mientras recorre mi cintura en una caricia.

Luego, enseguida vuelve a la cama. Supongo que lo hace para no intimidarme, pero ya es demasiado tarde. A pesar de todo, intento quitarle hierro al asunto.

—No sé por qué te hace tanta gracia, no es nada comparado con lo que hemos vivido en la habitación de ese tío —digo mientras me meto a su lado en la cama.

—Bueno... es que eso ha sido surrealista —coincide él—. ¿Dirías que esta noche ha estado a la altura para ser el fin de gira?

—Sí, ¿por qué no? —contesto, encogiéndome de hombros.

—¿No crees que haya faltado nada?

La habitación queda sumida en un silencio sepulcral a la espera de mi respuesta. Sí, por supuesto que falta algo, falta que yo consiga de una vez volver a controlar mi propia vida. Se acabó, basta de tonterías, tengo que superarlo de una vez por todas.

—Diego —murmuro, y me contesta con un ligero gemido—. Creo que ahora no me resistiría —consigo decir y él abre los ojos.

—¿Te refieres a lo que yo estoy pensando? —Asiento con la cabeza—. Entonces, lánzate.

—No me pidas tanto o harás que cambie de opinión.

—Creí que nunca me lo dirías.

Enseguida mete la mano bajo el picardías. Acaricia suavemente mi tripa y mi pecho. Me atrae hacia él, me aparta el pelo y me besa en el hombro y en el cuello. Apoyándome sobre los codos, arquea la espalda, y Diego rodea con sus brazos todo mi cuerpo; ese cuerpo que yo siento pequeño, tembloroso, abandonado a su suerte. Cierro los ojos con la intención de no volver a abrirlos. Su mano se desliza ahora hacia abajo por mi cintura y su dedo pulgar me roza suavemente el ombligo. Diego juguetea con el contorno de mis braguitas y yo escondo el rostro en su cuello. *Oh*, ¿qué bragas llevo? Tira de ellas con delicadeza a lo largo de mis piernas hasta quitármelas. Se queda quieto un instante y puedo sentir su mirada por todo mi cuerpo, pero prefiero no abrir los ojos. Entonces se inclina sobre mí, entrelaza sus dedos con los míos sobre la almohada y me besa en los labios; un beso dulce y cálido. Sus suaves caricias me hacen cosquillas en el brazo y me demuestran que sigo tensa. Relajo mis hombros, mi espalda, mis rodillas ligeramente flexionadas.

—Diego, usa lo que has encontrado en esa habitación —me acuerdo de pedirle, en un suspiro.

Afortunadamente, me hace caso de inmediato. Se inclina hacia su mesilla de noche y sigo sin abrir los ojos mientras él rasga el envoltorio del preservativo. En cuestión de segundos está de nuevo sobre mí. Me llena el cuello de besos y sigue recorriendo mi mandíbula. Luego contengo la respiración, después un suspiro, dejo escapar una risita y un breve gemido, y otro más prolongado que le hace reír. Me doy cuenta de que esto está siendo muy especial para mí, diferente, agradable, digno de recordar. Diego me abraza y, al contrario que tantas otras veces, me siento... protegida. Siento su cuerpo sobre el mío como la mejor manta en el invierno. Veo que esta clase de amor, que llegué a pensar que era un mito, realmente existe, y me encanta.

Después nos encontramos los dos en silencio, yo mirando al techo y él girado sobre su costado izquierdo abrazándome todavía.

—Nora, nunca he querido a nadie como te quiero a ti —rompe el silencio con voz tranquila.

—Diego, no tienes por qué decirme algo así. No es más que un tópico.

—No, me refiero a que contigo siento... siento que tengo que protegerte. Es como si fueras algo demasiado frágil y delicado que puede desaparecer en cualquier momento.

Recapacito un momento sobre ello. Quizá sólo piense eso por cómo me he comportado con él, o quizá tenga toda la razón y yo desaparezca de un momento a otro. Decido atreverme a hacerle una confesión.

—Está bien; si vamos a sincerarnos, yo también tengo que decirte algo. —Diego me mira, realmente interesado, y yo decido decirlo cuanto antes—. Nunca había hecho esto. Quiero decir que nunca lo he hecho así, no he llegado a sentirme como me siento ahora. Creo que ha sido... diferente.

—En eso estoy de acuerdo.

—Siento que hayas tenido que esperarme tanto, yo...

—Nora, eso no me importa. —Entonces me mira fijamente a los ojos—. Pero quiero saber cuál es tu problema.

—¿Es que no has llegado a ninguna conclusión? —le pregunto, juzgando que ya habría podido atar cabos.

—No, aún no —admite, negando con la cabeza—. De hecho, tenía algunas teorías, pero he acabado por descartarlas todas.

—¿En serio? —inquiero curiosa—. ¿Qué clase de teorías eran esas?

—Primero pensé que era por mí.

—No, nada de eso, Diego. Tú... me gustas. —Sí, acabo de decirlo en voz alta; pero da igual, ya lo sabe.

—Lo sé, por eso descarté esa teoría —me asegura, y procede a contarme

la siguiente—. También pensé que te sentías culpable por Mario o por Desirée.

—Sí, en ese sentido ha estado mal.

—Pero no es eso lo que te preocupa, ¿verdad?

—No —reconozco con un hilo de voz.

—Así que también descarté esa teoría. —Respira hondo, intentando recordar qué más cosas pensó de mí—. También me planteé que pudiera ser un trauma por haber leído *Cincuenta sombras de Grey*... —Ante esa idea, no puedo más que soltar una sincera carcajada—. No te rías, estuve a punto de jurarte por escrito que el sadomasoquismo no es lo mío.

—Diego, no he leído ese libro ni pienso leerlo —digo sin poder dejar de reír—. ¿Algún otro diagnóstico?

—Llegué a pensar que quizá... —se interrumpe y frunce el ceño—. No, aquello fue un exceso de imaginación.

De repente, me doy cuenta de algo: ¿qué hora será? Me incorporo y alargo el brazo hasta mi mesita para coger mi despertador. ¡Oh, Dios!

—¡Son más de las cinco de la mañana! —me alarmo—. Deberíamos dormir algo.

—No, cielo, aún no he terminado contigo.

Rodea mi cintura con sus manos y me extiende sobre su cuerpo para besarme. No me puede estar ocurriendo esto a mí, creí que sólo pasaba en las películas. Cuando deja de besarme, sólo apoyo mi cabeza en su hombro. Cierro los ojos y puedo sentir su tripa subiendo y bajando con cada respiración, sus dedos acariciándome la espalda.

—Nora, ¿vas a quedarte así toda la noche?

Esbozo una leve sonrisa. Sí, por supuesto que lo haría, pero sé que está insinuando que yo debería tomar la iniciativa esta vez. De acuerdo, allá voy. Me incorporo a horcajadas sobre su tripa y le miro. ¿Por dónde puedo

empezar? Nunca he hecho esto. Por un momento, me encuentro perdida, pero una voz interior sale en mi auxilio: “*oh*, Nora, ya basta; nadie te va a juzgar”. Tiene razón.

Apoyándome en su pecho, me inclino hacia delante y le beso sin preocuparme más. Pronto me olvido de cualquier estúpido impedimento y decido que puedo sentirme libre, tomar la iniciativa sin pudor, ser yo misma. Y eso hago, con la sensación de estar superando algo difícil, dejándolo atrás definitivamente.

En el momento oportuno, Diego me abraza. En menos de un segundo soy yo la que está bocarriba y él sobre mí de nuevo. Enreda sus dedos en mi pelo, todos los órganos de mi cuerpo se empiezan a agitar, una especie de instinto salvaje comienza a aflorar en mi interior, ese cosquilleo casi insoportable en mi tripa me obliga a gemir alto y pronunciar su nombre, estoy prácticamente sin respiración, siento cómo me convierto en un verdadero volcán en erupción... hasta que salgo ardiendo.

Santo cielo, ¿cómo he podido perder tanto tiempo? Esta gira podría haber sido un viaje al paraíso con Diego Arias. Nora, mira que te ha costado abrir los ojos; has estado toda la gira resistiéndote a lo que en realidad estabas deseando. Da igual, pienso recuperar el tiempo perdido.

Abro los ojos y miro por la ventana abierta. Ahí está, la preciosa e imponente Torre Eiffel, aún iluminada. Puedo ver cómo el sol comienza a ascender, tiñendo el cielo parisino de rosa.

—Está empezando a amanecer —murmuro en el silencio de la habitación, y Diego abre los ojos—. Es precioso —añado y Diego me sonrío con ternura.

—Ven aquí, mi niña bonita —me rodea con su brazo, me acerca más a él y me besa en la frente.

—Me encanta ver el amanecer en verano. Si me despierto antes de que

amanezca y no consigo volverme a dormir, siempre acabo mirando por la ventana desde la cama como una tonta. Al fin y al cabo, no tengo nada mejor que hacer.

—Al menos a estas horas el calor da un poco de tregua.

Extiendo una mano sobre el pecho de Diego, abrazándome a él. “*Aún quiero más de ti*”, pienso, planeando lanzarme sobre su perfecto cuerpo de nuevo.

—Nora, tenemos dos opciones —interrumpe mis lujuriosos pensamientos—. Podemos dormir un poco, o podemos ducharnos, bajar a desayunar un delicioso *croissant* y luego ir y subir a lo más alto de la Torre Eiffel. —¿No hay una tercera opción? ¿No podemos quedarnos aquí, haciendo el amor el resto de nuestras vidas?

—La segunda opción suena bien —me resigno a contestar, y él me sonríe.

—Vale, voy a ducharme.

Y sin contemplaciones se levanta rápidamente de la cama. ¡No, no te vayas! Mientras se aleja, me quedo embobada mirando esos cinco lunares esparcidos por su espalda, increíblemente sexys, pero enseguida cierra la puerta del baño. Frustrada, frunzo el ceño. Entonces veo a mi perro de peluche en el suelo. Me inclino hacia él, lo recojo, lo pongo sobre mi pecho y lo acaricio. ¿Debería hacer lo que estoy pensando? No, no debería. ¡Qué diablos! Claro que lo haré.

Dejo a mi perro a un lado y salto de la cama. Me quito el picardías mientras en tres zancadas alcanzo la puerta del baño. Entro y, sin permitirme dudar un segundo, aparto la mampara y me meto en la ducha.

—Nora, ¿qué haces? —se alarma Diego, bajo el chorro de agua caliente.

—Calla y bésame.

Estoy a punto de besarle, pero Diego pone sus manos sobre mi pecho,

deteniéndome.

—¿Qué hace aquí *Catwoman* y qué ha pasado con mi niña?

No puedo evitar esbozar una sonrisa tonta, pero me pongo de puntillas y alcanzo sus labios. Diego rodea mi cuello con su mano, besándome con frenesí bajo el agua.

Tal y como habíamos planeado, después de una dilatada ducha bajamos al comedor a desayunar el típico *croissant* parisino; de los mejores que he probado, por cierto. Luego Alex nos lleva en coche hasta la mismísima Torre Eiffel.

En cuestión de minutos me encuentro observando todo París desde el punto más alto de la torre al que se puede llegar, absolutamente fascinada. Diego llega por detrás de mí, rodea mi tripa con sus brazos y acaricia mi oreja con su nariz.

—Me encanta esto, Diego —murmuro—. ¿Sabes que cuando estuve aquí con mis padres no pudimos subir a la Torre Eiffel? Había una cola infernal.

—Sí, sí que lo sabía, por eso te he traído —me contesta, y giro la cabeza para mirarlo. ¿Lo sabía?—. Lo contaste el primer día que nos vimos —aclara. Vaya; es cierto, pero ni siquiera yo me acordaba de ello.

—¿Y aún te acuerdas?

Sonríe con dulzura y, sin decir nada, se inclina para besarme una vez más.

* * *

Ahora viene mi parte preferida de la coreografía. Cojo aire y me lanzo a bailar, en primera fila, con una gran sonrisa, con una energía extraña por saber que éste es el último concierto de la gira. Diego vuelve la cabeza para mirarme, me guiña un ojo y anda hacia atrás viniendo hasta mí. Canta una última estrofa a mi lado mientras yo sigo bailando. Tras hacer una floritura con la voz me mira, me sonrío y rodea mi cintura con su mano. Empieza a moverse con su desparpajo característico, no sé cómo me puede gustar tanto, y le sigo por simple inercia. Improvisamos, me ayuda a dar una vuelta con más gracia de la que yo realmente tengo, pero tiene que cantar y no puede seguir bailando.

Todavía me sigue asombrando su alegría, su forma de ganarse al público, su risa y, sobre todo, su voz, porque hay que decir que sabe cantar, y cuando se encorva y cierra los ojos para llegar a los tonos más altos es impresionante.

Llegados a este punto, Diego debería presentar a Natalia y cantar con ella el dueto; el problema es que Natalia no está aquí, se enfadó y se negó a venir a París. En un principio, pienso que Diego se limitará a pasar a la siguiente canción pero, cuando sale corriendo del escenario, apuesto a que tiene algo pensado para suplir con creces la ausencia de Natalia. ¿Con qué nos sorprenderá ahora?

Diego vuelve enseguida al escenario con dos micrófonos en la mano. Acercándose el suyo a la boca, se dirige al público.

—Tengo que daros la mala noticia de que Natalia no ha podido estar aquí esta noche. —Hace una pausa mientras la gente lo asimila, y se escucha un murmullo ahí abajo—. De todas formas, no quiero dejar de cantar este precioso dúo, que se llama *A mi lado*, y que nos encanta a todos, y voy a pedirle a una persona muy especial que me ayude. —Antes de que me dé

tiempo a preguntarme qué se supone que está haciendo, se vuelve hacia mí con una sonrisa—. Nora, ¿cantas conmigo?

Me quedo de una pieza. ¿Me está pidiendo que cante, aquí, delante de toda esta gente? Por lo visto, sí, y viene hacia mí muy seguro de sí mismo. Aparta el micrófono para hablarme.

—Tienes que hacerlo. Sé que te sabes la canción y cantas estupendamente.

—¿Te has vuelto loco? —replico.

—Nora, por favor, me encantaría hacer esto contigo. Será divertido. —Alza las cejas y me tiende uno de los micrófonos.

No, no será divertido; no puedo hacerlo. Aunque... la verdad es que de niñas todas nos hemos imaginado alguna vez cantando en un escenario ante un montón de admiradores y, ¿qué otra oportunidad tendré de hacer eso realidad? Sin querer pensarlo mucho más, le quito a Diego mi micrófono de las manos, y la gente aplaude. Dios mío, esto debe ser un sueño.

Comienza a sonar la música y Diego, con una mano en mi espalda, me guía hasta el centro del escenario. De acuerdo, la primera estrofa de la canción debo cantarla yo. Cojo aire, intento relajarme, espero el momento preciso y entonces consigo dejar salir mi voz. Sin que yo me lo espere, Diego se inclina levemente hacia mí y me susurra unas palabras.

—Sonríe, cariño, que esto no es el coro de la iglesia.

Precisamente, consigue arrancarme una amplia sonrisa mientras continúo cantando. Terminó mi parte, y entonces le toca a él. Me quedo mirándole, me olvido de todo, y cuando llega el estribillo no me cuesta cantarlo tan bien como si estuviera en la intimidad de mi habitación. Diego me rodea con su brazo y puedo sentirle cerca, me da confianza y seguridad. Saco todo lo que tengo, incluso cierro los ojos y me atrevo a imitar uno de los agudos de Natalia. Consigo hacerlo, Diego me sonrío y yo sonrío. Después

me toca de nuevo cantar sola.

—Si sigues haciéndolo así de bien voy a tener que darte una recompensa —me dice apartando su micrófono, y de nuevo me hace reír.

De nuevo canta él, y me canta a mí. Me mira a los ojos y yo no puedo más que disfrutar el momento, casi derritiéndome. Durante el último estribillo, lo único que pienso es que estoy viviendo un momento realmente memorable, y que me gustaría que esta canción fuera eterna pero, como todo, termina. Al menos, Diego no me suelta de la mano.

La gente aplaude entusiasmada y yo siento que no les he decepcionado. *Oh*, esto es increíble. Giro la cabeza hacia Diego y veo que él me está mirando. No hace falta que me diga nada, su cara es un libro abierto. Él tenía razón: he podido hacerlo. De repente, se inclina hacia mí y me da un casto beso en los labios. ¿Acaba de atreverse a besarme delante de toda esta gente? ¿Qué dirá Marc? Luego tira de mí para sacarme del escenario. Ah, sí, en este momento del concierto toca cambio de vestuario.

—Has estado estupenda, Nora ¿Has visto hasta dónde podemos llegar juntos? —Su sonrisa pícaro hace que mil mariposas me recorran el estómago y no sé responderle—. Ven, tu ropa está en mi camerino. —Sonrío como una niña traviesa y me dejo llevar, me encanta esa idea.

—¿Y de qué tengo que disfrazarme ahora?

Vacila un poco y esboza su sonrisa pícaro. Ya puedo hacerme una idea sobre el vestuario.

—De colegiala *sexy* —dice al fin.

Pongo los ojos en blanco mientras entramos en su camerino. Sí, ahí está mi vestuario: una camisa blanca medio transparente, una falda escocesa que apenas llegará a cubrirme el culo y unas bonitas botas altas negras.

Diego cierra la puerta y se quita rápidamente la camiseta. Yo empiezo a desnudarme también, tenemos que volver a salir cuanto antes. Acabo de

quedarme en ropa interior delante de Diego y ni siquiera me siento extraña. Decido empezar por la falda; me la pongo y corroboro que, efectivamente, en cuanto me mueva se me verán las bragas. Sin querer pensarlo mucho más, cojo la camisa blanca.

Diego termina de vestirse y se limita a observarme mientras acabo de abrocharme los corchetes de la camisa. Finalmente voy a por las botas, pero sólo me da tiempo a ponerme una. Diego viene hacia mí, me estrecha contra la pared y empieza a besarme salvajemente. Vuelve a desabrocharme la camisa y siento sus dedos dentro de mi sujetador, y luego su mano bajo mi falda, sus besos en mi cuello, sus respiraciones en mi oído. Me está gustando, y me enorgullece que sea así. Enredo los dedos en su pelo y acaparo sus labios.

—Normalmente, mucho antes de llegar a este punto ya me habrías parado —dice cuando consigue separarse de mí.

—Tendrás que hacerlo tú solo a partir de ahora.

—Voy a necesitar mucha fuerza de voluntad... porque hay que volver al escenario —da un lento paso atrás con una sonrisa—. Espera, te falta algo.

Se inclina para coger de una silla cercana una corbata a conjunto con mi falda. Claro, no podía faltar. Me rodea el cuello con ella y tira de los extremos acercándose a su cuerpo. Se le escapa una risita.

—¿De qué te ríes?

—De nada que tú puedas entender. —Y termina de hacerme el nudo.

Me da un último beso ligero, pero luego se gira y sale corriendo del camerino. Yo termino de ponerme la bota izquierda y me apresuro a seguirle, contagiada de su entusiasmo y de su sonrisa.

En cuanto salgo por la puerta, alguien me sujeta desde atrás rodeándome por la cintura. Trato de gritar, pero también me tapa la boca. ¡Suéltame, joder! Empiezo a dar patadas al aire, mientras ese misterioso hombre me

mete de nuevo en el camerino de Diego. Una vez allí, me suelta y se apresura a cerrar la puerta.

Me vuelvo hacia él y entonces le veo la cara. Al instante, todo mi cuerpo se hiela. Es él. Me ha encontrado. Automáticamente me viene a la cabeza ese estúpido programa de televisión. Antes de poder reaccionar, me doy cuenta de que está tan guapo como siempre; de hecho, hacer INEF le está sentando muy bien. Su pelo castaño oscuro un poco revuelto, sus ojos color chocolate, su piel tostada. Lleva unos vaqueros desgastados y una camiseta roja holgada de manga corta que deja al descubierto sus prominentes bíceps; unos brazos mucho más fuertes que yo, perfectamente capaces de inmovilizarme, puedo dar fe de ello.

—Sergio —murmuro asustada, prácticamente sin voz.

—Hola, nena. Cuánto tiempo sin verte.

Esboza una sonrisa que, además de parecerme encantadora, llega a darme miedo. Camina hacia mí y cada paso que él avanza es un paso que yo doy hacia atrás. Desde aquí oigo a Diego animando al público, diciéndoles algo que no estoy en condiciones de entender.

—Te veo bien, has adelgazado más —sigue escaneando mi cuerpo de arriba a abajo—. Lo que no entiendo es por qué en cuanto no estoy te subes a bailar encima de un escenario con una falda demasiado corta... y te haces mechás —enarca la ceja izquierda—. Sabes que no me gusta nada... pero ahora mismo soy incapaz de enfadarme contigo.

Da un último paso y me encierra entre sus brazos contra la pared. Su mano se desliza desde mi cuello despacio por mi pecho cortándome la respiración y por mi vientre hasta mi ombligo. Giro la cabeza, incómoda por tenerle tan cerca, trago saliva y me percató de que mi corazón late desbocado. Con una mano alza mi barbilla y se inclina sobre mis labios para besarme. Un millón de recuerdos me vienen a la cabeza de lo que llegué a quererle y de lo

que aún le quiero. Sin darme apenas cuenta, cuando él hace un amago de separarse de mí, persigo su boca y le beso de nuevo. ¡No, Nora, no! ¿Qué estoy haciendo? Aprieto los párpados y reúno la suficiente fuerza de voluntad para dejar caer mi frente sobre su pecho. Reconozco su olor y me muerdo el labio inferior. Aquí, entre sus brazos es donde quiero estar. Cuántas horas he pasado así y cuántas más pasaría. Desde el escenario llega la voz de Diego ya cantando y riendo.

—¿A qué has venido? —consigo preguntar y levanto la cabeza, aunque sigo mirando al suelo—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Te perdí, Nora, te perdí la pista por completo. Te cambiaste el número de teléfono, desapareciste de las redes sociales... Imagínate, durante estos dos últimos años no he tenido la menor idea de dónde estabas. Pero dándole tiempo al tiempo... al final ha sido fácil encontrarte, teniendo en cuenta que se anuncian por televisión los días, las horas y los lugares en los que vas a estar. —Durante el silencio que sigue, se me forma un nudo en la garganta. ¡Estúpida! ¡Nora, eres una estúpida!—. Cielo, tú eres para mí, ¿entiendes? Creo que fui suficientemente claro cuando te dije que eres mía y siempre lo serás. —Cuando me repite esas palabras, no puedo evitar mirarle a los ojos con angustia—. Vámonos de aquí, no me gusta este sitio.

—No, Sergio, no voy a ir a ninguna parte contigo nunca más —digo intentando sonar firme, pero me resulta imposible.

—Vamos, nena, podemos pasarlo muy bien. Tú y yo en París.

Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y a estas alturas todavía me tienta. Está demasiado cerca y yo aún le quiero. Me hace dudar. Me besa en el cuello y siento su aliento en mi mejilla. Dos lágrimas resbalan desde mis ojos, porque me encantaría besarle y volver a abandonarme en sus brazos, pero sé que no debo. Cojo aire intentando serenarme.

—Sergio, lárgate ahora mismo. No puedes estar aquí —le advierto en un

débil suspiro y él alza la cabeza para mirarme a los ojos.

—Tú vienes conmigo —usa un tono irrevocable, pero consigo negar con la cabeza—. Tú eres adicta a mí y yo quiero que seas mía. ¿Qué problema hay? —Me tiemblan las piernas, pero aún me mantengo erguida apoyada en la pared.

—Las adicciones pueden hacer mucho daño —murmuro—. Sergio, tú sólo me haces sufrir. Dame una sola razón por la que debería volver contigo.

—Muy bien, nena, te daré la razón más sencilla de todas: vas a venir conmigo, simplemente, porque no pienso darte otra opción.

En ese momento, siento una explosión de rabia, y le empujo con todas mis fuerzas, pero apenas consigo que se mueva.

—¡Apártate de mí! —grito más alto de lo que me creía capaz.

—¡Para ya, joder! —él levanta la voz, como siempre, mucho más que yo, y da un fuerte puñetazo en la pared justo al lado de mi cabeza. Luego respira hondo un par de veces, tranquilizándose; y sólo entonces me doy cuenta de que Diego ha dejado de cantar y la música ha parado—. Tenemos que salir de aquí, vamos.

Me agarra por la muñeca y tira de mí. Intento resistirme y forcejear, pero él me arrastra casi sin esfuerzo. Justo antes de que Sergio toque el picaporte, éste gira solo. La puerta se abre desde fuera y aparece Diego. Es como si se parara el tiempo. Me quedo bloqueada, no sé lo que siento y todo empieza a darme vueltas.

—Está prohibido estar entre bastidores y sobre todo en mi camerino. Fuera de aquí —se limita a decirle a Sergio, aparentemente ajeno a todo—. Y tú, Nora, ¿por qué no has salido al escenario?

—Porque a mí no me da la gana —Sergio contesta por mí—. No va a volver a salir a un escenario, así que puedes empezar a buscar otra fulana.

—¿Y quién eres tú para atreverte a hablar por ella? —replica Diego.

—Su novio, el que se la va a llevar de aquí. ¡Apártate!

—Nora, ¿qué significa esto? —me pregunta Diego, pero apenas soy capaz de mirarle unos segundos.

—Déjala en paz, no tienes nada que hablar con ella.

Tras esas palabras, Diego se queda mirándome serio. Aún con la cabeza baja, le observo, y creo que rápidamente está deduciendo muchas cosas.

—Mejor cállate, ya me hago una idea de la clase de novio que eres tú —le dice con absoluto desprecio—. Nora, ven aquí.

Diego da un paso hacia mí y roza mi brazo libre, pero Sergio me da un fuerte tirón para alejarme de su alcance.

—Ni se te ocurra tocarla —le advierte Sergio.

—¿Por qué? ¿Porque lo dices tú? —se encara Diego—. Tú ya no eres nada para ella, y no puedes aparecer ahora que te había olvidado. Le ha costado mucho, pero ayer mismo consiguió pasar página; no sé si sabes a lo que me refiero —dice, y me sorprende oírle hablar así. Dios mío, no sabe lo que está haciendo; Sergio se va a enfadar.

—No sé qué estás insinuando, pero nadie más que yo le toca un solo pelo a mi chica. —Sergio se esfuerza por contenerse un poco más, pero puedo imaginarle como dinamita con la mecha encendida.

—¡Lástima que ya no sea tu chica! —le grita Diego y sé que eso le hará estallar.

Preveo en mi cabeza exactamente lo que va a pasar, y consigo actuar con la suficiente rapidez. En una fracción de segundo me pongo delante de Sergio, cuando su mano ya forma un puño alzado junto a su cabeza.

—¡No, Sergio, por favor! —coloco mis manos en sus ardientes mejillas, obligándole a mirarme—. Escucha: me iré contigo, ¿de acuerdo? Haré lo que quieras. Todo volverá a ser como antes, te lo juro, pero no hagas esto aquí.

Sergio me aparta de su camino de un empujón. ¿Acaso no le he

convencido? En cuanto recupero el equilibrio, les veo sumidos en una horrible pelea. Una patada, un rodillazo, un forcejeo, un gruñido, un puñetazo y Diego cae al suelo. Eso me hace reaccionar, tengo que hacer algo. Rápidamente, corro hasta la espalda de Sergio y me lanzo sobre él para intentar detenerle.

—¡Suéltale! ¡Ya basta! ¡Estás mal de la cabeza! ¡Sergio, para!

Entonces noto cómo alguien me agarra de la cintura, me aparta de Sergio sin que yo pueda evitarlo y me deja de nuevo en el suelo. Es un guardaespaldas; de hecho, es uno de los tres guardaespaldas que han entrado en el camerino. Rápidamente, se encargan de inmovilizar a Sergio y, para entonces, Diego ya está de nuevo en pie.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —escucho la voz de Marc, que entra también en el camerino, y es como si acabara un fragmento a cámara rápida en una película.

—Que las bailarinas levantan pasiones —ironiza uno de los guardaespaldas.

—Diego, podrías denunciarle. Tienes testigos —le propone enseguida el *mánager*, y yo me obligo a apartar la vista de Sergio.

Diego me mira con la respiración aún acelerada. Seguramente, es capaz de ver en mis ojos un atisbo de la angustia que siento por dentro.

—No, Marc —niega con la cabeza—. Pero sacadle de aquí.

Sergio me lanza una mirada intensa; ni siquiera sé qué estará pensando. Acto seguido, se zafa de los guardaespaldas con un movimiento brusco. Sale del camerino por su propio pie, y los guardaespaldas le siguen, pero yo no me siento más tranquila. Durante unos segundos miro a Diego, completamente desorientada, y me doy cuenta de algo, algo que me hace correr tras los guardaespaldas.

—¡Esperad! —les grito, consiguiendo que se detengan y se giren, y

continúo hablando cuando llego frente a ellos—. No podéis sacarle a la calle sin más. No, por favor. Aparecerá de nuevo en cualquier otro momento, en cualquier otro lugar.

—¿Y qué pretendes que hagamos, niña? —inquire uno de esos gorilas—. ¿Tienes alguna otra solución?

No, no la tengo. Ninguna que no pueda volverse después contra mí.

—Nena, ven conmigo —me aconseja Sergio.

Su mirada es tan intensa que tengo que cerrar los ojos para contener las lágrimas, y una mano cálida se posa en mi hombro.

—Nora, tranquila, todo va a ir bien —me asegura Diego.

Cuando abro los ojos de nuevo, los guardaespaldas se llevan a Sergio por el pasillo. Doblan una esquina y salen de mi vista

—No, Diego. Yo me voy con él —intento correr, pero Diego agarra con fuerza mi muñeca.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca?

—Si no lo hago, tarde o temprano me encontrará y será aún peor. Tú no lo entiendes.

—Entiendo que no puedes volver con él —levanta la voz—. No pienso permitirlo.

—Suéltame, Diego. Tengo miedo. ¡Suéltame!

Yo, más nerviosa a cada segundo, con una angustia dentro de mí que crece rápidamente, hago lo posible por escapar. Doy fuertes tirones, trato de correr, le araño, y Diego termina por rodearme con sus brazos. Forcejeo un poco más y de repente me doy cuenta de que no es miedo lo que tengo, sólo quiero volver con él; y es cuando me derrumbo.

Me giro hacia Diego, apoyo la frente y la mano izquierda en su pecho, y me limito a llorar mientras él me abraza. No, no, esto no puede estar pasando. No puede ser, ha pasado tanto tiempo... Pero sabe dónde estoy, ha venido

hasta aquí. Dios mío, aún cree que soy suya, y me ha besado, y...

—Diego —escucho la voz de Marc a mi espalda—. Tienes que...

—Marc, ni me hables —gruñe Diego.

Sin dejar de abrazarme, tira de mí. No sé dónde me lleva, pero me da igual. Estoy perdida, lo sé. ¿Qué pasará cuando aparezca de nuevo? ¿Qué puedo hacer yo? *Oh*, si mi madre se entera de esto...

Entramos en un baño, Diego me agarra por la cintura, me levanta y me sienta en el mármol frío entre dos lavabos. Da un paso atrás y se cruza de brazos esperando a que yo sea capaz de hablar. Me veo en el espejo de enfrente. Qué vergüenza, tengo todo el rímel corrido y todavía no puedo dejar de llorar.

—Nora, por favor, dime algo —me pide—. Explícame algo.

Trago saliva, respiro hondo y me obligo a hablar.

—Es Sergio, mi exnovio —contengo un sollozo—. Yo tenía dieciséis años y él era... es muy posesivo, me quiere sólo para él y...

—¿Qué te hizo? —me pregunta con voz queda.

—El problema no es lo que me hizo, Diego, el problema es que a pesar de ello le sigo queriendo —admito y me doy cuenta de que necesitaba decirlo en voz alta—. Me gusta mucho, Diego, y además se ha ocupado de convencerme de que soy completamente suya —a medida que hablo, se me quiebra la voz.

—Dime una cosa, Nora: ¿qué coño es capaz de hacer ahora que te ha encontrado? —me pregunta aún sin alterarse demasiado, con esa actitud que no llego a entender del todo.

—¡No lo sé, no tengo ni puta idea! —le grito derrumbándome—. Abrazame, por favor —consigo murmurar.

Diego suspira, viene hasta mí y me da el fuerte abrazo que necesito, como sólo él es capaz de hacerlo, y me deja seguir llorando un rato más.

CAPÍTULO XXIII

(Nora)

No vas a saber dónde encontrarme

Llegas cuando estoy a punto de olvidarte,
busca tu camino en otra parte
mientras busco el tiempo que perdí.
Hoy estoy mejor sin ti.

Mientes, Camila

A la mañana siguiente abro los ojos lentamente. Aún los tengo húmedos, he llorado en sueños. Me incorporo sentándome con las piernas cruzadas, me seco las pestañas con el dorso de la mano y me recojo el pelo en una coleta. Diego no está aquí, y tampoco en el baño, supongo que habrá bajado a desayunar. Eran las siete de la mañana cuando yo conseguí dormirme, así que no es raro que ni siquiera me haya enterado cuando se ha ido.

Anoche decidí que tengo llamar a mi madre y contarle todo esto; no sólo porque debe saberlo, necesito decírselo para poder contar con ella. Me vuelvo hacia mi mesita de noche y cojo mi móvil. Enseguida veo que tengo dos llamadas perdidas... de Mario. *Oh*, Mario; sí, también he pensado en él,

también tengo que llamarle y contarle lo que ha pasado entre su hermano y yo. No me demoro más y pulso el botón de llamada. Espero un par de tonos y él contesta.

—Hola, guapa —me responde, tan animado que me parece que no me está hablando a mí.

—Mario... —digo, intentando que no se note demasiado que me siento como una verdadera mierda.

—Nora, ¿qué te ocurre? —se preocupa al instante. No he conseguido sonar serena —. ¿Ha pasado algo?

—No, sólo... te tengo que contar una cosa.

—Dime —me anima, y creo que se está preparando para lo peor.

—Me he... acostado con tu hermano. —Ya está, ya lo he dicho; y no puedo evitar echarme a llorar de nuevo—. Lo siento mucho, Mario. Lo siento.

—Nora... Nora, tranquila.

—No, Mario, es que tú no te mereces esto. Me has tratado tan bien...

—Son cosas que pasan en las giras. Tampoco nos hemos prometido compromiso eterno ni nada de eso —me dice. Sin duda, aquí hay algo que yo no sé... aunque me lo puedo imaginar —. Nora, yo también he estado con otra —suspira—. Con Desirée.

De acuerdo, muy bien. ¿Y qué puedo decir yo a eso? Ni siquiera sé qué pensar; no sé si debería alegrarme, enfadarme, aliviarme...

—Nora, dime algo —me pide Mario al otro lado del teléfono.

—¿Qué puedo decir? Parece que Diego tiene razón: la fidelidad es todo lo contrario al amor. —Y me sorprende escuchar que Mario suelta una risita.

—Sí, va a resultar que sabe lo que dice.

—Mario, ¿tú crees que... ya ha conseguido lo que quiere? ¿Crees que se aburrirá de mí muy pronto? ¿Qué solo soy una *groupie*?

—No, Nora.

—¿No? —me extraña—. Pero nunca ha durado con una chica más de...

—Nora, tú no eres un capricho para él —me asegura—. Estuvimos hablando y me dijo que te quiere de verdad.

¿Que soy más que un capricho? ¿Que me quiere? *Oh*, por favor, no tengo fuerzas para plantearme si eso puede ser verdad y, en todo caso, no tengo fuerzas para asimilarlo.

—Nora... —me saca de mis pensamientos, seguramente algo incómodo por el silencio—. ¿A qué hora llegaréis?

—No lo sé, creo que sobre la una o las dos —digo algo confusa. Ahora mismo, eso es lo que menos me importa—. Habla con Diego.

—Ahora le llamaré, creo que voy a ir a recogeros al aeropuerto.

—Seguramente mi madre estará allí, pero si vienes podré darte un abrazo muy fuerte... y devolverte tu cámara —recuerdo.

—Sí, espero que hayas hecho fotos buenas, tengo que hacerte el álbum.

—Claro. —*Oh*, sí, el álbum—. Hasta luego, entonces.

—Adiós —dice, pero yo prefiero esperar a que cuelgue él—. Nora, no te preocupes, ¿vale? —añade.

—Sí, Mario, está bien.

—Hasta luego, princesita.

Cuelgo el teléfono y vuelvo a dejarlo en la mesita sin poder contener un largo suspiro. Llamaré a mi madre luego. Me levanto de la cama y voy en dirección al baño.

Termino de lavarme la cara y cierro el grifo. Con mi mano derecha todavía sobre él, me fijo en la cicatriz de mi muñeca. Sí, ese arañazo me lo hizo él, de aquellos estúpidos vómitos provocados también tuvo la culpa él, mi cabeza tiene una idea errónea y generalizada de los hombres, y las mechas no son más que una manera de intentar sentirme libre. Me seco la cara con la

toalla y me miro al espejo. Es inútil, soy suya y siempre lo seré.

Salgo del baño y voy frente a la ventana. Me encuentro admirando la Torre Eiffel cuando ese recuerdo vuelve a mi cabeza. Creo que fue lo que más valor me ha exigido en la vida.

Esa tarde le esperé en el parque, mientras observaba a los niños jugando, rememorando ese tiempo en que el mayor de los problemas era hacerse un rasguño en la rodilla.

—Hola, cariño —me rodeó con sus brazos y me dio un ligero beso en la mejilla—. Estás muy guapa, ¿a dónde tienes pensado que vayamos?

—No —hablé alto y claro y me giré hacia él—. No voy a ir contigo a ninguna parte después de lo que hiciste el otro día.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no puedo seguir pasándolo todo por alto.

—Ya te dije que olvidarás lo del otro día. Se me fue un poco la cabeza, pero no pasó nada, nada ha cambiado. Nena, yo te quiero.

—Esa excusa ya me la sé. Siempre me dices lo mismo, pero sigo sin creérmelo. —Me crucé de brazos, cerrándome completamente a su absurda explicación, o a cualquier otra tontería que se le pudiera ocurrir en ese momento—. Deberías informarte sobre lo que es el amor, porque ni siquiera se parece a esto.

Sergio no supo qué decir. Por primera vez, que yo recordara, miraba nervioso al suelo buscando algo que añadir. Finalmente, levantó la vista hacia mí y habló.

—¿Por qué me has hecho venir aquí?

Esa pregunta me hizo coger aire y desviar la mirada hacia el horizonte, evitando sus ojos marrones. No podía prever cómo iba a reaccionar, pero por eso mismo le había traído a un lugar público. Tenía que decírselo.

—Sergio, me voy de Madrid —murmuré.

—¿Qué? —fue lo único que consiguió articular en un principio—.
¿Cómo que te vas? ¿Por qué?

—Me mudo a otro lugar, ya está decidido.

—¿A dónde? —empezó a ponerse nervioso—. ¿Cuándo?

—No te lo voy a decir —conseguí pronunciar y a Sergio le cambió la cara.

—¿Estás cortando conmigo? —dedujo finalmente y yo asentí con la cabeza—. No, tú no puedes dejarme.

—Claro que puedo, y ya debería haberlo hecho hace mucho tiempo —le aseguré—. Ésta es la última vez que me ves. —Miré hacia abajo, a mi muñeca, donde aún seguía la pulsera que me regaló. Sin pensarlo, me la quité y agarré el brazo de Sergio para dejársela en la palma de la mano. Él se quedó mirándola atónito, hasta que volvió a levantar la cabeza.

—No, no voy a dejar que te alejes de mí —cerró el puño alrededor de mi pulsera. Le miré para darle a entender que ésa en ningún caso era su decisión; de hecho, la decisión ya estaba tomada—. Además, tú me quieres; no puedes irte así, sin más.

—Sergio, no voy a discutir más contigo. Sólo agradece que me haya dignado a decírtelo. —Ya no tenía nada más que hablar con él—. Adiós.

Di media vuelta para marcharme pero sin ninguna esperanza de que no fuera a retenerme. Efectivamente, agarró mi muñeca ahora desnuda antes de que diera un paso más.

—Nora, escúchame bien: no vas a separarte de mí nunca.

—Yo creo que sí, ya tengo hecha la maleta —espeté.

Me soltó la muñeca, pero inmediatamente agarró mi camiseta y tiró de ella hacia sí. Tanto que pude sentir su respiración en mi nariz.

—Nena, no quieres cabrearme, ¿verdad? —me advirtió.

—Cabréate si quieres, no vas a saber dónde encontrarme —le contesté.

Cogió aire, tensó la mandíbula y me dio verdadero miedo, pero tenía que mantenerme firme—. Suéltame si no quieres que grite.

Sergio se fijó entonces en toda la gente que había en ese parque. Niños que reían en los columpios, madres que conversaban animadamente... Prefirió no llamar la atención. Tras dudar unos instantes, acabó soltándome, no sin dedicarme una mirada desgarradora. Enseguida le di la espalda y me alejé de allí a paso ligero. Aún no sé cómo pude hacerlo, pero conseguí no mirar atrás.

Me obligo a alejarme de ese recuerdo. Acaricio la suave e impoluta colcha blanca, sobre la que veo caer una lágrima. Alguien llama a la puerta de la habitación. Me seco rápidamente las pestañas y las mejillas con el dorso de la mano. La puerta se abre despacio y Diego asoma la cabeza. Al verme, entra sin decir una palabra. Cierra la puerta a su espalda y viene hacia mí.

—Tienes que bajar a desayunar, Nora. —Se sienta a mi lado en la cama, y yo bajo la cabeza evitando mirarle con mis ojos enrojecidos—. No deberías permitir que alguien así te haga llorar.

—No, Diego, te equivocas —consigo corregirle—. Ya he llorado mucho por él, ahora sólo lloro porque tengo miedo.

—No va hacerte nada, no va a volver.

—Tengo miedo... de mí misma, Diego. Ayer estuve a punto de irme con él, ya lo viste; y si vuelve, yo... No me dejes hacer ninguna estupidez si vuelve, por favor. —Siento cómo aparece de nuevo un nudo en mi garganta—. Diego, sólo quiero volver a casa.

—Nora... —acaricia mi pelo, sin saber qué decir, me atrae contra su pecho y otra lágrima resbala por mi mejilla—. Olvídale, por favor.

—No puedo, él es... es una droga. Es algo muy fuerte.

—Yo te voy a ayudar, ¿vale?

Dejo caer de nuevo mi cabeza sobre su pecho, escondiendo el rostro en

su cuello, y él me acaricia el pelo. Ojalá, Diego, ojalá puedas ayudarme.

EPÍLOGO

(Diego)

Ya estamos todos en el aeropuerto, dispuestos a hacer el *check in*. Nora revisa su billete; otra vez nos vamos a sentar juntos, e intentaré sacarle alguna sonrisa durante el viaje.

Mi móvil empieza a sonar en mi bolsillo. Lo saco y veo que quien llama es un número desconocido. No me extraña demasiado, me aparto un poco de los demás y respondo.

—¿Diga?

—Hola, Diego Arias —escucho al otro lado del teléfono.

—¿Quién eres tú? —pregunto con la voz entrecortada, porque creo que le he reconocido.

—Una persona a la que odias, o al menos tú eres la persona a la que yo más odio en este momento.

—Sergio... —murmuro.

—El mismo. Ya veo que Nora te ha hablado de mí.

—¿De dónde has sacado mi número?

—Estuve en tu camerino, ¿te acuerdas? —Puedo imaginar en su boca una sonrisa burlona—. Es lo que tiene ser un personaje público: a cualquier persona le es muy fácil saber cualquier cosa sobre ti, dónde estás en cada momento —dice con sorna, dejándome completamente sin palabras—. Por cierto, por si no te lo ha dicho Nora, creo que debes saber una cosa, tres palabras: yo no comparto.

—Lo vuestro terminó —le recuerdo mientras siento que la rabia asciende por mi cuerpo.

—Seré yo quien diga cuándo ha terminado.

—Déjala en paz, no vuelvas a acercarte a ella. —Y la sincera carcajada que suelta me frustra horrores.

—Dieguito, yo no tendré que mover un solo dedo; ella vendrá a mí, tarde o temprano, será como una recaída.

—Estás loco —le reprocho.

—No, ella está loca, loca por mí. Sé volverla loca con sólo tocarla. —Aprieto los puños, la mandíbula, y mi respiración se acelera—. No olvides que, hagas lo que hagas, ella siempre estará pensando en mí, siempre te comparará conmigo y siempre me preferirá a mí. Y al final... ya sabes.

—No estés tan seguro —gruño aún con los dientes apretados y me decido a colgarle, ya he tenido bastante.

—Espera, no me cuelgues todavía —me detiene, como si me hubiera leído el pensamiento, y vuelvo a llevarme el móvil a la oreja—. Dime una cosa, ¿qué bragas llevaba cuando te la tiraste? ¿Las de gatitos, las rojas de encaje que yo le regalé, las azules, las moradas con lacito...? —Esas mismas. ¡Joder! Me asusta, me enfada, y me atrevo a darle un golpe bajo, donde sé que más le duele.

—Creo que no quieres saber...

—Ten cuidado con eso, porque me cabreo cuando tocan lo que es mío, y... se te acaba de caer el billete de avión.

Me detengo en seco y, sí, mi billete está en el suelo. Joder, está aquí, pero, ¿dónde? Acaba de colgarme. Tras agacharme un segundo a recoger el billete miro a mi alrededor y detrás de mí, entre la gente, le busco por todas partes, aunque sé que no va a dejarse ver. Justo en ese momento, siento una mano en mi hombro.

—Diego. —Joder, es Nora, y me acaba de dar un susto de muerte—.

¿Qué pasa?

—Nada, me has asustado.

—Tenemos que facturar ya.

—Sí, vamos.

Nora da media vuelta y yo la sigo hacia donde están todos los demás. Me gustaría abrazarla ahora mismo, pero mantengo la distancia, porque tengo que admitir que todo esto también a mí está empezando a acojonarme. No puedo evitar echar una última mirada atrás pero, por supuesto, no le encuentro.

AGRADECIMIENTOS:

Me siento especialmente orgullosa de este libro; como yo lo llamo, “el libro de Dieguito”. Voy cogiendo experiencia en esto de escribir y continuo definiendo mi estilo propio y espero que a quien lea esta novela le guste tanto como a mí y sobre todo que le haga sentir emociones; solo con eso ya me doy por satisfecha. Pero nada de esto habría sido posible sin la ayuda y el apoyo de ciertas personas a las que tengo que dar las gracias.

En especial tengo que agradecerse a mi familia por sus opiniones buenas y malas, correcciones y consejos y sobre todo por estar siempre a mi lado en todo lo que hago y porque sé que son con quien siempre puedo contar en los momentos difíciles, y por supuesto no sólo hablo en lo que a mi faceta de escritora se refiere.

Y qué decir de mis amigas y nuestro club de lectura. ¿Qué sería de nosotras sin esas tardes leyendo en voz alta? Y me da igual si es en el parque o haciendo una interminable sobremesa después de tomar un batido en el *Tommy Mel's*. No escribiría con las mismas ganas si no fuera por sus risas, sus críticas, las entradas en el *blog* de Laura y sobre todo su odio infinito a Sergio.

Por supuesto, todavía tengo que seguir dando las gracias a la editorial Diversidad Literaria por la confianza que depositó en mí al acceder a publicarme mi primer libro, *Escoria*, hace ya dos años, y el buen trato recibido.

Por último, gracias también a todas las personas que me invitan a hacer presentaciones, a los que están ahí cuando las hago, a los que compran y leen mis libros, a los que me dicen que les ha gustado, que se lo han releído, que para cuándo el siguiente. Gracias a las personas que me siguen en las redes sociales y me han hecho reseñas. En resumen, gracias a todo el que me apoya y me anima a seguir haciendo lo que me gusta.